



UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
ESCUELA DE HISTORIA

**El surgimiento y la difusión de los clubes de fútbol en
Córdoba y su dimensión asociativa en el proceso de
modernización (1900-1920)**

Franco Damián Reyna

**Trabajo Final presentado para optar al título de
Licenciado en Historia**

Directora: Beatriz Inés Moreyra

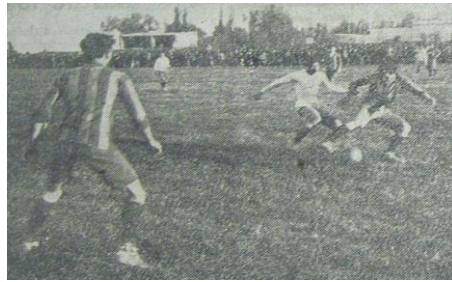
**Fecha de aprobación: 30 de marzo de 2009
Córdoba, Argentina**



UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES

ESCUELA DE HISTORIA



TRABAJO FINAL DE LICENCIATURA EN HISTORIA

“El surgimiento y la difusión de los clubes de fútbol en Córdoba y su dimensión asociativa en el proceso de modernización (1900-1920)”



GRACIAS

A mi familia toda, padres, hermanos, abuelos, tíos, primos y amigos, por compartir este largo proceso y su incondicional apoyo. Ma, Agus, Juan y Martín, tengo que nombrarlos.

A Beatriz Moreyra, por tanta sabiduría, paciencia y acompañamiento.

A Laura Valdamarca y Gardenia Vidal, por sus aportes iniciales a la construcción del objeto.

A María José Ortiz Bergia y Florencia Galán, compañeras de carrera, por facilitarme el camino.

ÍNDICE

Introducción	p. 6
Capítulo 1: El fútbol en la dinámica histórica de la ciudad y su proceso de institucionalización en clubes	p. 20
1- La Córdoba de entresiglos.....	p. 20
2- Entretenimientos y diversiones de la ciudad.....	p. 27
3- El fútbol en el proyecto de modernización de la ciudad	p. 32
4- La práctica del fútbol y su inserción y difusión en la ciudad.....	p. 39
4.1- Los orígenes del deporte moderno y sus perspectivas de análisis.....	p. 39
4.2- Las manifestaciones iniciales del fútbol.....	p. 44
4.3- La llegada del fútbol a Argentina.....	p. 45
4.4- La introducción del fútbol en Córdoba	p. 46
4.5- El fútbol local y sus ámbitos de difusión	p. 53
4.5.1- El sistema educativo y el fútbol. El caso de Universitario.....	p. 53
4.5.2- La inserción barrial del fútbol. El caso de Belgrano	p. 62
4.5.3- La importancia de los centros laborales en la formación de clubes. El caso de Talleres.....	p. 68
5- La estructuración federativa del fútbol local.....	p. 74
5.1- Los campos de juego en la dinámica moderna.....	p. 83
5.2- El arbitraje en los partidos: los referees	p. 87
Capítulo 2: La dimensión asociativa en el fútbol	p. 91
1- Los canales de difusión del fútbol y su repertorio asociativo	p. 91
1.1- La injerencia del sistema educativo	p. 91
1.2- La actuación de los poderes públicos	p. 93
1.3- El rol de la prensa.....	p. 99
2- El fútbol y su proceso de organización en clubes	p.103
3- El sentido asociativo para el fútbol	p.113
4- Las formas de participación asociativa en el fútbol	p.116
5- La sociabilidad en el marco asociativo de los clubes.....	p.119
6- Los límites de la práctica asociativa en el fútbol	p.122

Capítulo 3: La inserción del fútbol en la vida social urbana cordobesa.....	p.127
1- El fútbol en los tiempos y espacios del ocio en la ciudad	p.127
2- Prácticas, valores y representaciones en el proceso de apropiación del fútbol..	p.132
2.1- Los orígenes elitistas del fútbol.....	p.133
2.2- El proceso de popularización de la práctica del fútbol.....	p.139
2.3- Experiencias y comportamientos en el juego y en la vida institucional.....	p.147
3- Las identificaciones generadas en torno a la práctica del fútbol.....	p.163
Conclusión	p.171
Fuentes	p.182
Bibliografía.....	p.184

INTRODUCCIÓN

El estudio del fútbol y de su experiencia asociativa como práctica social constituye un espacio significativo de análisis que permite vislumbrar nuevas miradas de lo social. Sin embargo, la importancia del fútbol como espacio de ocio, entretenimiento, sociabilidad y construcción de identidades en las sociedades modernas no ha sido lo suficientemente explorada en la historiografía social.

La presente investigación aborda la temática del surgimiento y la difusión de los clubes de fútbol en Córdoba durante las primeras dos décadas del siglo XX, en el marco del proceso de modernización y de reforma urbana de la ciudad. Este proceso modificó, entre otras cosas, el uso del tiempo libre y el ocio de la población, sus formas de asociarse y participar, sus espacios de sociabilidad y sus lazos identitarios. En ese cuadro, esta investigación se centra en el análisis de los escenarios y condiciones que hicieron factible la asimilación y difusión de este deporte y su incorporación al proyecto de construcción de la ciudad moderna.

El estudio de la problemática trazada se circunscribe a lo sucedido en la ciudad de Córdoba en las dos primeras décadas del siglo XX, sin omitir la importancia que el Córdoba Atlético Club representó como club pionero y disparador del deporte cordobés a finales del siglo XIX. En ese lapso, los operarios ingleses del ferrocarril trajeron el juego desde su patria de origen y lo difundieron en estas tierras. Pero recién en los años iniciales del nuevo siglo comenzó la fundación masiva de las primeras asociaciones para desplegar su práctica. Concluye a fines de la segunda década del siglo, momento en el que la práctica del fútbol alcanzó niveles de organización y desarrollo tales como para asegurar su expansión y permanencia en el tiempo. Algunos elementos que se tuvieron en cuenta para confirmar y reforzar esta afirmación fueron la importante proliferación de clubes –entre ellos varios de los más importantes en la actualidad- y canchas, la aparición de simpatizantes y de las primeras rivalidades y la estructuración y consolidación de un nuevo espacio institucional, la Liga Cordobesa de Football (luego llamada Federación Cordobesa de Football) que, a pesar de sus crisis y cismas recurrentes, fue capaz de sistematizar, controlar y fomentar su práctica estableciendo reglamentos y organizando campeonatos periódicamente.

Aprehender la práctica del fútbol desde los clubes es una opción metodológica que se fundamenta en el hecho de que en todas partes, incluso en Córdoba, su introducción se vertebró alrededor de la creación de asociaciones para su desarrollo.

Así, el interés en esta práctica, en su institucionalización en clubes y su difusión, adquiere relevancia por su rol en la conformación de la *vida social urbana* cordobesa y como hecho cotidiano forjador de hábitos, sentimientos, valores, afinidades y pertenencias en los sujetos, los que configuraron su propia cultura.

A lo largo de esta investigación, entonces, se procura desentrañar el proceso de apropiación de la práctica futbolística por parte de los diferentes sectores sociales involucrados, indagando cómo transformó la vida cotidiana de los sujetos y de sus relaciones dentro de la comunidad; asimismo, cuáles fueron los valores e identificaciones que los movilaron y las representaciones que elaboraron sobre su lugar en la sociedad como *sportsman*, como miembros de los clubes. Por otra parte, también se analizaron las similitudes y diferencias del modelo cordobés con el experimentado y difundido por sus pares porteños y cómo la práctica del fútbol alimentó el carácter asociativo de la sociedad cordobesa de principios del siglo XX.

Desde el punto de vista conceptual, la investigación se enmarca dentro de las tendencias prevalecientes en la historia social contemporánea, que enfatizan el estudio de las prácticas sociales bajo la pretensión de humanizar las estructuras y los procesos histórico-sociales en que se inscriben, los que son abordados en sus dimensiones experienciales y subjetivas.¹ Con esta perspectiva se busca comprender cómo la gente común percibía y se adecuaba en su cotidianidad a los procesos de modernización y reforma urbana de la ciudad.

Así planteado, el estudio del fútbol y de su movimiento asociativo permite rescatar las experiencias cotidianas de participación, identificación y sociabilidad de los individuos, en tanto representan expresiones concretas y formales de organización y sentido comunitario. Las iniciativas de asociación a través de los clubes y su

¹ MOREYRA, Beatriz y REMEDI: Fernando, "Introducción", en AUTORES VARIOS: *Estado, mercado y sociedad, Córdoba 1820-1950*, Centro de Estudios Históricos, Córdoba, 2000, p. 12.

configuración como prácticas modernas fueron recuperadas en tanto síntomas visibles de la formación de una esfera pública más vigorosa y diversificada.²

Los lazos de sociabilidad que allí se despliegan se erigen como los fundamentos de la vida en común que la asociación desarrolla.³ En este sentido, como referente en la materia, Maurice Agulhon introdujo el concepto de “sociabilidad asociativa” como la “...*aptitud de vivir en grupo y consolidar los grupos mediante la constitución de asociaciones voluntarias...*”.⁴ La aprehensión de esta categoría facilita el estudio del individuo en su vida relacional y de la sociedad a través de uno de sus agrupamientos particulares.⁵ La sociabilidad, entendida así como valor social, está en el origen de un nuevo tipo de pertenencia a la colectividad, lo que implica una nueva representación asociativa de la sociedad, que se convierte en el marco de realización de esos valores.⁶

En la historiografía actual, la sociabilidad remite a la aptitud de los hombres para relacionarse en colectivos más o menos estables y numerosos, a las formas, ámbitos y manifestaciones de vida colectiva que se estructuran con este objetivo.⁷ La vida asociativa quizás sea el aspecto más visible de la sociabilidad, pero el abordaje de este concepto reclama una atención no sólo de sus formas, sino también de las experiencias cotidianas que supone la construcción de relaciones sociales.

El uso del concepto “sociabilidad” aquí trabajado, sigue entonces al manejado por Pilar González Bernaldo de Quirós,⁸ que refiere a las formas a partir de las cuales un grupo entra en relación sobre la base de reglas y valores compartidos, los que

² SÁBATO, Hilda: *La política en las calles. Entre el voto y la movilización*, Sudamericana, Buenos Aires, 1998, p. 51.

³ GONZÁLEZ BERNALDO DE QUIRÓS, Pilar: *Civilidad y Política en los orígenes de la nación argentina. Las sociabilidades en Buenos Aires, 1829-1861*, Fondo de Cultura Económica de Argentina, Buenos Aires, 2008, p. 34.

⁴ AGULHON, Maurice: “Clase obrera y sociabilidad antes de 1848”, en AGULHON, Maurice (comp.): *Historia Vagabunda*, Instituto Mora, México, 1994, p. 55.

⁵ GONZÁLEZ BERNALDO DE QUIRÓS, Pilar: Op. Cit., p. 95.

⁶ Ibidem: p. 402.

⁷ GUEREÑA, Jean-Louis: “Un ensayo empírico que se convierte en un proyecto razonado. Notas sobre la historiografía de la sociabilidad”, en VALÍN, Alberto (dir.): *Historia Estudios I. La sociabilidad en la Historia Contemporánea. Reflexiones teóricas y ejercicios de análisis*, Duen de Bux, Ourense, 2001, p. 17.

⁸ GONZÁLEZ BERNALDO DE QUIRÓS, Pilar: Op. Cit., pp. 29 y 30.

suponen a la dimensión afectiva como componente del vínculo, y el desarrollo de un discurso identitario representativo del grupo.⁹

Esta investigación se proyecta también como un tema de encrucijada entre lo social, lo cultural y lo político. En este sentido, el análisis realizado implica el reconocimiento de lo cultural como un elemento de estructuración de los fenómenos sociales, como el medio cambiante a través del cual los hombres activamente representan y construyen sus relaciones sociales y las cambian.¹⁰

Por otro lado, la importancia de lo político se manifiesta en la significación acordada por los procesos institucionalizadores del mundo social, en la búsqueda por descifrar las vinculaciones entre las instituciones y el diario vivir de los sujetos. Como afirma Jacques Revel,¹¹ la construcción de un grupo y de las formas (provisionales) de institucionalización resultan de las trayectorias de los actores y de las relaciones, de diversa naturaleza, que mantienen entre sí y con los contextos plurales en los que se ubican. Las instituciones, en efecto, formalizan un conjunto de convenciones que son las formas reguladas del intercambio (de la que forman parte la coerción y el conflicto), al tiempo que se proponen comprender la relación que los actores mantienen con ellas. Por eso, las instituciones no solamente funcionan como normas, sino también como un conjunto de recursos con los cuales los actores deben negociar y que les sirven de puntos de apoyo para orientarse y desplazarse en el interior del mundo social. Ellas determinan repertorios de valores, jalones, fijan secuencias de memorias que constituyen condiciones a través de las cuales un conjunto social se representa y piensa en cada contexto.

En definitiva, la investigación, en tanto acercamiento a los agentes, intenta ser un estudio de lo cotidiano, lo local, lo subjetivo, insertándolo, a su vez, en una totalidad mayor, la del proceso de modernización, que se proyectaba sobre todos los aspectos de sus vidas. Se tiende, de esta manera, a revalorizar la acción estructurante del hombre

⁹ Sin embargo, la autora aclara que si bien las normas y vínculos intervienen en la toma de decisiones de los actores, no necesariamente determinan sus prácticas.

¹⁰ KOCKA, Jürgen: "Losses, gains and opportunities: social history today", en *Journal of Social History*, Vol. 37, 2003, pp. 20-28.

¹¹ REVEL, Jacques: "La institución y lo social", en *Un momento historiográfico. Trece ensayos de historia social*, Manantial, Buenos Aires, 2005, pp. 77-80.

común, rescatando sus vivencias, trayectorias y estrategias individuales o colectivas en interacción con los condicionamientos estructurales que caracterizaron su época.

Una forma posible de penetrar en la problemática del fútbol es a través de su abordaje desde la noción bourdiana de campo.¹² Desde esta perspectiva, se concibe al fútbol como un campo en el que los sujetos están insertos, en tanto sistema de posiciones y de relaciones entre posiciones en base a una distribución desigual de recursos que implican, a su vez, un sentido vivido por parte de los diferentes agentes como resultado de las vivencias, percepciones y representaciones que construyen y tienen incorporadas en sus prácticas. Cada agente está definido en un campo de acuerdo a las diferentes especies de capital que posee en un determinado momento y las disposiciones que ha incorporado a lo largo de su trayectoria, los cuales definen su identidad.

Como afirman José Tabares Fernandez y Víctor Molina Bedoya,¹³ el planteamiento de este campo permite indagar por las condiciones sociales de posibilidad de la apropiación de las prácticas deportivas. Ello supone aprehender las particularidades sociohistóricas en la implantación de este proceso en la realidad cotidiana estudiada y enfocarlas como resultado de luchas por la imposición de sentidos por parte de los sujetos involucrados.

En este punto resulta operativo remarcar la idea de recepción trabajada por Michel de Certeau, según la cual todo acto de recepción no se produce de manera pasiva, sino que es producto de un proceso de resignificación constante de los actores de acuerdo al contexto en el que se hallan situados. No se trata sólo de pensar en la productividad del poder, del ejercicio del poder, sino en la productividad de las micro-resistencias movilizadas a partir de las prácticas cotidianas; las prácticas conllevan usos, transformación creativa y fundante de lo dado como testimonio de la disputa y del movimiento como signo distintivo de las relaciones de fuerza.¹⁴ De este modo, quedan desterradas las visiones armónicas y consensuadas de la sociedad que niegan la

¹² Trabajada en: BOURDIEU, Pierre y WACQUANT, Lois: *Una invitación a la sociología reflexiva*, Siglo XXI editores, Buenos Aires, 2005.

¹³ TABARES FERNÁNDEZ, José F. y MOLINA BEDOYA, Víctor A.: “Notas para un juego-deporte insubordinado o del deporte desde la mirada de la Modernidad/Colonialidad”, en <http://www.efdeportes.com>, *Revista digital*, año 13, núm. 125, Buenos Aires, 2008.

¹⁴ ABAL MEDINA, Paula: “Notas sobre la noción de resistencia en Michel de Certeau”, en www.revistakairos.org, *Kairos. Revista de Temas Sociales*, año 11, núm. 20, San Luis, 2007.

existencia del conflicto en la reapropiación de las prácticas por parte de los diferentes sectores sociales.

El estudio del fútbol, en tanto fenómeno social, está empezando a transitarse en la historiografía, aunque periféricamente. Actualmente se nota un creciente interés hacia el mismo, al que se le comienza a otorgar la dignidad de objeto de estudio. La valorización se debe, en parte, a la percepción de que los deportes ocupan un lugar importante en las sociedades modernas, en el tiempo y el espacio de su ocio, entretenimiento y sociabilidad, en la construcción y manifestación de identidades sociales, en la recepción mediática y en la esfera de lo cotidiano, especialmente en América Latina y Europa.¹⁵

En efecto, dentro de la literatura “fútbolera” en el ámbito desde el que se realiza la investigación, se revela una relativa ausencia de trabajos que ofrezcan un panorama de lo que históricamente sucedió para convertir al fútbol en un fenómeno social de gran magnitud. Como excepciones a ello aparecen contados trabajos que constituyen un valioso aporte en tanto modelos de investigación, por cuanto de ellos se han tomado prestadas algunas caracterizaciones conceptuales, metodológicas y temáticas que han facilitado el abordaje del objeto de estudio señalado. Son publicaciones de Filmar Mascarenhas¹⁶ y Fábio Franzini¹⁷ para el caso brasilero, Xavier Pujadas y Carles Santacana¹⁸ y Luis Otero Carvajal¹⁹ para el español, Gerardo Álvarez Escalona²⁰ para Lima y Julio Frydenberg²¹ y Florencia Galán²² para Buenos Aires. En términos

¹⁵ OLIVEN, Rubén y DAMO, Arlei: *Fútbol y Cultura*, Norma, Buenos Aires, 2001, p. 27.

¹⁶ MASCARENHAS DE JESÚS, Filmar: “Fútbol y modernidad en Brasil: la geografía histórica de una novedad”, en [http://www.efdeportes.com/Revista Digital](http://www.efdeportes.com/Revista_Digital), año 3, núm. 10, Buenos Aires, 1998.

¹⁷ FRANZINI, Fábio: “Fútbol, identidad y ciudadanía en Brasil en los años '30”, en [http://www.efdeportes.com/Revista Digital](http://www.efdeportes.com/Revista_Digital), año 3, núm. 10, Buenos Aires, 1998.

¹⁸ PUJADAS, Xavier y SANTACANA, Carles: “La mercantilización del ocio deportivo en España. El caso del fútbol, 1900-1928” en *Historia Social*, núm. 41, Madrid, 2001, pp. 147-167.

¹⁹ OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: “Ocio y Deporte en el nacimiento de la sociedad de masas”, en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, Universidad Complutense de Madrid, núm. 25, 2003, pp. 169-198.

²⁰ ÁLVAREZ ESCALONA, Gerardo Tomás: “La difusión del fútbol en Lima”, en <http://sisbib.unmsm.edu.pe/bibvirtual>, s/d.

²¹ FRYDENBERG, Julio David: “Prácticas y valores en el proceso de popularización del fútbol, Buenos Aires 1900-1910”, en [http://www.efdeportes.com/Revista Digital](http://www.efdeportes.com/Revista_Digital), año 3, núm. 10, Buenos Aires, 1998 y

generales, estos estudios se enfocan en las formas de ocio deportivo urbano, en los inicios de la práctica del fútbol, en los sectores que lo desarrollaron y los espacios en los que se movieron, en los canales institucionales que lo difundieron, en la formación de valores e identidades y en su proceso de transformación en espectáculo y mercantilización, todo insertándolo en la dinámica histórica de la época.

Los ensayos y publicaciones producidos sobre el fútbol se pueden agrupar en dos grandes líneas. Por un lado, las innumerables “historias del fútbol”, crónicas detalladas y pintorescas que retratan los imaginarios y los mitos del fútbol, los rituales en la cancha o los estilos de juego inglés y criollo, el nacimiento y proliferación de los estadios, las historias particulares de clubes y los interminables listados de resultados de los campeonatos locales y mundiales.²³

Por otro lado, existen estudios nacidos desde el ámbito de las ciencias sociales, principalmente desde la sociología, la antropología y la psicología social. En esos ámbitos se destacan, entre otros, autores como Rubén Oliven y Arlei Damo,²⁴ Pablo Alabarces²⁵ y Eduardo Archetti,²⁶ quienes, aunque trabajan igualmente al fútbol en una perspectiva histórica, se aproximan más directamente al modo en que es percibido y vivenciado en las diferentes realidades latinoamericanas. Los estudios de este tipo se han interesado en comprender cómo este espectáculo colectivo o ritual comunitario de gran intensidad dramática y ampliamente mediatizado en las sociedades modernas, actúa en tanto arena pública en los procesos de formación de identidades socioculturales

FRYDENBERG, Julio David: “Espacio urbano y practica del fútbol, Buenos Aires 1900 – 1915”, en [http://www.efdeportes.com/Revista Digital](http://www.efdeportes.com/Revista_Digital), año 4, núm. 13, Buenos Aires, 1999.

²² GALÁN, Florencia: *Fútbol: un espacio de sociabilidad masculina*, Tesis de Licenciatura de Historia, UNC, Córdoba, 2008, inédito.

²³ Ibidem.

²⁴ OLIVEN, Rubén y DAMO, Arlei: Op. Cit.

²⁵ ALABARCES, Pablo y RODRÍGUEZ, M. Gabriela: *Cuestión de pelotas. Fútbol, deporte, sociedad, cultura*, Atuel, Buenos Aires, 1996; ALABARCES, Pablo (comp.): *Peligro de Gol. Estudios sobre deporte y sociedad en América Latina*, CLACSO, Buenos Aires, 2000; ALABARCES, Pablo: *Fútbol y Patria. El fútbol y las narrativas de la Nación en la Argentina*, Prometeo, Buenos Aires, 2002; ALABARCES, Pablo y otros: *Hinchadas*, Prometeo, Buenos Aires, 2005 y ALABARCES, Pablo; DI GIANO, Roberto y FRYDENBERG, Julio David (ed): *Deporte y Sociedad*, Eudeba, Buenos Aires, 1998.

²⁶ ARCHETTI, Eduardo: *El potrero, la pista el ring. Las Patrias y el deporte argentino*, Fondo de Cultura Económico, Buenos Aires, 2001 y ARCHETTI, Eduardo: “Fútbol: imágenes y estereotipos”, en DEVOTO, Fernando y MADERO, Marta: *Historia de la vida privada en la Argentina. Argentina entre multitudes y soledades. De 1930 a la actualidad*, tomo III, Taurus, Buenos Aires, 1999, pp. 227-253.

y de elaboración de imaginarios sociales de tipo nacional, genérico, generacional, clasista, etc. La preocupación se centra en el abordaje de los problemas relativos a la integración y el cambio social prestando atención a sus dimensiones simbólicas, emocionales y morales. En ese marco, la reflexión incluye temáticas donde se articulan una pluralidad de sentidos sociales, tales como la relación entre fútbol y patria, fútbol y masculinidad, las imágenes y estereotipos del fútbol en el país, el impacto de las transformaciones económicas, sociales y culturales asociadas a la globalización y la postmodernidad, la dimensión lúdica de la cultura y el accionar de la industria cultural y la construcción de las narrativas deportivas.

En la historiografía social cordobesa, queda en claro su similitud con este escenario historiográfico, en el que el estudio del fútbol, en tanto fenómeno social, apenas está empezando a considerarse. Sólo se han realizado pocas investigaciones de carácter periodístico sobre los inicios del fútbol en Córdoba²⁷ y publicaciones conmemorativas de los clubes,²⁸ así como también algunas menciones al respecto en trabajos generales de la historia de Córdoba.²⁹ Se carece, en consecuencia, de investigaciones que inserten la problemática, sus dimensiones experienciales y subjetivas, en una perspectiva más global, la del proceso de modernización de la ciudad, algo que desde aquí se pretende construir.

En referencia a dicha perspectiva global, en la literatura histórica cordobesa han predominado enfoques estructurales. En el marco de la historia social contemporánea, se prescinde del ámbito deportivo de la búsqueda por desentrañar cómo el hombre común vivió este proceso y las transformaciones que experimentó en su vida cotidiana. Pablo Vagliente,³⁰ al investigar recientemente sobre la expansión asociacionista producida en Córdoba entre 1850 y 1880, señaló que en la historiografía local tampoco se le ha dado mucha importancia al análisis de la dimensión asociativa y de los aspectos

²⁷ ASOCIACIÓN CORDOBESA DE FÚTBOL: *80 años de fútbol en Córdoba*, Panorama Match, Córdoba, 1993; ASOCIACIÓN CORDOBESA DE FÚTBOL: *90 años de fútbol en Córdoba*, ACF, Córdoba, 2003 y FARIAS, Gustavo M.: “Córdoba, pionera de ilusiones”, en AGENCIA CÓRDOBA DEPORTES: *Pioneros*, Lotería de Córdoba, Córdoba, 2000, pp. 51-92.

²⁸ CLUB ATLÉTICO UNIVERSITARIO: *Algunos recuerdos de los primeros 50 años*, s/d, Córdoba, 1957 y CLUB ATLÉTICO BELGRANO: *100 años. Un siglo de pasión*, s/d, Córdoba, 2005.

²⁹ Por ejemplo, BISCHOFF, Efraín: *Historia de Córdoba*, Plus ultra, Córdoba, 1979.

³⁰ VAGLIENTE, Pablo: “La explosión asociativa en Córdoba entre 1850-1880: la conformación de su esfera pública”, en *Cuadernos de Historia*, núm. 6, Córdoba, 2004, p. 257.

de sociabilidad en sus variadas expresiones, análisis que contribuiría a mejorar la comprensión de la dinámica política y sociocultural del período. En este sentido, pero a nivel nacional, Roberto Di Stéfano, Hilda Sabato, Luis Alberto Romero y José Luis Moreno³¹ han hecho un recorrido histórico por los modelos y las prácticas asociativas, abordando, entre ellas, a los clubes de fútbol; el mismo Julio Frydenberg³² ha estudiado el asociacionismo en los clubes de fútbol de Buenos Aires, poniendo énfasis en la crisis actual de los mismos.

La investigación se estructuró en torno a las siguientes ideas-ejes:

- El proceso de modernización trajo aparejado un importante movimiento asociativo (y, con ellas, nuevas formas de sociabilidad), cuyas diferentes expresiones incluyeron al ámbito deportivo. La forma predominante de aglutinamiento de los actores interesados en el desarrollo de la práctica del fútbol fue instrumentada por medio de la creación y organización de asociaciones voluntarias sin fines de lucro.
- El fútbol fue planteado por los contemporáneos como una necesidad moderna para el desarrollo físico y moral y el disciplinamiento del pueblo en sus tiempos libres. En este sentido, alentado por el Estado liberal y otros agentes de control social y mediación corporativa (Iglesia, Prensa, Sistema Educativo, etc.), se constituyó en un instrumento del progreso y de civilización en la ciudad.
- El fútbol, primero circunscrito a los inmigrantes ingleses y a la elite local, al poco tiempo estuvo al alcance de los diferentes sectores sociales porque, además de su facilidad de aprendizaje y de los costos e insumos ínfimos que requería para jugarlo, desde un principio se estructuró de una manera que no restringía la posibilidad de formación de nuevos clubes y la participación en éstos. Por ser el primer deporte en popularizarse, se diferenció de otros –cricket, tenis, carreras de caballo, frontón de pelota, golf, esgrima, tiro al blanco, etc.- que en la época habían concitado la atención

³¹ AUTORES VARIOS: *De las cofradías a las organizaciones de la sociedad civil. Historia de la iniciativa asociativa en Argentina 1776 – 1990*, Edilab, Buenos Aires, 2002.

³² FRYDENBERG, Julio David: “La crisis de la tradición y el modelo asociacionista en los clubes de fútbol argentinos. Algunas reflexiones”, en <http://www.efdeportes.com/>, *Revista Digital*, año 6, núm. 29, Buenos Aires, 2001 y FRYDENBERG, Julio David: “Los clubes deportivos con fútbol profesional argentinos y el tipo o formato social bajo el cual se organizan: asociaciones civiles o sociedades anónimas. Aportes para un debate acerca de realidades y modelos ideales, pasiones e intereses”, en <http://www.efdeportes.com/>, *Revista Digital*, año 8, núm. 51, Buenos Aires, 2002.

de los pobladores y que eran practicados por círculos más cerrados de la elite y en clubes más exclusivos.

- Los clubes, constituidos como ámbitos públicos para el encuentro, la diversión y el entretenimiento de los diferentes sectores atraídos por este juego en sus tiempos libres, fueron espacios en los que sujetos masculinos de diversas procedencias experimentaron la participación social efectiva entre iguales bajo objetivos comunes. La amplia gama de recursos sociales y culturales propios que ello supuso, les dio una razón de ser y un lugar en la sociedad cordobesa en plena transformación. Al representar diferentes procedencias –políticas, militares, estudiantiles, laborales, profesionales, etc.-, los clubes cumplían un importante papel en la reafirmación de la pertenencia de los sujetos a tales comunidades y en el fortalecimiento de sus lazos identitarios. Con su veta asociativa, el fútbol se mostró, así, como un medio de expresión y generación de identidades, como una práctica diferenciadora y socializadora al mismo tiempo.

La estrategia de investigación giró en torno a tres grandes ejes interrelacionados: los orígenes de la práctica del fútbol en la ciudad y su institucionalización en clubes, la dimensión asociativa del proceso y su inserción en la vida social urbana cordobesa.

En la primera parte, se tuvieron en cuenta los atributos y particularidades del juego y la forma de practicarlo que se implementó en la ciudad, la manera como se estructuró, los sectores sociales que estuvieron implicados en ello, los espacios que se le destinaron y los ámbitos a través de los que se difundió. Estos aspectos supusieron, a su vez, un énfasis en el rol cumplido por actores cruciales en este proceso como lo fueron el sistema educativo, los centros laborales o gremiales, el barrio, la prensa y los poderes públicos. El estudio de cada uno de estos puntos se fue articulando con la dinámica histórica de la modernización en la ciudad, atendiendo a las diferentes condiciones que hicieron posible el desarrollo de esta práctica desde su popularización a principios del siglo XX hasta finales de la década del '10, cuando adquirió niveles de organización y desarrollo tales como para asegurar su expansión y permanencia en el tiempo.

Con respecto a los clubes, se hizo una selección de cuatro de ellos para ser trabajados: Córdoba Atlético Club (1882), Club Atlético Belgrano (1905), Club Atlético Universitario (1907) y Club Atlético Talleres (1913). La selección se justificó en que se trata de clubes rectores del fútbol cordobés, con una larga e importante trayectoria en el ámbito que llega hasta nuestros días. Este último punto fue fundamental porque permitió consultar los documentos que aún se conservan y dialogar con sus directivos.

Por otra parte, en esta elección estuvo presente el propósito de abarcar instituciones que hubieran tenido diferentes extracciones y contextos de formación -clubes de inmigrantes y de la elite local, de barrio, de estudiantes o ferroviarios-, con el fin de tener un panorama más diversificado y representativo del conjunto y poder compararlos. Ello no significó desconocer las informaciones encontradas referentes a otros clubes, ya que fueron consideradas igualmente por ser de valor para la comprensión global de la problemática.

El segundo capítulo comprendió el estudio global de los clubes en su dimensión asociativa. Se analizaron las características del modelo asociativo y se exploraron los modos y posibilidades de participación en el ámbito deportivo, las relaciones que se establecieron en el interior de cada grupo, las formas y experiencias de sociabilidad que se construyeron, las actividades sociales que promovieron, las vinculaciones con otros clubes y centros de difusión y el resto de la sociedad y su contribución a la formación de una esfera pública más diversificada y vigorosa. Este análisis permitió convertir a las prácticas asociativas en un factor fundamental de distinción social en el fragmentado y cambiante espacio social cordobés.

Por último, la investigación abordó la inserción de esta práctica deportiva en la vida social urbana cordobesa y su impacto en el uso y manejo del tiempo libre y el ocio de la población. Para ello se prestó atención a las vivencias cotidianas de los actores involucrados, a sus percepciones y representaciones, a los valores, sentidos, hábitos e identificaciones que generaron y los movilizaron a través del fútbol.

Para la reconstrucción de estas dimensiones sociales se consultaron una serie de fuentes. En primer término, se recurrió a la dispersa y escasa documentación aún existente en estas instituciones o en manos de individuos ligados directamente a ellas, pero la otrora ausencia de una política de conservación de sus documentaciones, salvo raras excepciones, privó a esta investigación de testimonios primarios de invaluable valor.

Ante esta carencia y fragmentación, resultó imprescindible la revisión de los diarios de la época: *La Voz del Interior*, *Los Principios*,³³ *La Libertad*, *El Chantecler*, *La*

³³ En estos dos periódicos aludidos también se han consultado fechas concretas de ediciones posteriores a las mencionadas. Unas coincidían con los aniversarios más evocados de los clubes, en las que se publicaban reseñas especiales con ese motivo; otras, con los registros precisos de una serie entrevistas dispuestas por el diario a renombrados jugadores de las primeras épocas.

Patria y Eco de Córdoba. La mirada sobre éstos estuvo puesta en las crónicas deportivas de la ciudad en esos años que hicieran referencia al juego del fútbol -sus reglamentos, formas de practicarlo, etc.- y a los otros deportes que tenían adhesión entre la población, a objeto de comparar las repercusiones entre uno y otros. En cuanto a la información existente acerca de las diferentes instituciones que llevaron a cabo la práctica del fútbol, se puso atención en la formación y desaparición de las entidades, los individuos que los conformaban y dirigían, sus formas de organización y reglamentos, los eventos y actividades que programaban, las instituciones que los agrupaban, los torneos que auspiciaban y las experiencias registradas de sus actores.

La prensa trabajada exhibió ciertos niveles de uniformidad en el tratamiento de la realidad, ya que representaba sólo la voz de la burguesía mercantil, de la elite dirigente local en alianza con los intereses religiosos; sus interlocutores eran del mismo signo. El “otro”, innombrado, aparecía igualmente en la palabra adversativa, en su negación y descrédito, manifestándose allí el conflicto.³⁴

Este material documental se complementó fundamentalmente con datos extraídos de fuentes gubernamentales que legalizan la existencia de los clubes y donde constan sus Actas de Fundación y Estatutos, sus demandas a los organismos públicos y las respuestas dadas, las reglamentaciones que rigen tal práctica y otras disposiciones afines a éstos. Sin embargo, no todas las instituciones alcanzaron el grado de desarrollo como para poder plasmarlo en la confección de estatutos y reglamentos permanentes, lo que tampoco era garantía de su continuidad. Igualmente, se contó con memorias de personajes contemporáneos a los hechos y entrevistas a personas allegadas a los clubes que poseían conocimientos de sus orígenes y primeros pasos o guardaran algunos documentos de ello. A través de estos testimonios se buscó destacar las vivencias cotidianas de las personas que participaron en los clubes, sus percepciones y representaciones, el día a día de los mismos clubes, su organización y vinculaciones con otras entidades similares y el resto de la sociedad.

En síntesis, la investigación se propuso construir una explicación articulada y multidimensional del surgimiento y la difusión de los clubes de fútbol en la ciudad de Córdoba a principios del siglo XX, de las prácticas y representaciones de los actores involucrados y de sus aportes a la conformación del espacio social urbano.

³⁴ VAGLIENTE, Pablo: *Indicios de Modernidad. Una mirada sociocultural desde el campo periodístico en Córdoba, 1860-1880*, Alción, Córdoba, 2000, pp. XI a XV.

En un principio, el fútbol había surgido como una práctica instrumentada e institucionalizada para su desarrollo por medio de la creación de los clubes de fútbol, los cuales habían nacido y se desarrollaron en el tiempo bajo el formato de asociaciones civiles sin fines de lucro. Sin embargo, actualmente el modelo asociacionista de los clubes, su sentido público y comunitario, está en crisis. Y quizás uno de los lugares donde este proceso se expresa de manera más crítica es justamente Córdoba, donde muchos de los principales clubes están quebrados o en concurso y con masas societarias muy escasas.

Como señala Julio Frydenberg,³⁵ con las transformaciones sociales, económicas, políticas y culturales ocurridas en las últimas décadas del siglo XX y principios del XXI y la aparición y posicionamiento en el negocio del fútbol tanto de grandes corporaciones vinculadas al mundo mediático como de grupos empresarios locales o regionales, la naturaleza de la vida económica y política de los clubes, las prácticas e intereses asociacionistas y sus bases de sustento, con centro en la acción comunitaria, han entrado en crisis. En consecuencia, las supuestas bondades del mercado y la ponderada racionalidad económica, sumada a la corrupción imperante, se están imponiendo sobre la lógica asociacionista, llevando al resquebrajamiento y ruptura de ciertas redes y lazos sociales y a la disminución de las masas societarias. Sin embargo, la pasión por el juego, la identificación con clubes particulares, lejos están de disminuir.

Adentrarse en el conocimiento de los orígenes de los clubes de fútbol en la ciudad permite poner en cuestión los diferentes factores y escenarios que posibilitaron y sustentaron el desarrollo de la práctica futbolística y asociativa, mostrando lo que sus pioneros experimentaron y los significados que le imprimieron en la dinámica histórica de la época. En ello quizás puedan encontrarse algunas razones y herramientas que lleven a la comprensión de su proceso de aceptación, consolidación y difusión, cuya trascendencia llega a tiempos actuales.

Por último, con esta investigación se desea construir un conocimiento más profundo y complejo sobre las múltiples dimensiones del proceso de modernización local; asimismo, se plantea contribuir a mejorar el conocimiento de la historiografía cordobesa sobre los cambios y alcances de dicho proceso abordando una temática (el fútbol) prácticamente inédita. En una perspectiva historiográfica nacional “futbolera”, centrada en el estudio de lo sucedido en las zonas portuarias del país, la aspiración de

³⁵ FRYDENBERG, Julio David: “Los clubes deportivos...”, Op. cit.

esta investigación es contribuir a enriquecer el panorama mediante el abordaje de una realidad del interior.

CAPÍTULO 1

EL FÚTBOL EN LA DINÁMICA HISTÓRICA DE LA CIUDAD Y SU PROCESO DE INSTITUCIONALIZACIÓN EN CLUBES

Este capítulo analiza la contextualización histórica de la práctica del fútbol en Córdoba y su inserción en el proyecto de modernización. En ese marco, se aborda el estudio de los ámbitos donde se recreó el juego, los clubes que se formaron, los actores que participaron, los espacios urbanos en los que se movieron y las estructuras federativas que se organizaron.

1- La Córdoba de entresiglos

Desde finales del siglo XIX, la ciudad de Córdoba afrontó un importante proceso de modernización y urbanización, de crecimiento económico sostenido y de expansión de nuevos tipos de sectores (comerciales, burocráticos, de servicios, etc.).

Este impulso modernizante fue posible por la afluencia de capitales extranjeros, especialmente británicos, que se invirtieron en fondos públicos y cédulas, el tendido de vías ferroviarias y la construcción de estaciones. Paralelamente, se comenzaron a realizar grandes obras de infraestructura que modificaron el trazado colonial de la ciudad. El hito que marcó y dio sustento a las grandes transformaciones de la ciudad fue la llegada, en 1870, del Ferrocarril Central Argentino, que unía Córdoba y Rosario. La expansión ferroviaria incluyó, en 1875, la inauguración de la Sección Norte del Central Córdoba a Tucumán; en 1888, de la sección Este hacia San Francisco y luego Santa Fe; en 1891-92, del ferrocarril Córdoba y Noroeste al Valle de Punilla y Cruz del Eje y, en 1895, del que unía la ciudad con el centro calero de Malagueño. Además, comprendió la incorporación del tranvía, primero a caballo y luego eléctrico, para el recorrido urbano.

La presencia de los ferrocarriles trajo dinamismo a la ciudad, pasó a regular la vida activa de amplias sectores³⁶ y transformó el radio urbano de Córdoba. El sentido de las líneas férreas y la construcción de oficinas o talleres permitieron el trazado de nuevos barrios y pueblos y la atracción de numerosa población. A su alrededor comenzaron a surgir ciertas actividades comerciales y una incipiente industria manufacturera (de la alimentación, el vestido y la construcción) relacionadas con el abastecimiento de la población que allí se instaló.

De esta manera, se parcelaron terrenos antes suburbanos, se incorporaron diversas áreas al crecimiento económico y se inició la ocupación de manera espontánea de nuevas zonas al espacio urbano. Esta ampliación implicó la formación de nuevos barrios que se articularon con el centro histórico: los pueblos General Paz y San Vicente hacia el Este y el pueblo Sarmiento hacia el sur. Así, la infraestructura ferroviaria se constituyó en el nuevo elemento configurante de la ciudad ya que, junto con la red caminera, marcó las orientaciones de las ampliaciones de la trama urbana³⁷ y la reubicación espacial y sectorial de los diferentes grupos sociales.

Hasta el arribo del ferrocarril, Córdoba no había logrado urbanizar otro sector que no fuese el definido por la traza fundacional. Sólo hubo, a finales del siglo XVIII, una extensión hacia el oeste, superando el cauce de la Cañada, con el fin de crear un sector de quintas para el abastecimiento de la ciudad -actual barrio Alberdi-, en lo que fue un primer intento de organizar desde los poderes públicos el espacio urbano. También se dio una expansión marginal alrededor de los años ´60 del siglo XIX hacia el curso superior de la Cañada y el inmediatamente adyacente a la traza central, lo que es el actual barrio Güemes. Fue un proceso espontáneo por la presión que ejercía el centro, demográficamente saturado, sobre los habitantes marginales.³⁸

Para la instalación de las tres estaciones ferroviarias centrales y de las cinco (luego nueve) secundarias de las líneas en las nuevas áreas urbanizadas -Alberdi, General Paz, San Vicente, Sarmiento- o en las zonas más periféricas -por ejemplo, los

³⁶ El pito del taller del ferrocarril marcaba los horarios de las diferentes tareas durante el día, según cuenta en sus memorias Juan Filloy. FILLOY, Juan: *“Esto fui (memorias de la infancia)”*, Marcos Lerner, Córdoba, 1994, p. 95.

³⁷ BOIXADÓS, M. Cristina: *Crecimiento urbano en un período de expansión económica. Córdoba, 1870-1895*, UNC, Córdoba, 1997, p. 47.

³⁸ MARLATTO, Ricardo: *“Conformación de los barrios San Vicente y General Paz (1870-1900)”*, en *Encuentro Universitario Historia de Córdoba en los S. XIX y XX*, FFyH, UNC, Córdoba, 2000, p. 30.

Boulevares o Rodríguez del Busto, próximas a la línea férrea de Malagueño-, la ciudad tuvo que superar algunas barreras naturales que lo impedían. De este modo, las barrancas fueron suprimidas o desniveladas, el dique San Roque pasó a regular el caudal del río Suquía, se construyeron puentes y canales de irrigación, se nivelaron terrenos y se promovieron otras obras de infraestructura como el agua corriente potable, el alumbrado público, las líneas telegráficas, el servicio de limpieza y la creación de numerosos espacios verdes, los que abrieron y articularon los nuevos centros poblacionales.

Entre 1884 y 1885 la ciudad vivió una nueva ola expansiva de su traza urbana sobre el eje sur-norte,³⁹ dando lugar a la formación, entre otros, de los actuales barrios de Alta Córdoba, Alto Alberdi, Nueva Córdoba, San Martín, Villa Revol, San Carlos, Villa Cabrera y La Toma. Estuvieron conectados inmediatamente con el centro de la ciudad por medio de los tranvías y los puentes, sus quintas abastecieron a la ciudad, tuvieron acceso a los servicios públicos, incorporaron instituciones de importancia como escuelas e iglesias y poseían espacios públicos que se constituyeron en ámbitos de sociabilidad activos: plazas, teatros, hipódromos, etc.⁴⁰

Junto a esa realidad de algunos barrios coexistía, en pleno contraste, la de otros en los que escaseaba todo tipo de infraestructura y de servicios. Allí se asentaron los elementos marginales y desplazados del crecimiento urbano. Porque a pesar de que en esos años se había activado el desarrollo de la ciudad y dinamizado su economía, numerosos sectores de la sociedad cordobesa tuvieron una limitada participación, experimentación y goce de los bienes materiales y culturales, ni tampoco hubo mejoras esenciales en las condiciones de vida material del hombre común, muchas de las cuales eran realmente precarias.⁴¹ Se observaba, al respecto, deficiencias en la calidad alimenticia y en las condiciones higiénicas, con una gran proliferación de focos infecciosos y enfermedades; una considerable cantidad de asentamientos miserables

³⁹ Antes había sido de este a oeste, siguiendo el curso del río.

⁴⁰ MARLATTO, Ricardo: "Conformación de los barrios...", Op.cit. p. 30.

⁴¹ MOREYRA, Beatriz I.: *El crecimiento económico y las condiciones de vida materiales Córdoba en la primera década del S.XX*, Cuaderno de Historia de la Junta Provincial de Historia de Córdoba, núm. 52, 1994, p. 24.

(ranchos, conventillos⁴²); precarias condiciones laborales (de seguridad, higiénicas, jurídicas, salariales); una creciente pobreza, violencia, criminalidad y prostitución; alta tasa de analfabetismo, aunque en progresiva disminución; y más bien precarios sistemas asistenciales. Tanto el Estado provincial como el municipal, si bien estaban logrando avances en la institucionalización de su poder, todavía carecían de una acción reguladora en materia social.

Paralelamente al crecimiento de la trama urbana, el gran aumento demográfico de la ciudad se convirtió en otro factor trascendental que influyó vitalidad a este proceso de modernización. En 1895, la capital contaba con 54.763 habitantes; para 1914, la población llegó a 134.935. En parte, este incremento estuvo determinado por el aumento vegetativo, pero en su gran mayoría respondió a las migraciones procedentes de los departamentos del norte y de las provincias del noroeste, empobrecidas como consecuencia de su posición marginal respecto al circuito comercial agropecuario pampeano y que se volcaron a la ciudad ante la expectativa de trabajo que ofrecía. También la contribución de los migrantes externos fue importante, pero con una incidencia numérica bastante menor que en otras grandes urbes como Buenos Aires y Rosario.⁴³ Entre ellos se destacaron españoles e italianos y, en menor medida, franceses, ingleses, alemanes, holandeses, armenios, árabes, etc. Sin embargo, su participación en la vida económica y cultural de la ciudad fue muy activa. Apenas llegaban, los inmigrantes se nuclearon en sociedades de socorro mutuo por nacionalidad, las cuales facilitaban su inserción en la ciudad sin la pérdida de sus costumbres originales. Desde ellas y otras entidades de diferente tipo que fundaban promovieron numerosas actividades recreativas y culturales que le imprimieron una nueva vida a la ciudad.

Los miembros de la colectividad inglesa que se asentaron en la ciudad, en su mayoría varones en edad económicamente activa, lo hicieron, en general, contratados para las diferentes actividades que la construcción y el mantenimiento de los ferrocarriles demandaba (actividades directivas, administrativas, de transporte, de armado, ensamblaje y mantenimiento en los talleres). Se trataba de técnicos, profesionales, capataces, contra maestros, etc; eran casi todos empleados de estas

⁴² En 1906, de 11.277 viviendas que había en la ciudad, 4.299 eran de paja y el número promedio por unidad habitacional era de ocho personas. PIANETTO, Ofelia: *Industria y formación de la clase obrera en la ciudad de Córdoba, 1880-1906*, edición del autor, Córdoba, 1997, p. 20.

⁴³ Desde 1905, Córdoba aparecía tercera en cantidad de inmigraciones.

empresas en todos los niveles jerárquicos, aunque también los había ingenieros, comerciantes, telegrafistas, herreros, mecánicos o computadores, algunos relacionados indirectamente a dichas empresas. Se unían, así, al grupo primigenio de coterráneos que se había instalado en la ciudad décadas antes como resultado de las amplias vinculaciones comerciales con el imperio británico. En total, en 1895 había 174 británicos en Córdoba y 1.107 en 1904. No eran numéricamente cuantiosos, pero tuvieron una importante influencia en diferentes campos de la vida citadina.

Ellos mantuvieron pautas de conducta muy arraigadas a sus costumbres tradicionales. Por ejemplo, la mayoría de los británicos se casaban entre sí y al momento de dar a luz un hijo, mandaban a sus esposas a Inglaterra. Las mujeres, que habían venido en un número menor, se dedicaban casi exclusivamente a las tareas domésticas, aunque algunas trabajaban en una relación laboral más formalizada. Al mismo tiempo, los integrantes de esta colectividad, de religión protestante, se concentraron en unos pocos barrios, principalmente en General Paz (casi el 70%) y en una sección de Alta Córdoba por la presencia de los establecimientos ferroviarios; en menor medida, se localizaron en el centro. Allí formaron centros sociales, deportivos y escuelas propias en donde reprodujeron y pudieron conservar, en parte, sus prácticas y relaciones de origen.

A partir del carácter netamente doctoral de la elite local, los inmigrantes, profesionales con sus respectivos títulos, fueron integrados a la misma; diferentes aspectos de su forma de vida fueron rápidamente incorporados por una elite ávida de emular los refinados hábitos del viejo mundo, entre ellos los vinculados con sus actividades de ocio alrededor del juego y los ejercicios físicos.

Como contrapartida, el resto de la población encontraba serias dificultades para poder disfrutar del tiempo libre para el ocio y la recreación. Una de las razones estaba dada por las condiciones existentes en el mundo del trabajo que, hacia finales del siglo XIX, distaban de ser óptimas.

Las mejoras en cuestiones como la seguridad y la higiene no formaban parte de la agenda de casi ningún patrón y los trabajadores no tenían tipo alguno de protección jurídica, sus salarios eran bajos, la mayoría no tenía días de descanso, ni vacaciones, ni

licencias y las jornadas laborales promedio eran de casi 10 horas, aunque en varios casos se extendían a 12 o 14.⁴⁴

A principios de siglo, con el aumento de las migraciones internas y externas a la ciudad, creció la disponibilidad de mano de obra. Junto a ellos, llegaron nuevas ideas políticas que sentaron las bases de la organización de los obreros en gremios y asociaciones de tal tipo que efectuaron reclamos y acciones reivindicatorias de su precaria situación laboral. Éstas se direccionaron hacia la lucha por la reducción de la jornada laboral de 8 horas y el descanso dominical y se expresaron en movimientos huelguísticos y en permanentes conflictos con la patronal. En sus argumentos exponían razones fisiológicas que imponían la necesidad del descanso, sostenidas por médicos e higienistas de la época.⁴⁵ Al mismo tiempo, con Los Principios como abanderado de la lucha, los sectores eclesiásticos hacían causa común, ya que ello favorecía la asistencia a las ceremonias religiosas.

Así, en 1905, el Congreso Nacional, haciéndose eco de las protestas que partían desde todos los puntos del país, sancionó la ley de descanso dominical, que disponía la interrupción de la semana laboral por 24 horas para el reposo de los trabajadores, exceptuando a aquellas actividades en las que tal medida generara inconvenientes para su desarrollo. Su cumplimiento fue parcial, ya que su control era poco efectivo, muchos patronos se continuaron resistiendo y algunos gremios y obreros la desestimaron porque no abarcaba a todos los rubros y porque no les convenía a todos.⁴⁶ Unos pocos gremios acordaron jornadas de 8 horas, otros disminuciones parciales, pero, en general, hubo pocos cambios, siguiendo la mayoría con jornadas de más de 10 horas.

De esta manera, con los cambios en la legislación laboral -que en la práctica tardaron en efectivizarse y generalizarse- y con las mejoras técnicas que aceleraron y dinamizaron el proceso de producción, el tiempo libre comenzó a penetrar de a poco a la vida de las capas medias y, en menor medida, de las populares. Junto con él, empezaron a proliferar también las opciones: vida en familia, entretenimientos y diversiones

⁴⁴ ASPELL, Marcela: “Y el séptimo día descansarás. La realidad social y la regulación jurídica del descanso dominical, los días feriados, los horarios de trabajo”, en *Junta Provincial de Historia*, núm. 20, Córdoba, 2002, p. 63.

⁴⁵ *Ibidem*: p. 64.

⁴⁶ Por ejemplo, a los que cobraban por día, como los albañiles, que recuperaban los domingos los días de lluvia en los que no podían trabajar.

colectivas, la inversión en actividades culturales y la militancia política, entre otras. El deporte constituyó una de las novedades del período para estos grupos.⁴⁷

En este sentido, la nota del jefe de la Policía de Córdoba en 1910 sobre los alcances de la ley de descanso dominical, estipulaba, entre otras resoluciones, que

*“...los negocios anexos o próximos a lugares de recreo como parques o canchas de ejercicio físico de bochas, pelotas, de football, etc., pueden permanecer abiertas todo el día domingo al objeto del expendio de refrescos.”*⁴⁸

Era ésta una clara muestra del desarrollo que estaban adquiriendo los deportes en la ciudad.

Este proceso modernizante estuvo direccionado por un sector dirigente local liberal y laico (más no anticatólico), interesado en llevar el progreso a la ciudad de acuerdo a los signos de la época. Se trataba de la facción local del Partido Autonomista Nacional, el Partido Autonomista cordobés, que llegó al poder en 1877 liderado por Antonio del Viso primero y Miguel Juárez Celman a partir de 1880. En contrastación, el sector católico, que mantenía un alto prestigio y fuerte arraigo en la sociedad, perdió espacio de poder, lo que en algunos momentos motivó enfrentamientos con los grupos más conservadores del mismo.

En su conjunto, se trataba de una elite dirigente que, según asegura Juan Carlos Agulla,⁴⁹ representaba a un estrato social que se distinguía por su carácter doctoral, pues se fundaba en el ejercicio de profesiones liberales: eran doctores, licenciados, maestros y bachilleres de la Universidad. El título universitario permitía la obtención de las mayores dignidades políticas y económicas que hacían posible la conformación de las clases dirigentes del país.⁵⁰

⁴⁷ SABATO, Hilda: “Estado y Sociedad Civil”, en AUTORES VARIOS: *De las cofradías a las organizaciones de la sociedad civil. Historia de la iniciativa asociativa en Argentina 1776 – 1990*, Edilab, Buenos Aires, 2002, p. 160.

⁴⁸ Los Principios: 06-02-1910, p. 3.

⁴⁹ AGULLA, Juan Carlos: *Eclipse de una Aristocracia. Una investigación sobre las elites dirigentes de la ciudad de Córdoba*, Libera, Córdoba, 1968, p. 25.

⁵⁰ GONZÁLEZ DE MARTÍNEZ, Marcela y RIQUELME DE LOBOS, Norma: “Elite social, Universidad y dirigencia”, en *Revista Studia*, núm. 4, FFyH, Córdoba, 1994, p. 50.

El proyecto civilizador que emprendió esta clase dirigente, con todas las transformaciones que en su recorrido e imposición se dieron, alteró los fundamentos de la realidad social, tornándola más móvil, fluctuante y conflictiva. En su marco, cada individuo luchaba por definir su lugar, su integración en el colectivo social.

2- Entretenimientos y diversiones de la ciudad

Fuera de los ámbitos laborales, la población cordobesa tenía reservados sus momentos y espacios de formación personal, recreación o esparcimiento, a través de los que reproducían formas variadas de sociabilidad. Además, por su legado colonial, la vida de la capital dejaba ver costumbres con una fuerte impronta religiosa como el rezo del rosario y la concurrencia a novenas, procesiones y misas dominicales, manifestaciones sociales que convocaban a gran cantidad de fieles. Junto a ellas convivían en el pueblo, en diferentes períodos, numerosas formas de entretenimiento, entre las que se destacaban las corridas de toro, los juegos de cañas, del palo enjabonado, la taba, el billar, los juegos de salón, el ajedrez o los naipes, las riñas de gallos, las bochas, etc. A todas estas diversiones se sumaban tertulias literarias, bailes (de lanceros, valeses o varsovianas), los cines y los espectáculos teatrales, que se celebraban en el anfiteatro “Progreso”⁵¹ o en el teatro “Edén” de San Vicente, en los cuales actuaban elencos llegados de Buenos Aires o de aficionados locales para beneficio de alguna causa.

Muchas otras actividades que ocupaban el tiempo del ocio de la población transcurrían sobre sus plazas y parques. Hasta el momento de la expansión urbana, solo existían en la ciudad la plaza principal y el Paseo Sobremonte. A partir de entonces, en la década del '80 se comenzaron a construir el Parque Las Heras, el Sarmiento -antes llamado Crisol- y la plaza Colón. Más tarde, con el aumento de la población, éstos resultaron insuficientes, por lo que se edificaron otros en los nuevos espacios urbanos que iban surgiendo. Así, aparecieron las plazas San Vicente, General Paz y España. Sin embargo, no alcanzaron para acallar los reclamos por su escasez y, en determinados momentos, por el estado de abandono y descuido general en el que se hallaban, ante la inacción del gobierno municipal.

⁵¹ Fue inaugurado en 1877 en la primera cuadra de la actual calle San Martín, trasladado luego a la esquina de Olmos y San Martín y, más tarde, a la calle Ayacucho.

En estos puntos se materializaron habituales reuniones sociales que congregaban a las familias, tales como las fiestas del carnaval y los corsos que se extendían por las calles de la ciudad, las kermeses o retretas amenizadas por bandas de música y demás espectáculos de diferente tipo. Los Principios afirmaban, en este sentido, que

*“...mucha gente de todas las clases sociales va el domingo al Parque Sarmiento, paraje con magníficas arboledas, concentrando la vida de la ciudad hasta altas horas de la noche. Confiterías llenas, cientos de carruajes y automóviles recorren las avenidas del parque, biógrafos llenos...”*⁵²

También se recreó allí la simple práctica generalizada de los paseos, en los que se encontraba la gente y se mostraban ante la sociedad.

En las épocas estivales, gran parte de las actividades recreativas se suspendían y aparecían nuevas opciones, como el retiro a las casas de campo, reservado para ciertos sectores. Las impresiones sobre la vida social de la ciudad que dejó un corresponsal porteño en su paso por estas tierras ofrecen una pintura de este panorama:

“Se ha hecho costumbre entre las familias pudientes de la capital de Córdoba, alejarse al campo conforme los calores empiezan a sentirse. Antes se pasaba en la ciudad, durmiendo largas siestas, siendo pocas las personas que poseían quintas de recreo o buscaban balnearios. Alejarse del mundo donde se vive durante los rigores de la canícula está de moda. El éxodo veraniego no hace gracia al comercio ni a los jóvenes cordobeses, que atacados de pobreza, tienen que quedarse en la ciudad aburriéndose, porque no hay diversiones más que algún cinematógrafo o en los bars más importantes. No hay en estos momentos espectáculos teatrales, ni paseos en el parque, ni corso en la avenida General Paz, ni nada que ofrezca mayores atractivos. Cuando termine la temporada veraniega volverán los corsos por las calles centrales, grandes desfiles de coches y automóviles, en los que se ostenta el lujo y la belleza; el aristocrático parque estará repleto de concurrentes los

⁵² Los Principios: 31-12-1912, p. 7.

días de moda; los templos, los teatros, los clubs, serán igualmente concurridos y el comercio empezará su agosto en abril."⁵³

El proceso civilizador y modernizante de la elite comprendió también la idea de una ciudad higiénica, materializada en la proliferación de espacios verdes como plazas y parques, lugares para la recreación y el placer de los individuos y para la práctica de ejercicios físicos al aire libre. Todo barrio aspiró a una plaza o parque, ya que servían para ordenar el territorio y para responder a las demandas familiares de esparcimiento, que compensaban las nefastas consecuencias de la vida estrecha, hacinada y con precario equipamiento que hacía difícil la incorporación de los nuevos valores de la higiene a la vida cotidiana.⁵⁴

Formando parte de este proceso y procurando el desarrollo físico de la población, a partir del último cuarto del siglo XIX, hizo su aparición en la ciudad una novedosa forma de entretenimiento: la práctica de los deportes, incentivada principalmente por españoles e ingleses. Con anterioridad a la introducción del fútbol, estas colectividades incorporaron el juego de frontón de pelota,⁵⁵ el tenis y el críquet⁵⁶ a las actividades de ocio cordobesas y se popularizaron las corridas de caballo.⁵⁷

⁵³ Los Principios, 19-02-1910, p. 5.

⁵⁴ ARMUS, Diego: "La idea del verde en la ciudad moderna. Buenos Aires, 1890-1940", en *Entrepasados*, núm. 10, Buenos Aires, 1996, p. 14.

⁵⁵ Juego de raigambres vascas, que tenía sus canchas en los pueblos General Paz y San Vicente.

⁵⁶ Desarrollados en el seno del Córdoba Athletic Club, también de General Paz, entidad constituida por ingleses, de la que se profundizará oportunamente.

⁵⁷ Para 1876 se construyó el hipódromo en Altos de General Paz, el cual pasó a concentrar todas multitudinarias carreras hípcas de la ciudad hasta la construcción del Hipódromo Nacional en Altos de San Vicente. Ambos estimularon, además de un aumento en el valor de las propiedades colindantes, la creación, de la mano de las familias aristocráticas de la ciudad, del Jockey Club Córdoba en 1887 y del Club Hípico en 1911, precursor del actual Jockey Club, instalado en 1912.



Fuente: *La Voz del Interior*: 24-05-1914, p. 3.

Ganadores del concurso hípico en el Hipódromo General Paz.

Al poco tiempo, casi paralelamente a la difusión del fútbol, surgieron el hockey, el golf, la natación, el atletismo, el ciclismo,⁵⁸ el automovilismo, el polo, la esgrima, el boxeo, el tiro, el remo y las regatas en el Parque Sarmiento. En sus inicios, estas prácticas deportivas fueron diversiones de la elite y la mayoría lo siguió siendo por mucho tiempo; sólo unos pocos, entre ellos el fútbol y el boxeo,⁵⁹ interesaron mayormente al resto de la población y estuvieron al alcance de sus posibilidades.

Muchos y variados clubes se crearon en la ciudad para llevar adelante la práctica de todos estos otros deportes; entre otros, la Sociedad de Tiro al Blanco (1889), el Tiro Nacional (1891), el Tiro Suizo, el Tiro Federal (1895) y el Tiro Federal de Córdoba (1914), en cercanías del Parque Sarmiento; el Club de Esgrima, el Círculo de Armas (1898) y el Club de Cazadores (1904); el Club Ciclista de Córdoba y el Velódromo Córdoba (1899), corriéndose las primeras carreras en el parque Las Heras y el Social Sport Club (1913), luego llamado Córdoba Lawn Tennis.

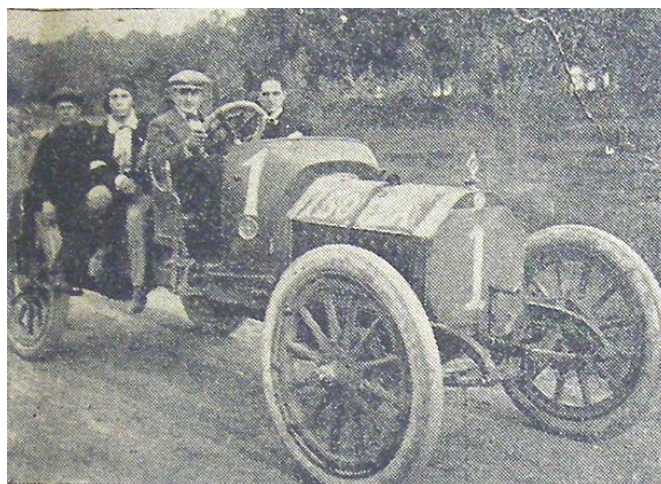
⁵⁸ Según se cuenta en *La Voz del Interior*, "...floreció este ejercicio del 96 al 94. Quien pudo pagarse una bicicleta, se hizo aficionado al ciclismo. En 1908 y 1909 la bicicleta repunta, no por sport, sino que por su practicidad, economía y velocidad se hace el vehículo obligado de empleados y obreros". *La Voz del Interior*: 01-04-1914, p. 5.

⁵⁹ Los primeros asaltos tuvieron como escenario el Café del Plata.



Fuente: *La Voz del Interior*: 25-05-1915, p. 8.

Largada de una carrera de bicicletas por las calles de la ciudad.



Fuente: *La Voz del Interior*: 27-05-1915, p. 8.

El ganador del *raid* automovilístico en la Semana Sportiva de Mayo.

Anteriormente, en 1882 -según dictan sus estatutos-, tuvo lugar la fundación del Córdoba Athlétic Club, la institución deportiva más antigua de la ciudad, como resultado de la iniciativa de empleados y funcionarios de los ferrocarriles ingleses. En sus instalaciones se impulsó la práctica del críquet, el atletismo, el tenis, el golf y, más adelante, el fútbol.

De este modo, en la Córdoba de entresiglos convergían formas tradicionales de esparcimiento, construidas de manera informal y espontánea principalmente en torno a

lazos de parentesco, con formas modernas de recreación, que perfilaban una tendencia a la organización colectiva de estas actividades a través de asociaciones con funciones cada vez más específicas.⁶⁰ La práctica futbolística se inscribió en este último patrón y configuró un nuevo modelo asociativo a través de los clubes de deporte. En efecto, la implantación de todos estos nuevos tipos de entretenimiento fue resultado de la imposición de prácticas occidentales sobre otras autóctonas, como un rasgo distintivo del proceso civilizatorio que aspiraba llevar a las sociedades atrasadas hacia el modelo de la civilización occidental.⁶¹

3- El fútbol en el proyecto de modernización de la ciudad

La inserción de la ciudad en el circuito comercial agroexportador pampeano, siguiendo los lineamientos de la división internacional del trabajo, trajo aparejadas grandes modificaciones en el escenario urbano. La elite dirigente local, de corte liberal e influida de un espíritu progresista de acuerdo a los signos de la época, se dio a la tarea de consolidar el nuevo orden capitalista que se imponía desde la esfera nacional. Entendía que, para llevar adelante este modelo socioeconómico, había que acondicionar a la fuerza de trabajo e intentar imbuirla de nuevas cualidades como la disciplina y la eficiencia.

El proyecto civilizador que la dirigencia se encargó sobre la base del orden y el progreso de la ciudad, comportó la adopción de determinadas prácticas y valores en la población. Y el fútbol sirvió a ese proyecto. El discurso higienista de la elite local procuraba transformar el ambiente urbano en un espacio puro para enriquecer la vida cotidiana, suavizar los trajines, facilitar el fortalecimiento de los cuerpos y hacerlos más resistentes y saludables.⁶²

La inclinación por los ejercicios físicos, en boga en Europa y su difusión entre la población fue uno de los mecanismos adoptados con el objetivo de mejorar la condición física, la salud y la conducta de los individuos, amoldándolas a los nuevos tiempos modernos. En estos ejercicios se reconocía parte de las razones del poderío inglés, fruto

⁶⁰ GONZÁLEZ BERNALDO DE QUIRÓS, Pilar: Op. Cit., pp. 326-327.

⁶¹ TABARES FERNÁNDEZ, José F. y MOLINA BEDOYA, Víctor A.: “Notas para un juego-deporte insubordinado o del deporte desde la mirada de la Modernidad/Colonialidad”, en <http://www.efdeportes.com>, *Revista digital*, año 13, núm. 125, Buenos Aires, 2008.

⁶² ARMUS, Diego: Op. Cit., p. 9.

de su contribución eficaz al vigor y energía de la raza anglosajona, admirada y reconocida por los círculos dirigentes. Esa misma ascendencia inglesa de los ejercicios exteriorizaba un alto grado de civilización en el fomento de la cultura física.

En palabras de sus difusores, los ejercicios físicos, y el fútbol como una de sus variantes lúdicas, venían a combatir tanto la debilidad y el raquitismo de los organismos, como la inercia, la falta de iniciativas y los comportamientos inmorales que la vida sedentaria y ociosa operaba en la juventud. Eran recomendados por las autoridades médicas e higienistas para lograr un completo desarrollo corporal de los individuos, para el equilibrio y el sostenimiento de la salud y para su transformación en hombres fuertes, robustos y vigorosos, garantes de las “buenas costumbres”.



Fuente: La Voz del Interior: 05-05-1915, p. 8

Escena del match interprovincial entre Belgrano y Rosario Central..

Hombres fuertes y sanos eran la mano de obra eficiente y preparada que las nuevas necesidades del sistema imponían. El modelo económico agroexportador que entraba en vigencia en el país y del que Córdoba participaba activamente, requería no sólo de un aumento demográfico (saldado con el aporte migratorio, interno y externo y el crecimiento vegetativo), sino también mejoras en las condiciones de vida de la población trabajadora. Las deficiencias en la calidad alimenticia y en las condiciones higiénicas y sanitarias de la ciudad, entre otras, eran causantes de numerosas enfermedades que diezaban a la población, principalmente a los niños.

Al respecto, preocupaba en cierta medida a los sectores dominantes las actividades y diversiones⁶³ de la población fuera del trabajo. Renegaban de su supuesta pereza, holgazanería o falta de iniciativa y compromiso y condenaban su vida “libertina”, su propensión a “malgastar” el tiempo en los bares, cafés o tabernas de la ciudad, entregándose al alcohol, al juego, a las nimiedades de la vida o a los disturbios. Estas actitudes, adjudicadas mayormente a los sectores populares, entraban en contraste con la moral burguesa racional a la que la dirigencia aspiraba.⁶⁴ En tanto prácticas degradantes física y moralmente, consideraban que mermaban la capacidad laboral de los sujetos. Y no sólo eso. Más aún, molestaba el carácter público de estas manifestaciones desbordantes, que no encuadraban con los comportamientos recatados deseados por el ideal civilizador.

Sin embargo, en algunos casos se trataba de diversiones comunes a todas las clases sociales, lo que ponía mayores dificultades a la lucha por desarraigarlas. En consecuencia, no necesariamente se quiso eliminar todas estas prácticas; a algunas, más bien, se intentó adaptarlas a las demandas de la cultura dominante.

Se veía en el fútbol, entonces, un factor de mejora colectiva, ya que formaba en el ámbito de la ejercitación, volviendo a los sujetos más vigorosos y aptos para las nuevas tareas y menos vulnerables a complicaciones en su salud. Y en un marco en el que el trabajo pasaba a ser para los grupos dominantes uno de los valores fundamentales a ser cultivados para el establecimiento de un nuevo orden social burgués,⁶⁵ la difusión de este deporte era considerada como una de las palancas para llevar adelante el progreso anhelado. Ello mismo lo convertía en una obra patriótica, pues fortalecía a la raza que “...degeneraba en el aniquilador trabajo de los talleres, fábricas y en el sedentario trabajo de las tiendas y almacenes...”⁶⁶ y los proveía de amplias aptitudes para el trabajo manual o mental. En otras palabras,

⁶³ Fiestas y espectáculos públicos y privados como los juegos de azar, la riña de gallos, el teatro criollo, el carnaval, etc.

⁶⁴ ÁLVAREZ ESCALONA, Gerardo Tomás: Op. Cit.

⁶⁵ VIEL MOREIRA, Luis Felipe: *O processo de organização de uma ordem capitalista urbana numa cidade do interior argentino. Córdoba 1895-1906*, Universidad Federal do Río Grande do Sul, Porto Alegre, 1993, p. 118.

⁶⁶ La Voz del Interior: 14-09-1918, p. 7.

*“...el robusto o sano producirá más, mejor y por mayor tiempo que el débil y mal preparado para la lucha por la vida (...) Hombres sanos, fuertes y ágiles son un elemento precioso para la fábrica, para la agricultura, para la minería, para las artes, para la ciencia y para la protección de generaciones de héroes de guerra y de la paz...”*⁶⁷

La práctica del deporte aprestaba a los individuos, así, para contribuir al progreso de la patria y para defenderla en caso de que peligrara su integridad, teniendo en cuenta la presencia de un contexto mundial que no la aseguraba.⁶⁸ Y en un territorio donde la consolidación del poder estatal era reciente, esta práctica atañía también a los esfuerzos uniformadores de la elite por la construcción y definición del ser nacional. Por tal razón, los pueblos debían realizar el anhelo de la perfección humana, volviendo a sus habitantes sanos y viriles y uno de los medios que vislumbraron para lograrlo fue el arraigo de los ejercicios físicos.

En su conjunto, esta misión moralizante, discurso proveniente en gran parte de la prensa y de los discursos oficiales, recaía casi siempre en un mismo destinatario generacional: la juventud, más vulnerable a las conductas “reprimibles” y la fuerza de trabajo necesaria para el progreso económico. Casi exclusivamente estas advertencias iban dirigidas a las prácticas de la juventud de los sectores populares, o de la “juventud obrera”, como se la llamaba en otros momentos, aunque también hubo referencias al estado de indiferencia de esa juventud que no se dedicaba a otra cosa que a “*aspirar algún título universitario o a gozar de las delicias que le ofrecía su intimidad con el presupuesto.*”⁶⁹

En este sentido, la prensa incitaba a la juventud a

“...abandonar vida sedentaria que aniquila el cuerpo y deprime el espíritu y dedicarse a esos juegos viriles que tan grandes beneficios le

⁶⁷ La Voz del Interior: 15-02-1917, p. 6.

⁶⁸ Las hostilidades con Chile por los problemas fronterizos eran una constante en la época, como así también afectaban al país los conflictos que existían entre otros vecinos sudamericanos; luego, el estado de alerta se recrudeció con el desencadenamiento de la Gran Guerra.

⁶⁹ Los Principios: 29-05-1900, p. 2.

reportan al cuerpo y al espíritu, buscando ver, como dijo el senador Amuchástegui, “un alma de sabio en un cuerpo de atleta” ...”⁷⁰

En efecto, para el proyecto educativo de la época, la enseñanza integral debía contemplar

“...las exigencias de nuestra vida fisiológica, poniendo junto a la educación del espíritu la cultura del músculo hermanando la inteligencia y la fuerza vital en el amplio consorcio que exige el aforismo latino mens sana in corpore sana...”⁷¹

Este proyecto civilizador tuvo también una impronta religiosa, ya que era secundado por los sectores católicos -de fuerte arraigo en la ciudad-, que propiciaban la idea de que la educación católica debía comprender al hombre todo, cuerpo y alma. Como instrumento del alma, el cuerpo debía ser sano, robusto y ágil para ejecutar las órdenes del espíritu. Porque el joven no sólo debía salvar su alma, sino también cuidar su cuerpo para serle útil a la familia y a la sociedad.⁷² Así lo ratificaba, tiempo después, el Papa Pío X en una alocución a los gimnastas católicos que tomaron parte del concurso atlético del Vaticano: “...todos los jóvenes deben estar prontos a defender su patria y para ello conviene fortalecer sus cuerpos con la gimnasia y sus espíritus con la virtud.”⁷³

En la visión de los sectores dirigentes, la difusión del fútbol, entonces, aparecía como consustancial con el proyecto de una educación moderna integral ya que, a la par de favorecer el desarrollo corporal, traía beneficios espirituales e intelectuales y reforzaba el mantenimiento del orden y el progreso:

“el fútbol, de extraordinaria difusión en nuestro ambiente popular, no sólo ejerce una benéfica influencia en el orden material, sino que proporciona una enseñanza moral que fluye de la disciplina impuesta en el field para el cumplimiento de las órdenes del juez y la necesidad que,

⁷⁰ Los Principios: 24-08-1900, p. 1.

⁷¹ Los Principios: 01-02-1920, p. 10.

⁷² Los Principios: 23-08-1898, p. 2.

⁷³ Los Principios: 01-11-1913, p. 7.

en todo momento, sienten los jugadores de subordinar la acción propia a la del conjunto, para asegurar el éxito del esfuerzo común. Esta disciplina moral impuesta por el juego en sí y por las reglas que lo rigen, es educadora para el individuo y susceptible de influir en la psicología colectiva (...) La educación física, tan desatendida, es factor importante de la educación social. Mediante ella se fortifican los vínculos sociales, nacen y se cultivan sentimientos nobles y se neutralizan y combaten los egoísmos humanos que tanto minan y corroen al organismo social.”⁷⁴

De este modo, el fútbol era parte de una pedagogía social que venía a aleccionar al individuo, lo instruía en el respeto por las jerarquías en el marco de una “moral colectiva” de la que participaba. La vinculación del deporte con la idea de orden impregnaba cada una de las manifestaciones de esta práctica. En tal sentido, ejercía una función de control social al quitar a la juventud de los vicios, posibles focos de desorden público:

“...se las sustrae a las tabernas y, por ende, al hospital, se les educa en el mutuo respeto a los esfuerzos de cada uno y se les da una noción exacta de su valor como fuerza y de su rendimiento como acción; se prevé de la manera más cierta a disminuir la mortalidad prematura, atentas a las ventajas higiénicas del ejercicio; se reduce a la delincuencia y se elevan por fin, la mentalidad popular y la moral colectiva, porque la ociosidad desaparece para dar paso a la saludable ejercitación colectiva.”⁷⁵

El consenso con estas ideas no excluía la existencia de voces contrarias a la difusión de estos deportes, que también hallaron eco en la prensa, aunque su influencia fue más bien marginal y no llegó a materializarse en acciones concretas. Se condenaba la admisión de toda clase de juegos por el solo hecho de su origen inglés, a los que consideraban que, en algunos casos, rayaban en lo bárbaro o lo ridículo. Más aún, no

⁷⁴ Los Principios: 22-02-1916, p 7 y La Voz del Interior: 23-08-1916, p. 8.

⁷⁵ Los Principios: 14-01-1920, p. 10.

veían que progresaran las fuerzas vitales ni que se fortificara la inteligencia gracias a la práctica de estos juegos, volviendo a la juventud más inútil, banal, frívola y viciosa, ya que las horas dedicadas a los ejercicios físicos no quitaban el tiempo y la oportunidad para que fueran luego a los lugares “malsanos”. Por la inversión de recursos en estos juegos, creían que se descuidaban la educación, la cultura y la intelectualidad del pueblo.⁷⁶ Sin embargo, estas ideas no tuvieron el eco suficiente en la población como para acallar su difusión.

En definitiva, para los mismos contemporáneos, la educación física del pueblo y el impulso de los juegos atléticos ingleses, eran considerados un desafío de la modernidad y estaban planteados como una necesidad y un beneficio colectivo. En ellos subyacían algunos de los preceptos de la modernidad: higiene, salubridad, orden y estética, e intervenían en el control y la regulación de la vida pública y privada de la población en dirección al progreso y la civilización de Córdoba.⁷⁷ Con respecto a esta función social y moderna de los deportes, Eduardo Archetti afirma:

“...los deportes de origen británico son concomitantes con la modernización, la construcción de estados nacionales y la internacionalización creciente de los intercambios económicos, sociales y culturales en el siglo diecinueve y comienzos del veinte. Mosse (1985,1996) ha argumentado que los estereotipos masculinos de los nacionalismos modernos europeos (y no europeos como en el caso de la Argentina) dependen de la definición como imperativo moral no solo de la belleza sino del estado físico. (...) El esfuerzo físico y el cuidado corporal aparecen, de esa manera, no solo como símbolos de la modernidad sino como algo que hay que cultivar y desarrollar, como una práctica individual y social que debe ser garantizada por el estado y la sociedad civil. (...) La expansión del deporte en la Argentina se puede asociar al desarrollo de la sociedad civil ya que las

⁷⁶ Los Principios: 29-10-1908, p. 5 y 12-06-1908, p. 5.

⁷⁷ BOIXADÓS, M. Cristina: *Las tramas de una ciudad, Córdoba entre 1870-1895. Elite urbanizadora, infraestructura, poblamiento...*, Ferreira, Córdoba, 2000p. 24.

organizaciones y clubes deportivos generan espacios de autonomía y participación al margen del Estado... ”⁷⁸

En este proyecto civilizador, el fútbol se conformó como un medio de educación física y estética del cuerpo, forjador de una moral colectiva que pretendía enraizarse como uno de los fundamentos del nuevo orden social deseado. De esta manera, el fútbol mismo pasaba a ser incorporado al proyecto de construcción de una ciudad moderna.

4- La práctica del fútbol y su inserción y difusión en la ciudad

4.1- Los orígenes del deporte moderno y sus perspectivas de análisis

En cuanto a la práctica de los deportes, se han esgrimido diferentes enfoques teóricos sobre sus orígenes modernos. En sus dos acepciones más comunes, el deporte es asociado, por un lado, a la recreación, el pasatiempo, el placer y la diversión y, por otro, a toda actividad física, ejercida como juego o competición, cuya práctica supone entrenamiento y sujeción a normas. Etimológicamente tiene reminiscencias del latín clásico *deportare* o *disportare*: distraerse.

Sus primeras expresiones en el mundo occidental provienen de la antigüedad clásica. En Grecia el deporte contó con una amplia difusión y se practicó de manera organizada en base a torneos atléticos periódicos, ligado siempre a valores educativos y religiosos, en los que se ponían en juego las capacidades físicas, psíquicas y estéticas de los participantes. Roma dio un nuevo sentido al deporte, orientándolo al entrenamiento militar, por lo cual quedó restringido a ciertos individuos especialmente preparados para ello. En la Edad Media, se fue desvalorizando como práctica en detrimento del adiestramiento guerrero. Con el Renacimiento y la recuperación de lo clásico, tímidamente el deporte recobró valor de la mano de una nobleza ávida de ejercicios placenteros.

A partir del siglo XVIII y en Inglaterra fue donde el deporte adquirió las formas y matices modernos con los que actualmente se lo conoce. Como sugiere Roberto

⁷⁸ ARCHETTI, Eduardo: *El potrero, la pista y el ring...*, Op. Cit., p. 11.

Velázquez Buendía,⁷⁹ tuvo lugar mediante un proceso de transformación de juegos y pasatiempos tradicionales en expresiones lúdicas sistematizadas por reglas de comportamiento, el que fue iniciado por las elites sociales bajo el auspicio clave de las *publics schools* y los *clubs* ingleses.

Las diferentes perspectivas de análisis que se postulan para intentar dar explicaciones acerca de los orígenes del deporte moderno hacen hincapié en cuestiones económicas, políticas, culturales y sociales.⁸⁰

En primer término, Carl Diem se centró principalmente en factores culturales y psicológicos para sostener la idea de que las causas de la génesis del deporte moderno se podían atribuir a la idiosincrasia de los ingleses, al carácter emprendedor, al gusto por las apuestas y al aprecio e importancia otorgada a la fuerza física y a su demostración entre los habitantes. En ellos estaba presente la noción del “espíritu del deporte inglés”, entendida como una forma de concebir y de practicar la competición deportiva en base a una gran corrección ética que surgía de un “impulso interior”, motor de la génesis del deporte y que dio lugar a la necesidad de creación de reglas universalmente aceptadas.⁸¹

Por su parte, Richard Mandell buscó la explicación del surgimiento del deporte moderno en las características geo-políticas de Inglaterra, las que determinaron unas condiciones sociales y económicas especiales en relación al resto de los pueblos de Europa. Al respecto, la situación de aislamiento insular en la que se hallaba y la

⁷⁹ VELÁSQUEZ BUENDÍA, Roberto: “El Deporte moderno. Consideraciones acerca de su génesis y de la evolución de su significado y funciones sociales”, en <http://www.efdeportes.com>, *Revista Digital*, año 7, núm. 36, Buenos Aires, 2001.

⁸⁰ Para abordarlos se recurrió a lo trabajado por Velásquez Buendía en su artículo recientemente mencionado, en donde se presentan los lineamientos más importantes de autores que el citado entiende como referentes de las principales posiciones teóricas que ofrecen una ilustración sobre esta temática: Carl Diem, Richard Mandell, Norbert Elías y Erich Dunning, Jean-Marie Brohm y Pierre Bourdieu. El corpus bibliográfico que maneja el autor para su presentación es el siguiente: DIEM, Carl: *Historia de los deportes*, vol. I y II, Luis de Caralt, Barcelona, 1996; MANDELL, Richard: *Historia cultural del deporte*, Bellaterra, Barcelona, 1986; ELIAS, N. y DUNNING, E. (1992): *Deporte y ocio en el proceso de la civilización*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1986; BROHM, J.M.: "Sociología política del deporte", en *Partisans: Deporte, cultura y represión*, Gustavo Pili, Barcelona, 1978, pp. 17-31 y BROHM, J.M.: "20 Tesis sobre el deporte", en BROHM, J.M.: *Materiales de sociología del deporte*, La Piqueta, Madrid 1993, pp. 47-55; BORDIEU, P.: "Deporte y clase social", en BROHM J.M.: *Materiales de sociología del deporte*, La Piqueta, Madrid, 1993, pp. 57-82.

⁸¹ VELÁSQUEZ BUENDÍA, Roberto: Op. Cit.

invasión normanda que tuvo lugar a principios del siglo XI determinó la imposición en su seno de una autoridad central. Autoridad que, a lo largo de los siglos posteriores, dio lugar a la existencia de ciudades abiertas, de clases aristocráticas, profesionales y comerciales con un sentido nacionalista antes que localista, de unas rupturas políticas menos severas que en Francia o Alemania, de una mayor movilidad social -ascendente y descendente- que en el continente, etc.⁸²

Para este autor, las mejores condiciones de vida que, en general, disfrutaban los grandes terratenientes, los obreros y jornaleros respecto a sus homólogos europeos, dieron lugar a una explotación más “lujuriosa” del ocio y a una más libre experimentación de las formas de espectáculo y juego existentes en Europa. El desarrollo de un espíritu deportivo y su vinculación con operaciones especulativas a partir del conocimiento de los mercados comerciales, contribuyeron, según Richard Mandell, a generar una nueva actitud mental hacia el juego en los sujetos, que más tarde sería característica de la era industrial.

A medida que atributos como la racionalización, la estandarización o la precisión de las mediciones surgidos a lo largo del proceso de industrialización fueron impregnando su vida cultural, se adentraban también en la práctica deportiva, orientándola hacia la consecución de una eficacia que pudiera demostrarse estadísticamente y con éxitos, como sucedía con la manufactura y el comercio. Y aunque inicialmente se desarrolló con un carácter selectivo, pronto la práctica fue abrazada por todas las esferas sociales.

Norbert Elías y Richard Dunning plantearon una perspectiva socio-política, socio-genética en su visión de este proceso. Asociaban la aparición del deporte a las características del proceso civilizador de la sociedad inglesa, vinculando el desarrollo de la estructura de poder en la Inglaterra del siglo XVIII con el modo como evolucionaban los pasatiempos tradicionales, que veían como resultado del proceso de pacificación de las clases altas del país.

En este sentido, para los autores las grandes y graves tensiones sociopolíticas del siglo XVII, provocadas a partir de las luchas por el poder entre la nobleza y las clases altas terratenientes, con sus estallidos de violencia y secuelas de odio y miedo, conllevaron catastróficas consecuencias para ambas partes. Constituyeron factores que fueron propiciando, a lo largo del siglo XVIII, la aparición de un marco político en el

⁸² Ibidem.

que se pudieran dirimir las diferencias de manera pacífica y transcurrir la alternancia en el poder sin hostigamientos, amenazas ni venganzas con los predecesores. Durante dicho proceso, que dio lugar a la aparición del parlamento y del gobierno parlamentario, fue necesario que las clases enfrentadas asumieran recíprocamente un código ético de sentimientos y conductas que hicieran posible los enfrentamientos sin violencia, con el consecuente desarrollo de una mayor capacidad de autocontención y un aumento de la sensibilidad respecto al uso de la violencia.

Este cambio civilizador en la conducta política se extendió también a la conducta social en los pasatiempos tradicionales practicados en Inglaterra, por lo que, en palabras de Norbert Elias y Richard Dunning, la parlamentarización de las clases hacendadas de Inglaterra tuvo su equivalente en la deportivización de sus pasatiempos, proceso que hizo del deporte una actividad con efectos catárticos y liberadores que contribuyó al proceso civilizador de la sociedad inglesa. En un principio, las clases terratenientes tuvieron una hegemonía absoluta sobre la configuración y el desarrollo de la nueva orientación de los pasatiempos tradicionales transformados en deportes. Cuando muchas de las prácticas deportivas se extendieron y pasaron a manos de las clases industriales urbanas, se mantuvo la orientación que las elites sociales habían dado a tales prácticas.

Por último, en relación con la organización y difusión de los nuevos deportes, los autores aludieron a la importancia que tuvieron los clubs, instituciones que constituían originalmente una expresión del derecho de los caballeros a reunirse libremente. A través de ellos, tuvo lugar la organización de competiciones y la unificación de los reglamentos a nivel supra-local y también la creación de organismos y comités de supervisión encargados de verificar el cumplimiento de las reglas y de proporcionar árbitros o jueces cuando era necesario.

Desde una perspectiva de análisis neomarxista, para Jean-Marie Brohm el deporte fue producto de una ruptura histórica que comenzó en Inglaterra con el modo capitalista de producción industrial y que respondió a necesidades intrínsecas al mismo. En efecto, se constituyó inicialmente como una práctica de clase cuyos orígenes se sitúan en la Inglaterra de la revolución industrial, como resultado del incremento de las fuerzas productivas capitalistas, de la disminución de la jornada laboral, del crecimiento de las grandes urbes y de la modernización y extensión de los medios de transporte. A través suyo se verificó una reproducción ideológica de los modos, valores y estatus que

se daban en dichas relaciones de producción y en el orden social dominante, bajo la supervisión del aparato del Estado.

Según Jean-Marie Brohm, los clubes y las federaciones deportivas se asemejaban a entidades comerciales que competían entre sí, tendían a mercantilizar la figura del deportista y contribuían a la promoción del espectáculo deportivo de masas, en plena complicidad con el aparato del Estado, con la finalidad de obtener beneficios económicos y políticos.

Partiendo de líneas teóricas similares, Pierre Bourdieu sostiene que la génesis y el desarrollo del deporte se explicaban a partir de las necesidades educativas de las clases sociales dominantes y del significado con que se concibió la práctica deportiva entre las mismas. Para el autor, la transición de los pasatiempos populares a deportes tuvo lugar en el seno de las *Publics Schools* inglesas, instituciones educativas masculinas propias de la aristocracia y de la alta burguesía. A través de ellas, los valores y modos sociales de las clases dominantes eran transmitidos a sus hijos para su formación.

La forma de jugar propia implementada en estas *Publics Schools*, conocida como *fair play*, reflejaba la inclinación de las elites hacia actividades sin propósito utilitario alguno y su aparente apatía y distanciamiento emocional de los intereses materiales. Gracias a ella, el deporte se convertía en una forma de aumentar el coraje, de desarrollar el carácter y de inculcar la voluntad de ganar, siempre dentro del mayor respeto a las reglas, como disposición aristocrática opuesta a la búsqueda plebeya de la obtención de la victoria a toda costa. Su popularización entre las clases trabajadoras y su posterior conversión en un espectáculo producido por profesionales para el consumo de las masas, se transformó en un instrumento para la movilización, ocupación y control económico de los estudiantes y los trabajadores.

Para abordar los orígenes modernos del fútbol, el presente trabajo reúne y conjuga elementos del enfoque civilizatorio y la perspectiva bourdiana, en una mirada crítica del proceso que propone un anclaje sociohistórico construido desde la dinámica local. El deporte, en definitiva, fue un producto emergente del proceso de industrialización inglés y de la mayor disponibilidad de tiempo y recursos por parte de las clases acomodadas -y progresivamente de los sectores populares- para la experimentación de diferentes formas de ocio. A su vez, fue tributario del fomento dado a la educación civilizadora por parte de las elites inglesas, impulsora de nuevos tipos de

comportamientos y valores, una de cuyas posibles vías de canalización era a través de la práctica deportiva. La difusión de la práctica deportiva tuvo lugar, en efecto, en el punto de encuentro de ambos procesos y se dio en el seno de instituciones educativas de la élite, cuyos alcances se extendieron e impusieron rápidamente entre los sectores populares.

Entre la amplia diversidad de manifestaciones que fue tomando esta práctica, el fútbol rápidamente se consagró como uno de sus principales exponentes, merced a la magnitud de su proceso de difusión y desarrollo.

4.2- Las manifestaciones iniciales del fútbol

Al indagar sobre los orígenes de la práctica del fútbol, muchos autores se remontan a su consideración como práctica milenaria y le atribuyen reminiscencias en expresiones lúdicas de la China antigua, de la Grecia clásica y de Roma. También, avanzando en el tiempo, han observado semejanzas con el juego del calcio, practicado en Florencia desde el Renacimiento y hasta el siglo XVIII. En él participaban dos bandos de veintisiete jugadores cada uno y su objetivo era introducir un balón (con la mano o el pie) en la meta contraria, formada por dos postes.

Sin embargo, todos los autores coinciden en que el fútbol, en su expresión moderna y tal como se lo conoce actualmente, tuvo origen en la Inglaterra del siglo XVIII, en el seno de las Publics Schools y, más tarde, los clubes ingleses. Tomó su nombre de las palabras inglesas *foot* (pie) y *ball* (pelota), dos vocablos cuyos orígenes pueden ser rastreados respectivamente del griego *pous* o el latín *pedes* (que significaban justamente “pie”) y del también griego *ballein* (“arrojar”). Por primera vez se habló de fútbol en Inglaterra en 1773, identificándolo como un juego de pelota que se realizaba un día festivo, los martes de carnaval, pero que cayó en desconsideración por la brusquedad con la que se jugaba ante la falta de reglas y autoridades que lo controlaran. Solamente en algunos colegios se siguió practicando, pero cada uno lo hizo bajo sus propias reglas, tornando casi imposible los desafíos entre unos y otros.

Hasta ese momento había dos grandes tipos diferentes de fútbol: uno que se jugaba en los condados del sur como Rugby y Malborough, más violento y que permitía el uso de las manos, que se afianzó en colegios en los que los terrenos estaban cubiertos de hierba, haciendo más tolerables y permisivas las caídas; otro, en los condados del norte, que prohibía los empujones y choques brutales y que se efectuaba en campos de

juego en malas condiciones, en los que, para evitar caídas, se estimulaba el juego erguido con los pies. Sin embargo, no hubo, hasta 1840, ningún tipo de reglamentación común.

Un esbozo de la misma se dio en una reunión de representantes de los colegios en la Universidad de Cambridge.⁸³ El acuerdo final llegó en 1863 cuando, ante la necesidad de unificar reglas, se celebró una reunión en la taberna de Queen`s Street en Londres entre todos los establecimientos educacionales en los que se practicaba ese deporte. Allí nació la Football Association, que reivindicaba el juego de pases con los pies entre dos bandos que competían por introducir el balón en el arco contrario y con cuyos reglamentos se jugó al fútbol tal como se lo conoce; los adeptos al Rugby lo rechazaron y se escindieron, fundando en 1871 la Rugby Football Union.⁸⁴

4.3- La llegada del fútbol a Argentina

De la mano de los agentes del capitalismo industrial y mercantil expansionista inglés -marineros, comerciantes, maestros, técnicos, gerentes, empleados, etc.- se difundieron en el país diferentes variantes de prácticas deportivas que en Inglaterra tenían lugar y, con ellas, la experiencia de la formación de clubes. En primera instancia, el fútbol fue introducido en la densamente poblada e infraestructuralmente más moderna Buenos Aires,⁸⁵ a través de sus zonas portuarias, las empresas instaladas en los ramos comerciales, financieros, industriales, ferroviarios o de otras infraestructuras y los colegios de la colectividad británica, los cuales intervinieron decididamente para su propagación posterior por el interior del país.

Los colegios pertenecientes a la colectividad inglesa fueron los primeros en diseñar una política difusora de los llamados “juegos ingleses” en nuestro medio. Dedicaron especial atención al fútbol, incluyéndolo entre los juegos escolares y transformándolo en práctica cotidiana para alumnos y ex -alumnos, tanto ingleses como pertenecientes a la elite criolla. Todos ellos habían ido incorporado el juego entre sus gustos -muchos lo aprendieron en sus viajes a Inglaterra y lo divulgaron en el país-

⁸³ El fútbol había llegado a las universidades de la mano de los alumnos de los colegios que ingresaban a ella.

⁸⁴ LE FLOC`HMOAN, Jean: *La génesis de los deportes*, Labor, Barcelona, 1969, p. 22.

⁸⁵ Allí fue donde se jugó el primer partido de fútbol del que se tiene registro en el país, el 20 de junio de 1867, en las instalaciones del Buenos Aires Críquet Club.

como parte de sus actividades sociales, bajo el amparo de clubes deportivos de carácter restringido: English High School, Buenos Aires–Rosario Railway, Quilmes Athletic Club, Flores Athletic Club, Lomas Athletic Club, etc.

En 1893 estas entidades armaron la liga oficial, la Argentine Association Football League, que organizó el primer campeonato formal.⁸⁶ Sus autoridades habían advertido la necesidad de encuadrar los reglamentos del fútbol y pensaron en una institución que nucleara a las entidades, difundiera el deporte e instituyera un campeonato anual para el estímulo y el perfeccionamiento de los aficionados.

4.4- La introducción del fútbol en Córdoba

La extensión del fútbol a las ciudades del interior siguió a la expansión de la red ferroviaria. Por vía de los jóvenes empleados y profesionales británicos que llegaban a Córdoba para trabajar en el Ferrocarril Central Córdoba, el juego del fútbol entró en la ciudad a partir de 1870. La creación de la Superintendencia del Central Córdoba en esos años posibilitó el arribo de gran cantidad de trabajadores e ingenieros para su tendido, mantenimiento, coordinación y funcionamiento. Éstos, junto con otros contingentes menos numerosos de ingleses que trabajaron en el tendido de las líneas telegráficas, e impulsados por su personal jerárquico, se reunían para practicar algunos deportes en los terrenos aledaños a las estaciones de ferrocarriles, ubicadas en las nuevas urbanizaciones y que actuaban como aglutinadores de talleres manufactureros. Además de las empresas, las escuelas británicas, tal como sucedió en la capital nacional, fueron el otro espacio en donde los miembros de la comunidad, en este caso los de generaciones menores, pudieron desplegar su afición por el juego, incorporado dentro de los contenidos pedagógicos.

Fruto del interés mostrado, una gran mayoría de británicos decidió fundar un club para la práctica de variados deportes: críquet, gimnasia, esgrima, atletismo, tenis, etc. Así nació el Córdoba Athlétic Club, la entidad decana del deporte cordobés. Su fundación data de 1882, cuando se aprobaron sus primeros estatutos, pero según algunos apuntes de diarios y personalidades de la época, su existencia se remontaría a casi dos décadas antes. Siguiendo tal hipótesis, los primeros ingleses que por esos años llegaron a la ciudad y se congregaban para recrearse con los juegos que habían conocido

⁸⁶ FRYDENBERG, Julio David: “Prácticas y valores...”, Op. Cit.

en su patria, crearon el club, pero sin llegar a darle un orden estable. En general, la mayoría de los que venían lo hacían sólo por un tiempo, contratados por el ferrocarril y no tenían domicilio fijo, por lo que menos aún se preocupaban por dotar de bases sólidas a la institución que concentraba sus intereses deportivos o por comprar terrenos en los que estaban instalados, que poco valían en ese entonces.⁸⁷ Pero a medida que fue aumentando la cantidad de migrantes ingleses y, por ende, de asociados, se tornó imperiosa la necesidad de darle entidad orgánica.

Sus instalaciones estuvieron ubicadas en la quinta de Augusto López, al sur del Pueblo General Paz, una de las nuevas áreas urbanizadas, en donde se hallaban la estación y los talleres del Ferrocarril Central Córdoba. Allí abundaban los terrenos baldíos, propicios para que los ingleses jugaran en sus ratos libres o en los días festivos a ese deporte que habían traído desde su patria, ante la mirada de chicos y jóvenes de los alrededores.

Dentro de la escasez de eventos deportivos en esos años y, más aún, de comentarios alusivos a los mismos en los principales periódicos de la capital, fue posible encontrar un suelto que hacía referencia a las fiestas que en 1894 se realizaron con motivo del jubileo de la Reina Victoria en el Córdoba Atlhétic Club. Uno de los números principales de la fiesta consistió en la celebración de juegos atléticos, con la concurrencia de aficionados de Rosario y de los pueblos situados sobre la línea del Central Argentino y el Central Córdoba. Se donaron para la ocasión varios premios (bandejas, cigarreras, botones, etc., de plata o metal valioso) que se expusieron en las vidrieras de la Casa Peterson para que los aficionados pudieran verlos. Previo a estos festejos, hubo una recepción del vice-cónsul inglés en el Consulado, en una elegante mansión de General Paz, que fue acompañada por numerosos caballeros ingleses y argentinos y hasta por el gobernador, sus ministros y otras autoridades.⁸⁸

Asimismo, otros festivales atléticos, en los que primaban las carreras pedestres y de bicicletas, eran organizados anualmente por este centro a finales de octubre o en los primeros días de noviembre. Para tales eventos se distribuían algunas invitaciones especiales⁸⁹ y su anuncio se hacía a través de la prensa, convocando a todos los vecinos de la ciudad “...que desearan propagar en la juventud el amor al desarrollo físico...”⁹⁰

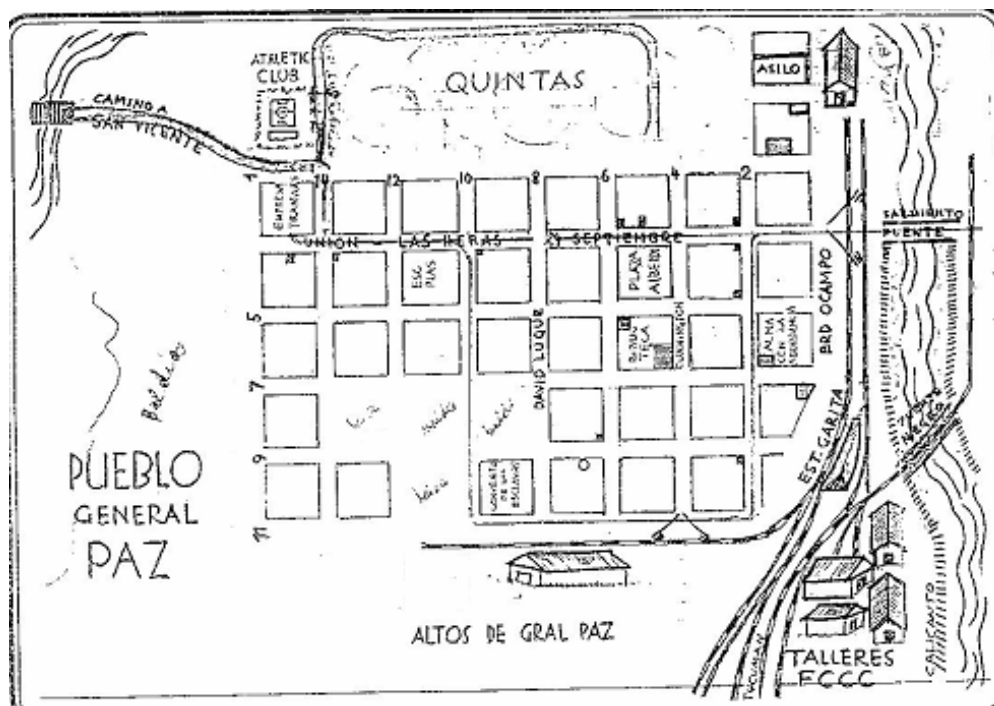
⁸⁷ La Voz del Interior: 16-04-1957, p. 33.

⁸⁸ Los Principios: 18-10-1894, p. 2.

⁸⁹ La misma informaba: “La CD del Córdoba Atlhétic Club tiene el honor de invitar a Ud. y familia a asistir a los juegos atléticos que tendrán lugar el día 1 de noviembre próximo a las 2 pm en el local del

La exclusividad de los ferroviarios en esos concursos fue luego superada por la participación de alumnos del Colegio Nacional y de la Escuela de Agronomía y por exponentes del género femenino. La concurrencia era numerosa, a pesar de la existencia de otras reuniones sociales en otros puntos de la ciudad y que, en ocasiones, se cobraba entradas a los no socios.

En cuanto al fútbol, las crónicas con motivo del 75 aniversario del club⁹¹ afirman que fue en 1884 cuando surgió entre los asociados del club la idea de constituir dos cuadros para sostener *matches* entre sí. Con ese propósito, se construyó la primera cancha de fútbol en la ciudad: la “cancha de los ingleses”, delimitada por las actuales calles Viamonte, Roma, 25 de Mayo y Rosario de Santa Fe.



Fuente: FILLOY, Juan: “Esto fui (memorias de la infancia)”, Marcos Lerner, Córdoba, 1994, p. 6.

El Pueblo General Paz a principios del siglo XX, con las instalaciones del Córdoba Atlhético Club, la entidad decana del deporte cordobés.

club, quinta López, General Paz- La Comisión. Córdoba, octubre de 1900.”. La Libertad: 30-10-1900, p 3.

⁹⁰ Los Principios: 19-10-1900, p. 2.

⁹¹ La Voz del Interior: 16-04-1957, p. 33.

Las condiciones en las que se desarrollaba el juego eran bastante precarias ya que las canchas eran predominantemente de tierra, los postes de los arcos estaban hechos con madera de ventanas o puertas y con sogas atadas de poste a poste como travesaño y sin redes, en tanto que las pelotas eran encargadas directamente a Inglaterra. Justamente, la falta de pelota era una de las dificultades más grandes, ya que ni en Buenos Aires podían conseguirse, pues allí también era escasa la cantidad de aficionados que contaba ese deporte, que aún no había logrado entusiasmar a la población criolla y, por lo tanto, era practicado por unos cuantos ingleses radicados en ese puerto.⁹²

En palabras de Edwards Marks, uno de los socios fundadores del Córdoba Atlhétic Club,

“...en los primeros años, los que lo practicaban eran llamados ingleses locos, que se pelean por una pelota. Tenía yo 15 años cuando ya el fútbol me absorbía. Es cierto que también practicaba, con otros chicos de mi edad, el golf, con clubs de gajos de tala, pero mi principal preocupación deportiva era el fútbol. Se hacían partidos en la cancha del Atlhétic, en los que muchas veces no se lograba reunir a los 22 jugadores, pero ello no importaba y era de ver la cantidad de familias que entonces acudías a presenciar esas tenidas...”⁹³

En 1896 ya se jugó en Córdoba el primer interprovincial contra el conjunto de Plaza Jewell de Rosario. Así lo atestigua Marks, pero ello no pudo ser cotejado en las fuentes. De todos modos, cualquiera hubiese sido su fecha de estreno, el Atlhétic era el representante cordobés de los encuentros interprovinciales, que en los primeros años del nuevo siglo se tornaron un poco más habituales, siendo entonces los de mayor prestigio en el ámbito.

⁹² Ibidem.

⁹³ La Voz del Interior: 15-03-1933, p. 38.



Fuente: *El Chantecler*: 02-08-1912, p. 10.

Equipo del Córdoba Atlético Club que enfrentó a Universitarios.

Poco a poco, en el juego comenzaron a mezclarse entre los británicos elementos jóvenes de algunas de las familias de la elite de la ciudad. Imitando el modo de vida inglés, adoptaron la práctica del fútbol como parte de sus actividades sociales en el seno de esta nueva entidad, a la que se le imprimió un marcado carácter elitista, y de otros nuevos centros que fueron creados a ese fin, como Atenas, Central, Gimnasia y Esgrima, Escuela de Agricultura, etc. De la variada gama de deportes que en la ciudad se practicaban, el fútbol fue el que más adeptos conquistó entre los jóvenes criollos, estudiantes en su gran mayoría.

Así lo comentaba Juan Filloy en su libro *Esto fui*:

*“...corresponde a los anglosajones del Atlético Club sito en nuestro barrio, la prioridad absoluta del fútbol en Córdoba. Y a la muchachada que espiaba los partidos, la emulación en la práctica de ese juego mediante pelotas de trapo.”*⁹⁴

Del mismo modo, apenas entrado el siglo, en el diario *Los Principios* se comentaba:

⁹⁴ FILLOY, Juan: Op. Cit., p. 191.

*“El domingo a la tarde en las quintas de San Vicente quedamos agradablemente sorprendidos al ver un grupo de muchachos criollos jugando una partida de foot-ball. Interrogando a los jugadores dónde habían aprendido a jugar al foot ball manifestaron que en el pueblo General Paz, viendo a los ingleses y que además sabían jugar algo de golf y críquet.”*⁹⁵

Por esos tiempos, se jugaban partidos que respondían a desafíos eventuales de carácter amistoso o formaban parte de campeonatos entre la reducida cantidad de equipos antes citada. La mayoría de los nombres que se alistaban en los equipos eran ingleses, aunque ya iban apareciendo apellidos italianos, españoles o criollos. El fútbol era testigo de la mutación de la ciudad de un pasado colonial a un presente cosmopolita, heterogéneo, fluctuante y contradictorio, dinamizado por la afluencia de contingentes variados de inmigrantes y su fusión con el elemento local. En las crónicas referentes al juego se reflejaba esa coexistencia en el uso simultáneo de términos ingleses y castellanos:

*“...recomenzando la segunda parte del match los jugadores ocuparon sus puestos en el field y el atlético por medio de su forward Fuchs consiguió hacer dos goals más con buenos shorts. (...) El domingo en field Athlétic, el 6º match correspondiente al 1º round de la copa del Comercio. Tócales el turno a los teams que defienden los colores de aquel club y de Athenas.”*⁹⁶

A medida que fueron avanzando los años, los términos ingleses fueron reemplazándose por castellanizaciones de cada acepción. Algunos debates sobre la necesidad de “nacionalizar” el juego también en sus léxicos tuvieron espacio en la prensa, llegando al punto de discutirse acerca de cuál sería la acepción correcta para cada término. Los cambios en el lenguaje utilizado en el juego y en sus crónicas revelaban el contexto heterogéneo del proceso de integración de esta práctica y la pervivencia del pluralismo étnico y cultural. El lenguaje como hecho y lugar social

⁹⁵ Los Principios: 29-08-1900, p. 2.

⁹⁶ La Voz del Interior: 06-06-1904, p. 4 y Los Principios: 23-06-1907, p. 5.

exterioriza las estructuras y las transformaciones sociohistóricas en un contexto dado. En este sentido, inicialmente impregnados de términos anglosajones, con el proceso de difusión del fútbol las expresiones tomaron un matiz más local y se fueron popularizando al mismo ritmo que lo hacía el juego, aunque muchos términos mantuvieron su forma original, que evocaba la ascendencia inglesa del deporte y su propósito civilizatorio.

Por otra parte, en los clubes ya formados se receptaban adhesiones de jugadores interesados o de la formación de nuevos clubes, al tiempo que se asombraban por el gran incremento en la práctica de este deporte en la ciudad al percibir que se convertía no sólo en un ejercicio común de extranjeros, sino también de criollos.⁹⁷

Así, con los primeros años del nuevo siglo, la práctica del fútbol comenzó a difundirse y a volverse cada vez más popular a partir del impulso dado por criollos, inmigrantes y sus hijos (estudiantes, trabajadores urbanos, pequeños comerciantes o profesionales) a través e la fundación de sus propias instituciones y clubes, a imitación de lo realizado por sus iniciadores. Como explican Rubén Oliven y Arlei Damo, este fenómeno se hace extensible a la mayor parte de la historia del fútbol latinoamericano:

“...los estratos medios e incluso los grupos populares, rechazados por los clubes de la elite –generalmente compuestos por extranjeros e hijos de las aristocracias locales (...)- crearon sus propios gremios, en su medio social y de acuerdo a sus posibilidades.”⁹⁸

De esta manera, el fútbol, iniciado como una moda por los contemporáneos, pasó al poco tiempo a inscribirse en el repertorio de las prácticas cotidianas de las generaciones jóvenes, quienes resignificaron los espacios y las reglas que su origen inglés le determinaba. Podían jugar informalmente en terrenos de dimensiones variadas sin grandes desniveles (la calle, los baldíos, etc.), con diferentes tipos de balones, sin demarcación de posiciones, con los jugadores que estuviesen presentes y en el tiempo que ellos conviniesen; pero si querían competir regular y reglamentariamente contra otros cuadros debían adquirir la estructura propia de un club.

⁹⁷ La Voz del Interior: 23-06-1906, p. 3.

⁹⁸ OLIVEN, Rubén y DAMO, Arlei: Op. Cit., pp. 39 y 40.

4.5- El fútbol local y sus ámbitos de difusión

Una vez instalado el fútbol en la vida citadina cordobesa de principios de siglo, surgen interrogantes acerca de cómo y en qué medios se iniciaron los *footballers* en el juego institucionalizado y cuáles fueron los principales ámbitos de difusión que tuvo. En este aspecto, se trabajó sobre tres clubes con diferentes contextos de formación y difusión y con una larga e importante trayectoria en el ámbito deportivo que llega hasta nuestros días: Club Atlético Belgrano (1905), Club Atlético Universitario (1907) y Club Atlético Talleres (1913). A través de la multiplicidad de evidencias singulares que se despliegan en los siguientes apartados, se buscan desentrañar facetas cotidianas de este fenómeno muchas veces perdidas de vista.

4.5.1- El sistema educativo y el fútbol. El caso de Universitario

En los umbrales deportivos de la ciudad, los colegios vinculados a la elite local y la Universidad actuaron como factores insoslayables de nucleamiento de niños y jóvenes nativos para la práctica del fútbol. Sin estar ésta necesariamente contenida dentro de los lineamientos pedagógicos de los establecimientos educativos, allí disponían de tiempos y espacios físicos para su encuentro y desarrollo. De esta manera, se convirtieron en agentes de la expansión inicial del juego y rápidamente se extendieron hacia el resto de las escuelas públicas y privadas diseminadas en la ciudad. La incorporación masiva al sistema educativo de alumnos de cada vez más amplios sectores sociales respaldó este proceso. Hasta los primeros años del nuevo siglo la práctica de los deportes era una oferta casi exclusiva de la escuela,⁹⁹ a excepción de las contadas asociaciones deportivas fundadas por los ingleses.

Así, varias asociaciones fueron creadas a partir de la experiencia generacional en el marco de las instituciones educativas, fomentadas en parte por los profesores de educación física. Se pueden mencionar entre ellas a las que crearon los estudiantes universitarios, los del Colegio Nacional de Monserrat en varios de sus cursos, los de las Escuelas Presidente Roca, de Agronomía y de Comercio, los del Colegio Inglés, del Santo Tomás y de tantos otros. Estos centros educativos actuaban como marcos de referencia de los estudiantes, pero sólo una pequeña minoría logró sobrevivir en el

⁹⁹ÁLVAREZ ESCALONA, Gerardo Tomás: Op. Cit.

tiempo, ya que su mismo carácter generacional los condicionaba. En efecto, una vez que los estudiantes egresaban de los centros, se disolvía el vínculo primario que los nucleaba y el club terminaba desapareciendo. Como observa Álvarez Escalona para Lima,¹⁰⁰ sólo pervivieron los que pudieron transformarse de clubes escolares a instituciones sociales y de competencia.

En el caso de los colegios católicos, la parroquia funcionaba paralelamente como factor aglutinante, fomentando el juego del fútbol siempre y cuando fuera complementario con los tiempos y espacios dedicados al culto. Así lo narra en una entrevista Carlos Ompré, uno de los precursores del fútbol en la ciudad:

“...cuando salíamos de clase por la tarde, varios muchachos que sentíamos gran afición por el fútbol nos íbamos al colegio de los padres salesianos, quienes nos proporcionaban pelota para que jugáramos a condición de que fuéramos un rato a la doctrina.”¹⁰¹

El estudio del club Universitario ofrece una visión más precisa de la relación entre el fútbol y el ámbito educativo. El club tuvo un antecedente inmediato, cuyas estructuras le sirvieron de fundamento: la Facultad de Medicina. En el relato de uno de sus jóvenes fundadores, Gregorio Martínez,¹⁰² se advierten los derroteros que lo llevaron, junto a un grupo de compañeros, a la formación de una entidad para desplegar la práctica del fútbol. Martínez cursaba el cuarto año de medicina cuando era un asiduo concurrente a las canchas del Córdoba Atlético y, de tal entusiasmo por el juego, tomó la decisión de crear un club.

Reunidos, entonces, el mencionado estudiante y otros compañeros en una casa frente al actual Hospital San Roque, crearon el club. Los muchachos no eran otros más que los locales Clérico, Silvano Ossés y Héctor Álvarez y los porteños Tristán González, Alfredo Ham, Nereo Jaremborda, Pablo Barlaro, Félix Cueli, Etcheverry Loitegui y Julio González Lelong, todos jugadores de equipos de primera línea de aquella provincia, que se vieron obligados a continuar sus estudios superiores en ésta a raíz de una violenta huelga ocurrida en la universidad de Buenos Aires. Formaron una comisión

¹⁰⁰ Ibidem.

¹⁰¹ La Voz del Interior: 04-09-1926, p. 14.

¹⁰² El motivo de la entrevista era la conmemoración del cincuenta aniversario del nacimiento de Universitario. CLUB ATLÉTICO UNIVERSITARIO: Op. Cit., p. 6.

encargada de correr con todos los trabajos preliminares para el montaje del club, gestionar la concesión de un *field* y recibir adhesiones de los estudiantes de medicina que simpatizaran con la idea en la farmacia del Pilar, en la calle 24 de septiembre esquina Maipú.

A los días se citó a una asamblea general de todos los adherentes; se hicieron presentes en el acto 50 socios y dejaron constituidas las bases de la nueva asociación. Allí, con el fin de conseguir el apoyo y los avales de las autoridades universitarias y gubernamentales, se designaron como presidentes honorarios al gobernador de la provincia, al rector de la Universidad, al decano de la Facultad de Medicina y al doctor Martín Ferreira, profesor titular de la misma, y a todos los profesores como socios honorarios y protectores.

Por otro lado, se decidió la realización de un partido preliminar entre todos los alumnos de Medicina en el campo de juego que Escuela de Agricultura les cedió para la ocasión, a fin de seleccionar a los equipos que actuarían en lo sucesivo. Formado el equipo, efectuaron varios entrenamientos en la cancha del *Athlétic*, hasta que organizaron un primer partido contra éstos. Al encuentro se le otorgó un carácter benéfico, disponiéndose que el producto de las entradas fuera para la Sociedad Damas de Beneficencia. Era una manera de ponerse en la consideración pública y de legitimarse en la sociedad en la primera presentación de un team universitario. Esta reunión, de atracción deportiva y social, distribuyó premios acordados por el gobierno de la Provincia, el Ministerio de Hacienda, ambas cámaras legislativas, la Universidad, la Facultad de Medicina y el Consejo de Educación y fue amenizada por la banda de música de la Provincia. Contó con una concurrencia de no menos de dos mil personas, entre las que se destacaron varias autoridades y familias distinguidas quienes, según las crónicas de la época, “...contribuían al mejor arraigo de los juegos atléticos entre nos con el consenso y la autoridad de su presencia...”¹⁰³

En su mayoría, los componentes del cuadro de Medicina eran jóvenes que cursaban las últimas materias de la carrera. Como estudiantes avanzados, eran conscientes de la falta de un club que brindara a los universitarios la formación física imprescindible para lograr un desarrollo integral del individuo.¹⁰⁴ Sin embargo, esta misma condición de universitarios hizo que un buen número de ellos retornaran a sus

¹⁰³ Los Principios: 28-09-1906, p. 3.

¹⁰⁴ AGENCIA CÓRDOBA DEPORTES: Op. Cit., p. 62.

ciudades de origen una vez concluido el año escolar y que el club se quedara sin futbolistas.

Los que quedaron decidieron ampliar las bases del club e incorporar a estudiantes de todas las facultades, acogiendo a algunos que ya jugaban en otros equipos. Para ello se convocó a una asamblea general con delegados de Derecho, Ingeniería y Medicina y se dio nacimiento a la Asociación Atlética Universitaria.

El acta de Fundación rezaba:

*“En la ciudad de Córdoba a ocho días del mes de abril de mil novecientos siete reunidos en el salón amarillo del Café del Plata los al margen inscriptos delegados de las tres facultades Ingeniería, Derecho y Medicina con el propósito de organizar un Club Atlético Universitario teniendo por base el existente Club Atlético de Medicina; acordaron ideas y resolvieron: elegir una comisión provisoria de tres miembros uno de cada facultad para que en el término de 4 días presente un proyecto de estatuto que será discutido en una Asamblea General que se verificará el viernes 12 del corriente a las 8.30 pm en el mismo local del Café del Plata.”*¹⁰⁵

Por Medicina estaban Orfilio Moreira Ross, Patricio Dillón, Silvano Ossés, Alberto Gollán, E. F. de la Puente y Gregorio Martínez; por Ingeniería: Manuel Cafferatta, J. Medina Allende, R. Ruiz Palacio, Guillermo Fuchs y Enrique Tillard; por Derecho: H. Hernández, Enrique Bancalari y Baudilio Vázquez.

El club priorizó así la representatividad en el ámbito universitario, incorporando miembros de las tres facultades existentes hasta entonces e integrándolos en un mismo espacio institucional extraeducativo.

Cuatro días después, el 12 de abril, cuarenta y cinco estudiantes de las tres facultades aprobaron los treinta y dos artículos del estatuto para la Asociación Atlética Universitaria y procedieron a elegir la primera comisión directiva.

Seleccionaron el blanco como el color que portarían en las camisetas, en cuyo pecho se estamparía una “U”, el nuevo emblema del club. Al mismo tiempo, en las subsiguientes reuniones verificadas en el local del Centro de Estudiantes de Ingeniería,

¹⁰⁵ ASOCIACIÓN ATLÉTICA UNIVERSITARIA: *Libro de Actas*, núm. 1, 08-04-1907, p. 1.

se formó una subcomisión para allegar fondos para hacer frente a los primeros gastos. Una de sus medidas iniciales fue crear cien acciones de cinco pesos cada una sin interés, pagaderas diez por año y por sorteo. Los que tomaron las acciones fueron designados Socios Protectores, en tanto que como Presidente Honorario ya figuraba el Gobernador de la Provincia, José A. Ortiz y Herrera.

Otra subcomisión se creó para el arreglo y la habilitación de una cancha. Ésta se procuró en los terrenos baldíos situados entre las calles Colón y 9 de Julio, a la altura del 1600: “...*todos sin excepción, nos pusimos a trabajar intensamente con palos y picos y dejamos la cancha en condiciones, convenientemente embanderada, luego de duras jornadas.*”¹⁰⁶

A su vez, se sancionó un reglamento especial para los socios con disposiciones relativas al uso, la preservación y el préstamo del *field*. La directiva de la asociación, a través de una subcomisión nombrada por ella, ejerció absoluta superintendencia sobre sus efectos de propiedad, fijando su exclusivo provecho por parte de los socios para el ejercicio de cualquier *sports* o su préstamo para otras actividades pertinentes.¹⁰⁷ Por su parte, el rector se comprometió a ayudar a los alumnos a comprar la casilla del *field*.

La Asociación Atlética Universitaria estipulaba en sus estatutos que sería formado únicamente por estudiantes regulares o libres de la Universidad, pero al año de ejercicio la Asamblea General de socios decidió, previa modificación de los estatutos, la pertinencia de extender la condición de socios a todos aquellos que la Comisión Directiva creyera conveniente, lo que permitió la admisión de estudiantes del Colegio Nacional y de la Escuela de Agronomía. Con estos nuevos elementos, el equipo se volvió más poderoso, logrando alzarse con el título en 1908, 1909 y 1913. Las copas fueron depositadas, previo acto, en el Rectorado de la Universidad, en un claro ejemplo de la ascendencia y la venia de la institución universitaria hacia el club, que lo representaba en todo lo referido a la esfera deportiva.¹⁰⁸

¹⁰⁶ CLUB ATLÉTICO UNIVERSITARIO: Op. Cit., pp. 7-8.

¹⁰⁷ ASOCIACIÓN ATLÉTICA UNIVERSITARIA, Op. Cit., pp. 21 a 24.

¹⁰⁸ Con motivo de la celebración de un torneo atlético universitario en Buenos Aires para festejar el aniversario de la independencia, las autoridades organizativas se dirigieron a la Comisión Directiva del club para que enviara a algunos de sus miembros a tomar parte del evento. Para seleccionar quiénes irían, éste auspició un concurso eliminatorio del que pudieron participar también estudiantes que no fueran del club.



Fuente: *El Chantecler*: 25-07-1912, p. 10.

Equipo de Universitario vencedor del Atlético.

Teniendo en cuenta la posesión de una base potencial de adherentes de por sí abundante -todos alumnos de la Universidad y del Colegio Nacional-, los títulos motivaron la suscripción de nuevos socios. Con ellos aumentaban los ingresos del club y sus posibilidades de desarrollo. Porque si bien, en su mayoría, provenían de padres adinerados, se trataba de estudiantes que, en muchos casos, carecían de disponibilidad de recursos propios. Los fondos que tenía el club le alcanzaban para su supervivencia, pero lo limitaban en la capacidad de financiar eventos que le reportasen dividendos, como la organización de torneos atléticos y el arribo de equipos de renombre de otras provincias a la ciudad. Allí el aporte del gobierno se volvía indispensable.

La estadía en el *field* que ocuparon originalmente se vio rápidamente concluida ante la solicitud de restitución por parte de los dueños del terreno, lo que los obligó a salir a sondear por una nueva. Por esos tiempos, en los que el club contaba con cerca de 100 socios, una numerosa delegación de jóvenes pertenecientes a la asociación solicitó al gobernador la cesión de un terreno en Nueva Córdoba para instalar una cancha de ejercicios físicos y juegos atléticos. Fueron deferentemente atendidos por el gobernador y su ministro, quienes prometieron a los jóvenes delegados conceder lo solicitado y prestar ayuda a la asociación.¹⁰⁹

Por decreto del 6 de abril de 1910, el gobierno de la provincia concedió en préstamo gratuito al club el lote n° 170 de la traza oficial de la Nueva Córdoba,

¹⁰⁹ La Voz del Interior: 17-02-1910, p. 5.

comprendida entre el Parque Crisol, el Cuartel del Regimiento de Ingenieros y la Escuela de Agricultura, con la obligación de restituir el terreno cuando el gobierno lo solicitara previo aviso.

Una vez concluidas las tareas de acondicionamiento del nuevo campo, tuvieron lugar los festejos para su inauguración, para los que fueron invitadas muchas familias de la alta sociedad. El programa organizado por el club incluyó, entre otras actividades, diversas carreras y un partido de fútbol del local contra un cuadro de combinados del resto de los equipos, en los que estuvieron en juego valiosos premios donados por el ex presidente de la República, el gobernador y los ministros de la provincia, la Sociedad Sportiva, la Cámara de Senadores y de Diputados, etc. Participaron de los números, previa inscripción en la sede del centro, los estudiantes de la Facultad de Ingeniería, Medicina, Escuela de Agricultura, varios oficiales y conscriptos de los cuerpos existentes y el batallón infantil de la Sociedad Sportiva Argentina.

Un año después, las instalaciones del club se habían convertido en uno de los paseos predilectos de nuestra ciudad:

“...en donde se goza de aire puro y que es la delicia de las familias que visitan el parque, condición que hace insuperable la situación del field de la asociación. Entre los progresos, está el hermoso field del lawn tennis, que será un paseo predilecto y un sport inigualable para las damas y señoritas que frecuentan el field. Al lado de esta, se arreglará otra cancha para croquet. En breve se hará ampliaciones necesarias en la casilla del field, y se instalará un local apropiado para gimnasia y esgrima.”¹¹⁰

En efecto, los locales destinados a la práctica deportiva funcionaron como puntos de encuentro alternativos de los socios y se configuraron como novedosos espacios de sociabilidad modernos.

El club operaba periódicamente a partir de fines de febrero y principios de marzo, coincidiendo con el regreso de los estudiantes y el inicio de las clases. Se extendía hasta el mes de octubre, fecha ya en que finalizaba el cursado. El resto de los meses permanecía casi desértico y sin actividades. La existencia de un vínculo

¹¹⁰ La Voz del Interior: 05-06-1911, p. 5.

generacional fundado en la presencia de un espacio determinado, el universitario, con ciclos temporales propios, aparecía como el factor preponderante que mantenía cohesionado a los integrantes. En este sentido, un problema recurrente en el club era la ausencia de los jugadores a los partidos, suscitada por el hecho mismo de estar formado por estudiantes que, en las fechas próximas a los exámenes, dejaban de concurrir, como así también al terminar el curso anual, obtener el título o ausentarse de la ciudad por razones familiares. Muchos otros integrantes del club que provenían de otras provincias, retornaban a sus pagos, a veces sin que el campeonato hubiese concluido.

Es posible que la mayoría de los miembros del club fueran originarios de otras provincias y que, con los que eran naturales de la ciudad, no alcanzara para formar un equipo completo. Se podría suponer, sin la evidencia precisa para confirmarlo, que muchos de los universitarios cordobeses jugaban para otros equipos, congregados por afinidades de otro tipo, territoriales (vecinales), por ejemplo. Y estos “foráneos” encontraban en el club el espacio adecuado para suplir sus necesidades de integración una vez instalados en un contexto que les era ajeno. El club se proyectaba como una puerta de acceso a la vida social misma ante la urgencia de un sentido de pertenencia más concreto y cercano, lo que se plasmaba a partir de la adopción de las prácticas y reglamentaciones que instrumentaba la asociación. Lo mismo ocurría con los hijos de inmigrantes que progresivamente se fueron incorporando al ámbito universitario. Provenían de familias que, una vez establecidas, habían logrado cierto progreso económico y enviaban a sus hijos a la universidad como una expresión del status alcanzado y bajo el deseo de consolidar sus perspectivas de crecimiento a través de una enseñanza superior que habilitaba, entre otras cosas, el acceso a cargos directivos en el gobierno y al mercado matrimonial. En todo caso, la participación de los universitarios en el club los acercaba a un nuevo ámbito donde gestar y diversificar sus relaciones sociales.

El asunto de los “faltazos” generaba acaloradas discusiones en las sesiones de la comisión directiva del club, que resolvió, a fin de cuentas, suspender a quienes no justificasen debidamente su insistencia ante ella o el capitán. A su vez, en más de una oportunidad tuvieron que salir a aclarar desde el club a la prensa y a la liga que la institución no se había retirado de la práctica, exponiendo públicamente estas mismas razones que la obligaban a desertar de las canchas momentáneamente.

Esta constante inestabilidad se volvió insalvable hacia 1915-1916 por la falta de noticias sobre los socios, la acefalía de su comisión directiva y el estado de abandono

del campo de juego. Ante estas irregularidades, el poder ejecutivo provincial resolvió la cesión definitiva de la cancha de Universitarios en el Parque Sarmiento a manos de la Escuela de Artes y Oficios Presidente Roca. Lo hizo a pesar de que el club tuviera personería jurídica y concesión del *field* por veinte años, faltando dieciséis para que se terminara. La institución, sabiéndose acorralada y ya sin el aparato ni la infraestructuras adecuadas, se vio forzada a cerrar sus puertas. En el acta de disolución se contemplaban las siguientes medidas: 1º, declarar resuelta la asociación; 2º, pasar a la Liga Cordobesa las dos casillas de madera construidas en su local de ejercicios y los útiles de juego que disponía y 3º, donar a la Sociedad de Damas de la Providencia sus restantes bienes.¹¹¹

Sin embargo, antes del año de desaparecido, un núcleo de estudiantes de la Facultad de Medicina resolvió volver a constituir el club. Los pergaminos antes conquistados prosiguieron su marcha y se expusieron en varias canchas, una de ellas en San Vicente, en la esquina de López y Planes y Yapeyú, hasta instalarse en la casona de Alto Alberdi, en las cercanías del Hospital de Clínicas y de su antiguo rival de barrio, el club Belgrano.

El andar inestable se acentuó en 1918, cuando desde el mes de marzo el ambiente universitario se vio sacudido por una seria huelga y un clima generalizado de protestas encabezadas por el estudiantado a favor de la democratización, laicización y autonomización de las casas de altos estudios. Merecería una atención especial y exhaustiva analizar más acabadamente este contexto histórico de movilización universitaria y su relación con la faceta deportiva de la institución, pero superaría los alcances planteados en esta investigación. El ciclo lectivo por el que el club se regía se vio interrumpido y sus estructuras se vieron afectadas. Muchos estudiantes se llamaron al éxodo, mientras que un número significativo de ellos se mantuvo en continua movilización y, consecuentemente, desatendieron su faz deportiva. En varias oportunidades no se pudo constituir el equipo y hubo que ceder los puntos.¹¹²

También otros clubes con universitarios en sus filas se vieron diezmados ante esta situación, aunque en una proporción mucho menor. Se advierte fácilmente en las crónicas que muchos *footballers* fueron reconocidos activistas y hasta cabecillas del movimiento, como los casos, por ejemplo, de Arturo Orgáz e Ismael Bordabehere. Los clubes fueron espacios nucleares donde los estudiantes germinaron experiencias de

¹¹¹ Los Principios: 01-04-1916, p. 8.

¹¹² CLUB ATLÉTICO UNIVERSITARIO: Op. Cit., p. 17.

participación directa y adquirieron sentidos profundos de organización comunitaria y autonomía relativa, los que pudieron servir de antecedentes para sus planteos y su accionar en la lucha universitaria.

Al año siguiente mejoró en parte la situación universitaria y, por ende, la deportiva. La posibilidad de sobreponerse a sucesivas y significativas crisis y al paso de sus componentes confirió al club una solidez indispensable para consolidarse entre las asociaciones más importantes de la ciudad.

4.5.2- La inserción barrial del fútbol. El caso de Belgrano

El de Belgrano fue un caso paradigmático de un club, como tantos otros, nacido del interés de un grupo de jóvenes amigos, unidos por la cercanía de residencia, por la práctica del fútbol. En efecto, la mayoría de los muchachos cordobeses hacía sus primeras armas en el juego junto a sus vecinos del barrio. Así lo exponía Félix Rosetti, joven pionero del deporte cordobés:

“Como todos, la génesis del footballer exige el paso obligado del football “liliputiense”, si llamarse puede así al que se practica con pelota de trapo y en un sitio baldío. Solíamos jugar partidos con los muchachos de un barrio. Había una atracción instintiva a jugar a la pelota. En cuanto nos reuníamos 4 o 5 a la voz de “gol de arquero no vale”, nos trezábamos en una franca lid que duraba su buena docena de horas. Como las razas autóctonas no teníamos más reloj que el sol y de sol que nace a sol que muere duraban los partidos allá en la playa del cuartel de Alta Córdoba.”¹¹³

Belgrano se formó como un equipo de barrio, ya que éste, al igual que lo fue también la escuela, aparecía como el otro espacio de socialización de los jóvenes fuera del que le deparaba la familia. Si bien el barrio no ofrecía ningún deporte, aunque si muchas diversiones,¹¹⁴ era un ámbito que los aglutinaba.

¹¹³ La Voz del Interior: 21-08-1926, p. 14.

¹¹⁴ ÁLVAREZ ESCALONA, Gerardo Tomás: Op. Cit.

Este grupo de jóvenes, casi niños en realidad (la edad promedio rondaba entre los doce y los quince), hermanos, amigos o compañeros de colegio, todos del barrio, se juntaba durante las tardes sobre el fondo de la casa de la familia Lascano, en la calle Caseros 685.¹¹⁵ Como expresión de una sociedad local en plena movilidad y marca de su singularidad, en el grupo alternaban

*“...los modestos ciudadanos con los de la clase social destacada, como si el deporte democrático por excelencia los uniera en sano y elevado afecto, sin esa lucha de clases que, por lo general, ahoga a muchas instituciones.”*¹¹⁶

De ellos surgió la idea de formar un club para poder enfrentarse a otros equipos. Del cónclave, verificado en un sábado a la tarde en la intersección de las calles Caseros y Organización Nacional, participaron tres hermanos Lascano, cuatro Orgaz, tres Oviedo Bustos, tres Bazán, dos Alfonso, José Piñero y el general del Ejército Ponce de León.¹¹⁷

Así, en 1903, se fundó el Club Atlético General Belgrano, nombre con el que quisieron rendir homenaje al prócer creador de la bandera. Después de una elección hecha “...bajo los auspicios de un arbolito y sin más urna que una gorra...”,¹¹⁸ este conglomerado de entusiastas eligió su primera comisión directiva y labró las actas iniciales. Entre las primeras autoridades se contaron personalidades que años posteriores adquirieron renombre público por su actuación en profesiones socialmente legitimadas entonces: el doctor Arturo Orgáz como presidente; Raúl Luque, que fuera redactor de La Nación y cónsul en Europa, como secretario; Oscar Orgáz, juez en lo civil, como tesorero y los capitanes Ernesto Doering y M. Piñero y el médico José María Oviedo Bustos como vocales.¹¹⁹ Otros que también ejercieron como vocales se perdieron luego en el anonimato ciudadano.

Se identificaron con el color celeste, que fue el que portaron en sus camisas, que llevaban bordadas una “B” en el bolsillo izquierdo. Siguiendo la premisa de que los que

¹¹⁵ AGENCIA CÓRDOBA DEPORTES: Op.Cit., p. 58.

¹¹⁶ Los Principios: 19-03-1930, p. 17.

¹¹⁷ AGENCIA CÓRDOBA DEPORTES: Op.Cit., p. 58.

¹¹⁸ La Voz del Interior: 26-03-1916, p. 8.

¹¹⁹ Los Principios: 19-03-1930, p. 17.

querían practicar fútbol debían empezar por construir el campo de juego -o, en su defecto, alquilarlo-, establecieron su cancha en las inmediaciones del Paseo Sobremonte, cercano al colegio Santo Tomás, sobre la calle Caseros, en el baldío que se denominaba “el Cañaveral”, que tenía dos palos y una piola por travesaño. Los hermanos Alfonso y José Piñero, quienes gozaban de situación financiera preponderante, eran los que por lo general hacían frente a las erogaciones que la práctica suponía para acondicionar un sitio baldío para cancha, comprar pelotas, teñir de celeste las camisetas o proveerse de otros insumos necesarios.

Al principio, se dedicaron a jugar partidos amistosos ante equipos del barrio y los alrededores que estuvieran, más o menos, en similares condiciones. Como existía en los baldíos de Nueva Córdoba otra entidad con ese nombre resolvieron, tal se acostumbraba, jugarse la denominación en un match que se verificó en la cancha del Club Colegio Nacional, prestada por una gestión de Lascano, que cursaba el 2º año. El partido tuvo por ganador al Belgrano de Alberdi, por lo que pudieron conservar el nombre.¹²⁰

A medida que el equipo fue logrando numerosos triunfos sobre sus rivales, fue ganando en popularidad y simpatías, convirtiéndose, en poco tiempo, en una de las expresiones deportivas más reconocidas del barrio.



Fuente: La Voz del Interior: 26-03-1916, p. 8.

¹²⁰ Nombre que en 1920 se modificó denominándolo entonces, cuando se obtuvo la personería jurídica, Club Atlético Belgrano, y en esta oportunidad, ante la falta de una fecha cierta de fundación, se adoptó el 19 de marzo de 1905.

El equipo fundador de Belgrano.

Sin embargo, los primeros pasos de los clubes una vez fundados, estuvieron repletos de sobresaltos y crisis existenciales. No era una tarea fácil lograr cierto grado de estabilidad en un ambiente donde los cuadros gubernamentales, aunque apoyaban, no brindaban casi herramientas para sostenerlos y donde el compromiso de los involucrados dependía también de circunstancias externas ajenas a ellos. En Belgrano, en 1906 varios de sus jugadores abandonaron el club por razones laborales o de estudio. Se fueron Baigorri, Urtubey, Freire, Deheza, Luque y Casares, con lo que el equipo se dismanteló y no pudo participar del torneo de la Liga. A fines de ese año se llamó a Asamblea, en donde se resolvió disolver el club. La medida fue seriamente cuestionada por un grupo minoritario que, en charlas durante el carnaval de 1907, se propuso refundar la institución.¹²¹ Eran cuatro entonces –Ernesto Barabraham, Eulogio González, Juan Unamúnzaga y Nicolás Lascano- y se necesitaban al menos siete más.

Aprovechando las conexiones e influencias establecidas por los integrantes del club en sus experiencias barriales o por las canchas de la ciudad, nuevos jóvenes se incorporaron a la entidad ante esta contrariedad. Algunos de los que fueron invitados a ingresar a sus filas venían de clubes aledaños que desaparecieron al poco tiempo de haberse conformado.

Dos años después, Belgrano se inscribió en el campeonato de segunda división de la Liga Cordobesa de Foot-ball, ganándolo tres años seguidos y consiguiendo el ascenso a primera. Carlos Ompré, jugador entonces, dejó sus impresiones sobre la realidad del club en esos días:

“Empecé a jugar integrando equipos de colegiales. Ahí conocí y empecé a jugar a la par de Lutri, Lazcano, Figueroa y otros. Como pronto conseguí destacarme, ellos me hablaron para que integrara el 2º cuadro de Belgrano, lo que acepté por razones de amistad. (...) Cuando ingresé al club, la pobreza era extrema, pero como nadie tenía exigencias y todos eran verdaderos deportistas, salimos airoso de todas las

¹²¹ AGENCIA CÓRDOBA DEPORTES: Op.Cit., pp. 58-59.

dificultades que se nos presentaron. En 1910 Belgrano no tenía cancha, ni secretaría ni dinero. Practicábamos en una cancha que nos facilitaba Alem, en la calle 9 de julio entre Chaco y Santa Fe, pero a causa de que era muy chica, cuando teníamos encuentros oficiales recurríamos a la de Agronomía, a la que entonces poseía Juniors en el bajo General Paz o en la del Atlético. Como el club casi nunca poseía fondos, los jugadores y dirigentes nos cotizábamos para comprar pelotas y para solventar cualquier otro gasto. No había dinero ni para pagar un canchero y muchas veces se vió al presidente marcando el field (...) El club no tenía local para su secretaría por la sencilla razón de que los socios eran muy pocos y además casi no pagaban. Pero por ello no nos afligimos, pues Ernesto Barabraham puso su casa a disposición y en ella nos reuníamos todos los lunes para tratar nuestros asuntos...»¹²²

Desalojada la institución del sitio que le prestaba el club Alem, quedó sin cancha y, para poder hacer valer su lugar ya ganado en la primera división, debió fusionarse con Pergamino, que tenía su cancha en el Parque Sarmiento, en las cercanías del zoológico. Allí jugó entre 1910 y 1912. A raíz de esa fusión se incorporaron nuevos elementos que pasaron a integrar el equipo.

Ya nuevamente sin cancha, el presidente de Belgrano por esos tiempos, Salvador Martínez, aseguraba que se vislumbraba entonces, como objetivo inmediato, el anhelo de adquirir un campo de juego propio. Después de muchos cambios de idea se instalaron en el solar cedido por el señor Buguriá, que era una parte de su quinta, y allí se construyó la cancha. Aunque en un primer momento parecía estar situada muy lejos, rápidamente se dieron la tarea de limpiarlo acompañados por los chicos del barrio.¹²³ Ompré opinaba, asimismo, que como la pobreza del club no permitía pagar peones, fueron dirigentes, jugadores y socios, con Juan Enrique a la cabeza, a sacar *churquis*, emparejar, plantar los arcos y hacer, en fin, todo lo necesario, para tener el club su *field* sin que le hubiera costado un centavo.¹²⁴

¹²² La Voz del Interior: 21-08-1926, p. 14.

¹²³ La Voz del Interior: 18-03-1955, p. 23.

¹²⁴ La Voz del Interior: 21-08-1926, p. 14.

El nuevo campo de juego quedaba atrás del Hospital Clínicas y a una cuadra de la Cervecería Córdoba. Hasta entonces, sus jugadores practicaban todas las tardes en el colegio Pío X de los salesianos y, para completar su estado, daban vueltas a la plaza Colón.

En 1913 fue uno de los clubes impulsores de la creación de la nueva Liga Cordobesa de Football, entidad de carácter más orgánico y abarcativo, de cuyos campeonatos participó activamente. La excelente performance del equipo en el plano deportivo, que conquistó varios años seguidos y de forma consecutiva los títulos de primera y segunda división, contribuyó a generar un marco que tornó viable su andar. Los triunfos fueron atrayendo nuevos socios de cada vez más amplia base social. En la caracterización de los *footballers* que la prensa local proponía al momento de dar a conocer la formación de los equipos en un partido o destacar la ausencia de algunos integrantes, se distinguía una composición del cuadro celeste en la que convergían, entre otros, estudiantes de nivel secundario o universitario, obreros ferroviarios o conscriptos a los cuarteles militares. Fiel a la tradición pluralista de la institución, nuevos elementos se afiliaban deseosos de formar parte del club campeón.

Al multiplicarse las adherencias, crecían los fondos provenientes de las cuotas, de las que algunos estaban exentos por su precaria situación económica. A su vez, mayor cantidad de simpatizantes concurrían a la cancha y pagaban su entrada. Si bien el saldo era escaso frente a todos los gastos que el funcionamiento del club implicaba, éste posibilitaba, junto con contribuciones pecuniarias de algunos socios, efectuar los arreglos necesarios al *field*. En este sentido, Gustavo Farías¹²⁵ da cuenta de un caso en que, con lo producido en una colecta realizada por la institución, se adquirieron 40 postes de quebracho que, sumados a una cadena de 400 metros donada por el socio Manfredo Della Porta, fueron suficientes para cercar la cancha. Después se compraron centenares de metros de tela de arpillera para rodear la cancha los días de partido. Así, gracias a aportes personales o a diversas gestiones destinadas a recaudar fondos, el club se fue equipando de a poco y se constituyó en una fuerte plaza del deporte de la ciudad.

Recién en 1920, el club pudo adquirir el solar deportivo donde estaba instalado y obtener, al mismo tiempo, la personería jurídica. Como una manifestación del grado de progreso alcanzado, con ella se reconocía legalmente al club como sujeto de derechos y

¹²⁵ AGENCIA CÓRDOBA DEPORTES: Op.Cit., p. 59.

obligaciones y adquiriría garantías sobre la situación patrimonial que empezaban a consolidar.

4.5.3- La importancia de los centros laborales en la formación de clubes. El caso de Talleres

A partir de la segunda década del siglo XX hubo un impulso a la formación de clubes desde ámbitos laborales como fábricas, comercios, industrias, oficinas públicas y la prensa. El incremento de la población -120 mil personas aproximadamente- y la necesidad de atender a sus demandas había incentivado el crecimiento de la industria y la diversificación de manufacturas y del rubro terciario, promoviendo el desarrollo de los sectores obreros y medios, que se vieron fortalecidos con el mayor desarrollo de las profesiones, a partir de su paulatina inserción a la educación universitaria. Desde entonces, cobraron mayor fuerza los gremios y las asociaciones sindicales y, con ellos, la lucha por las reivindicaciones de los derechos del trabajador.¹²⁶ La reducción de la jornada laboral y el descanso dominical fueron factores que dotaron de mayor tiempo libre a los trabajadores para dedicarse a actividades recreativas y deportivas. Los alcances de la modernización socioeconómica se hicieron sentir, de esta manera, en el transcurrir cotidiano y en los ámbitos de sociabilidad de los sectores populares.

Las empresas de Ferrocarriles, con capitales y personal jerárquico ingleses, fueron un medio aglutinador de trabajadores que, incentivados por sus patrones, se adentraron en la práctica deportiva que éstos habían fomentado. A semejanza de lo efectuado por otros jóvenes de la ciudad ya iniciados en el fútbol, los ferroviarios se pusieron en la tarea de fundar clubes para su desarrollo. Nacieron así, por esos años, entidades como el Central Argentino, Central Argentine Railway Athletic Club, Tráfico Córdoba, Tracción Central Argentino, Ferrocarril Argentino de Córdoba, Ferrocarril Argentino, Instituto Atlético Central Córdoba o Talleres Ferrocarril Central Córdoba, el que más renombre adquirió de entre todos ellos.

Las primeras conversaciones con respecto a la fundación de este último club entre los ferroviarios, alentadas por la gerencia local, tuvieron lugar en la tornería del Ferrocarril Central Córdoba, con la participación de unos cuantos obreros de la mencionada empresa. Como la idea fue acogida con beneplácito por otros que actuaron

¹²⁶ ÁLVAREZ ESCALONA, Gerardo Tomás: Op. Cit.

como espectadores de la iniciativa, se resolvió convocar a una reunión. En la calle David Luque 573 de la capital cordobesa, propiedad de Ángel Salvatelli, se juntaron los gestores del club para la práctica el deporte con la idea de dejarlo constituido. Imitaban así a las iniciativas tomadas por los ferroviarios de Rosario y Buenos Aires, donde ya existían entidades que agrupaban a los empleados de los talleres de ferrocarriles.

El acta original fue labrada el 4 de octubre de 1913 y por medio de una bolsa de cartón, de las que se utilizaban en los almacenes para el expendio de azúcar, se eligieron la autoridades: presidente, Tomás Lawson; secretario, A. Molina; tesorero, Chulz, vicepresidente, J. Sobreiro; pro-secretario, Britton; pro-tesorero, T. Ferreyra; vocales, B. Fernández, Mandolina, Kalis, J. Nicola y Camurri. Entre los primeros representantes del club aparecían, junto con nativos e hijos de inmigrantes españoles e italianos, miembros de nacionalidad inglesa, que disponían de cargos jerárquicos en la empresa.

El núcleo de operarios del Central Córdoba solicitó, como medida previa, la autorización correspondiente al entonces jefe mecánico, el ingeniero Morton, para poder portar el nombre dispuesto, el de Club Atlético Talleres Ferrocarril Central Córdoba, ofreciéndole a la vez la presidencia honoraria.

Apenas formado, el club se lanzó a las canchas disputando algunos cotejos de carácter amistoso. Uno de ellos lo jugó contra Defensa Infantil, un equipo nacido de la unión de un grupo de muchachos del mismo barrio en el que estaban las estaciones, hijos de inmigrantes varios de ellos, que decidieron asociarse e inscribirse en la Liga Cordobesa de Football en la segunda división. En la temporada de 1913, este cuadro había llegado a la final contra Nacional, que estaba constituido en su mayoría por estudiantes, pero un supuesto mal fallo del árbitro desató hechos de violencia, por lo que varios de sus integrantes fueron suspendidos por indisciplina. Si bien el club fue desafiliado, continuaron jugando partidos amistosos hasta que se enfrentaron con el nuevo equipo ferroviario, con el que compartían la misma procedencia territorial y hasta algunos vínculos de parentesco, elementos que siempre facilitaban la organización de los desafíos. Una contundente derrota de los del Central Córdoba, llevó a sus dirigentes a tentarlos con reforzar el equipo, para lo que se les prometió dar trabajo en los talleres. Una vez cumplida la promesa, varios ex integrantes del Defensa Infantil acordaron el pase. Esta práctica del club de conseguir jugadores a cambio de trabajo se repitió en varias ocasiones en los años posteriores, siendo motivo de algunas acusaciones sustentadas en el hecho de que con ello se fomentaba el profesionalismo.

Con estas nuevas incorporaciones y ante algunas disidencias internas que se presentaron, el club celebró una nueva Asamblea en abril de 1913, de la que participaron los señores Cipriano Sánchez, Luís y Miguel Ferreyra, Arturo Molina, Pedro Mandolina (hijo), Manuel Martínez, Roberto Camurri, Ángel Borella, Tomás Lawson, Bernardo Chávez, Germán Núñez, Pedro Andrada, Antonio Rivera, Santiago Bolognino, Enrique Puymalle, Rodolfo Machuca, N. Pecorale, Miguel y Luís Medina y Luís Salvatelli.¹²⁷

De esta asamblea resultó la organización definitiva del club y la renovación de autoridades. Además de establecerse la sede del club en la calle David Luque 489 (Pueblo General Paz) para la recepción de adhesiones de los empleados del Ferrocarril Central Córdoba, se solicitó el ingreso a primera y segunda división de la Federación Cordobesa de Football, siendo concedida en la sesión del 17 de abril de dicho año. Se acreditó ante ésta bajo el nombre antes mencionado, que al mes fue cambiado por el de Central Córdoba Atlético, con los colores violeta y blanco a rayas verticales.

Como era común por esos años, el club tuvo que cambiar varias veces el terreno de juego. Una vez en marcha la entidad, para la práctica informal del juego, se valieron de un terreno cedido por la familia Salvatelli (dos de sus miembros eran socios fundadores) en la intersección de las calles Cochabamba y Avenida Patria del barrio inglés. Sin embargo, a esa altura precisaban contar con un terreno con las condiciones adecuadas para poder afrontar encuentros contra otras entidades. En este sentido, el señor Augusto López, propietario de numerosos bienes inmuebles en el Alto General Paz, les cedió un terreno ubicado en la manzana entre las calles La Madrid, Garay, Deheza e Ibárbalz para que construyeran la cancha.

“Los trabajos de emparejamiento del campo fueron arduos, pues se tuvo que desmontar gran parte, pero el entusiasmo pudo más que la dureza del quebracho y el algarrobo y la labor realizada día y noche llegó a su fin. La demarcación del campo y la colocación de los arcos estuvo a cargo de A Panel, quien después de asociarse trabajó a la par de los demás. Cuando estaba todo listo, una tarde, después de que dejaran su labor en el ferrocarril, se dirigieron al lugar donde estaba ubicada la

¹²⁷ Los Principios: 11-10-1963, p. 30.

cancha y en el centro del field se realizaban excavaciones para levantar un edificio propiedad de un señor Juan Ledesma.”¹²⁸

Ante la situación presentada, Arturo Hughes, tesorero de la empresa ferroviaria, les prestó un solar para que se concretara el primer escenario, situado en la calle Roma. Posteriormente, esta propiedad fue vendida por sus dueños y, ante la necesidad de dotarse de nuevas instalaciones, se convocó a todos los socios para considerar la situación del club. En esa reunión, Hanel mocionó para que se formara una comisión para entrevistarse con el señor Morton a fin de gestionar uno de los terrenos que la empresa poseía en sus mismas dependencias en el barrio Talleres, a lo que Morton accedió.

La nueva cancha quedaba detrás de los talleres del Central Córdoba y la prolongación del tranvía lo separaba a sólo unos 150 metros de la parada. Era de tierra dura, con pocas champas y no tenía alambrado olímpico, ya que bastaba con postes y caños para delimitarla, pero sí contaba con casilla, galería y baños. Para la inauguración del local, el centro organizó un festival atlético con concursos de tiro, carreras y un campeonato de fútbol por eliminación. Los que participaban de las diferentes pruebas debían pagar 0.50 por cada una o \$ 3 para todas. A los asistentes se les cobró una entrada general a \$ 0.50, y con sillas \$ 0.30 más y las mujeres pasaban gratis. La compañía de tranvías prestó un servicio especial de tranvías para ese domingo y el club solicitó que se mandara el servicio de la policía para evitar los daños que ocasionalmente provocaba el público estacionado fuera del *field*, que quemaba las lonas, derribaba los alambrados, etc. En ese lugar permaneció hasta 1929, cuando se decidió emigrar a Barrio Jardín, donde erigió su estadio de cemento.

Una vez inscripto en la Federación, el club hizo su debut oficial en mayo de 1914 enfrentando a Belgrano, rival que se convertiría en su adversario más encomiable. El partido fue suspendido antes del cuarto de hora por incidentes protagonizados por los primeros, lo que los llevó posteriormente a retirar la afiliación, acusando a la Liga de perjudicarlo y de no dar lugar a su protesta.

¹²⁸ Ibidem.



Fuente: *La Voz del Interior*. 03-08-1915, p. 8.

El *team* del Central Córdoba.

Luego de un corto intervalo en el que no se privó de jugar partidos de manera amistosa contra equipos de la ciudad y alrededores,¹²⁹ se reincorporó a la entidad directriz del fútbol de Córdoba, en la que obtuvo los campeonatos de 1915, 1916 y 1918. Previo a este último título, en 1917 el club fue nuevamente desafiliado. Otra vez en un partido contra Belgrano, un jugador de Central Córdoba lesionó gravemente al arquero rival, generando graves incidentes. La policía actuó y detuvo por varios días al agresor. Ante la inacción de la Liga para liberarlo y en solidaridad con su compañero, el club se negó a alistar a sus representantes en el equipo que dicha entidad formaba con motivo de disputar un cotejo interprovincial, para el que se seleccionaban a los mejores valores de cada cuadro. Catalogando esta actitud de insubordinada, la Liga resolvió su desafiliación.

En el afán por reintegrarse a la actividad oficial, una asamblea de la entidad dispuso cambiar el nombre por el de Club Atlético Talleres, con el que trascendía la denominación de la empresa -que había quedado ligada a los conflictos anteriores- y se mantenía el de su ascendencia.¹³⁰ Esto revelaba la importancia simbólica y práctica del nombre y el color como referencias identificatorias de un club y de su trayectoria. La

¹²⁹ Existen referencias de un viaje a Rosario a disputar una copa contra sus colegas ferroviarios.

¹³⁰ En la desafiliación anterior, lo que había cambiado tras el retorno a las canchas, habían sido los colores, que pasaron a ser el azul y blanco.

modificación de ambos aspectos legitimaba al club y facultaba su continuidad en los campos de juego.

Casi desde los comienzos, la empresa ferroviaria brindó el apoyo material necesario para el normal desenvolvimiento del club; asoció a los empleados, descontándoles la cuota del sueldo y consiguiendo así la adhesión de numerosos socios (requisito para el ingreso a la Liga), con los que podía presentar tres o cuatro cuadros indistintamente y solventar los gastos inherentes a la competencia;¹³¹ cedió un terreno contiguo a los talleres como cancha y estimuló sus viajes a provincias vecinas, acordándoles notables privilegios, según lo testimonió Juan Filloy; asimismo, como cuentan las crónicas del 50 aniversario del club, también se hacía cargo de la provisión de los útiles de juego:

“...tocaba Belgrano. Para hacer frente a este compromiso de honor se necesitaban unos pesos a fin de adquirir las camisetas, pues el pago del ferrocarril no se iba a efectuar hasta después del partido. Los socios Hanel y M. Martínez se presentaron al Sr. Ferguson, jefe de Talleres en aquella época y le solicitaron un préstamo de \$ 50 con el compromiso de que cada jugador abonaría su parte. El señor Ferguson extendió una orden para que las camisetas fueran retiradas de la casa Gath y Chávez, rechazando en ese instante la devolución del dinero.”¹³²

Sin embargo, tales aportes lejos estaban de volver abundantes las arcas del club. Los mismos jugadores debían desembolsar dinero de sus ingresos para pagar lo que hacía falta; cuando había un partido, generalmente no se tenía ni para pagar a un cobrador de entradas, por lo que entre ellos tenían que controlar el acceso hasta minutos antes de su comienzo.¹³³ Por otro lado, si bien la empresa apoyaba que los empleados tuvieran en sus tiempos libres una actividad que les era provechosa, la inestabilidad en los puestos de trabajo en los talleres por los constantes traslados de personal a otras ciudades, generó que el club se viera muchas veces diezmado por la partida de piezas importantes.

¹³¹ ASOCIACIÓN CORDOBESA DE FÚTBOL: *80 años de fútbol en Córdoba*, Op. Cit., p. 50.

¹³² Los Principios: 11-10-1963, p. 30.

¹³³ La Voz del Interior: 21-09-1926, p. 14.

Así, con cierta solvencia derivada del apoyo institucional de la empresa ferroviaria y la consecución de numerosos trofeos de campeonato, el club fue sentando las bases para su consolidación definitiva como una entidad con fuerte arraigo en la vida no sólo deportiva de la ciudad.

En síntesis, el sistema educativo y el ámbito laboral y geográfico fueron los principales factores que influyeron en la formación y difusión de los clubes en la ciudad. De más está decir que su abordaje no cierra el amplio espectro de variables asociadas este proceso. Otros móviles también convergieron en el florecimiento del mismo: por ejemplo, grupos de jóvenes con raíces étnicas comunes o conscriptos en los cuarteles militares depositaron sus expectativas en esta práctica y afrontaron las tareas pertinentes para materializar su participación en ella. Individuos con diversidad de procedencias e intereses podían confluír en la misma instancia creadora de un club, pasando a representar éste múltiples filiaciones encuadradas bajo un mismo objetivo: su marcha próspera y su imposición sobre los demás. La vinculación a una asociación deportiva, en tanto espacio celular de la vida ciudadana, agilizaba la integración de los individuos en el engranaje multicultural cordobés; allí se cristalizaban afinidades comunes que facilitaban las relaciones, se compartían ideas, informaciones y la propia organización comunitaria.

5- La estructuración federativa del fútbol local

El juego del fútbol que habían traído los ingleses a la ciudad, como ya se adelantó, se practicó tanto en un plano formal como informal. En el primero de los casos, seguía los reglamentos establecidos en Londres por la Football Association: juego de pies entre dos bandos de once individuos cada uno, divididos en diferentes posiciones de acuerdo a su ubicación en el campo, que se realizaba en dos tiempos de 45 minutos y cuya meta era hacer entrar un balón en un arco defendido por el rival, al que había que evitar agredir, bajo la supervisión de un referee y dos linesman. En el segundo, su desenvolvimiento tuvo lugar a modo meramente recreativo en cualquier espacio que ofreciera condiciones más o menos adecuadas como las calles o los baldíos, con el número de participantes que se quisiese, con cualquier elemento que hiciese las veces de balón y sin un tiempo claramente estipulado ni supervisión arbitral alguna.

En cuanto a la práctica formal del fútbol, una vez iniciados los jóvenes en el juego, para poder competir contra otros se organizaban en clubes y armaban partidos contra otros similares. Para ello se reunían representantes de los clubes y fijaban de antemano los diferentes aspectos que concernían al juego: la cancha, el día y horario (generalmente los domingos o los días de fiesta a la siesta-tarde), el referee y, si correspondía, el premio que estaba en disputa, que era algún objeto acordado por los contendientes a pagar por el vencido o donado por aficionados al juego, casas de comercio o por las autoridades provinciales. Otros elementos corrían por cuenta del club local, como los relacionados a la invitación de autoridades y familias, la definición del precio de las entradas o la seguridad del espectáculo, que se zanjaba por medio de particulares o la convocatoria a la policía cuando los incidentes se volvieron cotidianos.

La presencia de mayor cantidad de clubes motivó la necesidad de congregarse en torno a algún tipo de competencia regular que enfrentara a todos entre sí y consagrara a un ganador. Es factible que desde finales del siglo XIX se efectuasen torneos internos entre los trabajadores de los ferrocarriles o de las escuelas inglesas. Pero, a fines de 1905, por iniciativa de los clubes Escuela de Agronomía, Atlético Central, Gimnasia y Esgrima, Córdoba Atlhétic y, meses después, Facultad de Medicina, se creó la primitiva Liga Cordobesa de Foot-ball para el desarrollo de los campeonatos oficiales.

Existía la necesidad de una entidad que homogeneizara y regulara la práctica y sus aspectos administrativos entre los afiliados. Sin embargo, la liga creada solo revistió un carácter transitorio, ya que fue instituida por los dirigentes de cada club para regir una competencia –la Copa de Comercio-, pero no llegó a dictaminarse un orden estatutario consolidado. Para organizar ese torneo, la liga sancionó reglamentos, la forma de disputa, su fiscalización, disciplina y galardones a entregar, etc.

Podía afiliarse a ella todo club que justificara estar bien constituido, con reglamentos o estatutos, que jugara fútbol de acuerdo a las leyes de la Football Association y que poseyera una cancha de dimensiones legales y amplias comodidades para los visitantes. Si no tenía cancha, la comisión resolvía en cuál debía jugar; en todo caso, ésta debía estar cercada. La suscripción anual era de 20 pesos y los jugadores debían estar domiciliados en la ciudad y ser socios de su club.¹³⁴

A esta entidad se recurría y consultaba ante situaciones que suscitaban controversias entre los rivales, las cuales eran comunes, debido al escaso conocimiento

¹³⁴ LIGA CORDOBESA DE FOOT-BALL: *Reglamentos*, La Industrial, Córdoba, 1910, pp. 3 y 4.

general que se tenía del juego desde todos los sectores involucrados en él -jugadores, dirigentes, referées, público y prensa-. Sin embargo, lejos estaba la liga, los mismos reglamentos, de proveer en todos los casos criterios unificados, ya que, en ocasiones, sus estructuras informales generaban diferentes interpretaciones o eran manipuladas por los dirigentes para imponer sus favoritismos.

Así lo dejaba ver, por ejemplo, una nota dirigida al diario *Los Principios* en septiembre de 1910 por representantes del Club Atlético Escuela de Agronomía, en la que se criticaba la actitud de la Liga de dar lugar a una protesta presentada por Universitario por un gol considerado por ellos offside en su partido contra Agronomía. El argumento esgrimido por los primeros era que la Liga, varios de cuyos dirigentes lo eran de Universitario, estaba fuera de norma al tomarse atribuciones que no le correspondían en cuanto a resolver sobre el reglamento aplicado al juego: ésta era competencia de la Argentina Foot-ball Association y las Ligas Rosarina y Uruguaya, reconocidas como “más entidades” en esta materia. La respuesta de la Liga no tardó en llegar y en ella se adjudicaba el mismo grado de autoridad que las antes mencionadas.

A los cinco clubes que la conformaron, todos ellos de ascendencia inglesa o aristocrática, cuyas reuniones tenían lugar en el club de Residentes Extranjeros, se fueron agregando otros nuevos que surcaban los diferentes rincones de la ciudad y que, por no poder reunir los requisitos para adscribirse a la misma o por no tener interés en hacerlo, mantenían encuentros amistosos eventuales entre ellos. Las disputas internas, sumadas a problemas organizativos, volvieron anacrónico y disfuncional el accionar de la Liga Cordobesa de Football.

Entre 1907 y 1913, los diarios reflejaron una etapa de decaimiento en la práctica del fútbol: nacían pocos clubes, se inscribían cada vez menos¹³⁵ y se disolvían algunos de los que ya existían. Se atribuía esta situación a problemas organizativos y a la obstaculización a la incorporación de nuevos equipos a la liga, así como a la falta de apoyo estatal en recursos e infraestructuras. También se invocaban las secuelas que traía aparejadas el proceso de urbanización de la ciudad que, si bien ampliaba los horizontes espaciales de la práctica y ofrecía conexiones más directas a partir de las nuevas tramas comunicacionales, cercenaba la disponibilidad de muchos terrenos de juego accesibles e idóneos que debían ser dejados por estar ubicados en zonas de próxima urbanización.

¹³⁵ Cinco en 1907, tres en 1908, dos en 1909, 5 en 1910 –de los que se presentaron sólo 2- y en 1911 y 1912 no se abrieron.

En consecuencia, algunos deportistas seducidos por esta práctica se desmotivaron y se alejaron de sus esferas.

El fútbol se vio sumergido a poco más de un lustro de inestabilidad, de readaptación al nuevo escenario ciudadano cosmopolita que se le presentaba, marcado éste por las nuevas multitudes de procedencias variadas y similares necesidades de inserción social. En ese lapso, la práctica experimentó un proceso de transición desde un desarrollo más restringido y conservador a uno relativamente más abierto y popular, período en que comenzaron a tejerse una diversidad de articulaciones, siempre oscilantes, entre las masas emergentes y aquellos que buscaban conservar ciertos privilegios.

Ante este panorama, nuevas estructuras orgánicas se tornaron indispensables. En julio de 1913, representantes de los clubes Belgrano, Agronomía y Atlético Argentino, a quienes se añadirían posteriormente Argentino Peñarol, San Martín, Córdoba Central, General Paz, Sud Americano, Olímpico Infantil, Colegio Nacional, Córdoba Atlético y San Isidro, dejaron finalmente constituida la Federación Cordobesa de Football, institución que, con estatutos y reglamentos claramente delimitados, fue capaz de organizar, controlar y fomentar la práctica del fútbol.

La institución naciente solicitó su afiliación a la Federación Argentina de Football, entidad rectora del fútbol nacional, la que fue aceptada con entusiasmo “...para la difusión de este noble y viril deporte inglés...”¹³⁶ el 20 de agosto de ese año. Inmediatamente, se organizó el primer campeonato, habiéndose dividido los equipos en primera y segunda división.

A partir de entonces, la Federación Cordobesa -al año llamada Liga Cordobesa de Football- se fue erigiendo en la entidad rectora por excelencia del fútbol cordobés. No le fueron ajenas las actitudes cismáticas de sus miembros, pero no llegaron a conmoverlas en sus cimientos, más allá de haber dado lugar a la fundación de ligas independientes como la Universitaria, la Bancaria, la Asociación Recreativa, la Asociación Infantil etc., que no pudieron trascender en el tiempo.

La aparición de la Federación Cordobesa repercutió en una nueva oleada fundacional de clubes, entre los que se puede mencionar al ya mencionado Atlético Talleres Central Córdoba (Club Atlético Talleres), Club Atlético General Paz Juniors, Club Atlético Los Andes, Instituto Atlético Central Córdoba, Club Atlético 9 de Julio,

¹³⁶ La Voz del Interior: 23-09-1913, p. 5.

Club Atlético Libertad, Atlantic Sportsman Club, Club Atlético River Plate, Club Atlético Almirante Brown, Club Atlético Estudiantes, Archivistas Atlético Club, Club Atlético San Martín, Club Atlético Provincial, Club Atlético Independiente, Atlético Mariano Moreno, Club Atlético Tracción Central Argentino, Club Atlético Unión Cívica, Club Atlético Unión, etc. En su mayoría, estaban abocados en exclusividad a la práctica del fútbol, mientras que un número pequeño de ellos se abrió a otros deportes y actividades sociales. Pero así como muchos surgían, otros desaparecían o dejaban la práctica actividad del fútbol.

La estructura de la liga se iba adaptando a los nuevos tiempos. El número de categorías en que se dividía el fútbol de Córdoba fue creciendo de manera paulatina hasta llegar primero a cuatro y luego a cinco. En cada una se pagaba una cuota de inscripción respectiva: primera, \$20; segunda, \$15; tercera, \$10; cuarta y quinta, \$5, además de los \$10 de afiliación anual. La última categoría estaba reservada a los menores de quince años, aunque era usual que, en una actitud hartamente acusada de especuladora y antiética, se alistaran en ella jugadores que sobrepasaban dicha edad.

La solicitud de inscripción debía contener los siguientes datos: nómina de la Comisión Directiva, lista de socios, formación de cada cuadro, división o divisiones en las que deseaba actuar, colores de uniforme, domicilio de la secretaría y, si poseía cancha, en qué ubicación, dimensiones, condiciones de seguridad e instalaciones, etc.¹³⁷

Diferentes copas se pusieron en disputa año tras año: el campeonato ordinario por la Copa Federación Argentina, el de la Bandera (Copa Casa Bartolas), de la Reina Victoria, de la Biblioteca Vélez Sársfield o del Centro de Cronistas Deportivos. En todos ellos se premiaba colectivamente a la institución ganadora con una copa e individualmente a los jugadores con medallas, en ambos casos donadas por la Liga o Federación, por el gobierno o por importantes casas del comercio de la ciudad.

Simultáneamente, se seguían organizando amistosos o desafíos, como una forma de estrechar vínculos entre los clubes, hacer entrenar y observar a los jugadores¹³⁸ y de obtener recursos a partir de los ingresos que proporcionaban las entradas cobradas. En cuanto a este último punto, si jugaban todos los mejores de cada equipo, mayor era la concurrencia; el éxito del espectáculo dependía de quién jugase. A modo de ejemplo, en

¹³⁷ LIGA CORDOBESA DE FOOT-BALL: *Estatuto y Reglamento General*, Los Principios, Córdoba, 01-01-1916, p. 4.

¹³⁸ En el caso de los equipos nuevos, para saber dónde estaban parados y en qué categoría debían anotarse.

1917, en un fin de semana llegaban a disputarse aproximadamente 35 partidos entre los oficiales y amistosos informados por la prensa.

El aparato normativo, además de hacer posible el propio juego con la consecuente búsqueda de paridad en las condiciones de competencia, emergió como amparo legítimo y como respaldo de autoridad.¹³⁹ Sobre esa base, la Federación Cordobesa, como representante del fútbol oficial de la ciudad, participó con delegados de la Convención convocada por la Federación Argentina a las diversas instituciones de la república en Capital Federal. Los objetivos principales eran aprobar una nueva traducción de las reglas oficiales del juego, fijar los partidos internacionales a disputarse en ese año y definir la naturaleza de los vínculos que unían a la Federación Argentina con las instituciones afiliadas. Se reconoció a la Federación Argentina como autoridad superior de todas las entidades afiliadas, la que fallaría, en última instancia, sobre los asuntos que le remitieran las instituciones afiliadas y los conflictos que pudieran suscitarse entre algunas de ellas y entre sus autoridades; se fijaron las reglas que estipulaban la jurisdicción y denominación de las federaciones regionales; se resolvió solicitar que las federaciones que se fundaran y las que ya existían adoptaran como nombre el del lugar de su sede principal, suprimiendo las denominaciones generales de provincia.¹⁴⁰

La Liga Cordobesa, tiempo atrás amorfa, inorgánica y escasamente representativa, había logrado constituirse como la generalidad de sus similares e imponerse a todas las demás entidades deportivas de la provincia. Contaba para entonces con 21 clubes inscriptos -la mayoría en diferentes divisiones- más de 2.000 jugadores-socios de todos los sectores sociales, y, en ambos casos, la cantidad estaba en franco aumento.¹⁴¹

Además, había adquirido recientemente un campo de deporte propio de fácil acceso público, contiguo a la Escuela Presidente Roca, cuyas instalaciones estaban valuadas en 10.000 pesos moneda nacional. Los gastos resultantes de esa transacción, de las construcciones y el mantenimiento requeridos para el *field* quedaron garantizados por el crédito particular del presidente, el secretario y el tesorero de la entidad.

¹³⁹ FRYDENBERG, Julio David: "Prácticas y valores ...", Op. Cit.

¹⁴⁰ La Voz del Interior: 14-04-1914, p. 3.

¹⁴¹ Los datos son extraídos de la memoria anual que el entonces joven doctor Gregorio N. Martínez, facultativo profesor de la Universidad Nacional de Córdoba, expuso en 1918 como presidente de la institución. Los Principios: 10-01-1918, p. 6.

Asimismo, sus progresos se veían también en la extensión de las relaciones y los vínculos de solidaridad con instituciones similares del país y del exterior y fueron finalmente coronados con la concesión de la Personería Jurídica por parte del gobierno provincial.

Al explicar los alcances de la asociación, Gregorio Martínez afirmaba:

“...la liga no es un organismo individual que pueda ser movido por una sola cabeza. Es una agrupación de entidades autónomas que subordinan esa misma autonomía a la disciplina superior del interés colectivo: que es el instinto de conservación traducido en fenómenos concientes de asociación. Cada uno de los clubs que forman esta entidad, delegan su parte de autoridad en este consejo que las rige (...) La liga no es un organismo independiente de los clubs que la forman, cuya única eficacia se ha traducido en sanciones penales y procedimientos mercantiles. Equivale esto a decir que el progreso material de la liga debe reflejarse sobre el bienestar material de los miembros dirigentes que la componen, como si todas las manifestaciones de ese progreso hasta ahora registradas por ventura de la institución (campos de juego, muebles, instalaciones, trofeos, relaciones exteriores, etc.) fueran del patrimonio particular de los miembros del consejo y no el tesoro en formación efectiva y creciente de la misma liga, es decir, de todos y cada uno de los clubs de football existentes en Córdoba.”¹⁴²

El Consejo Superior, para poner en conocimiento de los socios y jugadores los estatutos y reglamentos de la asociación, hizo imprimir grandes carteles de los mismos y entregó dos ejemplares a cada club para ser colocados en las casillas de las canchas o en algún otro lugar visible. Con acciones como ésta se buscaba combatir la ignorancia y las interpretaciones erróneas expresadas por los jugadores en cuanto a los reglamentos de la entidad y del juego mismo, corroborada por el testimonio de algunos de quienes oficiaban como referees de los partidos. En esa situación entendían los contemporáneos que estaba el germen de la infinidad de protestas y los múltiples actos de violencia que

¹⁴² Ibidem.

se registraban en las canchas, a la vez que creían que un mayor conocimiento de las mismas se reflejaría en una disminución de dichos problemas.

En este sentido y con dicho objetivo, tanto desde la Liga o la Federación, como del Centro de Cronistas Deportivos se organizaron diferentes campañas y conferencias públicas sobre la aplicación de las reglas del juego para los aficionados. Siempre tenían por disertantes a reconocidos referees del ámbito local y nacional. La concurrencia fue escasa al principio (a la primera conferencia que se realizó sólo asistieron cuatro personas, por lo que debió ser suspendida), pero las demás tuvieron el éxito pensado, aunque no los resultados deseados, ya que los hechos de violencia siguieron a la orden del día.

De todos modos, a medida que fue creciendo el número de adeptos a la práctica, las reglas esenciales de juego fueron siendo socialmente aprendidas y transmitidas de generación en generación sin necesidad de tener que sacar constantemente a luz el texto normativo. Pero en esa transmisión se filtraban y reproducían interpretaciones sobre aspectos menores del juego que no coincidían entre grupo y grupo.¹⁴³

A su vez, los participantes en este juego entendieron los reglamentos de una manera unívoca: llamaron “reglamento”, por un lado, al conjunto de reglas que definían al juego y, por otro, a los estatutos que pautaban la organización interna de los clubes y las relaciones entre ellos en las ligas. Los *footballers* consideraban que ambos tipos de normas estaban incorporadas al conjunto de las pautas reguladoras de la competencia futbolística, lo que explicaría, para Julio Frydenberg,¹⁴⁴ el estrecho vínculo que tuvieron los fenómenos de la difusión de la práctica del deporte y la fundación de un club para poder jugarlo.

¿Cuáles fueron las condiciones en las que se desarrollaban los partidos en esos años y qué incidencias se daban en los mismos? En general, la temporada futbolística iba de marzo a octubre, los meses de menor calor, y los partidos se celebraban los domingos o los días festivos, aunque aisladamente también se efectuaban durante algún día de semana, en los que participaban mayormente instituciones ligadas al sector estudiantil. El horario más frecuente en que comenzaban era el de la tarde, entre las 14.30 y las 18, dependiendo de la estación del año -más calor hacía, más tarde empezaban-. En ese lapso, se disputaban los partidos de primera división o los

¹⁴³ FRYDENBERG, Julio David: “Prácticas y valores ...”, Op. Cit.

¹⁴⁴ Ibidem.

interprovinciales e internacionales. Además de que creían que existía una disposición física más adecuada por el ejercicio deportivo, en esta hora sabían que se podía convocar a mayor cantidad de personas, con los consiguientes beneficios económicos que representaba la venta de entradas. Por la mañana, tenían lugar los partidos de las divisiones inferiores, para que no interfirieran con los del cuadro principal.

En los días de elecciones, todos los partidos se suspendían. El artículo 77 de la Ley de Elecciones disponía que durante las horas de los comicios quedaban prohibidos los espectáculos populares al aire libre o en recintos cerrados, fiestas teatrales, deportivas u otras clases de recreaciones públicas que no se refirieran al acto electoral o a sus servicios religiosos.

Al llegar a la cancha, no siempre ésta estaba en las condiciones adecuadas para la práctica, ya sea por estar alto el pasto o mal marcadas las líneas, los arcos más anchos y sin redes, etc. En cualquiera de los casos, se dificultaba la tarea de jugadores y referee, por lo que reglamentariamente no se podía jugar. Lo mismo sucedía ante inclemencias climáticas, pero como no había medios para informar a cada uno de los aficionados, muchos eran los que, ante la duda, se llegaban igualmente a la cancha. En cada uno de los casos anteriormente detallados, mientras estuvieran los protagonistas presentes y alistados para jugar, se juntaban los capitanes y el referee y decidían sobre la ejecución del cotejo, optando en varias ocasiones por su suspensión o por hacerlo sólo en forma amistosa.

Era habitual también que los referees se pegaran “faltazos” sin aviso a los partidos. En esta situación, si los capitanes acordaban en la elección de uno de los aficionados presentes, se jugaba. No siempre la culpa era de los referees. En muchas ocasiones, la Liga nombraba para tal función a jugadores-árbitros que a esa misma hora debían actuar en su club y que se veían imposibilitados a concurrir. Del mismo modo, designaba a alguno que militaba en las filas de uno de los contrincantes o, directamente, no se les pasaba comunicación y tenían que salir a consultarlo en los diarios.

Otras situaciones que generaban inconvenientes eran, por un lado, el de la pelota, que siendo el club local el encargado de proveerla, más de una vez tuvieron que suspenderse partidos por su pinchadura, por lo que la Liga resolvió que todo club que utilizara una usada, debía llevar otra de reserva; por otro, el del uniforme de los jugadores, que como no siempre todos los del equipo portaban el mismo, se terminó prohibiendo tomar parte de un partido a quienes no llevaran el uniforme correspondiente.

Antes de cada cotejo, el capitán estaba obligado a firmar y presentar al referee, una planilla con el nombre de cada uno de los protagonistas y de los linesman, la que debía coincidir con la lista de socios que, al momento de la afiliación, cada club entregaba a la liga como una manera de garantizar el compromiso de los jugadores hacia ellos. Hacia 1915 se promovió la impresión de carnets para una mejor identificación de jugadores y dirigentes, evitando que se firmara con otros nombres.

De esta manera, el fútbol vivenció el lento proceso de institucionalización de sus estructuras y de evolución desde una práctica informal a un deporte moderno, regulado y codificado.

5.1- Los campos de juego en la dinámica moderna

En un principio, los clubes tomaron como terreno de juego cualquier área de amplias dimensiones que tuviera una superficie sin desniveles pronunciados. No tenían ningún tipo de acondicionamiento, carecían de tribunas y los asistentes se agrupaban alrededor de la cancha y no había separación entre público y jugadores, siendo ello una de las causas frecuentes de las invasiones del terreno que interrumpían el juego. En este uso primario del espacio no se superponía la práctica del fútbol a la de otros deportes, disponiendo cada uno de sus propios recintos. Con el tiempo, frente a la necesidad de campos deportivos para el creciente número de aficionados, los clubes y las autoridades crearon condiciones para la construcción y/o adaptación de áreas desocupadas como terrenos deportivos.¹⁴⁵

¹⁴⁵ ÁLVAREZ ESCALONA, Gerardo Tomás: Op. Cit.



Fuente: *La Voz del Interior*: 21-12-1915, p. 8.

El público agolpado a los costados del *field*, sin separación con los jugadores.

Para competir con otros equipos en el marco oficial de las diferentes ligas que patrocinaban la práctica del fútbol, se exigía contar con una cancha donde oficiar de local; si no poseía, la comisión directiva de la liga era la encargada de disponer dónde debía hacerlo. En todos los casos, el *field* debía hallarse en parajes accesibles, lucir las dimensiones reglamentarias,¹⁴⁶ estar rodeado de cerco sólido, contar con comodidades para vestirse y realizar agasajos, tener obras sanitarias con dos baños por lo menos y disponer de un botiquín de primeros auxilios en las casillas. Para atraer la concurrencia de los sectores dirigentes y de la alta sociedad local que asistían a eventos de este tipo y brindarles mayor comodidad se construían opcional y eventualmente palcos y chalets. Antes del comienzo de cada temporada los campos eran inspeccionados para ver si estaban en condiciones reglamentarias, pudiendo ser rechazada la afiliación del club que no lo cumplía.

El tener cancha propia no fue un atributo del que todos los clubes pudieron disfrutar. Menos aún podían reunir las condiciones planteadas. Todo dependía de la posibilidad de sus integrantes de lograr la cesión de un terreno para instalar un campo de juego por parte de algún particular o de las autoridades gubernamentales, en caso de tratarse de un terreno público. Ello estaba sujeto a las conexiones familiares, laborales, sociales o de otro tipo que pudieran direccionar esta búsqueda. Conexiones que también entraban en juego al momento de efectuar las obras edilicias y adquirir los diversos materiales necesarios para su adecuación reglamentaria, lo que suponía una ardua labor

¹⁴⁶ Las medidas eran 118 metros de largo por 91 de ancho como máximo y 91 de largo por 46 de ancho como mínimo.

de cada uno de los integrantes de la institución. El acceso a las instancias de poder político facilitaba la canalización de las demandas de este tipo.

Los sitios baldíos eran espacios potenciales por excelencia para el despliegue del fútbol. Si bien su disponibilidad se multiplicaba al acercarse a las fronteras urbanas todavía no superpobladas, muchos eran de difícil acceso, naturalmente adversos o no los facilitaban sus propietarios por estar en planes de urbanización. En el imaginario del proyecto de modernización de la ciudad, los baldíos representaban la suciedad, la malaria, las infecciones de una ciudad embanderada bajo la cuestión higiénica y el impulso urbanizador. El fútbol transformó al baldío en un espacio saneado, recreativo y privado de reunión social, quitándole lo desagradable a la vista, al tiempo que revalorizaba el terreno mismo y sus alrededores. La cesión de estos espacios a los *footballers* fue una herramienta de la que se valieron los propietarios para acondicionarlos a las futuras necesidades o proyectos y salvarse, así, de las medidas impositivas que comenzaba a implementar el fisco contra la persistencia de sitios baldíos en el radio de la ciudad.



Fuente: AHCD: 1917, Tomo A-2-55, f. 89.

El *field* de Juniors, de amplias dimensiones y comodidades, con sus palcos y casillas.

Como ya se adelantó, no era posible conseguir un campo de juego en el centro histórico ya saturado. Hubo que trasladarse a los nuevos espacios urbanizados o a las periferias que se iban formando, en lo posible, en las cercanías de las líneas ferroviarias. Allí podía tramitarse ante la municipalidad la cesión para alquiler o

compra -cuando hubiera capital para hacerlo, casi una utopía en esos tiempos- de un terreno público para su instalación. También se podía acceder al padrinazgo del club por parte de alguna empresa, institución o personaje influyente que donara algún terreno propio o lo alquilara a bajo precio. A su vez, hubo clubes en el que sus integrantes o familiares, generalmente vinculados a la colonia inglesa, a la elite criolla o al sector comercial, eran propietarios de terrenos aptos para el juego y los pusieron a disposición de su equipo. En definitiva, sólo un reducido núcleo de estos sectores pudieron comprar un terreno o soportar por mucho tiempo las erogaciones de su alquiler. Pero los clubes de los sectores medios y populares con escasos recursos debieron sortear más obstáculos para acceder a una cancha para jugar. Como medida paliativa, llegaron a prestarse las canchas entre sí para jugar.

Sin embargo, como parte del proceso expansivo de la ciudad, la ampliación de la red tranviaria y caminera, el avance de los loteos y la venta de tierras cercanas al centro y bien comunicadas (que devenía en la formación de nuevos vecindarios), hizo que los terrenos se tornaran en objeto de especulación, se encarecieron y fueran reclamados por sus dueños. Las canchas allí ubicadas tuvieron que desocuparse y los traslados en búsqueda de nuevos rumbos se volvieron permanentes. Exceptuando a los de la elite, del resto de los clubes sólo unos pocos, ayuda oficial o empresarial de por medio, lograron disponer de terrenos donde ejercer la localía, pero en su mayoría no eran propios.

En definitiva, como plantea Adrián Gorelik,¹⁴⁷ no hay ciudad sin representaciones de ella, y las representaciones no sólo decodifican el texto urbano en conocimiento social, sino que inciden en el propio sentido de transformación material de la ciudad. El espacio no es sólo materialidad, sino que también está prescrito de significados. En efecto, el abordaje de los campos de juego es una nueva arista que permite vislumbrar la vinculación del juego con el objetivo de una urbe limpia y ordenada. Su carácter como espacio típico de la modernidad se basaba en su capacidad evocadora de lo que el mundo ha destruido para crear a la ciudad, en la que las canchas

¹⁴⁷ GORELIK, Adrián: *Miradas sobre Buenos Aires. Historia cultural y crítica urbana*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2004, p. 12.

se configuraban como naturaleza domesticada por la cultura y materializada en el espacio urbano.¹⁴⁸

De esta manera, los campos de juego se convirtieron en lugares para la recreación y la diversión de los habitantes en sus tiempos libres, a la vez que contribuyeron al embellecimiento de la ciudad, a su saneamiento, su ordenamiento y su progreso bajo pautas urbanísticas modernas contempladas orientadas por los grupos dirigentes.

Con ellos, los espacios públicos se privatizaban a favor de los clubes, como así también las actividades que se recreaban en su seno. La posesión de campos de juego se volvió así un factor de jerarquización interna entre los clubes y de potenciación de sus perspectivas de crecimiento; su uso y configuración exteriorizó las diferencias sociales y la estratificación de la población.¹⁴⁹ En este sentido, el tipo de instalaciones que cada club ofrecía para la práctica deportiva, también se convirtió en objeto de prestigio social. Su belleza, comodidad y amplitud, puestas en conocimiento y en visión del resto de la sociedad, le imprimía al club un toque de distinción y superioridad sobre los otros, que reforzaba la honra en la adhesión al mismo de sus miembros. Los que podían disponer de campos de juego en estas condiciones, se valían de ello para establecer condiciones y organizar eventos deportivos de gran envergadura para la época.

5.2- El arbitraje en los partidos: los referees

Un actor fundamental que intervenía directamente en el juego y que accionaba indistintamente a los equipos en cancha era el referee. Su función consistía en controlar las acciones del partido y decidir sobre las transgresiones que se cometían. En la cancha, era quien representaba a la liga en su máxima expresión, por lo que sus fallos eran inapelables y toda ofensa contra ellos daba lugar a penas disciplinarias de los culpables. Oficiaba de referee todo aquel jugador experimentado, ex jugador o dirigente que manejara los fundamentos y aspectos reglamentarios del juego y que se ofreciera voluntariamente para ello.

¹⁴⁸ SALAZAR ARENAS, Oscar Iván: “Tiempo libre al aire libre, prácticas sociales, espacio público y naturaleza en el Parque Nacional Enrique Olaya Herrera (1938-1948)”, en *Historia Crítica*, núm 33, Bogotá, 2007, p. 202.

¹⁴⁹ *Ibidem*, p. 193.

En la caracterización de la época, un árbitro debía ser afable, justo y honesto, tener buen golpe de vista y ser rápido y diplomático en sus resoluciones, reprimiendo enérgicamente toda infracción; jamás debía ser grosero ni pretender imponerse por medios impropios de un caballero.¹⁵⁰ Debía ser, en definitiva, paradigma y custodio de los modales civilizatorios con los que se quería revestir a la práctica.

Acompañaban a los referees durante los partidos dos linesman seleccionados por cada club de entre sus miembros, los que se ubicaban en los costados de la cancha a la altura de las líneas laterales, en lados opuestos y cada uno custodiando la mitad contraria. Desde allí seguían el juego y secundaban al referee en sus decisiones.

Según el comentario general de los aficionados a este deporte, el del referee se trataba de un cargo que “...sólo los más entusiastas por un club, los que verdaderamente no vacilan en sacrificarse en beneficio de la institución, son los que lo llenan...”¹⁵¹ Era una tarea ingrata, que lo ponía todo al día a pleno rayo del sol, les creaba enemistades -por atribuírseles aparente parcialidad, motivando que tanto jugadores como público les protestaran o hasta los agrediesen-, les suponía un gasto en botines, ropa, tranvía, refrescos, empanadas, etc.¹⁵² y nadie les pagaba nada por ello o no se les informaba correspondientemente sobre sus destinos u horarios.

El panorama al que se enfrentaban quienes se postulaban para el referato, está claro, no era el más propicio. En consecuencia, los aspirantes al cargo fueron mermando progresivamente, mientras que la cantidad de partidos a jugar aumentaba. Esta situación sembró el escenario para que, de la mano de los referees que aún se sostenían y con el guiño de la máxima entidad rectora del fútbol en la ciudad, se constituyera la Asociación de Referees de Córdoba. Reproduciendo el perfil y los términos de sus símiles ya existentes en Buenos Aires y Montevideo, vino a llenar la carencia de medios que dieran forma orgánica a las permanentes demandas desatendidas del grupo y que le proveyeran de algún amparo ante los embates a los que eran sometidos. De esta manera, también los árbitros se sumaban dentro de los marcos de la lógica asociacionista para interactuar con el resto de las instituciones consagradas al juego.

La nueva entidad prepararía no sólo a referees más competentes en el conocimiento y la aplicación de las reglas de juego, sino al conjunto de los aficionados

¹⁵⁰ Los Principios: 19-01-1916, p. 6 y 04-04-1915, pp. 6 y 7.

¹⁵¹ La Voz del Interior: 21-04-1914, p. 4.

¹⁵² La Voz del Interior: 03-09-1914, p. 4.

al deporte. Todo aspirante a referee oficial debía presentar una solicitud por escrito con objeto de dar un examen para optar al título ante la comisión que anualmente designaba la Liga. No se aceptaba a quienes, con anterioridad, hubieran cometido faltas graves en los *fields*.¹⁵³

En cuanto a las supuestas gratificaciones que pudieron recibir, las fuentes consultadas revelan datos contradictorios. Por un lado, algunas se expresan en el sentido de que las autoridades dedicaron muy poca atención a los referees, salvo en la innovación de pagarles y alguna otra.¹⁵⁴ Seguían, así, el ejemplo porteño, donde se les pagaba con 15 pesos por partido y todos los gastos iban por cuenta de la Liga. Desde la otra vereda, se aducía que la erogación anual por el cobro de honorarios de los referees a la Liga sería de \$ 2.000 y que, de pagarla los clubes, quedarían en bancarrota. Más aún cuando la mayoría cerraba el año con las arcas vacías. De ello deducían que, en ese momento, no se estaba en condiciones de implantar el mismo sistema que el de la Capital Federal, aunque dejaban en evidencia que en algún momento se llegaría a lo mismo.¹⁵⁵

De todos modos, si bien esta nueva asociación aportó un marco más claro para la actividad, la realidad indicó que las circunstancias en que se desarrollaba la misma se mantuvieron parecidas. Lo prueba, por ejemplo, el hecho de que, durante los meses posteriores a su aparición, a la sexta fecha del campeonato, de los 77 partidos que debieron haberse jugado, se suspendieron 47, la gran mayoría por falta de árbitros.¹⁵⁶ Y en los años siguientes hay muestras de que el disconformismo con éstos era importante, sea por sus ausencias o por su incompetencia.

¿Por qué, entonces, querría alguien ser referee? Quizás falten los testimonios para lograr una noción más clara al respecto. Estaban los oportunistas o especuladores, podría decirse, los que se presentaban a los partidos con el mero propósito de favorecer a uno de los contendientes, lo cual saltaba a la vista en los informes y descargos que los intervinientes escribían una vez finalizados los mismos. O también los que, como con su carnet de referee tenían acceso a todas las canchas, lo usaban para que sus amistades también ingresaran gratis al hacerlo pasar por la reja (otros directamente se presentaban con carnets falsificados). Sin embargo, estos ventajistas eran la minoría.

¹⁵³ LIGA CORDOBESA DE FOOT-BALL, *Estatuto y Reglamento General*, Op. Cit., p. 4.

¹⁵⁴ Los Principios: 04-04-1915, p. 7.

¹⁵⁵ Los Principios: 26-04-1917, p. 7.

¹⁵⁶ Los Principios: 18-07-1915, pp. 6 y 7.

Por otro lado, ya a partir de la segunda década del siglo XX, empezaba a rondar algo de dinero para los árbitros, lo que se convertía en un motivo más que razonable para que algunos optaran por adentrarse en estos menesteres. Así, el referato comenzaba a proyectarse como un servicio retribuable que se prestaba a la comunidad deportiva. Pero esta explicación deja vacíos no sólo temporales en el intento de dar cuenta tales motivaciones.

Finalmente, como se dejaba entrever en muchas crónicas periodísticas, la mayoría de los implicados lo hacía por afición al deporte, con un claro fin altruista. Aunque conllevara una pérdida de tiempo y se ganara enemigos entre el público y los jugadores -aspecto que se profundizó a medida que pasaron los años-, ser referee era sentirse parte del juego, era saberse la máxima autoridad allí dentro, depositario y ejecutor de la nueva práctica introducida por los ingleses. Significaba, desde otro lugar, un espacio en el que se autoreferenciaban y alcanzaban el reconocimiento de los demás, prestigiado por el compromiso que su tarea suponía hacia los “nobles fines del deporte”. Y éste era el sentido con el que lo tomaban muchos de quienes se “arriesgaban” en dicho campo.

CAPÍTULO 2

LA DIMENSIÓN ASOCIATIVA EN EL FÚTBOL

Desde el momento en el que el fútbol se instituyó en la ciudad, su práctica se vertebró en torno a los clubes, instituciones concebidas por sus impulsores como agentes del progreso de la ciudad y vinculadas a su proyecto de modernización. En este capítulo se aborda el proceso de formación de estas entidades en el concierto asociativo de la época, sus estructuras organizativas, sus canales de difusión y las formas y contenidos de participación contemplados, los lazos de sociabilidad manifestados y los factores de desigualdad que el asociacionismo engendraba.

1- Los canales de difusión del repertorio asociativo en el fútbol

1.1- La injerencia del sistema educativo

El sistema educativo se conformó en una de las vías de promoción de los ejercicios físicos. En el capítulo anterior se planteó el análisis de este espacio institucional como uno de los ámbitos donde los *footballers* empezaron a desplegar sus primeras armas en la práctica deportiva. En esta parte se lo estudió reparando en el papel que desempeñó en el fomento y estructuración de un marco asociativo para dicha práctica.

El sistema educativo moderno proyectado por la élite se hallaba comprometido con la salud y el desarrollo físico de jóvenes y niños. Con la instrumentación de la Ley 1420 de 1884, el Estado nacional se hizo definitivamente responsable de la instrucción obligatoria. Dicha ley, que creó un sistema educativo nacional y otorgó a la escuela la función social de integrar, de homogeneizar, de preparar e incorporar a los jóvenes criollos e inmigrantes para la vida de un país republicano de reciente organización, se pronunció por una educación integral que incluía la preparación simultánea de los individuos en los aspectos intelectuales, morales y físicos.

La educación física pasó a formar parte de los planes de estudio, pero no se tomó partido por ninguna expresión particular de la misma. Para la sanción de los planes educativos, pedagogos e higienistas creían en la superioridad de los ejercicios naturales

al aire libre, realizados con gran interés, placer y resultados provechosos, sobre los artificiales o reglamentados. Eran los juegos a los que los ingleses llamaban atléticos: carreras, saltos, lucha, pelota, cricket, fútbol, natación, equitación, remo, etc.

Ángela Aisenstein lo explica de la siguiente manera:

*“...en la práctica sí aparecían el juego, la gimnasia racional (con método) y acrobática, el atletismo, los ejercicios militares y algunos deportes con igual peso en la enunciación: fútbol, cricket, natación, bicicleta. Y es sólo una enunciación, no hay nada prescrito, ni normatizado, ni sistematizado. Quienes se hacen cargo de la educación física son maestros o profesores; si es en la escuela media, son profesores de otras asignaturas que, a la vez, son deportistas y que podrían tener afición por el fútbol.”*¹⁵⁷

La aparición nominal del deporte entre los contenidos del currículum data de principios del siglo XX, en la mención que se hizo en los planes de estudio de los Colegios Nacionales; allí los deportes eran definidos como ejercicios “sofocantes”, juegos en los que predominaba la carrera. En 1905, se aprobó el Plan de enseñanza y Educación Física nacional, que establecía la obligatoriedad de la enseñanza de esta asignatura en los establecimientos nacionales de nivel primario, secundario, normal y especial dependientes del Ministerio de Instrucción Pública o que se encontraban incorporados a la enseñanza oficial.¹⁵⁸ Sin embargo, en ambos casos no alcanzaba su sola mención nominal para lograr su inserción en la escuela, en donde, desde temprano, se dieron algunas discusiones acerca del valor pedagógico de la competencia deportiva en su ámbito, cuestionada por su violencia y peligrosidad, por originar sentimientos de antagonismo, promoviendo intereses en conflicto con lo educativo.¹⁵⁹

El fútbol, al no estar contenido en la currícula escolar hasta 1940 –que incluía gimnasia metodizada, juegos libres, rondas con cantos y excursiones-, quedó relegado a

¹⁵⁷ FRYDENBERG, Julio David y DI GIANO, Roberto: “El fútbol de la Argentina. Aproximaciones desde las ciencias sociales (III). Entrevista a Ángela AISENSTEIN”, en <http://www.efdeportes.com>, *Revista Digital*, año 5, núm. 23, Buenos Aires, 2000.

¹⁵⁸ AISENSTEIN, Ángela y SCHARAGRODSKY, Pablo: Op. Cit., p. 271.

¹⁵⁹ AISENSTEIN, Ángela, GANZ, Nancy, y PERCZYK, Jaime: *La enseñanza del deporte en la escuela*, Miño y Dávila, Buenos Aires, 2002, p. 17.

la calle, a algunas fiestas (patrias, escolares o alguna otra en que, como expresión lúdica y acto congregante, se jugaba un partido) o a los clubes. Al respecto, la creación de asociaciones por parte de alumnos fuera de la escuela fue promovida por una ley sancionada en 1898, la que buscaba fomentar la práctica de la actividad física vinculada a las cooperadoras y a las asociaciones vecinales y derivó, como dice Ángela Aisenstein,¹⁶⁰ en la formación de clubes vinculados directamente al fútbol. Con un alcance similar, en 1910 el Consejo Nacional de Educación advirtió que la escuela estaba extralimitada en sus funciones, por lo que la educación física debía ser sostenida por asociaciones populares, supervisada por el Estado, pero fuera del horario escolar.¹⁶¹ Aunque no se refiriera específicamente al fútbol, les resultaba incoherente que este deporte, al que algunas autoridades catalogaban de violento y desordenado, formara parte de un sistema educativo al que le preocupaba el orden y la disciplina social.

Ya un año antes se había presentado en diputados un proyecto de ley para establecer la educación física obligatoria para todos los institutos nacionales y particulares de enseñanza primaria, secundaria, normal, universitaria y especial. Entre los objetivos que perseguía se destacaba el desarrollo integral y armónico de los individuos, la formación de su carácter y, finalmente, el fortalecimiento de la raza. En ese marco, estaban incluidos los deportes que se adaptaban y compatibilizaban con los fines generales de la escuela. A su vez, se disponía la creación de una Comisión Nacional de Educación Física encargada de difundir entre todos los sectores sociales los ejercicios físicos. Uno de los encargos era el de formar asociaciones de cultura física en toda la provincia, a las que se les facilitaría subsidios para la construcción de plazas de juego. Así, la venía a las asociaciones particulares para el desarrollo de los ejercicios físicos partía desde el sistema educativo, que desvinculó a los deportes de la enseñanza curricular.

1.2- La actuación de los poderes públicos

El Estado delegó parte de su espacio de intervención en el deporte a la sociedad civil, recreando un modelo mixto de gestión que se repetía en todas las órbitas de la acción social. Más allá de avalar al deporte en sus fines y mantener un discurso de

¹⁶⁰ FRYDENBERG, Julio David y DI GIANO, Roberto: Op. Cit.

¹⁶¹ Ibidem.

apertura al mismo, los poderes gubernamentales no tuvieron una política regular acorde al sector y confiaron a la iniciativa privada el impulso de dicha empresa, a la que estimularon como una de las instancias fundamentales de su proyecto civilizador. Su actuación en el campo sólo se limitaba a la donación de premios para los ganadores de los diferentes torneos que se realizaban y a otorgar subsidios para los clubes de manera esporádica, lo que dependía del grado de influencia del que lo pedía o gestionaba. Las tramitaciones para lograr la cesión de un predio para la Asociación Atlética Universitaria, por ejemplo, fueron apuntaladas por el rector de la institución universitaria y futuro gobernador de la provincia, José A. Ortíz y Herrera, y su incidencia fue fundamental para su posterior adjudicación.

El gobierno también obtenía otro tipo de rédito en el apoyo a las manifestaciones deportivas: su usufructo a modo de propaganda. Los grandes eventos servían para que las autoridades, con su presencia, se pusieran en la consideración pública y mantuvieran un contacto directo con las expresiones lúdicas y populares de la población. Eran invitados por los comités organizadores ya que, a partir de su asistencia, contribuían a realzar los alcances sociales del acto y acrecentar su convocatoria.

Más aún, a través de estos grandes eventos, el gobierno de la provincia visualizó un medio provechoso para movilizar su propaganda progresista. Al respecto, el análisis se detendrá brevemente en lo acaecido en la Semana Sportiva de Mayo, un torneo deportivo nacional de vastas dimensiones organizado por la Sociedad Sportiva Argentina y realizado en mayo de 1914 en Córdoba, a modo de celebración del aniversario de la patria. La asociación del deporte a los festejos patrios oficiales había tenido lugar por primera vez en 1907, con la conmemoración del 9 de julio, la que había contribuido a legitimar socialmente esta nueva práctica.

El aparato estatal se movilizaba para patrocinar una práctica (la deportiva) todavía no integrada a su estructura, pero que cada día contaba con mayor cantidad de adeptos. Más que lograr la adhesión a un régimen, con estos eventos se buscaba generar una imagen de consenso social hacia un proyecto que la dirigencia propiciaba, el cual incorporaba al deporte dentro del mismo como un instrumento civilizatorio. De esta manera, se socializaba al deporte como una de las expresiones que tomaba el fomento a la cultura física.

La “Semana de Mayo” concentró a los más importantes deportistas del país, a numerosas familias “distinguidas” de Buenos Aires, Rosario y Tucumán que se desplazaron en calidad de espectadores a la ciudad y fue presenciado por gran cantidad

de personas debido al carácter gratuito de las competencias. La organización presupuestaba en 50 mil pesos los gastos para la ocasión. El Ministerio de Obras Públicas auxilió con 20 mil pesos; para sufragar el resto se contaba con los ingresos que generarían determinadas fiestas vinculadas a este evento, los aportes del tesoro de la Sportiva, las donaciones particulares y las suscripciones entre las casas de comercio, que se beneficiarían con la llegada de muchos foráneos. A fin de conseguir dichos avales, promover el evento y difundir sus alcances, se instaló una oficina en el Plaza Hotel y se repartieron afiches y folletos por la ciudad.

La elección de Córdoba como sede respondió no sólo a su capacidad de hospedar una competencia de tales dimensiones, sino también al carácter nacional de los festejos y la situación céntrica de Córdoba favorecía los traslados hacia ella. En el decreto del Poder Ejecutivo fundamentando la erogación a efectuar y comprometiéndose a arreglar y poner a tono la ciudad, quedaba manifiesta la misión publicitaria de los mismos. Además de los beneficios ya mencionados, se alegaba:

“...el conocimiento de los lugares y la difusión de sus progresos y adelantos, además de exteriorizar un alto grado de civilización, constituye un modo de propaganda eficaz a la vez que prestigia la bondad de nuestro clima, la riqueza de la tierra y su más agradable perspectiva; que debe constituir un pensamiento dominante y ser materia de actos de gobierno el propender a la mayor extensión de su prosperidad material y su cultura, estimulando los deportes vigorizantes de la salud física y moral, contribuyendo a establecer vinculaciones más estrechas y a despertar interés; que cualquier erosión tendría ventajosa compensación con los beneficios resultantes...”¹⁶²

En sintonía con ello, la prensa que cubría las fiestas, expresaba:

“La semana de Córdoba, a imitación de las similares que se celebran en Niza, Milán, Saint Mauritz, Vichy, etc., llamará la atención del pueblo argentino poco acostumbrado hasta ahora a estas manifestaciones de propaganda colectiva y llamadas a despertar un justo movimiento de

¹⁶² La Voz del Interior: 02-04-1914, p. 3.

*orgullo patriótico al darse cuenta de que nosotros también sabemos y podemos organizar, a la par de la nación más adelantada, certámenes interesantes, beneficiosos y más que todo demostrativos de nuestra cultura, de nuestra riqueza y de nuestra naturaleza. Será además un exponente de lo que puede el espíritu colectivo en la propaganda de nuestros productos, pues es su propósito publicar juntamente con el programa, los datos estadísticos que más puedan interesar a los mercados argentinos y extranjeros.”*¹⁶³

A través de estas palabras se exteriorizaba claramente la idea de progreso arraigada en los sectores dirigentes, la que se materializaba, por ejemplo, en la capacidad de organizar eventos de esta magnitud y recrear instancias asociativas que expusieran los adelantos de la ciudad, a semejanza de las grandes metrópolis europeas. Asimismo, la proyección modernizadora que contemplaban conectaba la concepción de una ciudad culta y ordenada con el crecimiento de la ciudad como artefacto material y cultural.

Algunas críticas sonaron, con poca repercusión, por las partidas y la portentosa organización dispuestas para esta celebración, a la que se le atribuía una supuesta nimiedad y trivialidad en relación a otras áreas de la vida citadina que merecían mayor atención. Sin embargo, a entender de uno de sus corresponsales:

*“El concurso ha servido para llamar la atención al pueblo sobre estas manifestaciones atléticas, para iniciar a la juventud a constituirse un agrupaciones deportivas, para llamar la atención por los caminos espléndidos por su cuidado y panoramas hermosos que ofrece, (...), para divertir al pueblo con espectáculos que no conocía. (...) Queda como compensación el juicio de mañana, a sancionarse cuando florezcan los clubes deportivos en Córdoba, al llamado de los incentivos que suponen los festivales que hemos visto.”*¹⁶⁴

¹⁶³ La Voz del Interior: 14-04-1914, p. 3.

¹⁶⁴ Los Principios: 28-05-1914, p. 3.

Las apreciaciones de este corresponsal no fueron muy erradas, ya que poco tiempo después, tuvo lugar un proceso progresivo de formación de nuevas entidades consagradas al deporte, principalmente al fútbol. Sin embargo, sería arriesgado y hasta apresurado suponer un correlato directo del torneo en ello porque, a esta altura, los deportes contaban con cierto arraigo en la ciudad. Pero para aquellos sectores que permanecían alejados de esta práctica y desconocían sus alcances, el evento tuvo un innegable valor como medio difusor de la misma y de la creencia construida alrededor de los beneficios deparaba.

Lo que sí queda claro fue que el evento no motivó mayores cambios en la concepción residual del Estado hacia el deporte. En alguna que otra ocasión, las autoridades intervinieron directamente en la organización de un partido¹⁶⁵ o de su mismo seno también surgieron, y rápidamente declinaron, proyectos para la difusión del fútbol,¹⁶⁶ pero su proceder siguió la tendencia de un apoyo inconstante e irregular que depositaba su desarrollo en la iniciativa privada.

No por ello la actividad se vio desde temprano exenta de sufrir ciertas medidas impositivas y hasta coactivas por parte del fisco. Por un lado, los clubes estaban sujetos al pago de impuestos inmobiliarios en sus locales de reuniones y servicios. Recién en 1917 hubo reclamos presentados ante las cámaras legislativas solicitando la exoneración. Por otro lado, la representación del juego por menores en la vía pública fue permanentemente prohibida por medio de ordenanzas policiales que, sin embargo, casi nunca llegaban a acatarse. Se aducía que el juego en la calle suponía una molestia para los transeúntes y las familias del vecindario y un peligro para los mismos niños por el tráfico de carros y vehículos, pero, como era una práctica tan recurrente y cotidiana en el centro y los barrios suburbanos, ni los agentes de la policía se molestaban por llamar al orden.

¹⁶⁵ Tal como lo hizo, en 1916, el cónsul de Uruguay en Córdoba que, con el fin de entablar relaciones con los deportistas de su país, gestionó un encuentro entre la Liga Uruguaya y la Liga Cordobesa.

¹⁶⁶ A nivel nacional, pero con alcances en Córdoba, se tienen registros de la presentación en Diputados, aunque con poco éxito, de un par de proyectos en pos del fomento del deporte. Uno, de 1908, buscaba instituir concursos periódicos de cultura física bajo la administración de la Sociedad Sportiva Argentina e instaba a la construcción de grandes estadios en la capital nacional, en Córdoba y en Mendoza. El otro, de 1915, disponía el destino de diferentes recursos de la Asociación Argentina de Fútbol para el mayor impulso a dicho ejercicio, que se obtendrían del monto total de las prescripciones de la Lotería Nacional por importe de premios no cobrados y del valor total de los boletos de *sport* que no se presentaran al cobro dentro de un mes del día de celebrada la respectiva carrera.

En este sentido, desde un principio el fútbol tenía destinado, en su faceta formal, lugares propios de desarrollo: las instalaciones de los clubes. Pero tanto la misma dinámica integradora del juego que acercaba su práctica a niños y jóvenes de todos los sectores sociales y, como la lógica excluyente para el acceso a los clubes hacia muchos de tales intérpretes, fueron decisivas para la proliferación de espacios paralelos extrainstitucionales en los que se ejecutaba dicho deporte. Uno de ellos fue la calle:

“Los muchachos han tomado una pasión tan extraordinaria por el sport de foot-ball que ya raya en delirio. En pleno día y en plena vía pública forman grandes matchs hasta con naranjas, lo que no deja de presentar inconvenientes. Dejemos a un lado la consiguiente gritería aturdidora y fijémonos en las molestias que el juego ocasiona a los transeúntes que a veces reciben la pelota en plena nariz cuando no se les da un empujón, pues en el entusiasmo del match los campeones ni han señalado límites para sus hazañas ni respetan a nadie.”¹⁶⁷

Desde las esferas gubernamentales, entonces, se estimulaba a los jóvenes a que salieran de su “letargo” y que fundaran y conservaran sociedades -clubes atléticos- que tuvieran por objetivo el cultivo de los ejercicios físicos, tal como venía sucediendo en los países “civilizados” (en menor proporción, también en la capital del país). La acción de los clubes era vista como continuadora de la obra de la escuela para la formación de nuevos ciudadanos; de ahí el “bien público” que los clubes reportaban en la mirada de los sectores dirigentes. A través de ella las asociaciones exponían un rol trascendental en la cultura social como centros recreativos generadores de vastas relaciones entre la juventud:

“...propiciando la creación de clubs atléticos, conseguiremos la extirpación de muchos males que corroen la materia social y orgánica, desalojando liviandades producidas por los placeres del vicio (...) En todos los países civilizados se hallan establecido asociaciones e institutos con el objeto de cultivar los diferentes géneros de ejercicios físicos para vigorizar el organismo...”¹⁶⁸

¹⁶⁷ Los Principios: 31-07-1904, p. 3.

¹⁶⁸ La Voz del Interior: 30-06-1904, p. 3 y La Voz del Interior: 02-02-1904, p. 3.

El asociacionismo, para los sectores dirigentes, constituía un rasgo civilizatorio que debía ser alentado y las libertades de reunión y opinión aparecían como pilares fundamentales de las instituciones de la República. En función de ello, los gobiernos en general fomentaban el movimiento asociativo, promovían las celebraciones públicas y decían sostener los derechos civiles¹⁶⁹ respaldando su idea de una sociedad libre y republicana.

1.3- El rol de la prensa

La prensa local se mostraba casi uniformemente en consonancia con la difusión de las prácticas asociativas alrededor del fútbol: la asociación, en tanto “...*un motivo recomendable de cordialidad y afecto entre el elemento joven...*”,¹⁷⁰ era vista como una condición indispensable para el progreso, como un “...*factor de riqueza pública...*”¹⁷¹ que contemplaba la unión como el mecanismo necesario “...*para luchar con éxito en las lides democráticas...*”¹⁷²

Con alusiones de ese tipo, la prensa se constituyó en unos de los canales de difusión más importantes que tuvo la práctica del fútbol. La cobertura del deporte por parte de los periódicos de mayor tirada de la ciudad en la época (La Voz del Interior, Los Principios, La Libertad, etc.) fue alcanzando una progresiva repercusión y trascendencia.

Las primeras crónicas del tema se insertaban en espacios mínimos de referencia y quedaban encuadradas en las notas sociales del día, en coherencia con la forma en como era vivido el deporte entonces; es decir, como parte de las prácticas sociales de la elite y de la comunidad inglesa. A medida que la cantidad de adeptos al juego fue creciendo y los eventos cobraban mayor magnitud, el espacio dedicado a los *sports* fue adquiriendo autonomía propia; de pequeños sueltos ocasionales saltó a páginas enteras y publicaciones “especializadas”.¹⁷³

¹⁶⁹ SÁBATO, Hilda: “Estado y Sociedad Civil (1860-1920)”, Op. Cit., p. 132.

¹⁷⁰ La Voz del Interior: 16-07-1907, p. 4.

¹⁷¹ Los Principios: 20-04-1911, p. 5.

¹⁷² Los Principios: 17-07-1908, p. 3.

¹⁷³ Como el caso de *Páginas Sportivas*, un semanario surgido en 1915.

¿Qué dejaba entrever tal cobertura del deporte en los medios? La prensa fue portadora de un discurso construido alrededor de la urgencia de un proyecto civilizador que la ciudad ameritaba a su entender. Como los juegos atléticos ingleses entraban en ese proyecto, la prensa se erigió en uno de sus impulsores principales, brindando un espacio preciso de contención y poniendo el tema en locución de la opinión pública. Al respecto, en los primeros tiempos, las noticias deportivas evidenciaban un marcado carácter difusor-promotor, más que informador; muchas veces se anunciaba y se convocaba para un partido, pero después, durante los días siguientes, no aparecía nada en relación a sus resultados. También se publicaban notas sobre los reglamentos y vicisitudes del juego con el objeto de mitigar el desconocimiento general en la materia que mostraban tanto jugadores como público y de atraer a nuevos interesados. Cuando La Voz del Interior lanzó al público una publicación de ese cariz, esgrimía a modo de argumentación que

“La preferente dedicación de gran parte del elemento juvenil a los ejercicios físicos que tan benéficos resultados producen en el sentido de formar hombres viriles y activos para el porvenir, nos induce a la publicación del reglamento del juego del football, uno de los referidos ejercicios que mayor y más sólido incremento ha adquirido entre los elementos citados. (...) Aún consideramos incompleta la misión trazada, por lo que seguiremos firmes en nuestra propaganda en las instituciones que atañen y en la difusión de los conocimientos necesarios de las leyes que rigen a los principales sports atléticos, estimulados por los hoy numerosos centros del ramo que alientan y progresan en Córdoba. Desde el número próximo comenzaremos la publicación del programa del juego del football, que hemos recibido en un pequeño folleto impreso, traducido del texto inglés, que es obra del renombrado forward Smith.”¹⁷⁴

Al mismo ritmo en que se iba popularizando el juego, se abrieron secciones destinadas a los deportes. En la carta de presentación de la renovada sección deportiva, se afirmaba:

¹⁷⁴ La Voz del Interior: 24-06-1905, p. 3.

*“Ante el impulso decidido y eficaz que la Federación Cordobesa de Football acaba de imprimir a los deportes que se cultivan en nuestra provincia, se organiza de la mejor forma posible una sección que, con el objeto de cooperar a tan plausibles propósitos, tenga a cargo la publicación de todas aquellas noticias que revelen algún interés deportivo, tratando a la vez de conseguir, por un medio para una propaganda moral eficiente, que los partidos se desarrollen en la mayor cultura, evitando así el traslucimiento de actos pocos decorosos, que desmedran la nobleza del deporte.”*¹⁷⁵

Ya no sólo se informaba en general de un evento, sino que se pronunciaba sobre los participantes, se contaban anécdotas, afloraban crónicas del juego con los resultados, tablas de posiciones, gráficos, ilustraciones y fotografías, así como también análisis pormenorizados de las conductas e intereses observados dentro y fuera del campo de juego. A su vez, se instalaban encuestas que proponían un intercambio de ideas y preferencias con el lector aficionado o apartados inaugurados para evacuar consultas o amparar réplicas u opiniones por medio de cartas. Lo que antes se discutía oralmente, ahora circulaba en términos de razonamientos escritos dirigidos a la sociedad de lectores. Al adquirir centralidad lo que acontecía alrededor de la práctica deportiva, la prensa se constituyó en un factor de presión al momento de la toma de decisiones cuyo alcance no se podía soslayar.

Se abría, así, un nuevo espacio de discusión y crítica libre, colectivo e igualitario –siempre y cuando se supiera leer y escribir- sustraído del ámbito de influencia de los poderes públicos, en el que se racionalizaba la autoridad, se debatía con ella o se la ponía en cuestión.

Un proceso similar se vivió con los responsables de gestionar la información que se iba suscitando en el ámbito. En los inicios del fútbol en la ciudad, se trataba de colaboradores ajenos al diario que enviaban notas anunciando un evento y allí eran reproducidas. En general, los colaboradores no eran más que los jugadores o dirigentes de los clubes y algún que otro aficionado. Una mayor consolidación del rol difusor del deporte por parte de la prensa significó la aparición de la figura del cronista deportivo,

¹⁷⁵ La Voz del Interior: 07-04-1914, p. 4.

alguien más “especializado” en el área que pasaba a engrosar las filas del periódico y que, para su cometido, contaba con la ayuda de colaboradores aficionados, dibujantes, fotógrafos, etc. A su vez, se recomendaba a los capitanes de las diferentes divisiones “...a que remitan a la sección deportes de este diario los teams y horarios de los partidos a jugarse el domingo. Se hace saber a la Federación que se publicará toda la información que nos sea dirigida.”¹⁷⁶

Para cubrir las incidencias de los acontecimientos de mayor trascendencia fuera de las fronteras de la ciudad, hacía su introducción el enviado especial del periódico. Como nota curiosa, en la primera mención de este cargo que figura en el diario *La Voz del Interior* en 1915, quien lo ejerció no fue otro que el luego reconocido escritor Juan Filloy, entonces dibujante y a veces columnista del diario. Asimismo, el servicio especial incluía la exposición en las pizarras de la sede del diario de la información relacionada al cotejo y la habilitación de un teléfono para pedir informes.

La prensa, en definitiva, fue una de las vías principales por la cual los *footballers* se enteraban cuándo, dónde y contra quién les tocaba o podían jugar, qué jugadores estaban disponibles para atraerlos al club, qué torneos se disputarían; en fin, de casi todo lo que sucedía en el ámbito del deporte.

Sin embargo, la prensa no limitó su actuación a la cobertura de los eventos. Desde los círculos periodísticos y grupos directamente vinculados al mismo también surgieron iniciativas de asociación entre sus miembros. Los canillitas, por ejemplo, desparramados en otros clubes, se unieron y formaron clubes con el apoyo del diario que representaban, del cual obtuvieron su nombre, sus locales para reunión y otras facilidades. Asimismo, para fines de 1914, un numeroso grupo de cronistas deportivos locales, a imagen de lo consumado en Buenos Aires y Rosario y siguiendo el modelo organizativo de los clubes, las federaciones o las asociaciones de árbitros, formaron un centro con el fin de propender a la difusión de los deportes y facilitar la agremiación a los demás cronistas. Entre otras cosas, formaron equipos para practicar este deporte, organizaron campeonatos bajo su auspicio y celebraron congresos y conferencias sobre el tema. Al menos durante el período trabajado, el centro mantuvo una actuación meramente deportiva y extendió sus propósitos a un objetivo más sindical o

¹⁷⁶ Los Principios: 09-04-1914, p. 5.

reivindicatorio. Para ello contaban con la afiliación a entidades gremiales que agrupaban al conjunto de los trabajadores de la prensa.



Fuente: La Voz del Interior: 04-06-1915, p. 5.

Atlético La Voz del Interior, formado por trabajadores y canillitas del diario.

En definitiva, la prensa de la época mantuvo un doble rol en su vinculación con el fútbol: informaba sobre los diferentes sucesos deportivos y sus miembros experimentaban formas de participación asociativa. Desde su campo de acción fue construyendo la sensibilidad colectiva a partir de una forma de entender y vivir el juego que intentó difundir en todos los que lo practicaban. Pero no siempre el desarrollo de la práctica corrió por los carriles que la prensa le había trazado, sino fue acomodando diferenciadamente según cada contexto sociocultural en el que se reprodujo.

2- El fútbol y su proceso de organización en clubes

El fútbol nació como una práctica instrumentada e institucionalizada para su desarrollo por medio de la creación de clubes. Además de las asociaciones deportivas que los ingleses fundaron, la escuela y la universidad actuaron desde los primeros tiempos como factores de nucleamiento de niños y jóvenes para el desarrollo del fútbol. Éstos, a partir de la experiencia generacional que su condición de estudiantes suponía,

dieron forma a nuevos clubes generalmente contenidos dentro de los marcos y espacios físicos de tales instituciones, algunos con apoyo de las autoridades y otros carentes de ello. El barrio, la cercanía misma de residencia, fue otro espacio de socialización de estos grupos que los congregó en torno a esta práctica fuera de la familia y la escuela, al igual que los círculos militares o ámbitos laborales como fábricas, negocios, empresas, bancos, locales de entes públicos, etc.

Maurice Agulhon¹⁷⁷ explica claramente las razones por las que surgen los clubes: para jugar de manera informal en campo abierto bastaba con que se juntaran un grupo de muchachos y se dispusieran para ello; pero desde el momento en que quisieran empezar a competir contra otros equipos en el marco de torneos periódicos, adquirir un campo de juego cercado y un ropaje reglamentario, ese grupo, ese equipo debía transformarse inevitablemente en un club organizado.

Cuando los objetivos eran éstos, en grupos de once o quince, los necesarios para armar el equipo más unos pocos suplentes o colaboradores, acordaban fundar un club y dotarlo de estatutos, sede, cancha, etc. En encuentros informales que hacían las veces de asambleas, se ponían en la tarea de definir el nombre, los colores de su camiseta (todos debían tener el mismo y debían diferenciarse de los del rival), el diseño de su sello (que legitimaba las documentaciones que comenzaban a emitir) y de otros emblemas distintivos, así como la conformación del o los cuadros que intervendrían y en qué división lo harían, dependiendo del número de miembros o de su situación financiera, entre otras cuestiones. Además elegían, de entre ellos, a quienes los representarían en los cargos directivos del club.

¹⁷⁷ AGULHON, Maurice: *El salón, el círculo y el café. Los lugares de la sociabilidad en la Francia Burguesa (1810-1848)*, Donzelli, Roma, 1993, p. 11.



Fuente: Archivo de Gobierno de la Provincia de Córdoba: 1911, Tomo 14, f. 29.

Escudo y sello de Universitarios.

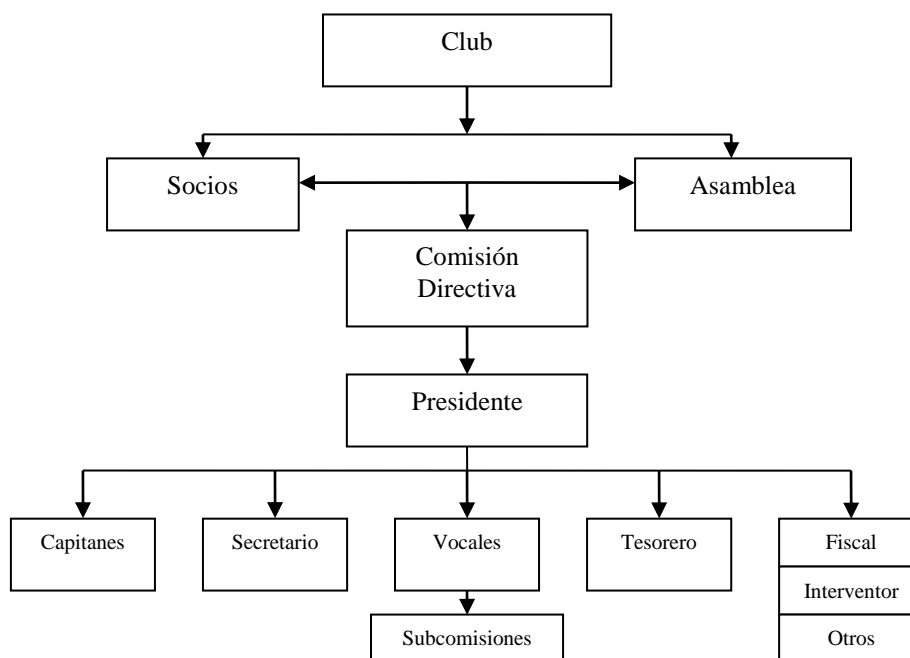
El paso siguiente era la sanción de los estatutos y reglamentos que regirían al club en las relaciones entre sus miembros y con el resto de la comunidad, los cuales se conformaban en su más alta expresión de soberanía, de reafirmación de su singularidad, su legitimidad y su posibilidad de autodeterminación. A través de ellos adquirirían una faceta formal los objetivos y preceptos que gobernarían al club y se fijaba, entre otras cosas, la realización de asambleas generales anuales, su órgano máximo de autoridad. De las asambleas participaban todos los socios del club con igual derecho a voz y voto -salvo excepciones- y en ellas, se renovaban todos los cargos, se reformaban los estatutos, se presentaban los balances y memorias del ejercicio vencido y se trataban diversos asuntos consignados en el orden del día referentes al desarrollo del club (vinculados con las afiliaciones, las cuotas sociales y las inscripciones, la autorización de donaciones, la compra y venta de bienes inmuebles o la toma de empréstitos, etc.). Las sesiones, que podían ser ordinarias o extraordinarias, se consideraban abiertas con la mitad más uno de asistencia. Las diferentes cuestiones a resolver se votaban primero en general y se deliberaban luego en particular. El uso de la palabra era pedido previamente al presidente y el voto era público, siguiendo el mismo criterio de la simple mayoría para su aprobación.

Organizado en primera instancia un club, el funcionamiento de la asociación requería la celebración periódica de reuniones entre los representantes elegidos en asamblea para la resolución y ejecución de cuestiones inmediatas que concernían a su desenvolvimiento. Las comisiones directivas tenían las facultades generales y necesarias para la administración del club y se hacían cargo, así, de su marcha: velaban por el

cumplimiento de sus estatutos y reglamentos, disponían sobre lo que no estaba previsto en ellos, decidían quién era socio y quién no, seleccionaban los jugadores que formaban los cuadros que disputaban los campeonatos en que se inscribía el club, designaban los delegados que se enviaban a las entidades a las que el club estaba afiliado y adoptaban las medidas pertinentes para mantener el orden en su seno y en los torneos atléticos.

Estaban formadas, generalmente, por un presidente, representante y responsable máximo de la organización; un secretario, encargado de su administración general; un tesorero, que tenía a cargo los fondos y las cuentas del club; vocales, que se desempeñaban en las diferentes subcomisiones de la comisión directiva; y el capitán del o los cuadros, que seleccionaba los equipos, los dirigía en los partidos e informaba sobre sus necesidades y vicisitudes. En algunos casos, aparecía también la figura de los fiscales, los interventores y los representantes generales, pero siempre estaban presentes un órgano de mando, uno de gestión, uno económico, uno representativo y otro deportivo; a veces, también se fijaba otro de control. Quienes ejercían como vicepresidente, subsecretario, subtesorero y subcapitán reemplazaban a su superior en caso de ausencia, impedimento o renuncia y, mientras tanto, mantenían voz y voto en las asambleas y en las sesiones de la comisión directiva.

Para una gestión más ágil y directa de los diferentes asuntos que los convocaba, se designaban subcomisiones de no más de tres miembros de acuerdo al tema y su trascendencia (había subcomisiones de *fields*, de cuentas, de disciplina, de protesta, etc.).



La organización institucional de los clubes

Queda claro, a esta altura, que “...para ser un “footballer” fue suficiente ser miembro de un club, y no fue necesario saber jugar al fútbol...”¹⁷⁸ El requisito para ello, para poder jugar de manera “oficial” en sus filas e integrar su comisión, era tener la condición de socio del mismo, pero sólo de uno, ya que no podía ser parte al mismo tiempo de otra institución que practicara el mismo deporte. Dicha condición de socio implicaba una generalidad de atribuciones, derechos y obligaciones:

- la proposición del aspirante por parte de uno o dos socios, la solicitud del mismo por escrito (especificando su categoría y adjuntando el importe a pagar) y su posterior aceptación por la comisión directiva.
- el abono de una inscripción única y de una cuota mensual.
- el reconocimiento y cumplimiento de los estatutos, reglamentos y demás resoluciones generales de las asociaciones como guía de las acciones societarias.
- el uso y disfrute de todos los beneficios que la asociación ofreciera, libre entrada a las dependencias y a los *fields* donde actuaran equipos del club y el empleo de útiles del juego y demás elementos inherentes a los deportes que se practicaran.

¹⁷⁸ FRYDENBERG, Julio David: “Prácticas y valores...”, Op. Cit.

-la obligación de velar por el orden y decoro en todo acto social y de comunicar a la comisión directiva los cambios de domicilio y el recibo de los llamados que ésta les hiciera.

-la prohibición a mantener discusiones de carácter político, social o religioso, hacer distingos raciales, de clase, sexo o nacionalidad, así como iniciar o tomar parte de juegos de azar en las dependencias del club.

-la imposibilidad de disolver el club mientras existiese el número de socios exigibles que estuvieran dispuestos a su sostenimiento (para 1916 el número variaba de entre quince y veinte socios según cada club). De no haberlos, la asamblea nombraba de entre los socios activos los responsables de efectuar la liquidación de los fondos, para lo cual, en algunas ocasiones, se disponía su donación a instituciones caritativas.

A su vez, el ser socio entrañaba responsabilidades y compromisos asumidos, cuya omisión era plausible de medidas disciplinarias. Una de ellas disponía que quienes se demoraban en el pago de dos o tres mensualidades consecutivas, tenían una conducta perniciosa para los intereses del club o faltaban al cumplimiento de sus deberes, podían ser amonestados o suspendidos o hasta perder sus derechos de socios. En teoría, se buscaba impugnar a los oportunistas que se pasaban de un club a otro para librarse del pago de la cuota de socio. Pero subyacía en esta medida que el atraso o la imposibilidad de pagar las cuotas terminaba siendo, sin distinciones, algo sancionable y públicamente repudiable, ya que, en varias ocasiones, se divulgaba en la prensa el nombre del “infractor” acusado. Lo mismo contaba para quienes faltaban a los partidos sin justificación previa: su reiteración determinaba la expulsión del equipo.

La configuración de la calidad de socio de un club, a decir verdad, distaba mucho de ser homogénea. Existían varias categorías y jerarquías, cada una con diferentes prerrogativas, dependiendo de las características del club del que se tratara.

Universitario distinguía entre socios activos (estudiantes) y graduados, siempre universitarios, excepto los que, a juicio de la comisión directiva, podían ser considerados igualmente. Talleres también presentaba una clasificación bipartita: por un lado, figuraban los socios activos y, por otro, los honorarios, a los que la asamblea confería dicha distinción por sus servicios morales o materiales al club. Belgrano proponía una mayor especificación en la composición de sus socios. Se repetían los honorarios y los activos y se agregaban los vitalicios -que pagaban un monto elevado de una sola vez y gozaban de todos los privilegios de socio durante su vida-, los

protectores, cuya cuota mensual era más alta, los corresponsales (con residencia fuera del radio urbano) y los cadetes, los menores de quince.

Algunas conclusiones se pueden extraer de las implicancias que suponía la condición y la tipificación de la calidad de socio. El género y número de socios posibles, en todos los casos, era ilimitado. Pero aunque se proclamara universal, la práctica se configuró, por un lado, como una actividad meramente masculina, con una nula participación de las mujeres, a excepción de la posibilidad de asistir a los cotejos. En el capítulo siguiente se dedicará un pequeño apartado a la diferenciación de roles entre los varones y las mujeres en cuanto al fútbol. Por otro lado, su acceso respondía a los intereses cerrados de cada grupo: un socio postulaba como aspirante para ingresar a otro de su círculo. Así se iban reproduciendo los valores de pertenencia del club y se construía un discurso acorde.

Además, en este sentido, operaba también la solicitud de que el aspirante presentara una nota de admisión por escrito a la comisión. Como no todos los que eran atraídos por el juego y querían afiliarse a un club eran instruidos, este aspecto funcionaba como un mecanismo de exclusión, aunque tampoco terminaba siendo un imperativo insalvable, ya que terminaba suscribiendo otra persona en su lugar. Algunas entidades exigían, al respecto, que el involucrado gozara de un buen concepto público, pero había veces en las que, para lograr el concurso de alguna figura destacada, la disposición se pasaba por alto.

Lo mismo sucedía con la inscripción y las mensualidades que el socio debía pagar, las que iban de 1 a 5 pesos según la categoría. Está claro que para poder jugar hacía falta disponer de dinero para sortear los gastos que conllevaba. Pero desde el hecho de que, para atraer jugadores a sus filas, la comisión dispensaba a ciertas figuras pretendidas de esta prescripción, dejaba de ser una condición ineludible para ello. A veces, el arreglo alcanzaba a todos los jugadores titulares de primera división. Pero dicho desembolso no sólo constituía un deber para el socio, sino también un derecho, ya que les significaba saberse dueños de una parte del club y poder decidir sobre su destino.

Por otra parte, la categorización de los socios dependía de una cuestión económica e institucional y no de una deportiva, con lo que se alimentaba la idea de que para adentrarse en la práctica del fútbol no hacía falta saber jugar, sino ser miembro de un club. De paso, con ello se preservaba, en el plano formal, el amateurismo del jugador.

Recopilando, todos los jugadores eran socios del club, pero no viceversa, ya que había miembros que se contentaban con poseer únicamente un cargo administrativo en éste. En general, esta diferenciación de roles se fue afianzando a medida que avanzaba el club en su desarrollo e iba ensanchando sus estructuras y cantidad de asociados, que se reforzaba por la permanencia en la institución de jugadores que se retiraban de la práctica activa del fútbol. De todos modos, esta doble suerte de jugadores-socios,¹⁷⁹ a la que se podría agregar “directivos” que de entre los socios resultaban elegidos, queda revelada una vez que se cotejan los nombres de quienes disputaban los partidos con los de los miembros de la comisión directiva o de los asistentes a las asambleas generales y se comprueba que eran casi los mismos.

De esta manera, los socios o seguidores de un club fueron superando las barreras espaciales, etarias y hasta clasistas de su contexto de aparición. Apenas se iniciaban en la práctica, como ya se dijo, la mayoría de los cuadros estaban compuestos sólo por los once que ingresaban a la cancha, más algún que otro suplente o colaborador en el caso de que los hubiera, no llevando el número a más de quince o dieciséis. Era el caso del Córdoba Atlhétic Club, de Belgrano o del mismo Universitario, que si bien nació del impulso de un grupo de trece estudiantes, pronto incorporó nuevos elementos hasta triplicar el número. Talleres, en cambio, contando a los directivos, los trabajadores de los talleres ferroviarios y los muchachos conocidos por ambos de otros entornos interesados en el proyecto, pudo conformar fácilmente dos equipos apenas fundado y, a medida que se fue consolidando, la cantidad aumentó.¹⁸⁰ Así, muchos de los nuevos interesados en la práctica nutrieron a las nuevas entidades creadas a tal fin, mientras que otros se fueron anexando a las filas de clubes ya existentes.

Poco a poco, el abanico de potenciales socios de cada club se fue ampliando hasta superar su radio original. De su mayor capacidad de captación dependía, en gran parte, la supervivencia de los clubes, a raíz de los mayores ingresos y posibilidades de articulación y expansión de su aparato organizativo. Así lo reflejaba Julio Frydenberg para el caso de los clubes porteños, con los que se pueden plantear ciertos paralelismos:

¹⁷⁹ Subraya ese aspecto Frydenberg en sus trabajos sobre la popularización del fútbol en Buenos Aires. FRYDENBERG, Julio David: “Prácticas y valores...”, Op. Cit.

¹⁸⁰ En 1917, con algunos trofeos en su haber, Central Córdoba tenía 150 socios. Belgrano, por su parte, para esa misma fecha contaba con 265 y Universitario, pasados sus años de mayor gloria deportiva, sólo 68.

“La misma dinámica de estos clubes los impulsaba a contar con la mayor cantidad posible de asociados. Cuanto más socios, más recursos para engrandecer la institución. La diferencia con los clubes de la elite o de la colonia inglesa fue notable pues estos hicieron de la restricción y selección un valor. Contrariamente, los nuevos clubes debieron ensanchar su base social de apoyo como forma de sobrevivir y si fuera posible, crecer.”¹⁸¹

Al respecto, acontecía en cualquier club que la conquista del campeonato o la acumulación de victorias de una institución aumentaba su prestigio entre los pares y suscitaba la instalación de una idea de su supremacía e imbatibilidad en el común de la gente. Ello se traslucía en un incremento en la cantidad de asociados al club: nuevos aficionados por el juego que pasaban a engrosar las filas del “campeón” en sus diversas categorías. Al contar con más socios, se podían cobrar más cuotas y destinarlas al mantenimiento del club y la realización de mejoras. Contribuía a esto último, además, la mayor atención que se les prestaban consecuentemente desde la prensa y los organismos públicos,¹⁸² más aún cuando alguno de los componentes del club eran familiares o conocidos de las autoridades y los cronistas.

Los clubes que trascendieron lo deportivo y complementaron su accionar con otras actividades sociales y culturales fueron los que tuvieron un futuro más promisorio por delante. A medida que se expandían las opciones que podían brindar, vitalizaban su funcionamiento, atrayendo aún más socios potenciales y hasta a familias enteras, ya que a cada uno de sus integrantes se le ofrecían diferentes alternativas recreativas. Los socios dejaban de ser necesariamente jugadores.

¿De qué medios se valían los clubes para sobrevivir económicamente? Está claro que los clubes no tenían fines de lucro, pero de alguna manera debían mantenerse, y si era posible, crecer. Como se planteó, si sólo se quería jugar de manera informal, el fútbol representaba costos e insumos mínimos: se conseguía una pelota u otro elemento que hiciera las veces de ella y se iba a la calle o a algún sitio baldío en el que se colocaban dos palos como arcos. Pero ya la organización y el desenvolvimiento de un

¹⁸¹ FRYDENBERG, Julio David: “Prácticas y valores...”, Op. Cit.

¹⁸² Dicha atención estaba relacionada, a su vez, con que estos cuadros eran los que frecuentemente representaban a la ciudad en los partidos interprovinciales e internacionales.

club requería de recursos más diversificados para comprar o alquilar terrenos como canchas o sedes sociales, su construcción y conservación, el abono de los impuestos inmobiliarios, el aprovisionamiento de elementos e insumos del juego, los gastos de funcionamiento y las obligaciones con la federación.

De esta manera, los clubes sobrevivían económicamente de varias formas. En primer lugar, de las aportaciones en forma de inscripciones y cuotas mensuales de los socios, aunque se trataba de ingresos que, generalmente, no eran muy regulares y se limitaban al número de miembros. Una segunda fuente de ingresos eran los favores o legados de los dirigentes, socios honorarios y otros allegados, que donaban al club trofeos, balones, camisetas, útiles, bienes muebles o inmuebles, etc. Otro recurso era la promoción de actividades extradeportivas como funciones de cine, teatro, fiestas o rifas. Sin embargo, la posibilidad más segura de conseguir ingresos era organizar campeonatos. Allí la recaudación provenía del pago por las inscripciones de los otros equipos, la venta de viandas durante los partidos y, principalmente, el cobro de las taquillas.¹⁸³

Desde los años iniciales se cobraba entrada a los asistentes según la edad de los mismos y/o de la importancia del partido; los precios oscilaban habitualmente entre 0.20 centavos y 1 peso por persona. De lo recaudado, el 40% quedaba para la liga, otro 40% para el local y el 20% restante para el visitante. El tesorero del local debía enviar a la liga la liquidación del mismo y los talonarios utilizados. En los partidos oficiales sólo tenían valor las entradas de la liga y las que ésta reconocía expresamente. La lista de posibles ingresos incluía también a los subsidios ocasionalmente otorgados por los organismos oficiales o los arriendos, concesiones o alquiler de sus locales y/o espacios publicitarios.

De esta manera, el proceso de popularización del fútbol fue en parte resultado de la satisfacción de las exigencias económicas primarias de los clubes. La incipiente mercantilización de esta práctica fue inherente a la ampliación del número de aficionados que pagaban por el consumo de un juego devenido ahora en un incipiente espectáculo. La amplia demanda urbana de actividades de ocio se veía reflejada en las numerosas concurrencias que acompañaban a los eventos deportivos, favorecida por los espacios de difusión cada vez mayores que le destinaba la prensa. Las cuotas societarias, las entradas, las contribuciones particulares, las subvenciones o cualquier

¹⁸³ ÁLVAREZ ESCALONA: Gerardo Tomás: Op. Cit.

otro medio que los clubes se agenciaban para conseguir recursos servían para asegurar su estabilidad y su competitividad.

La difusión del fútbol fue sostenida por su pronta institucionalización en clubes. Como resultado de su evolución en el campo y el crecimiento de la cantidad de asociados, los clubes se fueron estructurando de una manera tal que sus actuaciones adquirieran mayor celeridad y flexibilidad a fin de acomodarse a las nuevas estrategias de mercado y no caer en la vorágine moderna de creación-desaparición a la que se veían sometidos.

3- El sentido asociativo para el fútbol

Está claro que la necesidad de cierta organización para la práctica del fútbol derivó en la formación de clubes. Los ingleses trajeron a estas tierras no solo el juego, sino también la forma en que estaba organizado, justamente a través de clubes. Los clubes, en su acepción original, eran formas asociativas de esparcimiento cuya finalidad era la pura sociabilidad a partir de una actividad común que relacionaba a los socios.¹⁸⁴ A través de ellos, se manifestaba la intención de distanciar la vida social de la política, considerada esta última como factor disolvente y disruptivo a raíz de las pasiones y exasperaciones que suscitaba y que se alejaban de la moderación y el buen tono que debían tener los socios.¹⁸⁵ De ahí que los clubes prohibieran en el interior de sus recintos sostener discusiones políticas, religiosas, raciales y clasistas, así como desplegar cualquier tipo de actividades ajenas a la que promovían primariamente que pudieran generar discordancias entre sus miembros.

Una vez que los ingleses se integraron a la vida urbana, importaron sus instituciones. Los sectores locales que estuvieron interesados en el ejercicio del fútbol, imitaron la práctica inglesa en su conjunto porque percibían que funcionaba y no veían razones para buscar otro tipo de organización, aunque tampoco conocían otra alternativa que pudiera adaptarse a las condiciones de juego. Más aún, no solo la reprodujeron, sino que la valoraron positivamente como la mejor forma posible. Allí entraba a jugar su tendencia a la reproducción de aspectos variados del modo de vida europeo como una

¹⁸⁴ GONZÁLEZ BERNALDO DE QUIRÓS, Pilar: Op. Cit., p. 332.

¹⁸⁵ LOSADA, Leandro: *La Alta Sociedad en la Buenos Aires de la Belle Époque. Sociabilidades, estilos de vida e identidades*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2008, pp. 178-179.

expresión más de su proyecto modernizador, que tomaba las pautas culturales del viejo continente como modelo de influencia.

Uno de los factores que influyó también en este sentido fue el alto grado de aceptación hacia las prácticas asociativas que provenía desde el Estado y se extendía al resto de la sociedad. La afirmación de la vigencia relativa de los derechos civiles y de las libertades de reunión, de opinión y de prensa estimuló tanto la multiplicación de las iniciativas de acción colectiva como la expansión de la prensa escrita.¹⁸⁶

Tal explosión asociativa, que se venía dando en el país más marcadamente desde la última década del siglo XIX, significó a los individuos la posibilidad de participación en experiencias colectivas de camaradería en su vida social. Su difusión alcanzó todas las esferas de la sociedad y le ofreció a los *sportmens* el aprendizaje de diversos tipos de modelos de articulación comunitaria en donde podían proyectarse.

En este sentido, Hilda Sabato¹⁸⁷ afirma que, después de Caseros –año 1852-, se organizaron algunos clubes sociales de elite que, fundados con el propósito de fomentar la sociabilidad entre las gentes acomodadas, se constituyeron en lugares de reunión, contacto, intercambio y diversión de hombres y mujeres de las clases propietarias. La oleada asociacionista se extendió también hacia las zonas festivas o lúdicas de la vida de los argentinos, a partir de la creación de clubes sociales con diversos fines, que incluían la realización de bailes, reuniones familiares, banquetes, agasajos, encuentros en torno a una mesa de cartas o de café y otras actividades sociales colectivas.

Las comunidades de inmigrantes recién llegados al país se constituyeron en fuertes impulsores del movimiento asociativo; reprodujeron las experiencias de asociación que traían desde sus países de origen y conformaron nuevos espacios de intercambio con los congéneres, facilitando su integración a la vida local. Las fiestas propias de sus lugares de procedencia, tales como las romerías españolas o los jubileos de la Reina Victoria, eran representadas por estas comunidades en sus locales o en los espacios públicos de la ciudad.

Así, la tradición asociacionista venía de una práctica que se cristalizó y profundizó en nuestro país hacia fines del siglo XIX, como iniciativa de todos los grupos sociales. El espíritu asociativo fue promovido por las corporaciones empresarias, los sindicatos de trabajadores, casi todas las corrientes políticas, la Iglesia, los

¹⁸⁶ SÁBATO, Hilda: “Estado y Sociedad Civil (1860-1920)”, Op. Cit., p. 106.

¹⁸⁷ Ibidem, p. 123.

agrupamientos inmigrantes en sus sociedades de socorros mutuos, las sociedades vecinales o de fomento, las bibliotecas populares y hasta los clubes de fútbol. La transición entre los siglos XIX y XX vivió la plenitud de la vida social organizada en las asociaciones, movimiento que, en una sociedad liberal, tendía a cumplir funciones no asumidas por el Estado: defender corporativamente al individuo ayudándolo en su desarrollo personal, brindar servicios y armar una red social comunitaria institucionalizada y formalizada en la que el individuo sintiera que formaba parte de ella, con su correlato simbólico identitario.¹⁸⁸

En efecto, los clubes de fútbol se conformaron como asociaciones civiles sin fines de lucro, una figura asociativa que actuaba como una forma legal contemplada en el Código Civil para la constitución de una apoyatura institucional en la que pudiera asentarse esta práctica deportiva. Como figuraba en el Código y en las notas de su autor, Vélez Sársfield, los particulares tenían la libertad de crear las asociaciones que quisieran sin necesidad de previa licencia de la autoridad pública, pero no asumían el carácter que el Código daba a las personas jurídicas creadas por un interés público, por lo que sus efectos jurídicos eran limitados. Sus miembros, en sus derechos respectivos o en sus relaciones con los derechos de un tercero, eran regidos por las leyes generales y, como dueños de una parte de la asociación, cada uno respondía a ella con su patrimonio.

Recién en años posteriores, una cantidad mínima de clubes consolidados orgánicamente y con numerosos integrantes solicitaron la Personería Jurídica, instrumento legal que los habilitaba a adquirir derechos y contraer obligaciones.¹⁸⁹ Como requisitos para su concesión, las asociaciones debían poseer patrimonio propio y ser capaces, por sus estatutos, de adquirir bienes y no subsistir de asignaciones del Estado.

La posibilidad de procurarse derechos y ejercer actos se materializaba sólo a través de los representantes y no de los individuos que formaban la asociación. Ésta era considerada una persona diferente de sus miembros. Los bienes que le pertenecían no eran propiedad de ninguno de sus miembros, ni todos éstos estaban obligados a satisfacer las deudas de la asociación. La obtención de la personería jurídica comenzaba desde el día en que fuesen autorizadas por la ley o por el gobierno con aprobación de

¹⁸⁸ FRYDENBERG, Julio David: "La crisis de la tradición...", Op. Cit.

¹⁸⁹ Con anterioridad a ello, los clubes nacidos en esos años funcionaban sin ese respaldo de la Personería Jurídica. A sus efectos prácticos y teniendo en cuenta sus condiciones de existencia, no les servía ni redituaba beneficios extras.

sus estatutos. En la mayoría de los clubes, este hecho fue posterior a su fundación, pero quedaba legitimado con efecto retroactivo al momento en que se verificó dicha fundación. Asimismo, la adquisición de tal carácter implicaba una cuestión de status y reconocimiento social para los clubes, sinónimo de su progreso y estabilidad, en procura de mantener el orden jurídico.

Los clubes canalizaron institucionalmente las diferentes manifestaciones vinculadas a la práctica del fútbol, a las que encauzaron dentro de los márgenes posibles de actuación contemplados en los estatutos y reglamentos. Estas convenciones fueron mecanismos formales que confirieron a las instituciones seguridad jurídica; es decir, reconocimiento y garantía de su estabilidad y del cumplimiento de los lineamientos e intereses que querían transmitir. Quienes posteriormente emularon la práctica de sus antecesores, vehiculizaron el mismo modelo de organización.

En tanto micro instituciones sociales, los clubes o las ligas reprodujeron instancias organizativas estatales y formas jerárquicas de instrumentación de su poder. Sostuvieron un ideario moderno de institución, en el que estaba arraigado la idea de la división de poderes, materializada en la existencia y funcionamiento de comisiones directivas integradas por un presidente, secretarios, vocales, tesoreros y de subcomisiones (de disciplina, de cuentas, de *fields*, etc.), en la que reglamentariamente cada uno asumía competencias propias y de control sobre los demás para la búsqueda de un equilibrio de fuerzas. A su vez, aspectos como el debate comunitario o el voto aparecían como formas significativas de participación del conjunto de los socios; tales actos públicos eran el medio por el cual se formaba la voluntad social de los mismos, generando una noción de la masa societaria como la de un cuerpo “libre y soberano”. Todas eran, en su conjunto, instituciones y manifestaciones participativas y representativas propias del Estado moderno, pero que no se conformaron como sus equivalentes o sustitutos; más bien, los clubes, desde el espacio celular en que se desenvolvían, las fueron resignificando y recreando en sus propios marcos.

4- Las formas de participación asociativa en el fútbol

Así, en su afición por el fútbol y su anclaje en asociaciones de ese tipo, los jóvenes *footballers* subscribieron a un nuevo universo simbólico y conductual dado por

el aprendizaje y entrenamiento en prácticas participativas, para las que tuvieron en cuenta normas de funcionamiento democráticas.¹⁹⁰

En la vida de una asociación, los individuos expresaban su capacidad de actuar juntos y, al tiempo que hacían oír su voz, asumían voluntariamente responsabilidades crecientes sobre su propio destino, construían consenso y valores comunes y conferían legitimidad a la vida pública y a sus instituciones.¹⁹¹ En otras palabras, allí aprendieron a discutir, a plantear y recibir propuestas, hablar en público, asumir la dirección y aceptar que otros la asumieran, haciendo sus primeras armas de participación democrática¹⁹² y superando la formación de jerarquías y conflictos de intereses en su seno y con otras entidades. A su vez, el cargo directivo en un club o en las federaciones proporcionaba a sus miembros ciertas competencias administrativas y experiencias de participación política gracias al trabajo en las comisiones. En algunos casos, en personas con cierta trayectoria pública, terminaron siendo un antecedente que los aprestaba para ocupar puestos de gobierno.¹⁹³

La concepción del fútbol como “juego democrático” era difundida por parte de la prensa deportiva y refería a que

*“...juntos juegan en los equipos obreros y estudiantes, pobres y ricos. En los conjuntos no hay diferencias de razas ni de colores. El mismo juego del equipo es una cadena de ayuda mutua. Todos en él se protegen entre sí, palpitan de común las mismas alegrías y las mismas penas.”*¹⁹⁴

Esta construcción discursiva dejaba entrever la creencia en una visión igualitaria para el desarrollo del juego y la conformación de los equipos, que resultó fundamental

¹⁹⁰ FRYDENBERG, Julio David: “Prácticas y valores...”, Op. Cit.

¹⁹¹ CECCONI, Elida y LUNA, Elba: “Introducción”, en AUTORES VARIOS: *De las cofradías a las organizaciones de la sociedad civil. Historia de la iniciativa asociativa en Argentina 1776 – 1990*, Edilab, Buenos Aires, 2002, p. 13.

¹⁹² ROMERO, Luis A.: “Sectores populares, participación y democracia. El caso de Buenos Aires”, en ROUQUIE, Alain: *¿Cómo renacen las democracias?*, Emece, Buenos Aires, 1985, p. 230.

¹⁹³ Gregorio N. Martínez, ex dirigente de Universitario, en 1918 fue designado para el Ministerio de Gobierno de la Provincia al mismo tiempo que ocupaba la presidencia de la Liga Cordobesa de Fútbol.

¹⁹⁴ La Voz del Interior: 27-03-1917, p. 6.

para legitimar socialmente los alcances de la difusión del fútbol. A su vez, se la utilizó como un punto de referencia vanguardista de los avances en la lucha por reivindicaciones sociales y políticas en pos de una igualdad de oportunidades para todos.

Sin embargo, esta visión no tenía tanto correlato con lo que acontecía en la vida institucional de los clubes, que se regían en la práctica por un sistema de democracia representativa con jerarquías bien marcadas y de tinte presidencialista. En clubes con pocos integrantes, la elección de los representantes terminaba siendo una división de tareas entre ellos; cuando el número era mayor, ya se trataba de una delegación de tareas. Pero los mecanismos de decisión apuntaban siempre a sus más altas autoridades.

En cualquier caso, en los clubes convergieron formas disciplinarias verticales de poder y formas democráticas de participación:

“...por un lado una relación patriarcal (vertical) con el Presidente Honorario, quien proporcionaba una serie de facilidades y obsequios a los socios (donaba las camisetas, balones, trofeos para disputarlos en los partidos). Por otro una serie de prácticas democráticas (horizontales) que brindaron a los socios una serie de deberes (pago de mensualidad, asistencia a las asambleas, elección de autoridades) y derechos (recibir los beneficios del club, asistir a los partidos sin pagar entrada, asistir a las fiestas y eventos extradeportivos organizados por el club). Esto favoreció la participación de los socios y evidentemente crearon incipientes valores de participación democrática, fortaleciendo las relaciones horizontales que favorecieron a crear lazos de solidaridad y adhesión entre los socios alrededor de los clubes.”¹⁹⁵

De todos modos, para la gran mayoría de los individuos, en particular los de los sectores populares, todo ello constituyó una experiencia novedosa, que no habían vivido en casi ningún otro ámbito de la vida social. En el espacio institucional de los clubes todos tuvieron la oportunidad de desarrollar y madurar diferentes modalidades participativas, interactuar con los sujetos involucrados en esta práctica y adquirir nuevos sentidos de pertenencia colectiva.

¹⁹⁵ ÁLVAREZ ESCALONA, Gerardo Tomás: Op. Cit.

5- La sociabilidad en el marco asociativo de los clubes

Tal como postula Pilar González Bernaldo de Quirós,¹⁹⁶ la asociación era concebida por las elites como una forma de pedagogía cívica mediante la cual el ciudadano hacía el aprendizaje de la cosa pública, constitutiva de la comunidad. Más aún, la práctica asociativa, que superó el círculo de actuación de los sectores de la alta sociedad, se inscribió en una red de relaciones que rompieron con el marco local de referencia e instauraron un nuevo espacio de relación a partir del cual la sociedad se pensó como agregado de individuos racionales y el lazo social como producto de un contrato voluntario.

La experiencia asociativa, queda claro, significó la apertura de nuevos espacios de sociabilidad. En este sentido, la sociabilidad urbana se expresó, entre otras formas, en el impulso de los sujetos a reunirse en asociaciones.¹⁹⁷ Allí se privilegiaba el encuentro en lugares públicos y se los dotaba de reglas de acceso y frecuentación igualitaria. En consecuencia, el asociacionismo aparecía como revelador de prácticas sociales y políticas consideradas modernas porque por su intermedio se impuso en los sujetos una nueva forma (colectiva, igualitaria, pública) de transcurrir en compañía el tiempo libre.

En esta investigación, se optó por trabajar el concepto de sociabilidad desde su dimensión asociativa, ya que para abordarlo se contó con los estatutos y reglamentos de varios clubes, los que permiten inferir diferentes aspectos de la vida institucional. Asimismo, como resulta casi imposible abordar la totalidad de las relaciones -formales o informales- que los sujetos llevan a cabo a lo largo de su trayectoria histórica, el enfoque se detiene en las generadas a partir de las experiencias asociativas, que sólo representan una pequeña parte de ellas.

El discurso moderno avaló el espíritu institucionista y las iniciativas de este tipo alrededor de la práctica deportiva, lo que actuó como fundamento de los lazos de sociabilidad que se tejieron en el interior de cada uno de ellos.

¹⁹⁶ GONZÁLEZ BERNALDO DE QUIRÓS, Pilar: Op. Cit., p. 37.

¹⁹⁷ En este sentido trabaja el concepto María Malatesta, una de las representantes de la escuela de Agulhon. MALATESTA, María: “La democracia del Círculo”, en AGULHON, Maurice: *Historia Vagabunda*, Op. Cit., pp. 9-10.

La noción de los clubes como ámbitos de sociabilidad era contemplada por algunos jóvenes involucrados en el desarrollo de prácticas asociativas, por cuanto consideraban debía aprenderse y cultivarse

“...el espíritu de sociabilidad, tan necesario y tan poco difundido entre nosotros: de aquella sociabilidad que no piensa solo en bailes y festines, sino que sabe formar grupo de hombres decididos a llevar a feliz término toda obra buena y útil, realizar toda idea, que aún cuando importe sacrificios, resulte un bien para el pueblo y un acto de altruismo para el que lo ejecuta. De esos grupos es de quienes debe esperarse el verdadero progreso y engrandecimiento de nuestra patria.”¹⁹⁸

En este sentido, los clubes se convirtieron en un ámbito de sociabilidad amplio, en un punto de encuentro estable de sus socios. En su interior se repetían tanto reuniones programadas al estilo de asambleas o sesiones de la comisión directiva, como otro tipo de actividades más espontáneas, en las que se intercambiaban mandatos, opiniones, informaciones, etc. Pero la actuación principal que los socios desarrollaban en el marco de los clubes, por el tipo de práctica que se amparaba, se prolongaba a las canchas o a otros recintos en donde su convocatoria, formal o informal, los reuniera. En cada uno de estos ámbitos se actualizaba el respeto por una serie de códigos de conducta y valores que el movimiento previamente había institucionalizado,¹⁹⁹ intensificándose los vínculos entre los mismos socios, con las instituciones del rubro y con otras que no lo eran, pero con las que compartían objetivos y proyectos.

Para el armado de los equipos o la organización de partidos -amistosos o correspondientes a torneos y campeonatos oficiales- y como resultado de ellos, se multiplicaban las comunicaciones entre los delegados de clubes, las correspondencias – con las formalidades del caso- entre lo mismos o individualmente por parte de los socios, los debates vía prensa o hasta los encuentros callejeros, en bares, cafés u otros espacios comunitarios.

A su vez, en cada uno de tales cotejos se tejían infinidad de articulaciones derivadas de las vicisitudes propias del enfrentamiento entre los rivales de turno. El

¹⁹⁸ Los Principios: 04-02-1916, p- 6.

¹⁹⁹ GONZÁLEZ BERNALDO DE QUIRÓS, Pilar: Op. Cit., p. 297.

desenlace de los mismos no determinaba la rápida dispersión de los aficionados del campo de juego: festejar un triunfo o un título o sobrellevar una derrota, eran motivos para extender la “juntada” a otros ámbitos mundanos en los que se rememoraba lo sucedido y se renovaban o disolvían los vínculos.

Por otro lado, cuando la disputa del *match* afectaba a un club capitalino y uno de afuera -de otra provincia o del exterior-, ello era motivo de una serie de “atenciones” a la visita por parte del local. Se disponía, primero, su recepción en la estación de trenes, para luego llevarlos a paseos por la ciudad y los alrededores y organizarles en su honor banquetes, bailes y tertulias en dominios ajenos a los clubes. Las opciones eran variadas: desde casas particulares, hoteles (como el Gran Metrópoli, el Splendid o el San Martín), bares, confiterías o restaurantes (Confitería Alvear, Café del Plata, Restaurante XX de Septiembre, etc.) y locales gubernamentales (el Consulado Inglés, por ejemplo), hasta entidades asociativas que no respondían al fútbol (el Córdoba Lawn Tennis, la Sociedad Unione e Brevolenza, la Sociedad Española, el Club de Residentes Extranjeros, etc.). Se deduce de ello, entre otras cuestiones, la versatilidad de conexiones de los socios como para lograr el aval de diversos centros de integración comunitaria y la preponderancia y ascendencia, al respecto, de las sociedades de inmigrantes en la vida asociativa local.



Fuente: El Chantecler: 24-08-1912, p. 8.

Banquete post partido interprovincial entre la Liga Cordobesa y Argentinos de Rosario.

Era ésta una oportunidad para que, en palabras de los contemporáneos, afloraran las relaciones de cordialidad y compañerismo entre los participantes y se construyeran nuevos lazos de afinidad. Sin embargo, se trató mayoritariamente de una práctica restringida a los clubes con mayor capacidad económica como para costear dicha movida.

Los partidos a beneficio de alguna causa caritativa o los eventos para recaudar fondos para los mismos clubes fueron otro medio de generación y recreación de vínculos sociales con instituciones del campo asistencial o con allegados a casas de comercio y salas de espectáculos públicos. A veces, coincidían en los clubes algunos de los integrantes o responsables de estas áreas.

De esta manera, el fútbol, a través de los clubes, fue conformando nuevas redes de encuentro cotidianas entre la juventud, las que no quedaban restringidas sólo a los socios y a su órbita institucional, sino a jugadores, dirigentes, referees, familiares, seguidores y aficionados en general y en la multiplicidad de espacios comunitarios que los reunía. De allí se dejaba entrever la idea de un “círculo *sportivo*”, que englobaba al conjunto de los implicados en tal práctica, legitimando la emergencia de un nuevo actor social de raigambres heterogéneas y plurales, configurado como un colectivo de activa participación en la construcción de la Córdoba moderna de principios de siglo XX.

6- Los límites de la práctica asociativa en el fútbol

La mayoría de los que intervinieron en el fútbol sustentaron la idea de fundar para jugar.²⁰⁰ El juego del fútbol se complementaba con el ejercicio de la vida asociativa. En ambos se asumían deberes y responsabilidades a partir de la iniciativa y las ganas de formar parte y regir los destinos del club que crearon.

En consecuencia, sucedía, en la mayoría de los casos, que no toda agrupación para practicar fútbol se constituía en una entidad sólida y estable. Fueron más bien pocos los que estuvieron en condiciones de seguir el camino y el modelo antes esbozado de un club “bien estructurado”. Aunque el incentivo de jugar existiera y se crearan clubes, faltaban recursos, conocimientos o había desinterés para tomar y conservar esa forma orgánica que, en definitiva, demostró ser imprescindible para la supervivencia en

²⁰⁰ FRYDENBERG, Julio David: “Prácticas y valores...”, Op. Cit.

el tiempo. Un club con una base orgánica claramente preestablecida y los recursos para sostener ese aparato se imponía al paso de los hombres por sus filas. Pero la imposibilidad de casi todos los equipos de sustentarse bajo ese formato hizo que fuera un hecho bastante recurrente en el período trabajado la disolución de los mismos. Justamente, eran más clubes-equipos que clubes,²⁰¹ que terminaban fusionándose con otros centros o se disgregaban tras desarrollar una campaña mediocre, quedarse sin cancha ni fondos o surgir divergencias entre sus miembros, obstaculizando la marcha de los campeonatos. Estaban, también, los que se formaban con el fin de salir de viaje con elementos de cualquier club, pero no pasaban de ser “clubes del momento” y dejaban de existir.

Una postura muy crítica sobre esta situación aparecía en la prensa:

“Se debe tener en cuenta que un club football es una entidad con una finalidad plausible y no un grupo de personas que carnavalescamente por antagonismos o disensiones nimias o fútiles cambian o forman relativamente otro grupo, y para caracterizarse como institución constituida se ribetean con un nombre cualquiera y con suma facilidad se adornan con algunos de los colores que les brinda el arco iris. Es necesario ser más serios para constituir un club, abordando a elementos representativos, capaces, bien intencionados y consecuentes al fin perseguido, sin olvidar el número de sus componentes. Constituir un club en una plaza, biógrafo o lugar público y disolverse después de 15 días sin un propósito definido es algo triste.”²⁰²

En parte, hacían culpable de esta situación a la Liga Cordobesa de Fútbol, ya que

“...admite a cualquier club que quiera afiliarse, cosa que no debería hacer y menos en el caso que juntan once jugadores, formando un team e ingresen a la liga y juegan al football: tienen los mismos derechos que aquellos que se esfuerzan por tener su campo de juego, tienen su comisión directiva, su lista de socios, estatutos, reglamentos, etc. Todos

²⁰¹ FRYDENBERG, Julio David: “Prácticas y valores...”, Op. Cit.

²⁰² La Voz del Interior: 11-05-1915, p. 8.

*los años, especialmente en divisiones inferiores, se afilian una serie de clubs que no son clubs, sino una reunión de muchachos que antes de terminar la temporada ya se han disuelto y con mira de formar otro club al año próximo. ¡Si se quiere fomentar al football es necesario implantar la disciplina!”*²⁰³

En este sentido, las instituciones atléticas más importantes de Córdoba debían sus mejores éxitos a la cohesión y disciplina de sus socios, lo que favorecía la difusión del deporte:

*“...la disciplina es la norma de conducta para una gestión deportiva sana, laboriosa y fecunda. Son causa de la desorientación de un club aquellos que expresan un racionalismo frente al espíritu colectivista de los asociados. Duele ver a hombres, a grupos de aficionados que concurren a la formación de un club, la disciplina colectiva que establecen y fundan, que aparentemente aceptan y se someten a un programa de sinceridad deportiva. Todo afiliado a un club que quiera erigirse en guardián de buena marcha, tiene el deber ineludible de vigilar el buen cumplimiento de los propósitos perseguidos de los estatutos y reglamentos. Pero tales derechos y deseos implican una disciplina, porque quien quiere hacer respetar los estatutos debe empezar por respetarlos él mismo. Los dirigentes tienen que cumplir las decisiones de la mayoría de sus electores.”*²⁰⁴

La idea de disciplina aparecía como un valor social adherido a la vida institucional misma de los clubes, que debían tender a “ordenar” la diversidad de expresiones en el mundo deportivo.

Como se dijo, a partir de la segunda década del siglo XX, cuando los sectores populares se acercaron al fútbol, en pocos casos pudieron trasplantar este mismo tipo de organización. En general, no contaban con los recursos precisos o el apoyo de alguna institución que los patrocinara (por ejemplo, en dinero o en contactos sociales para

²⁰³ La Voz del Interior: 16-12-1917, pp. 3 y 4.

²⁰⁴ Los Principios: 19-04-1917, p. 7.

pagar afiliación e inscripción, conseguir cancha, vestimentas y útiles de juego, etc.) para sobrellevar la estructura que formalmente se requería para el ingreso a la entidad que regulaba la competencia oficial. Terminaron constituyendo organizaciones más laxas, pero que no por ello fueron formalmente excluidas de las órbitas oficiales, en sintonía con el principio de libertad de asociación que las concepciones modernas del Estado propiciaban. Pudieron agruparse para esta práctica, pero, sin embargo, terminaron desapareciendo de hecho al poco tiempo, porque les resultaba materialmente insostenible. En este caso, permanecían jugando en sus reductos, en “ligas menores”, aunque sin los incentivos que la participación en la “oficial” suponía. Porque jugar en esta instancia significaba, para estos sectores, la posibilidad de obtener beneficios materiales a los que no tenían acceso por otros medios, de mostrarse ante el resto de la sociedad (y, más aún, si se exhibían como triunfadores, fuera el precio que fuera), de entrar en contacto con un mundo “social” totalmente restringido para ellos y adentrarse en sus manifestaciones, sembrando las bases que le permitieran hallar, no sólo su lugar en la ciudad, sino un reconocimiento en ella. Se iba gestando el fútbol entonces, y en una visión bastante generalizada en la época, como un canal de ascenso social, como un nuevo ideario de oportunidades al que todos podían acceder, pero pocos realmente lo hacían.

Estos sectores no lo consiguieron colectivamente a través de sus entidades, pero quizás sí, aunque faltan elementos para poder aseverarlo plenamente, algunos de sus miembros en pequeños grupos o en forma individual: los mejores, los que fueron convocados a cambio de algunas recompensas extras y se incorporaron a otros clubes más organizados.

En realidad, si no lo lograron colectivamente, no cumplieron con su objetivo, porque la idea original era la pertenencia de todo el conjunto a la asociación. Como grupos de pares en un núcleo de participación común compartían visiones del mundo, valores, creencias, sentimientos y también lazos solidarios. Y no significaba lo mismo para estos sectores poder compartirlo con los suyos que con desconocidos en ámbitos ajenos a los que habitualmente se movían, aunque ello les diera nuevas oportunidades. En definitiva, vivían una nueva marginación, esta vez en sus posibilidades y perspectivas de actuación colectiva a través de asociaciones. El análisis de la marginación no se puede medir sólo estructuralmente en base a determinaciones materiales y mentales, sino que debe contemplar las situaciones cotidianas, los

comportamientos, pensamientos, creencias, valores, sentimientos, relaciones, etc., que median las experiencias de los sujetos sociales.

El ambiente mismo que se creaba a partir de estos clubes “marginales” permanecía en constante contradicción: se alentaba a sus miembros a incorporarse a esta práctica, pero mayormente no se les contemplaba sus carencias. Y cuando dicha situación llevaba reiteradamente a la desaparición de equipos recién formados, no solo se los criticaba fuertemente, sino también a quienes no actuaban para detener las disgregaciones, esgrimiendo que ello significaba un retroceso en el “espíritu asociativo” y, por ende, en la marcha del progreso. Más bien, como se esbozará en el capítulo siguiente, los grupos marginales edificaron al juego y a su práctica asociativa de acuerdo a sus posibilidades e intereses.

En definitiva, los clubes, en tanto espacios de participación comunitaria, fueron un elemento innovador en su tiempo para muchos grupos sociales, pero el proceso no recibió el respaldo institucional de la ley en cuanto a la posibilidad de favorecer la articulación de todos los sectores en la práctica del fútbol contemplando las diversas necesidades de cada uno. Además de la disponibilidad de tiempo libre, inscribirse en un club demandaba dinero como para costearse la estancia en el mismo, elementos de los que muchos individuos carecían.

Los clubes que perduraron fueron los que mejor organizados estuvieron desde un principio, los que contaron con los medios y recursos necesarios para cumplir con los requisitos orgánicos y los implementos que la práctica exigía a nivel “oficial” y los que, amparados en esto, fueron capaces de superar las sucesivas crisis que les presentaron y de trascender los límites de la práctica deportiva. En otras palabras, los que tuvieron el capital económico y social por parte de los socios.

Así, los clubes de fútbol se constituyeron en ámbitos de encuentro, diversión y entretenimiento de los diferentes sectores atraídos por el juego en sus tiempos libres y se conformaron como espacios propicios a través de los cuales sus miembros experimentaron, aunque con reservas, la práctica de la participación social efectiva entre iguales bajo objetivos comunes. Sin embargo, ello no cercena su papel como agentes de distinción social y productores de diferencias.

CAPITULO 3

LA INSERCIÓN DEL FÚTBOL EN LA VIDA SOCIAL URBANA CORDOBESA

Como se ha detallado en los capítulos previos, la recreación de la práctica del fútbol desde la apoyatura institucional de los clubes fue asimilada por los jóvenes cordobeses provenientes de diferentes contextos socioculturales hacia principios de siglo XX. Los clubes se fueron conformando en ámbitos de participación comunitaria atravesados por redes de sociabilidad. Fue en el marco de esta experiencia asociativa que se generaron valores, representaciones e identificaciones que impregnaron no sólo los momentos de ocio de los interesados en el proceso, sino cada una de sus manifestaciones cotidianas. Estos aspectos serán desmenuzados en el capítulo siguiente.

1- El fútbol en los tiempos y espacios del ocio en la ciudad

Tradicionalmente, en la cultura occidental, la noción del ocio estuvo ligada al conjunto de las actividades realizadas fuera del ámbito laboral. En cada época fue adquiriendo connotaciones variadas, pero generalmente la disposición de ese tiempo concernió a los individuos libres y de los sectores aristocráticos. En ese sentido, el disfrute del ocio era un gusto y una posibilidad de una clase determinada. Y en tales términos se introdujo el deporte en la ciudad de Córdoba.

Con el avance del proceso de industrialización y de transformación de las ciudades, la emergencia de una burguesía urbana que demandaba nuevas formas de ocio urbano y el paulatino acercamiento de las clases populares al consumo de ciertos tipos de espectáculos,²⁰⁵ comenzó a resquebrajarse el exclusivismo social del ocio, al punto de conformarse en una práctica relativamente extendida.

Las masas trabajadoras, organizadas incipientemente alrededor de gremios y sindicatos, habían comenzado un proceso de lucha en demanda de reducción de horas de trabajo, descanso dominical y aumento salarial. De manera lenta y progresiva algunas reivindicaciones se fueron alcanzando, resultando de ello una mayor disponibilidad de tiempo libre y un incremento en sus ingresos. A su vez, tales conquistas permitieron

²⁰⁵ PUJADAS, Xavier y SANTACANA, Carles: Op. Cit., p. 148.

superar la franja de subsistencia a sectores cada vez más amplios e hicieron que el tiempo de ocio se conformase en un nuevo mercado paulatinamente ocupado por el universo del consumo.²⁰⁶

En consecuencia, una nueva redefinición del ocio se impuso, esta vez diferenciada del simple tiempo libre. Descontadas las actividades propias del trabajo, las necesidades personales de comer, dormir, cuidar la salud, el aspecto individual, los deberes familiares, sociales, cívicos y religiosos que caracterizaban el resto del tiempo libre, el ocio implicaba un sentimiento subjetivo, fruto de una elección libre y desinteresada que se traducía en un estado de satisfacción personal e individual.²⁰⁷ Es decir, como práctica libre y autónoma, estaba relacionada con la posibilidad de gozar, divertirse, descansar y desarrollarse personalmente.

Como plantea Jorge Uría,²⁰⁸ los espacios para el ocio no son territorios neutros o pasivos, sino construcciones de agentes sociales activos que pueden reflejar o reproducir, estimular o retardar determinadas dinámicas sociales. Ante la casi total ausencia del Estado en la regulación del ocio de la población, tal empresa quedó en manos de asociaciones privadas. En este sentido, los clubes fueron un espacio intermedio entre lo público y lo privado. Con reglas de acceso y permanencia determinadas y actividades programadas de participación privada, tuvieron una finalidad pública, ya que por medio de la práctica que auspiciaban promovían reuniones sociales en las que entraban en contacto grupos variados en condiciones similares.

Para el juego en sí, nuevos espacios urbanos fueron abiertos para canchas y resignificados de acuerdo a sus disposiciones, contribuyendo a configurar la nueva fisonomía que se adueñaba de la ciudad. Pero no sólo en esos lugares tuvo cabida esta práctica. Las plazas, parques y calles de la ciudad se llenaron de jóvenes que, en cualquier momento del día, recreaban el juego en su faceta más informal e inorgánica o salían a manifestar públicamente sus triunfos o disconformidades en los dominios céntricos de la ciudad.

²⁰⁶ OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: “Ocio y Deporte en el nacimiento de la sociedad de masas”, en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, Universidad Complutense de Madrid, núm. 25, Madrid, 2003, p. 172.

²⁰⁷ URÍAS, Jorge: “El nacimiento del ocio contemporáneo”, en *Historia Social*, núm. 41, Madrid, 2001, p. 68.

²⁰⁸ URÍAS, Jorge: “Lugares para el ocio. Espacio público y espacios recreativos en la Restauración Española”, en *Historia Social*, núm. 41, Madrid, 2001, p. 89.

La vida asociativa dispuso de múltiples espacios como lugares de encuentro: los clubes, las casas de familia, las sedes sociales, las parroquias, la misma calle, las canchas, etc. En su conjunto, estos ámbitos redefinieron no sólo la pertenencia territorial de los sujetos implicados, sino también los usos dados al tiempo del ocio.

El fútbol tuvo que competir desde un principio por hacerse de un espacio propio en una ciudad marcada por una activa vida social, que incluía las manifestaciones religiosas, los carnavales, el teatro, los bailes, las tertulias, los paseos y las fiestas particulares en casas de familia. Aunque perpetradas cada una de ellas en espacios diversos y muchas veces superpuestas en horarios, el fútbol rápidamente encontró un amplio eco en la juventud, al punto que en los días de partido movilizaba a una gran cantidad de aficionados:

“Esperamos desde hoy ver a las caravanas de jóvenes que el día de fiesta desde temprano comienzan a dejar el lecho para presurosos alistarse en comunidad, ricos y pobres, colegiales y obreros, disputando los honores del triunfo de sus colores.”²⁰⁹

Solo el carnaval impuso condiciones sobre el fútbol, ya que durante esas semanas en las que sus festejos copaban la ciudad, los *fields* se hallaban desiertos, casi nadie hablaba de fútbol y casi todos se entregaban de lleno a gozar de estos espectáculos. Festejos que no se limitaban a los corsos o los juegos con el agua, sino que incluían también concursos de bailes (tango entre los favoritos) o de disfraces. A pesar de que hubo casos aislados de jugadores que dejaron el fútbol por las tablas, con el ámbito teatral se tejieron articulaciones variadas; se representaron obras que hacían claras alusiones al mundo deportivo o se ofrecían las instalaciones para funciones a beneficio de las cajas sociales de los clubes, las que atraían la concurrencia de los cultores del deporte.

Sin embargo, el ejercicio del fútbol no ocupaba sólo los domingos o los días festivos, sino casi toda la semana, ya que otros días se juntaban a entrenar²¹⁰ o a definir cuestiones relacionadas con la organización y la marcha del club. Con las actividades

²⁰⁹ Los Principios: 13-04-1919, pp. 7 y 8.

²¹⁰ Por ejemplo, a los jugadores de Talleres se los veía casi todas las tardes practicando al salir de sus puestos en los talleres del ferrocarril, aprovechando la contigüidad a los mismos de los terrenos que les cedía la empresa a tal fin.

religiosas, compartía los días, pero no competía en los horarios, por lo que no se presentaron controversias en ese aspecto. De todos modos, el peso mismo que los jóvenes aficionados confirieron al desarrollo de esta práctica y la consecuente apropiación simbólica que hicieron de ella fue impregnando cada una de sus vivencias cotidianas, al punto de afectar sus vínculos personales y colectivos, modificar sus hábitos y prácticas y renovar los valores e identificaciones que los movilizaban. No había charla entre estos jóvenes que no estuviera mediada por sus experiencias alrededor del fútbol. Nuevos saberes se les imponían, como por ejemplo los relacionados con las pautas de la vida asociativa, los reglamentos del juego o el conocimiento de los máximos referentes deportivos a nivel local o internacional.²¹¹

A su vez, el traslado mismo de los jugadores y el público a las canchas instalaba nuevas variables y perspectivas en este proceso. Dependiendo de la importancia del partido, de los recursos de los interesados o de las distancias a recorrer, éste se hacía por diferentes medios: en autos particulares, en tranvía o a pie. Raras veces se reunía el equipo para ir junto; por lo general, cada uno iba por su cuenta o en pequeños grupos. Algunos equipos, cuyos integrantes estaban congregados por la cercanía residencial, se concentraban previamente para ir juntos a la cancha.

La traza urbana todavía no era lo suficientemente extensa como para resultar un obstáculo para recorrerla a pie. Pero en las dimensiones que se manejaban en la época, la ubicación de muchos campos de juego generaba quejas por las grandes distancias que se debían atravesar hasta su acceso, sobre todo para los habitantes del centro. Vale recordar que la gran mayoría de las canchas se habían establecido en las nuevas áreas urbanizadas, alejadas del centro superpoblado. En este sentido, en distintos puntos de la ciudad iban apareciendo nuevos núcleos de niños y jóvenes seducidos por la práctica del deporte. A partir de ello, una movilización inicial para las luchas deportivas circunscripta a su ámbito natural de desenvolvimiento territorial, devino en otra más amplia, que abarcaba gran parte del espacio urbano de la ciudad. Los equipos que participaban en estos torneos debían recorrer la nueva fisonomía que iba adquiriendo la ciudad, lo que permitió a los jóvenes adquirir un conocimiento más apreciable del

²¹¹ A ello auxiliaba la publicación y venta en comercios locales de álbumes de fútbol, en los que aparecían las caricaturas de los más sobresalientes deportistas a nivel internacional. Con detalles como ese quedaba evidenciado el grado de inserción material de esta práctica en los aficionados y su consiguiente traducción a un sentido más comercial.

entorno en sí²¹² y extender las redes de relaciones con sus congéneres también imbuidos en esta práctica.

El fútbol tampoco estuvo ausente de las vicisitudes sociales que planteaba la vida citadina. La convocatoria a huelgas obreras (principalmente cuando atingía a los ferroviarios o tranviarios) o a mitines públicos, los llamados a cumplir con la conscripción de un año de duración,²¹³ los festejos patrios que ofrecían variedad de diversiones o las repercusiones de sucesos críticos de orden local o mundial -como la Primera Guerra Mundial-, fueron todos factores que les restaron aficionados a la práctica y que llevaron a que se suspendieran fechas más de una vez.

En general, como ya se planteó, la práctica deportiva formal por medio de campeonatos oficiales se extendía entre los meses de marzo y octubre, evitando jugar en la temporada de calor ante las consecuencias físicas que podía acarrear. Ésta era la época, además, en la que algunos ya se preparaban para rendir exámenes finales, para descansar luego de una campaña ajetreada o para retirarse a vacacionar al campo. A medida que aumentaron la cantidad de clubes que disputaban los torneos y los partidos a jugarse, su desarrollo se prolongó en el tiempo, reduciéndose los márgenes de descanso. Mientras tanto, los aficionados que reproducían el juego en cuanto espacio se le presentara, tampoco tenían tiempos determinados para ello.

Sin embargo, el fútbol no sólo constituía una forma de diversión más, sino que involucraba para los jóvenes una serie de responsabilidades y erogaciones. Los intereses que se movilizaban se sobreponían a la mera consideración del fútbol como actividad recreativa del tiempo libre. Para algunos, la participación en los clubes representaba una empresa primordial en la que se ponían en juego cuestiones ligadas a su honor, su prestigio, su reconocimiento y la definición de su identidad en el colectivo urbano. Y en ese sentido, los clubes cumplían un rol fundamental en la integración de los recién llegados o de quienes buscaban escapar del anonimato de la vida citadina moderna. Por otra parte, a partir de que algunos sectores asumieron al deporte como un medio de vida económico, su práctica se alejó de su adscripción al ocio.

²¹² FRYDENBERG, Julio David: "Prácticas y valores...", Op. Cit.

²¹³ Recién en 1919, a instancias del General Carlos Fernández se accedió a una solicitud de los clubes afiliados a la Liga Cordobesa de Fútbol por la cual se disponía que los jugadores a los que ese año les correspondía el servicio militar, tuvieran franco el día domingo, para que pudieran acudir a los partidos en que les tocaba actuar. *La Voz del Interior*: 29-04-1919, p. 8.

2- Prácticas, valores y representaciones en el proceso de apropiación del fútbol

En esta parte de la investigación, el análisis se centra en la recepción y apropiación creativa del fútbol primero por parte de la elite y luego de los sectores populares, en tanto práctica cultural que participa de la estructuración del fenómeno. Como afirma Oscar Salazar Arenas,²¹⁴ dentro del reordenamiento del tiempo cotidiano propio de la modernidad entre tiempo productivo y de descanso, el tiempo libre adquiere sentido como categoría cultural. En este sentido, bajo la influencia de la perspectiva de Clifford Geertz los historiadores sociales entendieron los significados no como algo enterrado en la profundidad de la mente, sino como una realidad visible externamente en prácticas públicas, rituales y símbolos. Geertz concebía la cultura como un sistema de signos convencionales a través del cual los individuos experimentaban y expresaban los significados.²¹⁵ Esta visión sistémica fue complementada por los aportes de Gabrielle Spiegel,²¹⁶ que introdujo la concepción de la cultura como práctica social, como repertorio de competencias, herramientas o estrategias que guían la acción, por medio de las cuales los símbolos y signos se movilizan para identificar aquellos aspectos de la experiencia del agente que se tornan significativos, experimentalmente reales.

De esta manera, las categorías culturales, como fenómenos históricamente generados, son sometidas a los efectos constantes de la reevaluación y resignificación funcional por parte de los agentes.²¹⁷ Así, las prácticas sociales, culturalmente aprehendidas, se van construyendo desde el momento en que sus significados son interpretados de manera cambiante por los involucrados. La multiplicidad de experiencias alrededor del fútbol es otra forma de entrada al estudio del mundo social cordobés que permite vislumbrar la heterogeneidad de su trama.

²¹⁴ SALAZAR ARENAS, Oscar Iván: Op. Cit., p. 194.

²¹⁵ MOREYRA, Beatriz I.: “La Historia Social más allá del giro cultural: algunas reflexiones”, en <http://www.historiografia-arg.org.ar>, *Interpretaciones, Revista de Historiografía Argentina*, núm. 1, Quilmes, 2006, p. 7.

²¹⁶ SPIEGEL, Gabrielle: “Introduction”, en SPIEGEL, Gabrielle (ed.): *Practicing history. New directions in historical writing after the linguistic turn*, Routledge, New York, 2005, p. 20.

²¹⁷ *Ibidem*, p. 22.

2.1- Los orígenes elitistas del fútbol

En términos bourdianos, en el campo deportivo de la Córdoba de entresiglos, individuos de todos los sectores sociales encontraron valioso y se sintieron atrapados por la posibilidad de crear, organizar y participar en clubes dedicados a la práctica del fútbol, con el reconocimiento y prestigio social que ello conllevaba. Sin embargo, el sentido que se le daba a esta práctica estaba ligado, entre otras cosas, con las condiciones sociales en las que se realizaba y con la manera de realizarla, por lo que no todos le atribuyeron a la práctica del fútbol, a esa posibilidad de participar en clubes, un mismo valor, ni se pusieron de acuerdo sobre los beneficios que esperaban de ello.²¹⁸

En un principio, como ya se mencionó, la práctica del fútbol en la ciudad estuvo vinculada a los círculos cerrados de la elite y la colonia inglesa, quienes se inspiraron en la práctica de la aristocracia y la burguesía inglesa en el seno de las Publics Schools, instituciones educativas masculinas que recreaban la práctica de las actividades físicas y de pasatiempos tradicionales en los que los valores y modos sociales de estos grupos eran transmitidos a sus hijos.

En su intervención en el juego y desde condiciones de existencia, intereses y sentidos determinados, esos sectores fueron construyendo una serie de representaciones a partir de las que se pensaron, asumieron, actuaron y sintieron, en tanto “instrucciones implícitas” que impregnaron las prácticas cotidianas y delimitaron lugares y posibilidades de hacer y decir.²¹⁹ Al respecto, su participación en el ámbito futbolístico y asociativo estuvo alejada de propósitos utilitarios y necesidades materiales; más bien se desarrolló como un medio de cultura física, de diversión en sus tiempos libres de trabajo y de movilización de relaciones sociales a su alrededor. Al mismo tiempo, estaba investida de una función higiénica y de disciplinamiento y adaptada a la ética y la ideología del culto al *fair play*:

“...el intercambio deportivo reviste en ellos la apariencia de un intercambio social altamente civilizado, que excluye toda violencia física o verbal, todo uso anómico del cuerpo (gritos, gestos

²¹⁸ BOURDIEU, Pierre: *La distinción*, Grijalbo, México, 1979, p. 208.

²¹⁹ CEBRELLI, Alejandra y ARANCIBIA, Víctor: *Representaciones Sociales. Modos de mirar y de hacer*, Consejo de Investigación de la Universidad Nacional de Salta, Salta, 2005, p. 98.

*desordenados, etc.) y sobre todo cualquier especie de contacto directo entre los adversarios... ”*²²⁰

Se trataba de un sistema de valores identificado con el juego caballeresco aprendido durante años de educación formal e institucional y que moldeaba las actitudes y emociones de futuros dirigentes y los introducía en el conocimiento de las reglas de juego. Ser caballero era una aspiración de los hombres de la alta sociedad en la época. Su noción implicaba una posición de status dada por un conjunto de virtudes y conductas –refinados, civilizados- que se expresaban independientes del rango y la condición de nacimiento y que el deporte supo interpretar, en tanto forma de educación corporal, para inculcar comportamientos apropiados y pasatiempos que sólo podían practicar quienes tenían tiempo libre.²²¹

El *fair play* suponía, entonces, la existencia de una competencia y su asimilación al juego mismo y a su práctica asociativa.²²² Con él se inculcaba, también, la voluntad de ganar, pero siempre dentro del mayor respeto de las reglas y de la honorabilidad. El mismo concepto *sport* aplicado al fútbol incorporaba y representaba todas las construcciones hechas alrededor de este modo de entender y desarrollar la práctica y su alcance se imponía a los intereses de cada club en particular; el “verdadero sportsman” era el jugador que reunía todos estos atributos.

En este sentido, en cada partido se ponía en juego el honor propio, el cual se zanjaba aceptando el desafío del otro y disputando el triunfo con toda corrección y apego al reglamento. En esos términos, lo más importante no consistía en ganar, sino en la defensa de ese honor, que no se veía dañado por la derrota.²²³ Los rivales se saludaban entre sí y al público, al tiempo que cada jugada en el partido era acompañada con aplausos, hurras y aclamaciones para todos los intervinientes del mismo y al final se repetían las vivas y proclamas para todos ellos, muchas veces sin que se supiera entre los espectadores de quién era la victoria. En general, el referee era acatado en sus decisiones por jugadores y público, en una muestra de prudencia y cultura de la que se congratulaban. Si alguna voz se levantaba, era de aliento y estímulo para los componentes de ambos cuadros.

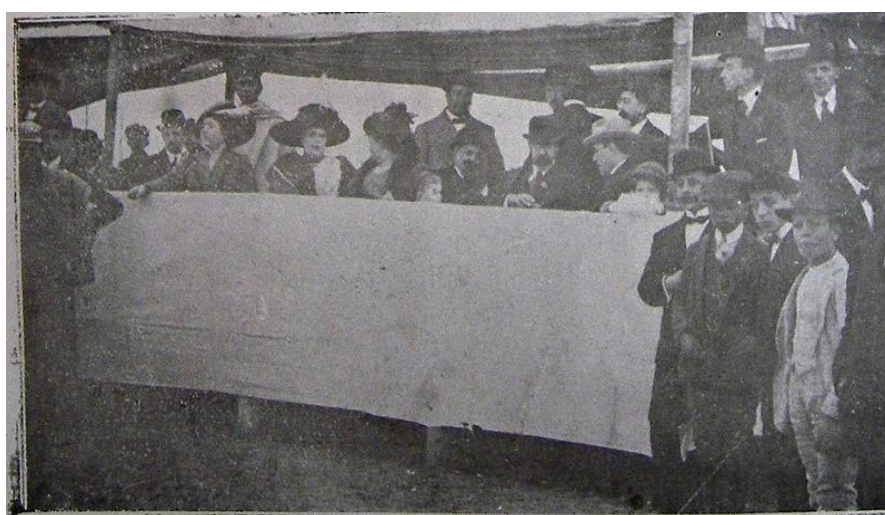
²²⁰ Ibidem: p. 214.

²²¹ LOSADA, Leandro: Op. Cit., pp. 188-189 y 195.

²²² FRYDENBERG, Julio David: “Prácticas y valores...”, Op. Cit.

²²³ ÁLVAREZ ESCALONA, Gerardo Tomás: Op. Cit.

Los partidos hacían las veces de reuniones sociales que concitaban una buena parte de la atención del “mundo social” de la ciudad en las tardes de los domingos, a pesar de la existencia de otras actividades que atraían a miembros de la alta sociedad. A ellos asistían, instalados desde palcos y chalets, los personajes distinguidos de la ciudad (el gobernador, ministros, legisladores y otros funcionarios, directivos, académicos, etc.) y numerosas familias de “lo más granado” de la sociedad -incluyendo a miembros de la colectividad británica-, siendo considerable la gran cantidad de damas presentes, todo lo cual le daba más espectacularidad y trascendencia al acto.



Fuente: El Chantecler: 24-08-1912, p. 9.

Palcos oficiales construidos para albergar a las personalidades del mundo político y social durante un match interprovincial.

Los entendidos en la materia eran pocos, pero muchos simpatizaban con las expresiones de este género. Principalmente, aprovechaban la ocasión para mostrarse en público. Al respecto, señala Juan Carlos Agulla²²⁴ que, dentro de una economía muy poco diversificada, la capacidad económica del sector aristocrático de la ciudad era limitada y el lujo y la ostentación estaban reducidos a muy escasas familias, por lo que su estilo de vida era más aparatoso y formulista; este grupo justificaba su vida con un refinamiento en las formas de la cortesía y la vestimenta y se respetaba la erudición, la manera de hablar y la conversación.

²²⁴ AGULLA, Juan Carlos: Op. Cit., p. 27.

Más aún, esta empresa “civilizatoria”, agrega Leandro Losada,²²⁵ fue síntoma también de un círculo social que debió revalidar su condición distinguida dado que los consumos y los gustos, los modales y los comportamientos, importados del viejo continente, fueron los recursos que tenía a disposición a causa de sus carencias genealógicas y ante una sociedad de improntas igualitarias, marcada por profundos cambios estructurales. “Aparecer en público” era importante ya que la imagen que se buscaba proyectar como grupo distinguido a través de la educación, las costumbres o las aficiones debía ser reconocida de esa manera por el conjunto de la sociedad.²²⁶

Dentro de tales cánones de comportamiento, cobraba valor su presencia en todos los actos y eventos públicos en los que pudiera dejarse ver. Más rentable aún era hacerlo, mientras lo permitieran las circunstancias, compartiendo los palcos junto a las personalidades políticas y a las familias “distinguidas” de la sociedad.

En la previa de un cotejo o una vez finalizado el mismo, generalmente se formalizaban banquetes en las mismas dependencias del club o en algún reconocido restaurante de la ciudad para homenajear y confraternizar con los participantes, vencedores y vencidos y allí aprovechaban para planear próximos encuentros. A su vez, era costumbre que en los entretiempos de los partidos, el local los obsequiara con un té, el cual era servido por algunas señoritas del público, que “...con sus sedas transparentes se cobijaban bajo el frescor de las sombrillas y arrancaban de sus delicadas gargantas penetrantes gritos...”,²²⁷ “...dando la nota blanca de la fiesta...”²²⁸

Al respecto, una clara identificación y diferenciación de los roles representados por los varones y las mujeres se vislumbraba en esos ámbitos. Mientras los primeros se abocaban a sus recreaciones públicas, en las que la destreza física, la fuerza y la agresividad jugaban un papel preponderante, la mujer debía concentrarse en las tareas del hogar, preservando las buenas costumbres, el recato, el decoro o la prestancia en la atención a los hombres, lo que se trasladaba a las canchas, a la vida pública cuando concurría como asistente. En el plano privado, la mujer intervenía en la estimulación consecuente al hombre en el ejercicio o en el alistamiento de las prendas que usaba, la

²²⁵ LOSADA, Leandro: Op. Cit., p. 151.

²²⁶ Ibidem: p. 217.

²²⁷ Los Principios: 07-08-1906, p. 5.

²²⁸ Los Principios: 16-04-1910, p. 4.

que exponía como medio de presentación ante la afluencia.²²⁹ En este doble sentido de asistentes y referentes del hogar, la mujer participaba en el juego.

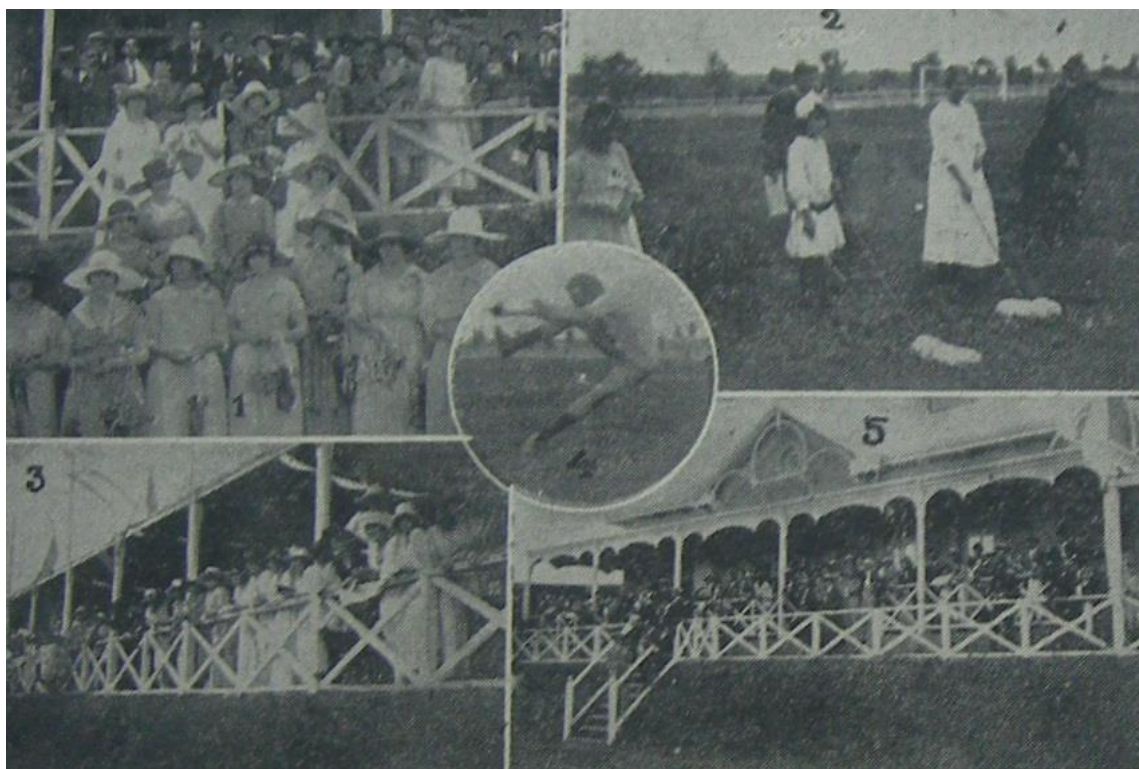
Por su brusquedad, el juego no era contemplado como una opción para las damas, aunque sí fueron asomando para ellas nuevas alternativas que, en un principio, estaban reservadas a los hombres, como el tenis o el ping pong. Su finalidad no era otra que contribuir a su formación integral, a modo de una mejor disposición para la vida privada:

“...esta innovación en las costumbres de la mujer, que viene a romper con tantos prejuicios relativos a su ecuación, y que conservados por la rutina durante largos siglos, convertían a la mujer en un ser inerte, intangible, casi hierático y físicamente atrofiado por la falta de ejercicio. Desde el punto de vista de salud y la buena conformación de la mujer, son inapreciables sus efectos, predisponiendo y preparando mejor a la mujer para cumplir sin esfuerzo la misión de madre que la naturaleza le reserva.”²³⁰

De todos modos, la presencia de la mujer en el fútbol le daba otro toque de “civilización” al juego en sus alcances sociales. Allí, como se dijo, llevaban su condición de mujer del hogar a la vida pública.

²²⁹ Seguramente tenían sirvientas para ello, pero seguían siendo ellas las caras del hogar.

²³⁰ La Voz del Interior: 30-12-1919, p. 8.



Fuente: *La Voz del Interior*: 24-12-1918, p.

8.

Torneo atlético con motivo de la inauguración del campo de deportes de Juniors. Alta concurrencia y participación de las damas en el evento.

A través de este modo de vivenciar la práctica, los sectores de la alta sociedad pudieron atribuir significados en relación, por un lado, con la honra social que su desarrollo suponía y, por otro, con la exclusión material y simbólica de otros grupos. El enfrentamiento de los “hijos de Córdoba” en un desafío contra los ingleses, los “padres del sport”, de quienes habían aprendido a jugar, suponía no sólo el incentivo de medir fuerzas contra los inventores del fútbol,²³¹ sino también una cuestión de mayor prestigio, la de participar en las prácticas “civilizadas” de ascendencia europea, de acuerdo con los patrones culturales imperantes en la época.²³² La exclusividad se evidenciaba aún más cuando su acceso se restringía únicamente a los socios del club y a

²³¹ Más que hacerlo frente a los clubes locales, los criollos buscaban estar a la altura de los ingleses y dejar bien parado el honor local. Algunos de los que presenciaban el juego eran observados por la mala conducta que exhibían para con los jugadores foráneos.

²³² ÁLVAREZ ESCALONA, Gerardo Tomás: Op. Cit.

otros invitados especiales, cuando se cobraban entradas a precios superiores a los habituales o cuando se disponía una distribución jerárquica de los espacios. Para Pierre Bourdieu y Lois Wacquant,

“Los participantes en un campo procuran en todo momento diferenciarse de sus rivales más cercanos, a fin de reducir la competencia y establecer un monopolio sobre un determinado subsector del campo (...) aumentando, por ejemplo, el valor del derecho de ingreso o imponiendo cierta definición de pertenencia al mismo.”²³³

Todo ello se recreaba y desarrollaba en el marco de instituciones de carácter elitista, de las que no cualquiera podía ser socio o compartir sus actividades, por lo que la práctica del fútbol a través de los clubes estuvo restringida a estos sectores.

2.2- El proceso de popularización de la práctica del fútbol

A principios del siglo XX, la práctica del fútbol y, con ella, la formación de clubes, se difundió entre los hijos de inmigrantes y criollos, quienes se sintieron atraídos por el juego e imitaron la práctica de la elite dentro del margen de disponibilidad horaria que su situación laboral les dejaba, en progresivo aumento gracias a las reivindicaciones que se fueron ganando. Así como, en su momento, la elite adoptó el juego inglés, ahora eran los sectores medios y populares lo que se lo reapropiaron, proceso no exento de conflictos y contradicciones. Las prácticas novedosas se vuelven reproducibles desde el momento en que un grupo de actores sociales las consideran como necesarias para resolver determinadas coyunturas socio-históricas y las comienzan a percibir como propias y deseables o imitables.²³⁴ Desde estos sectores se fueron reelaborando y resignificando de manera auténtica y creativa los alcances de la práctica de acuerdo a su posición.

En ese contexto social, no sería desatinado plantear que el fútbol estuvo al alcance de estos nuevos grupos como resultado de la facilidad de su aprendizaje y de los

²³³ BOURDIEU, Pierre y WACQUANT, Lois: *Respuestas. Para una Antropología Reflexiva*, Grijalbo, México, 1995, p. 66.

²³⁴ CEBRELLI, Alejandra y ARANCIBIA, Víctor: *Op. Cit.*, p. 104.

costos e insumos ínfimos que requería para jugarlo en los dominios informales. Pero principalmente porque desde un principio contaba con una organización y marcos reguladores más bien laxos, los cuales no ponían trabas ni restringían la posibilidad de formación de nuevos clubes y la participación en ellos. La apreciación de un cronista de la época sugiere un respaldo a esta inferencia:

*“En toda la república se juega hoy al football, siendo esto muy natural, porque es un sport fácil de organizar, que no es muy costoso en materia de juego y que no exige una disposición especial para poder implantar desde su primer paso.”*²³⁵

El fútbol se diferenciaba así de otros deportes –cricket, tenis, carreras de caballo, frontón de pelota, golf, esgrima, tiro al blanco, etc.- que en la época habían concitado la atención de los pobladores y que eran practicados por círculos más cerrados de la elite y en clubes más exclusivos. Como lo advierten Rubén Oliven y Arlei Damo:

*“El éxito del fútbol no resulta directamente del juego en sí –como si fuese absorbente en su esencia o estéticamente superior a las demás modalidades- sino de la forma como fue organizado, permitiendo la recreación, a través de las instituciones clubísticas, de las tramas simbólicas que dan sentido a la pertenencia colectiva (...) Los clubes, entidades formadas por libre iniciativa, desde muy temprano fueron percibidos como instituciones colectivas y, por lo tanto, representativos de una comunidad más extensa de la que abarca a sus asociados...”*²³⁶

Al respecto, Roberto Di Giano²³⁷ señala que jugar proporcionaba una sensación placentera a los sectores populares, pero la posibilidad de asociarse y participar en una institución dedicada al fútbol les permitía sostenerse en su complejo y heterogéneo mundo cultural durante los primeros años del siglo XX. Desde allí podían impugnar la

²³⁵ La Voz del Interior: 24-08-1915, p. 6.

²³⁶ OLIVEN, Rubén y DAMO, Arlei: Op. Cit., pp. 63 y 64.

²³⁷ DI GIANO, Roberto: “El fútbol de elite y su reapropiación por los sectores populares”, en BIAGINI, Hugo y ROIG, Arturo (dir.): *El pensamiento alternativo en la Argentina del S. XX*, Tomo I: Identidad, utopía e integración (1900-1930), Biblos, Buenos Aires, 2004, p. 214.

posición subordinada que les fijaba la elite gracias a una cultura deportiva asentada en la creatividad de un grupo de personas asumida con orgullo y voluntad de afirmarla definitivamente, cuestión más difícil de modificar en otros terrenos aunque existiera un sentimiento de antagonismo básico frente a los grupos dominantes.

En consecuencia, en su proceso de adopción del juego, los individuos de los sectores populares, progresivamente más circunscritos al ámbito masculino, fueron modificando algunas de sus prácticas y valores, ya que no los sentían como propios ni se ajustaban a sus necesidades; a cada una las adaptaron y resignificaron de acuerdo a sus condiciones de existencia, a los intereses y a las experiencias que en ese proceso se fueron construyendo.



Fuente: La Voz del Interior: 08-06-1915, p. 8.

Team Alta Córdoba, procedente de los suburbios de ese barrio.

Los equipos que disputaban el campeonato aspiraban todos al primer puesto, ya que de la actuación del equipo dependían, muchas veces, las entradas en caja y, con ello, la estabilidad del club. Lejos de mostrarse como agrupaciones deseosas de practicar *sport* por simple diversión, conjugando beneficios físicos y morales, tal como lo entendían los sectores encargados de su difusión hasta ese momento, los clubes se exhibían ambiciosos de trofeos que los satisficieran de halagos. La competencia y el exitismo se combinaban con el deseo de defender cierto elemento integrador e

identitario del grupo, para devenir en rivalidades con un tono diferente a la diseñada por los valores del *sportivismo*.²³⁸

Al aprehender el deporte en un contexto diferente, los jugadores que se iban incorporando a la práctica, salvo raras excepciones, desconocían las reglas de juego y de la caballerosidad, se veían imposibilitados de cumplirlas o no las consideraban necesarias para su desenvolvimiento. Los reglamentos les dejaban cierto margen de acción, lo que hizo más permeable la introducción de elementos ajenos a los marcos oficiales, facilitando la asimilación de estos sectores, quienes se encontraban en mayor libertad de otorgarles sus propios valores.²³⁹

En consecuencia, hubo un desplazamiento del eje valorativo desde el juego hacia el triunfo.²⁴⁰ Había una urgencia por vencer, por exhibirse como triunfadores ante los otros clubes, para de esta manera obtener reconocimiento en la sociedad. Nuevas virtudes se impusieron, entre ellas la fuerza, la resistencia a la fatiga y al dolor, el culto a la virilidad, la disposición para la violencia, el sentido de la solidaridad, el espíritu de sacrificio, docilidad y sumisión a la disciplina colectiva, la exaltación a la competencia, etc.²⁴¹ El honor, antes asociado al cumplimiento de las normas éticas ligadas a la conducta deportiva, ahora era vinculado al triunfo, o como contracara, a la vergüenza y a la humillación de ser visto como derrotado.²⁴²

Un jugador medía su propia condición de *footballer* frente a toda la comunidad deportiva de acuerdo a los logros que hubiera conseguido a lo largo de su trayectoria en los diferentes clubes por los que había transitado. Como dice Gerardo Álvarez Escalona,²⁴³ este nuevo patrón se vio fortalecido cuando, por un lado, el concepto de victoria empezó a adquirir una forma material con la entrega de premios (medallas, diplomas, trofeos, etc.) a los vencedores de los partidos²⁴⁴ y se generalizó la idea de éxito; por otro, cuando los campeonatos tendieron a regularizarse.

²³⁸ FRYDENBERG, Julio David: "Prácticas y valores...", Op. Cit.

²³⁹ ÁLVAREZ ESCALONA, Gerardo Tomás: Op. Cit.

²⁴⁰ FRYDENBERG, Julio David: "Prácticas y valores...", Op. Cit.

²⁴¹ BOURDIEU, Pierre: Op.Cit., pp. 210 y 212.

²⁴² FRYDENBERG, Julio David: "Prácticas y valores...", Op. Cit.

²⁴³ ÁLVAREZ ESCALONA, Gerardo Tomás: Op. Cit.

²⁴⁴ Que previamente quedaban exhibidos a la vista de todos en los más importantes comercios de la ciudad.

La importancia de ganar se imponía al respeto por el *fair play*; cuando en un partido el triunfo ya no estaba al alcance de un equipo, algunos optaban por retirarse del campo antes de que terminara, lo que era juzgado de antideportivo por la prensa y quienes se creían concededores del juego al fiel estilo del modelo inglés.

Ese mismo fin llevaba a los dirigentes de cada club a salir en la búsqueda de los mejores valores, los mejores jugadores, a fin de constituir equipos lo más poderosos posibles, contentando así a los seguidores. Cuando terminaba la temporada y de cara a la siguiente comenzaba esta “caza de jugadores”, la movida de los dirigentes para intentar acapararlos. Apenas se rumoreaba que alguno estaba a disgusto en su club o recién llegaba a la ciudad,²⁴⁵ diferentes delegaciones lo visitaban en su domicilio, en la oficina, en el café, en la plaza, etc.

Generalmente se echaba mano a varios recursos para conseguir su concurso. Se movían influencias, se hacían recomendaciones, se desacreditaba al contrario y, fundamentalmente, siempre de manera encubierta y sin hacerlo público, se le ofrecían diferentes beneficios: la provisión de indumentarias de juego, el pago del transporte y de sus “parrandas”, la consecución de empleos, la paga en dinero por partido o la cancelación de la ficha de pase y de los recibos atrasados en su club anterior.²⁴⁶ Otro factor de peso en la decisión de quedarse en un club o cambiarse a otro, fue la amenaza, consumada en ocasiones, de la pérdida del trabajo si no lo hacían, siempre y cuando la fuente laboral estuviera sujeta a su estadía en un club. En esos casos se atentaba contra el principio, primordial por cierto, de asociación voluntaria de los individuos.

En algunas ocasiones era el propio jugador el que buscaba a los dirigentes y les ofrecía su prestación. Fue el caso de Félix Rosetti, *ex back* del primer cuadro de Central Córdoba, que se ausentó a Rosario por trabajo; de vuelta en la ciudad, subordinó su retorno al club a que se le diese un puesto bien remunerado en los talleres, pero terminó firmando para Alta Córdoba. Mientras hubiese puestos laborales en cuestión, los equipos ferroviarios eran sindicados como expertos en la materia. El Central Córdoba atraía a sus filas a jugadores de otras provincias, ubicándolos en las oficinas de pago del Ferrocarril.

²⁴⁵ A fin de cotizar su figura, algunos de éstos, no tan conocidos en el ambiente futbolístico de su lugar de procedencia, alegaban provenir de los equipos más destacados de allí.

²⁴⁶ Un club no dejaba libre a un socio ni le daba el pase para irse a otro club hasta que no hubiese pagado las cuotas que adeudaba, ya que eran varios los que se cambiaban de club para evitar abonar las cuotas mensuales.

Pero también sucedía que desde los círculos periodísticos se barajaban con suma facilidad los nombres de aquellos que supuestamente iban a traspasarse de club sin que hubiese pasado remotamente por sus cabezas tal cambio, lo que suponía un desprestigio para la imagen del jugador a ojos de aquellos que reivindicaban lo del “amor a los colores”.

Sin embargo, era innegable el cambio constante de jugadores de club a club en búsqueda de nuevas oportunidades. De ahí adquirirían el mote de “jugadores golondrina”: “...*hoy juega por un equipo, mañana por otro; hay un encuentro en cualquier field y allá se lo encuentra, ofreciendo su concurso...*”²⁴⁷ Para citar un ejemplo, la trayectoria del conocido *centro-forward* Manuel Chávez registraba un paso en 1908 por el club Pergamino, en 1909 por Belgrano, en 1910 por Argentino y en 1914 pasó a engrosar las filas del Colegio Nacional. La mudanza de equipo por parte de los jugadores era una práctica recurrente que respondía también, además de las razones ya esbozadas, al nomadismo deportivo al que estaban expuestos. Como se planteó previamente, la mayoría de los clubes tendía a desaparecer al poco tiempo de fundados; los interesados en seguir jugando formaban nuevos clubes o se alistaban a otros con los que no necesariamente estaban identificados. La falta de certezas sobre el futuro de su entidad también los llevaba a la misma búsqueda de nuevos horizontes.

Era común que algunos jugadores acordaran de palabra la incorporación a un club y hasta llegaban a firmar el pase, pero si aparecía otro ofreciendo mejores condiciones, no dudaba en romper el compromiso. Muchos se anotaban en cualquiera de estos equipos exitosos con tal de jugar en una división superior o en clubes en los que pudieran aspirar a conseguir logros para los que su club anterior no estaba a la altura. El olvido repentino de discordias pasadas estaba al orden del día, con el único fin de firmar para ese club al que reprobaba o que lo tenía como verdugo. Por otro lado, los que habían sido expulsados de sus cuadros y que se mostraban disgustados con los dirigentes -quienes publicaban cartas denigrantes hacia éste-, al poco tiempo aparecían haciendo las paces y fichando nuevamente para el club, como si nada hubiese sucedido:

“Pontiggia parece estar seriamente comprometido con Atlantic Sportsman Club. Después de esta manifestación no quedaría otra que mostrarle la carta de 1914 en la que, después de decirle cosas feas, se lo

²⁴⁷ Los Principios: 07-03-1915, p. 7.

declara expulsado como socio y secretario del club. Alguien ha dicho que la revista Cara dura se vende barato, a \$ 0.10 centavos el ejemplar!”²⁴⁸

La trayectoria biográfica de los deportistas en su camino por obtener concesiones para jugar respondía en su mayoría a una actitud modélica. Cuando el socio jugador se iniciaba en la entidad, carente ésta de recursos, no pretendía nada. A medida que iban ingresando algunos pesos a las arcas del club, el jugador, estimulado en las ruedas de amigos y admiradores, comenzaba a reflexionar acerca de que sus servicios bien le valían el derecho a que le diesen dinero para la carrera o la camiseta o los botines para asistir al partido del domingo. Mayor fuerza cobraba la idea al ver que algunos compañeros eran consentidos en ciertas exigencias. El presidente empezaba a preocuparse ya que tenía que mantener contentos a los buenos elementos. Pero cuando ya no podía aceptar las exigencias del jugador por escasez de fondos o porque no eran afines con los fines del club, éste último se ponía en papel de víctima y criticaba sin miramientos a la comisión directiva, recriminándola por ineficaz, por abandono de los componentes del cuadro o hacer diferencias entre ellos o por sustraer fondos para propósitos particulares. Así, el jugador terminaba optando por dos caminos: o se sometía a la requisitoria de un agente de la comisión que le manifestaba que si no estaba conforme podía irse o desertaba del club que había contribuido a formarlo.²⁴⁹

Este era un modelo tipo de actuación de un jugador al que la prensa calificaba como el “interesante”. Muchas veces el “interesante” era compatible con un nuevo perfil de jugador que se propagaba en las canchas, conocido con el mote de “crack”. Éste era un atleta de renombre entre el público, astuto y de reconocidas habilidades técnicas, lo que motivaba el afán de los clubes por atraerlo para sí, prescindiendo de las divisiones inferiores propias, a donde entendían no había llegado ni el interés ni la adulación.



Fuente: La Voz del Interior: 24-08-1915, p. 6.

La individualización de las figuras deportivas. Unamúnzaga, *back* de Belgrano.

²⁴⁸ Los Principios: 09-03-1915, p. 6.

²⁴⁹ Los Principios: 18-02-1917, p. 6.

Como expresa Roberto Di Giano,²⁵⁰ se trataba de un brillante deportista nativo, proveniente de los sectores populares, cuyo incipiente reconocimiento tendía a reparar las injusticias sufridas por los grupos subalternos en otras áreas sociales. Su evocación, según el autor, venía a poner en duda el orden jerárquico establecido en la comunidad deportiva a nivel nacional, basada en una especie de “derecho natural” de mando de las elites, las que reafirmaban la superioridad física y moral del jugador de ascendencia anglosajona sobre el resto. De ahí sus esfuerzos, plasmados en la prensa, por construir una imagen negativa del virtuoso futbolista argentino, circunscribiendo sus actitudes y comportamientos dentro y fuera de la cancha a los siguientes aspectos: ponderaban su fama e intereses personales -un halago o una mención en el diario- sobre el logro colectivo; los días de los partidos era necesario a veces ir a la casa a buscarlos; no pagaban cuotas en los clubes, ni los gastos de mantenimiento, ni ropas de juego (todo salvado discretamente por la comisión); querían mandar, se hacían rogar o exigían a la dirigencia y si no se les hacía lugar o si se les quería castigar, amenazaban o se iban a otro club y se llevaban consigo a un par de amigos del mismo cuadro.

Esta misma prensa era la que objetaba la profesionalización encubierta del fútbol en el sentido de que, fomentado por los dirigentes, algunos jugadores sacaban provecho de su habilidad y jugaban, de manera clandestina, en base a dinero. En su afán de lucrar, convertían al fútbol en un *modus vivendus*, en un oficio como cualquier otro o, en otras palabras, en una forma de vivir sin trabajar. Desde esos sectores se preguntaban: “¿Qué mérito pueden tener esos equipos formados por ociosos que tienen toda la semana libre, cuando baten a otro, formado por estudiantes o empleados? Ninguno!”.²⁵¹ Si con el fútbol buscaban combatir la improductividad en los tiempos libres, su profesionalización la profundizaba. En un principio el fútbol estaba relegado de la esfera del mundo laboral y confinado a una función meramente recreativa. Pero de a poco empezó a esbozarse una práctica que dejó de pertenecer exclusivamente al ámbito del ocio, para pasar a representar un medio de vida para algunos.

Al jugador “profesionalizado” se contraponía la imagen del jugador “amateur”, que hacía alusión a aquellos que jugaban por amor a los colores y no por dávidas o intereses, encarnando en ello al verdadero *sportsman*. Aunque siguiera actuando el amateurismo como modelo de referencia para pensar al fútbol como un pasatiempo

²⁵⁰ DI GIANO, Roberto, “El fútbol de elite...”, Op. Cit., pp. 215.

²⁵¹ La Voz del Interior: 09-02-1919, p. 8.

distinguido, muchos jugadores manejaban otra conceptualización de la deportividad inglesa y la redefinían acorde a su forma de sentir el juego.

No estaba permitido para los jugadores en los reglamentos de la Liga percibir remuneración, en dinero u objetos, como retribución de los servicios que le prestase a un club. Así entendido, jugar pasaba a ser un servicio que los futbolistas brindaban a los clubes. A cambio, su cuerpo, sus habilidades, se transformaban en un incipiente objeto de mercantilización que podía negociarse. De esta manera, la concepción moderna de un cuerpo bello, sano, fuerte y pulcro que la elite dirigente quería moldear con la práctica de los deportes como parte de su proceso civilizatorio se vio fuertemente sacudida en sus cimientos. El desarrollo de una cultura física que exigía el gobierno del cuerpo y de las pasiones fue impugnada por experiencias alternativas y diferenciadas de uso del cuerpo más acorde a las necesidades reales de los sectores emergentes.

Para los habitantes de los suburbios (y algunos otros oportunistas), ofrecer las habilidades de su cuerpo a los clubes a cambio de dinero, trabajo u otros beneficios era una realidad que encontraba sentido a partir de las condiciones de marginalidad en las que sus vidas estaban inmersas. El fútbol les proporcionaba ciertas posibilidades de crecimiento y estabilidad de las que carecían por completo en casi cualquier otro ámbito de sus modestas existencias.

El viraje de la práctica al ser apropiada por los sectores populares no se expresaba únicamente en términos valorativos, de sentidos contrapuestos y significados reelaborados. También empezaba a tomar un sentido más económico, vinculado al incipiente proceso de mercantilización del fútbol y las necesidades de estos sectores de encontrar formas alternativas de retribución material en sus actividades no laborales, en el que la profesionalización “encubierta” se mostraba como una de sus caras más visibles.

2.3- Experiencias y comportamientos en el juego y en la vida institucional

La diversidad de procedencias e intereses de quienes participaban en el juego volvió un lugar común los incidentes que se producían en las canchas, en los que

intervenían no sólo los jugadores contra los referees, los rivales o hasta los propios compañeros,²⁵² sino también los seguidores de cada club.

Las mismas vicisitudes del juego, el empeño puesto para lograr un triunfo o la falta de conocimientos reglamentarios desembocaban en un abuso del juego brusco durante los partidos, palpable en los golpes y empujones propinados al rival sin medirse consecuencias. Cuando este tipo de agresión u otras situaciones que generaban controversias no eran toleradas, decantaban en continuas discusiones, insultos, golpes de puño o grescas entre los jugadores (que se acusaban entre sí de mal intencionados) y, a veces también, los dirigentes de cada equipo.

La recurrencia al juego brusco llevó a que se produjeran lesiones graves en algunos jugadores. En un caso de mucha resonancia en la época y ya mencionado en este trabajo, una infracción de Salvatelli, de Central Córdoba, al arquero Carvajal, de Belgrano, le produjo una importante lesión que motivó su internación por el término de una semana y fue castigada como cualquier contravención en la vía pública, determinando el arresto del jugador, que permaneció varios días detenido. Desde el equipo ferroviario culparon a allegados al club rival por facilitar el encarcelamiento del responsable de este hecho y a la Liga por su inacción.

Más allá de eso, el asunto puso en cuestión un conflicto entre jurisdicciones que venía de antes: era un hecho propio del juego, cuya revisión le competía a la Liga, o se trataba de un acto de violencia premeditado que requería la intervención policial. En la memoria de la Liga Cordobesa de 1918, el presidente Gregorio Martínez se expresaba contra la injerencia de las autoridades policiales o judiciales en cada incidente o accidente promovido por el ejercicio normal de los juegos, cuyo origen justificaba en la violencia e incultura de los jugadores y en el desconocimiento de dichas autoridades acerca del ambiente deportivo. Su manejo incumbía internamente a la liga que, a tal efecto, disponía de los resortes de la jurisdicción deportiva con sus reglamentos, sus autoridades constituidas y su personería efectiva. Si tal intromisión se hiciese efectiva, conjeturaba Martínez, sería necesario disolver las organizaciones deportivas, ya que habrían perdido toda jurisdicción penal sobre las circunstancias que fluyen de este ejercicio; los jugadores se resistirían a actuar bajo la amenaza de caer en la jurisdicción

²⁵² Los Principios registra un caso en que los jugadores del club Audax le recriminaron a un compañero una derrota por haberse vendido y lo golpearon. Los Principios: 25-08-1917, p. 3.

policial a cada incidencia del deporte.²⁵³ Con ello respondía, en lo referente a las eventualidades provocadas por el juego brusco, a quienes pedían que se implementara en la ciudad, tal como en la Capital Federal (donde la Asociación Argentina coordinaba conjuntamente con el Ministerio del Interior), un sistema para considerar como una infracción policial toda agresión a los referees y de los jugadores entre sí, multando a los que provocaran desórdenes o sancionándolos con una temporada de bomberos.

En ésta y otras manifestaciones de violencia saltaba a la luz la rivalidad deportiva y extradeportiva que existía entre los contrincantes, que frecuentemente derivaba en pasionismos exacerbados o en rencillas en las que se dirimían y/o vengaban cuestiones personales previas.

Del mismo repertorio participaba también el público que se agolpaba a los alrededores del *field*, los que, salvo algunos imparciales, eran partidarios de cada uno de los cuadros. Es decir, familiares, amigos, compañeros, gente del barrio que los acompañaban. Se mostraban seguidores del equipo²⁵⁴ y exhibían una conducta de aliento a los suyos y, generalmente, de confrontación con los contrarios.

Con la popularización del juego a principios de siglo y la multiplicación de clubes en la segunda década, hizo su aparición la figura del “fanático”, recreada por la prensa para individualizar a un nuevo tipo de espectador que pululaba por las canchas, que venía a convivir, casi hasta reemplazar, a la del “aficionado”. Éste representaba a los que amaban “el *sport* por el *sport* mismo” y que no manifestaban públicamente sus simpatías, al menos en forma descortés. Su versión despectiva, el “fanático”, era un personaje de manifiesta parcialidad hacia su club favorito que entraba rápidamente en efervescencia en la conversación en que se tratara de menospreciar el valor de su club y predicaba las excelentes dotes de sus componentes, defendiéndolos con ardor. No creía que su club pudiera sufrir derrota alguna y carecía de espíritu de aceptación de la derrota, enaltecía las jugadas de los suyos y criticaba las del rival que, si estaba en ventaja, era por culpa del referee, de goles fuera del reglamento o de la enfermedad de los propios; en cambio, cuando ganaba, entonaba un himno de gloria a su club y felicitaba al referee.²⁵⁵

²⁵³ Los Principios: 10-01-1918, p. 6.

²⁵⁴ “*El público (...) ya no puede pasar un día de fiesta sin ver batirse a sus favoritos...*”. Los Principios: 04-04-1915, p. 7.

²⁵⁵ La Voz del Interior: 26-06-1917, p. 6.

Cuando actuaba bajo el amparo de un conjunto mayor, exteriorizando un comportamiento más “exaltado y pasional”, el “fanático” fue colectivizado bajo la denominación inicialmente peyorativa de la “barra”, impuesta también desde los sectores más conservadores de la prensa. La “barra” era asociada con los partidistas vandálicos que se multiplicaban por las canchas de la ciudad, revelando una incultura y falta de respeto hacia las familias presentes, las que se excluían voluntariamente.²⁵⁶ Está claro que sólo a una pequeña parte del público le correspondía dicho apelativo, pero eran los que más se hacían notar. Todo club, eso sí,

“...cuenta en las filas de sus admiradores con un núcleo más o menos conocido (siempre son los mismos, en cualquier parte se encuentran) que hacen alardes de desmanes que se dicen fundados en un ciego fanatismo hacia los colores de sus simpatías...”²⁵⁷

En esta alocución no hacían referencia a otros más que a

“La barra! Esa barra a la que tantas veces le hemos recomendado cultura y prudencia, se portó como de costumbre, mal! Unas veces con los jugadores, otras con el referee. Notamos un partidismo profundo en el público asistente; algunos cuando veían próxima la derrota de sus favoritos, se plegaban a la barra de su rival; otros discutían acaloradamente el desarrollo del match.”²⁵⁸

A esta barra se la hacía responsable de los destrozos de las instalaciones de los clubes, de influir en la propagación del juego brusco, de proferir frases “hirientes”²⁵⁹ y protestas fervorosas, de las invasiones a los *fields*, de trifulcas al por mayor y de tomarse revancha cuando sufrían estos hechos. Los clubes se quejaban del proceder de la barra del adversario en su propio *field*, pero no acallaban a los propios. Según los

²⁵⁶ La Voz del Interior: 02-04-1916, p. 6. En la misma nota se aclara que no por ello se desinteresaban por completo del juego, sino que seguían sus incidencias por medio de las páginas de deporte de los diarios.

²⁵⁷ La Voz del Interior: 29-04-1917, p. 4.

²⁵⁸ Los Principios: 01-12-1914, p. 5.

²⁵⁹ “Es tan común oír decir ¡Rómpele una pata! ¡Matalo! Y otras barbaridades por el estilo.” Los Principios: 09-10-1919, p. 12.

reglamentos de la Liga Cordobesa, cada club era responsable por el comportamiento de sus jugadores, miembros o espectadores. Por ello, la frecuencia de los incidentes motivaba la solicitud por parte de algunos dirigentes del servicio del personal policial y/o militar para custodiar el espectáculo, pero usualmente resultaba ineficiente por su escasez, impuntualidad, pasividad o impotencia. Algunos contemporáneos consideraban que, a ese ritmo, en poco tiempo los partidos tendrían un carácter deportivo-policial. La idea de orden social que pregonaban se veía amenazada por estos actos “delictivos” mayormente vinculados a los sectores vulnerables, de quienes debía ocuparse la policía. Así lo hacían notar públicamente, soslayando que ese orden social por ellos construido nacía y se sustentaba en la producción y reproducción de desigualdades e inequidades.

El principal objeto de represalias por parte de jugadores y seguidores de ambos bandos era el referee. Mientras el equipo ganara, el referee estaba actuando correctamente; cuando perdía, la realidad cambiaba. Partiendo de la proliferación de insultos que recibían o los proyectiles que le lanzaban (que también se dirigían a algunos jugadores), a veces hasta sucedía que eran perseguidos y obligados a la fuga por quienes lo culpaban de una actuación fallida y tendenciosa hacia uno de los bandos o no los dejaban entrar a las casillas de los clubes. Los yerros arbitrales motivaban también la recurrencia de los equipos que se sentían perjudicados en abandonar los partidos antes de finalizarlos.

Otra causa de los continuos incidentes en los campos de juego era atribuido al estado de ebriedad en el que jugadores y público se presentaban al compromiso. En ese caso, el referee los intimaba a retirarse, orden que acataban a duras penas y con auxilio de los compañeros. Después, ello debía constar en el informe que el referee escribía y ponía a disposición del tribunal de disciplina de la Liga, aunque a veces obviaban hacerlo. Cuando los beodos no pertenecían a ninguno de los cuadros en pugna, se los intentaba alejar o mantener al margen.

Los diarios daban cuenta de esta problemática y la acompañaban con discursos moralistas acerca de los daños que producía para los músculos y la inteligencia. A su vez, cuestionaban el papel de algunos dirigentes que, en lugar de fomentar la “vida sana” en sus jugadores, los esperaban a que se cambiasen después de los partidos para dirigirse a la taberna o el almacén de los alrededores a “celebrar el triunfo o endulzar la derrota”. De ese modo, se contrariaba la idea de la difusión del fútbol como una forma de combatir la pereza y el alcoholismo. Para uno y otro, se ve, habían tiempos y espacios.

A su vez, hubo casos en los que los incidentes fueron más allá de los límites del campo de juego y ganaron las calles de la ciudad, superando el marco de contención de los clubes y pasando a ser un “problema” público.

Desde los sectores que se endilgaban el papel de defensores y garantes de las “buenas costumbres” en el fútbol, aparecían voces consternadas por el cuadro de situación que visualizaban a su alrededor:

“...hemos visto equipos donde la mayoría de sus elementos, más le preocupa el hombre que la pelota, donde sus dirigentes aplauden las vivezas de sus jugadores y el público inculto obliga a éstos a exponer hasta su existencia, para pagarla con un aplauso inconsciente y partidista. Ojala desaparezca de nuestros fields esa mala costumbre que acarrea tantas desgracias, tantos odios. Hemos de repetir una vez más: no es en el field donde se vengan los agravios. Es el terreno donde deben encontrarse los perfectos caballeros.”²⁶⁰

Desde estos sectores se sostenía que el fútbol, al popularizarse, había perdido calidad, acrecentándose los actos de incultura. Se quejaban de que, en su práctica, a partir de los desmanes “...bochornosos e indignos de nuestra cultura...”,²⁶¹ se desconocían las nociones más elementales de la educación. Al mismo tiempo, observaban que muchos de los que “tenían incorporado el concepto de la moral deportiva”, regresaban de esos encuentros decepcionados y enfermos, hasta el punto de dejar de concurrir a los *fields* (empezando por las damas) a causa de lo que veían como malas prácticas entre los jugadores y excesos del público:

“...es cierto que el football exige, para su mayor eficacia, un cierto grado de educación y de cultura social. De otro modo está llamado a degenerar, como cuando el cetro del deporte pasó de manos de las asociaciones deportivas inglesas, que lo practicaban con esa caballerosidad que les es peculiar en sus relaciones íntimas, a los centros criollos, que han introducido todas las deficiencias de carácter

²⁶⁰ La Voz del Interior: 11-04-1915, p. 7.

²⁶¹ Los Principios: 09-10-1919, p. 12.

que le son propias, desde la degeneración del juego hasta el estado pasional, que ha provocado ya numerosos conflictos, llevando a las canchas el entusiasmo partidista bajo la forma de maniobra torpe, de la palabra inculta y de la agresión de hecho. Nunca el espíritu de un jugador se coloca en un nivel más inferior que cuando se vale de una incidencia cualquiera del juego para herir a su adversario, que todo puede esperarlo de él, menos la zancadilla disimulada o el golpe oculto destinado a ponerlo fuera de combate o cuando, explotando la impunidad de las barras públicas, insulta y arremete desde la multitud. Contra esa tendencia, ya por desgracia en nuestras canchas y que es obra evidente de la nacionalización del football y de su creciente difusión a todas las capas sociales, debemos oponer una acción correctiva enérgica.”²⁶²

Como consecuencias de la masificación de estos hechos y la pérdida de los valores que originalmente se promovieron en el ámbito, consideraban que el fútbol estaba llegando a su fin. Pero con el transcurso del tiempo se demostró que lo que entraba en crisis era una forma de ver y entender el fútbol, no la práctica en sí.



Fuente: *La Voz del Interior*: 06-04-1915, p. 6.

Componentes de Juniors y Central Córdoba. La armonía entre los rivales era la imagen que desde la prensa se fomentaba.

²⁶² Los Principios: 10-01-1918, p 6.

En este sentido, ante lo que juzgaban como una pérdida y contaminación de esos valores tradicionales que producían las nuevas conductas y códigos de los sectores populares, algunos clubes de la colonia inglesa y la elite criolla renunciaron a participar en la liga oficial. Fue el caso del Córdoba Atlétic quien, en 1914, argumentando que en sus oponentes primaba la falta del espíritu de caballerosidad existente en los años iniciales, abandonó la práctica activa del fútbol.²⁶³

Éste y otros clubes de la elite local se mostraban reacios a comulgar en un campo de juego con los sectores populares y buscaban segmentar la práctica, ya que notaban divergencias en cuanto a la cultura moral que cada uno expresaba en la cancha. La situación fue centro de numerosos debates en la prensa local. Estos “secesionistas” eran sindicados de querer dividir el fútbol local por escalas sociales y por color, bajo la pretensión de aristocracia en el deporte. En la defensa que esbozaban quedaba evidenciado un claro trasfondo clasista: “...se puede ser un pobre carbonero o un triste basurero, pero bajo esa indumentaria plebeya puede palpitar un corazón de culta democracia.”²⁶⁴

Sumergidos en la polémica, quienes no veían la razón de que el joven de familia pudiente no pudiera armonizar con el de clase humilde se preguntaban: “¿Acaso la honestidad, honradez y decencia reside en ser rico? ¿Acaso se ha hecho la sociedad pura y exclusivamente para aquellos que podemos cambiar de modo continuamente?”²⁶⁵ Situándose en el mismo lenguaje que sus opuestos, agregaban que era carecer de sentimientos nobles llevar a los campos atléticos esas diferencias, que no hacían más que fomentar el resentimiento, la pasión, el ímpetu y hasta el odio de clase.

A su vez, formaba parte del sentido común generalizado atribuir las expresiones de arrebató y desorden únicamente a elementos “rústicos e ignorantes” de los suburbios. Por la forma en como censuraban sus actitudes en este campo, se hablaba de ellos como un sector social que tenía reminiscencias con el proceder de un grupo que, en el imaginario colectivo de la clase dirigente en la época, representaba lo bárbaro, lo

²⁶³ En las instalaciones que dejó el viejo club encontró un ámbito propicio para la práctica del fútbol y otros deportes el Club Atlético General Paz Juniors, fundado ese mismo año.

²⁶⁴ Los Principios: 31-05-1914, p. 4.

²⁶⁵ Los Principios: 21-05-1914, p. 4.

vandálico y lo irracional: los indios, subyugados culturalmente, desplazados de sus tierras y confinados a los arrabales de la ciudad. Al respecto, se apuntaba en la prensa:

“No es sport ni manera de fomentarlo hacer de los fields escenarios impropios, donde sólo faltan el facón y las boleadoras para reproducir un campamento de las antiguas montoneras.”²⁶⁶

A quienes entraban en ese esquema de comportamientos se los asemejaba a

“...indios de pantalón y saco, peores cincuenta veces que los que llevan plumas en la cintura y se dedican cobardemente a atacar referees y jugadores (...) Un señor Miranda aplicó un puñetazo al referee para manifestar su descontento con la actuación de este. Tenga en cuenta amigo Miranda que estamos en la docta Córdoba libre y no en el Chaco y que actitudes como ésta perjudican al club que usted defiende.”²⁶⁷

Queda claro que la violencia no era patrimonio de ciertos grupos. En este caso, tomaba forma en la marginación sistemática a la que eran sometidos los sectores populares por parte de la elite dirigente y en las múltiples expresiones verbales denotativas con las que ésta se refería a la práctica de aquellos que no se ajustaban a sus patrones de conducta ni a la idea de orden que preconizaban. Una medida similar aplicada en Buenos Aires y que la prensa pedía imitar en la ciudad, disponía que solo pudieran actuar jugadores de los clubes afiliados:

“...jugadores que sepan leer y escribir y a la vez de obtener carnet como tal deben presentar ficha de entidad y que los acredite como de buenos antecedentes, expedido éste por la policía de la localidad. Con ella se combatirá tanto el analfabetismo como a los elementos de pésimos antecedentes que vemos desfilar a diario en nuestros fields.”²⁶⁸

²⁶⁶ Los Principios: 31-05-1914, p. 4.

²⁶⁷ La Voz del Interior: 22-09-1918, p. 8.

²⁶⁸ Los Principios: 23-05-1915, p. 7.

No se ha encontrado documentación que acredite que esta medida no llegó a concretarse.

Más aún, la realidad de la violencia física se revelaba un poco más matizada. En algunos casos, eran estudiantes universitarios o secundarios los que participaban de las trifulcas, muchos de ellos procedentes de sectores medianamente acomodados de la ciudad. En los partidos que congregaban a personas de estos círculos y se registraban disturbios, los cronistas sostenían que ello había sucedido pocas veces desde que el fútbol se asentó en la ciudad, pero como, a juzgar por la posición social de los jugadores y de la concurrencia de aficionados algo “seleccionada”, era de esperar más cultura.²⁶⁹ Era una lástima, comentaban en otra nota, ver a muchachos jóvenes y que se tenían por educados profiriendo gritos e insultos contra quienes, con igual derecho, practicaban el deporte y callaban la respuesta por ser más educados.²⁷⁰

Dejando entrever cierta preocupación en el posible accionar de estos jóvenes, con motivo de un encuentro entre Gimnasia y Universitarios en 1907, Los Principios expresaba:

“...como ambos clubs tienen, entre los amantes de este sport, fuertes simpatías y numerosos partidarios, muchos de los cuales han manifestado de ser excesivamente pasionistas y exaltados, tememos que esta tarde se reproducirán las lamentables escenas del último match entre éstos. (...) les recordamos a los jugadores las siguientes reglas que esperamos tendrán en cuenta en el partido de esta tarde.

1- no deben discutir con el referee. Sus fallos son inapelables.

2- no deben responder a las provocaciones del público ni dejarse llevar por sentimientos de encono, enojo, venganza hacia jugadores del otro bando.”²⁷¹

Uno de los medios utilizados en la lucha por combatir los incidentes era la promoción de charlas sobre los reglamentos de juego, debido a que su desconocimiento

²⁶⁹ Los Principios: 13-05-1919, p. 7.

²⁷⁰ Los Principios: 04-11-1917, p. 7.

²⁷¹ La Voz del Interior: 08-09-1907, p. 4.

constituía la raíz del problema. La prensa también contribuía con su difusión y con incitaciones a guardar las formas y los comportamientos.

Las recomendaciones hacia los jugadores, en realidad, no se limitaban a ciertos sectores sociales ni tampoco a intentar moderar los comportamientos que sólo exteriorizaban en la cancha. A mediados de la década del '10, Los Principios publicó una serie de consejos dedicados a los futbolistas en su conjunto, pero principalmente a los que desprestigiaban el deporte con usos y procederes poco favorables y era imperioso inculcarles la “noción del bien”. Porque la prensa dejaba en claro que, mientras el deporte avanzaba en popularidad, mayores eran los incidentes y las inculturas de los jugadores. De paso, buscaba que éstos sirvieran de ejemplo tanto a los que recién se iniciaban en la práctica como al público que los seguía, para que no se vieran envueltos en un fanatismo desenfrenado, a veces incitados por alguna actitud de los propios futbolistas.

Bajo el título “Consejos útiles para balompedistas”, se sugería:

“-Jugarás por sport, por divertirte, sanear tu espíritu y conquistar lauros para tu club, noblemente.

-No discutirás con tus amigos y contrarios decisiones del árbitro.

-Serás noble y decente en el juego. No abuses de tu poderío físico frente a un ser débil y frente a un igual que tú, procura no inflingirle golpes prohibidos.

-Al atacar frente al arco, no procedáis contra el arquero en forma incorrecta y brutal.

-Lucha siempre con dignidad y altura, que tu misión no es la de golpear y lastimar, sino la de jugar con destreza y honorabilidad.

-No golpear a un contrario cuando esté en el suelo reteniendo con su cuerpo la pelota.

-No contestéis al público cuando os grita, ni te[sic] con jugadas bruscas y[sic].

-Acatar los fallos del juez y del capitán.

-No os vanaglories de vuestro juego, es inmodesto.

-Tened vuestra ropa de juego bien limpia y ordenada, que deja malísima impresión un jugador con ropa sucia y rota.

-Ten siempre en tu valija vendas y algodones y un frasquito con árnica.

- No bebáis en horas de juego ni en los momentos de descanso.*
- Jugad siempre con rigor, no os desaniméis por cualquier contratiempo, ni aún después del lance.*
- Piensa que de vuestro esfuerzo depende el triunfo del cuadro en que actúas.*
- Cuando llueva, si tenéis que jugar, friccionaos fuertemente con alcohol o árnica el pecho y el estómago, antes y después de jugar.*
- No comáis mucho una hora antes de jugar.*
- Usad vuestra toalla y jabón para el baño. Lo mismo haréis con el peine.*
- El día antes del partido arreglad vuestra valija, así estaréis seguro de poseer en buen estado todas vuestras ropas de juego.*
- No corráis con la boca abierta y cerrad fuertemente las manos, así aguantarás más.*
- Entrenaos metódicamente, jugad a la pelota de mano, haced ejercicios con manubrios para expandir el pecho.”²⁷²*

Como se observa, estos consejos ahondaban también en la vida cotidiana de los jugadores. A través de ellos, se los exhortaba a enmarcarse dentro de los cánones deportivos, conductuales e higiénicos que seguían ligando a esta práctica a los parámetros de la cultura deportiva anglosajona. Como una de las expresiones más recurrentes de la modernidad, la idea del orden aparecía mediatizando cada una de las manifestaciones del comportamiento mundano.

La indumentaria deportiva, por ejemplo, se convirtió en otro elemento de fuertes connotaciones simbólicas. Para jugar oficialmente no había nada reglamentado; alcanzaba con que las camisetas utilizadas por un equipo se diferenciaran en color a las del rival y con poseer un calzado lo más adecuado posible; las medias y pantalones quedaban a disposición de cada uno. Prendas utilizadas cotidianamente eran alteradas para ajustarlas a las necesidades de juego, procurando de ellas libertad de movimiento y agilidad. Algunos pocos entusiastas de amplios recursos, reconociendo en ello una oportunidad de exteriorizar su posición, hacían pedidos de indumentaria deportiva directamente a Buenos Aires y las exhiban públicamente en la cancha.

²⁷² Los Principios: 21-03-1916, p. 5.

Pero al ir creciendo la cantidad de aficionados, adquiriendo éstos cierta regularidad temporal en la práctica y teniendo el juego mayor organicidad, les fue resultando imperioso aprovisionarse de vestimenta específica. Los negocios de ropa vislumbraron una nueva veta comercial y comenzaron a ofrecer artículos de *sport*: botines de diferente clase, camisetas con variedad en calidad, forma y colores, pantalones blanco y azul en *brin* y *casimir*, pelotas, redes, medias, gorras, canilleras, etc. Muchos de ellos eran importados de las más acreditadas fábricas de Inglaterra y de Buenos Aires. Acompañando este proceso, en 1916 la reglamentación de la Liga Cordobesa de Fútbol contemplaba por primera vez una sección que estipulaba el uniforme a usar en los partidos oficiales: camiseta distintiva, pantalón corto, medias y botines. Ciertos sectores conservadores del ámbito deportivo mostraron su descontento con los deportistas que juzgaban “...*que las ropas ligeras han de ser tan escasas so pretexto de mayor comodidad...*”,²⁷³ lo que no guardaba relación con la decencia y la discreción que esperaban de ellos.



Fuente: *La Voz del Interior*: 06-04-1915, p. 6

La indumentaria completa de los jugadores.

²⁷³ *La Voz del Interior*: 29-07-1917, p. 8.

El empeño en la búsqueda del triunfo a cualquier precio dentro y fuera de los campos de juego se exteriorizó en un caudal de recursos y maniobras para obtener superioridad de antemano en los papeles y de deslegitimar la victoria del rival. Así se repitieron las inclusiones antirreglamentarias de jugadores que no estaban inscriptos en la lista de socios o aparecían en las de dos equipos distintos o que eran de divisiones superiores y actuaban en las menores, alteraciones de las fichas o de las actas de los clubes para dar cabida a nuevos jugadores o a reclamos, recusaciones a referees, apelaciones a sus fallos²⁷⁴ y protestas de los partidos.²⁷⁵

También los clubes intentaban sacar provecho de otras situaciones ajenas al juego en sí empleando diversos mecanismos para obtener mayores réditos económicos que la competencia. En este sentido, se sabe que una concurrencia numerosa era vital para el sostenimiento del club y para su mayor prestigio entre los pares, por lo que el interés y la lucha por atraerla desencadenó situaciones conflictivas. Un caso que llamó la atención fue cuando, en una época de cisma en el fútbol local, se anunciaban dos partidos patrocinados cada uno por una entidad de nuestro medio. Dirigentes de Talleres y de su rival, un combinado porteño, se ocuparon de llenar la ciudad y pueblos adyacentes con unos cartelitos que anunciaban la suspensión del otro partido de trascendencia, Belgrano-Instituto, con el fin de privar de afluencia de público a ese partido en beneficio del de ellos, con resultados favorables.

En las sesiones de la Liga se repetían escenas como las que se observaban en casi todos los partidos. Allí también concurría parte de esa “barra” a informarse de lo que sucedía y presionar en las decisiones que se tomaban.²⁷⁶ Además, los delegados, muchos tildados de incapaces,²⁷⁷ formaban círculos y camarillas en base a favoritismos, a objeto de desarrollar una acción conveniente a determinados clubes. Cuando se tenían que formar equipos selectivos de la Liga para representarla ante rivales de otras

²⁷⁴ Cuando un equipo se retiraba del campo en pleno partido pensando que en los escritorios le darían la razón, se le daba por perdido no solo el partido, sino todo derecho a reclamo.

²⁷⁵ A modo de ejemplo, en un partido entre Central Córdoba y Juniors, cuando llegaron a la cancha pactada, se estaba jugando otro partido. Decidieron esperar y concluido aquel, lo jugaron de mutuo acuerdo. Ganó Central Córdoba 7 a 1. Sin embargo, luego Juniors protestó el partido por jugarse fuera del horario establecido y por no haber estado marcado el *field*. *La Voz del Interior*: 25-08-1916, p. 8.

²⁷⁶ En una de las sesiones del Consejo Directivo de la Liga, dos señores de la barra hicieron una seña a un delegado indicándole que se retirara y así lo hizo. *La Voz del Interior*: 16-10-1919, p. 8.

²⁷⁷ En las sesiones se reiteraban en cabeceos de dormitantes, recitados incoherentes o mociones ridículas. *La Voz del Interior*: 08-08-1919, p. 8.

provincias, salían a luz las preferencias hacia algunos cuadros para que sus jugadores estuvieran entre los elegidos, ya que, para un club, tener representantes en el equipo de la Liga era otro motivo para crecer en prestigio y reconocimiento, atributos que formaban parte de los conflictos culturales.

En definitiva, la práctica del fútbol se recreó inicialmente en un ámbito donde públicamente importaba mantener el recato, la educación y las buenas costumbres, y la ostentación pasaba por tales manifestaciones. De ahí que este deporte no tenía como móvil único la diversión, sino que ponía en juego también el respeto a las reglas. Sumado ello al hecho de que se trataba de un ambiente reducido numéricamente y en el que todos se conocían, primaba el orden y los altercados se sucedieron de manera aislada.

Cuando el fútbol se popularizó, comenzaron a entremezclarse individuos de todos los sectores sociales, la mayoría desconocidos entre sí. Esa misma diversidad social, evidente en la proliferación de una gran variedad de nuevos equipos, suscitó la necesidad y el interés de los involucrados de posicionarse ante el otro, lo cual pasó a zanjarse sin pruritos y por medio de una pluralidad de expresiones dentro y fuera del terreno de juego. A su vez, como corolario de la realidad marginal que atravesaban muchos sectores y del anhelo de unos de empezar a consolidarse socialmente y el provecho que otros le sacaban, la práctica se impregnó de mecanismos de gratificación por el desempeño deportivo de los jugadores, fuertemente censurados.

Sin embargo, el fútbol no llegó a sustentar, en la época comprendida, una idea de ascenso social. Por el contrario, al mostrarse incapaces estos sectores de atravesar una experiencia tal, asociaron la práctica a la idea de reconocimiento y autonomía. El ser reconocido a través de triunfos deportivos resultaba una forma de sobresalir entre iguales (frente a los otros clubes populares) y de victoria “simbólica” frente a los grupos sociales más privilegiados; la autonomía fortalecía la diferenciación que afirmaba sus valores y costumbres por sobre los de los demás.²⁷⁸

Para que ello quedara claramente asentado y divulgado, generalmente el equipo que se coronaba campeón, después de recibir los trofeos correspondientes, salía a recorrer las calles más céntricas de la ciudad a festejar su logro y exhibir sus laureles.

²⁷⁸ Este planteo corresponde al que Álvarez Escalona propone para el estudio del caso limeño, pero una lógica similar, con su adecuación contextual, es asimilable y funcional a la realidad de la problemática aquí trazada. ÁLVAREZ ESCALONA, Gerardo Tomás: Op. Cit.

Así, el fútbol no quedaba relegado sólo a las canchas de los suburbios o las nuevas áreas urbanizadas, sino que sus manifestaciones también ganaban el corazón urbano e irrumpían en el centro de la escena social citadina en búsqueda de reconocimiento del “campeón”.

Los sectores populares impugnaron el modelo de juego y comportamiento que se les quiso imponer. Bajo el mismo marco de intervención de los clubes, fueron construyendo sus propias experiencias que, ricas en matices y significados, encontraron su fortaleza en la resistencia a sus opuestas.²⁷⁹

Al respecto, como afirma dicho autor, el fútbol se convirtió en un espacio en donde se dirimieron posiciones enfrentadas, las que empezaron a resolverse cuando las elites británicas y nativas abandonaron la práctica activa del fútbol ante la falta de discreción reinante. No quisieron comulgar con los valores y los comportamientos que los sectores populares trasladaron al ámbito deportivo, que permitían dar rienda suelta a las emociones y los sentimientos, algo incompatible con el ideal civilizador que proyectaban. El “progreso” debía mostrar sus avances e intentar esconder sus miserias, disimulando las expresiones de desacato y violencia. Lejos de configurarse como un espacio de consenso y armonía multicultural, el fútbol emergía como un campo reproductor de conflictos sociales, escenario de luchas por la imposición de los sentidos que subyacen a las relaciones humanas.

Desde el momento en que la amplia gama de capitales que esta práctica puso en juego estuvieron al alcance de cualquiera y se reformularon los valores por ella promovidos, la elite dejó de interesarse y se volvió hacia otros deportes que exigían una mayor capacidad adquisitiva para practicarlos o hacia la administración del fútbol. Se autogarantizaba, de esta manera, la posibilidad de controlar y direccionar esta práctica e imponer condiciones a los demás sectores, en el intento por conservar su cuota de poder.

En tanto, los sectores medios, carentes de símbolos visibles de identidad, vieron en el fútbol una posibilidad de ser reconocidos y adquirir prestigio, de afirmarse y diferenciarse ante el resto, como una forma de legitimar su emergencia.²⁸⁰ A su vez, la labor en los clubes les permitió alcanzar, acumular o mantener un capital político de

²⁷⁹ DI GIANO, Roberto: “El fútbol de elite...”, Op. Cit., p. 214.

²⁸⁰ ÁLVAREZ ESCALONA, Gerardo Tomás: Op. Cit.

honorabilidad, de liderazgo y de servicio social que pudo ser potencialmente transformable en poder político.²⁸¹

Así, en su proceso de apropiación del fútbol, los diferentes sectores sociales fueron configurando prácticas, valores y representaciones funcionales a sus propias necesidades y perspectivas.

3- Las identificaciones generadas en torno a la práctica del fútbol

Todo este conjunto de prácticas y representaciones de carácter colectivo e histórico que construyeron los diferentes sectores involucrados en el proceso de apropiación de la práctica futbolística en la ciudad se materializaron en íconos, figuraciones altamente codificadas y fuertemente identitarias e imaginarios erigidos en torno a los clubes. Estas imágenes hicieron visibles y comprensibles los valores, las jerarquías y los haceres que allí tenían lugar; al mismo tiempo, actuaron directamente sobre la constitución de subjetividades y de pertenencias sociales y territoriales que se propusieron, legitimaron y consolidaron desde las instituciones. Alrededor de ellas se fundó una tradición para hacer más eficaz su efecto aglutinador.²⁸²

Al respecto, los imaginarios sociales emergen de este contexto como invenciones de las diversas representaciones que un grupo se da a sí mismo en tanto ideas-imágenes a través de las que designan su identidad colectiva, marcan la distribución de los papeles y las posiciones sociales, expresan y exponen creencias comunes, delimita su territorio y fronteras, definen sus relaciones con los otros y fundan su legitimidad.²⁸³

Fueron los colores, visibles en sus camisetas y banderas, los que vinieron a representar mayormente lo que caracterizaba y proyectaba el club para el grupo de individuos que lo componía o que lo seguía. Los colores facilitaban la percepción, el reconocimiento y la significación del club por parte de éstos y a través de ellos se fusionaron, se identificaron y se diferenciaron del resto. En la defensa de sus colores ante el otro se condensaba la defensa del honor del club, de sus socios y de su nombre; más aún, del anhelo de realizar un ideal común a todos, por más humilde que fuese. La

²⁸¹ GALÁN, Florencia: Op. Cit.

²⁸² CEBRELLI, Alejandra y ARANCIBIA, Víctor: Op. Cit., p. 97.

²⁸³ BACZKO, Bronislaw: *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1999, pp. 8 y 28.

fuerte carga simbólica de los colores tenía reminiscencias políticas, sociales, culturales, etc. La indumentaria blanca de algunos clubes, por ejemplo, remitía a la pureza del tipo de práctica que impulsaban, inmersos en los preceptos del *fair play* y a los beneficios corporales e intelectuales que traía aparejada. En el caso de Universitario, el blanco y rojo que portaban se asociaba a los colores del partido radical.

Los nombres que se asignaban las instituciones también respondían al conjunto de identificaciones y valores que movilizaban a sus miembros y que éstos querían dejar asentados.²⁸⁴ Mientras la práctica estuvo ligada a los integrantes de la comunidad inglesa, los nombres utilizados conservaron el idioma de origen. El Athletic Club era una típica nominación de los clubes relacionados con la colonia inglesa que remitía directamente al espíritu *sportivo*, al desarrollo de varias actividades físicas-deportivas y al *fair play*, el paradigma de la comunidad inglesa en la formación del *sportman*.²⁸⁵ Antecediéndolo aparecía ya el nombre de la ciudad donde estaba establecido.

A medida que se fueron fundando clubes entre los nativos o los hijos de inmigrantes, las denominaciones se fueron castellanizando y adquiriendo un carácter más nacional, omitiéndose las alusiones a los lugares de origen de los recién llegados y como un modo también de diferenciarse de los de ascendencia inglesa. El “club atlético” y el “sportivo” o “deportivo” que antecedian al nombre de cada club vinieron a reemplazar a sus pares idiomáticos anglosajones, despegándose de su asimilación directa con los valores promovidos por los inventores del juego, si bien seguían proyectando los fines atléticos o deportivos como la razón social que los guiaba.

Nuevas referencias se filtraban en la decisión de los nombres a elegir. Algunos clubes sacaban a relucir el aspecto generacional que los reunía o su perfil deportivo-competitivo, mientras que por otro lado estaban los que respetaban el nombre de la institución que les daba cabida, apoyo y razón de ser o de los centros que los nucleaban, aclarando a veces la condición que revestían en ellos. Asimismo, algunas asociaciones mostraban desde su encabezado un compromiso con la defensa de lo propio, lo local -la cuadra, el barrio-, o de móviles superiores (la nación); estaban, además, las que remarcaban el espíritu asociativo del grupo, su unidad, o, caso contrario, su voluntad de

²⁸⁴ Frydenberg ha trabajado más detalladamente esta cuestión para el caso de Buenos Aires. Como el proceso de denominación de los clubes porteños presenta grandes similitudes con el concierto local, dicho artículo sirve de referencia al análisis.

²⁸⁵ FRYDENBERG, Julio David: “Los nombres de los clubes de fútbol. Buenos Aires 1880-1930”, en <http://www.efdeportes.com/> Revista Digital, año 1, núm. 2, Buenos Aires, 1996.

escisión (eran cuantiosos los “Independiente”), a la par de los que tomaban la denominación de clubes paradigmáticos de ciudades (Buenos Aires) o países referentes en desarrollo deportivo que les despertaban admiración como modelos a imitar. Unos pocos centros dejaban ver connotaciones políticas o religiosas, a la vez que muchos otros aludían a motivos patrióticos, portando la bandera de personajes históricos de relevancia o de fechas conmemorativas fundamentales. En este último punto puede agregarse que eran varios los casos en los que los clubes hacían coincidir su fecha de fundación con la de festividades patrias, otro recurso más para dotarlo de dicha impronta. Esa fecha pocas veces era la real. Aunque quizás ofreciera dudas su confirmación, se trataba de una elección deliberada al momento de presentarse en sociedad, plantear demandas o sancionar estatutos propios.

La uniformidad de miras y aspiraciones en un club dotaba de homogeneidad a un conjunto que, con ello, adquiría fisonomía propia. El empuje y el entusiasmo surgidos de este compañerismo eran la base de la unión y la fuerza de un club, cuyos resultados se observaban en la cancha: *“Muchos son los clubs que han visto caer vencidos sus cuadros simplemente por falta de ese empuje, de ese entusiasmo y armonía que solo origina el amor a los colores que se defienden.”*²⁸⁶

Como ejemplo de la vigencia de ese ideal romántico en que se jugaba por los colores, la prensa citaba siempre actitudes de jugadores de Belgrano:

*“...los conocidos footballers Unamúnzaga y Ompré han sido vistos para actuar por un conocido club cuyos progresos no se discuten. Contestaron negativamente, dado el gran amor al club y no tener aspiraciones particulares. Es difícil conseguir belgranenses! Ni con comisiones extraordinarias! Que lo diga José Emilio! Carabelli, conocido jugador que actuara en Rosario y Buenos Aires, se encuentra actualmente en ésta y parece que está comprometido con Belgrano.”*²⁸⁷;

“Con motivo de estar por comenzar la temporada, los clubs están a la pesca de jugadores. Lazcano, Alonso, Figueroa y Salas han sido vistos

²⁸⁶ Los Principios: 19-06-1916, p. 10.

²⁸⁷ Los Principios: 11-04-1915, p. 7.

por dirigentes de un conocido club. Como es de suponer, no les llevarán el apunte. En Belgrano hay mucho compañerismo, existe amor al club.”²⁸⁸

En contraposición se aludía a los clubes que, por diversos medios, se nutrían de jugadores de procedencias variadas, los llamados “golondrina”, a quienes poco les importaba la defensa de los colores que los habían visto nacer o que preconizaron hasta hacía poco tiempo y sólo aspiraban a competir en el mejor postor. De esta manera, se vaciaba de contenido el imaginario que sostenía la idea del juego honorable, desinteresado, respetuoso de la palabra y de la caballerosidad. Toda una cosmovisión instalada alrededor de una práctica comenzaba a ser cuestionada y se resquebrajaba; con ella lo hacía también el universo simbólico que la legitimaban. Sin embargo, su profundo enraizamiento en la lógica distintiva y el espíritu conservador de la época la mantuvo vigente como uno de los fundamentos en los que se asentaba su anclaje local y como punto de referencia moral para los actores.

Con el pasaje constante de jugadores de un club a otro rápidamente entra en discusión la hipótesis inicial de que los individuos vinculados a la práctica del fútbol en todas sus expresiones respondían celosamente a las comunidades de procedencia y pertenencia que sus entidades les brindaban, con las que adherían plenamente. En la mayoría de los casos vistos, con el tiempo la sujeción no fue tan taxativa y transcurrió por otros caminos o se fue “haciendo al andar”. La identificación colectiva, de frágil anclaje grupal o geográfico, en muchos casos no era una instancia de resolución previa, sino que se daba a partir de su estadía en el club. Allí entraban en juego, entonces, los lazos de sociabilidad que se fueron construyendo en el circuito asociativo, los que permitieron la articulación de vínculos e intercambios variados entre los individuos alrededor de una actividad en común que los reunía en base a reglas compartidas. En ese marco de integración hallaba fundamento el sentido de pertenencia al grupo.

El fútbol aparece, bajo este enfoque, como un escenario de producción de identidades sociales. La participación en un club suponía un nivel de conciencia de los individuos en lo relativo a las consecuencias de incorporarse, y una identificación - aunque sea parcial- con los objetivos, sentidos y significados de esa construcción

²⁸⁸ Los Principios: 25-04-1915, p. 6.

colectiva.²⁸⁹ Se fueron planteando, entonces, nuevos tipos de filiaciones establecidas por afinidades laborales, barriales, étnicas, estudiantiles, etc., que se manifestaban en un club, el cual representaba algunos de estos ámbitos, o todos ellos, creando identificaciones múltiples. En los enfrentamientos contra otros clubes se ponía en juego la defensa de lo propio y estas identificaciones entraban en pugna con las del rival.

Estas rivalidades podían nacer de un choque entre vecinos que tenían sus secretarías y canchas ubicadas a pocas cuerdas uno del otro, en donde aparecía la defensa del universo local; si la competencia era entre vecinos de un mismo vecindario, la puja se centraba en quien representaba o defendía mejor al pequeño territorio común. La conquista de ese universo simbólico territorial era el objetivo de las partes.²⁹⁰

Al respecto, la identificación de los clubes con un espacio concreto se asociaba no sólo al lugar de residencia de sus miembros o de su enclave inicial, sino también a la ubicación de su cancha. Salvo en los que nunca la tuvieron o en los que pudieron mantenerse en el mismo sitio de origen o que, si se reasentaron, lo hicieron en una zona contigua, los continuos desplazamientos rompían parcialmente dicha identificación, para reaparecer tiempo después, cuando se lograba adquirir un terreno e instalarse definitivamente en un lugar.

Muchas otras rivalidades que iban surgiendo tenían sustento en la misma competencia deportiva, en la lucha por imponerse como el mejor a la vista de todos, la que generaba, a partir de los pormenores que se iban sucediendo en la cancha, ciertas rispideces y enemistades manifiestas entre los implicados.

En el imaginario colectivo de jugadores y seguidores quedaban grabados los triunfos y las derrotas ante los rivales clásicos y salían a luz ante la inminencia de un nuevo enfrentamiento o en las discusiones en las que se pretendía dejar en claro la superioridad de uno u otro. Por más amistoso que fuese el partido, siempre se presentaban los cuadros con sus mejores valores y cada uno utilizaba diferentes estrategias para sacarle ventajas. Evitar la derrota ante ese rival y todo lo que ello suponía era hasta más importante que ganarle.

A veces, estas rivalidades desencajaban en pasiones y partidismos exacerbados, volviendo muy habituales los hechos de violencia. Si para hacerse de una geografía propia se fundaron clubes, el movimiento generador de nuevos lazos identitarios fue

²⁸⁹ CECCONI, Elida y LUNA, Elba: Op. Cit., p. 13.

²⁹⁰ FRYDENBERG, Julio David: "Prácticas y valores...", Op. Cit.

posible chocando con pares que actuaron de manera similar, a través del medio provisto por la competencia futbolística.²⁹¹



Fuente: *La Voz del Interior*: 24-06-1917, p. 6.

La rivalidad entre Talleres (el negro) y Belgrano (el blanco) caricaturizada. A veces ésta tomaba ribetes clasistas.

En efecto, Sergio Villena Fiengo²⁹² asegura que los deportes son un campo de disputa simbólica donde concurren diversos actores que buscan, incluso de manera inconsciente, definir los sentidos “verdaderos” sobre los que se asienta su identidad como individuos y como grupo social. En esa medida, sería también escenario de conflicto entre grupos sociales que buscan imponer sus sentidos a los otros con los cuales se hallan en competencia y, por lo tanto, un escenario donde se disputa la lucha y hegemonía de modalidades culturales, en términos gramscianos.

En cierta medida, aparecía como un resquicio a tanta rivalidad expresada por los clubes dentro y fuera de la cancha la realización de partidos a beneficio. Como una iniciativa surgida del seno de los clubes o en respuesta a los pedidos que diferentes organizaciones sociales ajenas al deporte les realizaban, permanentemente se organizaban torneos y se concertaban partidos a beneficencia de entidades de bien público,²⁹³ de sectores damnificados por catástrofes naturales,²⁹⁴ de algún enfermo²⁹⁵ o

²⁹¹ FRYDENBERG, Julio David: “Prácticas y valores...”, Op. Cit.

²⁹² VILLENA FIENGO, Sergio: “El fútbol y las identidades. Prólogo a los estudios latinoamericanos”, en ALABARCES, Pablo: *Futbolologías. Fútbol, identidad y violencia en América Latina*, CLACSO, Buenos Aires, 2003, p. 27.

²⁹³ Entre las que más figuraban estaban la Sociedad de Damas de la Misericordia (para los comedores que sostenían), las Damas de la Providencia, la Casa Cuna, la Casa de Aislamiento, el Hospital Italiano, el Hospital Tránsito Cáceres de Allende, el Asilo de Huérfanos de Militares o la Biblioteca Popular Vélez Sarsfield.

de los familiares de un difunto en el ambiente.²⁹⁶ La elección de la institución agraciada dependía de las conexiones que ésta tejiera con quienes lo organizaban o con los propios jugadores y a ellas se destinaba el total o un porcentaje de las entradas recaudadas.

También los mismos clubes o ligas fueron favorecidos con este tipo de prácticas para nutrir sus cajas sociales. A su provecho se organizaban eventos que excedían de la esfera futbolística, tales como funciones en los biógrafos, cines o salas de teatro de la ciudad o festivales atléticos, en los que la concurrencia se componía mayoritariamente de familiares o aficionados. Eran una nueva manera de adquirir el club mayor status y reconocimiento.

Los clubes se configuraban así como comunidades de contención casi primarias de los asociados y sus familiares y movilizaban sus estructuras acorde a esos fines sociales que exponían, que prevalecían sobre las rivalidades evidenciadas en las canchas. Pero jugar estos *matches* a beneficio tenía incorporado otros sentidos: era una de las maneras de corresponderse los clubes entre sí y de vincularse con otras asociaciones no deportivas y el resto de la sociedad, encontrando en ello un espacio donde referenciarse, donde ganar consideración, donde legitimarse, donde exhibirse como focos sociales y de cultura; jugarlos representaba un honor y un prestigio mayor al club, que se instalaba en el centro de la escena local. Y justamente en eso hallaba su contrapartida la supuesta ausencia de rivalidades, ya que nadie quería perder esos cotejos notoriamente “públicos”.

En síntesis, desde un universo identitario fuerte y de múltiples connotaciones, los clubes construyeron vínculos sociales básicos donde los actores adquirieron pertenencias de grupo y de clase. Hábitos, normas, valores y todo tipo de relaciones allí generados y promovidos vinieron a configurar y regular el tiempo libre y los momentos de entretenimiento de buena parte de la población. La amplia gama de recursos sociales

²⁹⁴ Por ejemplo, víctimas de un terremoto en Italia o de inundados en Santa Fe. Sus demandas eran canalizadas por alguna de esas asociaciones que se ponían a disposición, como la Cruz Roja u otras que a veces también estaban entre las beneficiadas.

²⁹⁵ Como fue el caso del cronista de La Voz del Interior Alberto Pontiggia, “por su intensa labor a favor del deporte”, se hizo acreedor de esa atención.

²⁹⁶ Con motivo de la muerte del jugador de Belgrano Manuel Chávez por una enfermedad terminal, que dejaba a su familia sin recursos, dicho club se comprometió a costear íntegramente los gastos del sepelio e invitó a los asociados a acompañar los restos en el cementerio San Jerónimo. Su máximo rival, Talleres, creó una comisión para llevar el pésame a la familia, nombró un delegado para que haga uso de la palabra en la ceremonia e invitó a Belgrano a realizar un partido amistoso en beneficio de la familia del extinto.

y culturales propios que todo esto les aportó les dio una razón de ser y un lugar en la sociedad cordobesa, en plena transformación y movilidad.

CONCLUSIÓN

El presente trabajo se propuso el estudio del fútbol y de su sentido asociativo, temática casi inédita en la historiografía provincial, como una forma de entrada posible para el abordaje del proceso de modernización de la ciudad. Se partió desde las dimensiones experienciales y subjetivas de los actores para construir una mirada más compleja y humana de este proceso que ofrece una cartografía llena de matices del mundo social cordobés de principios de siglo XX, forjada a partir de la experiencia de los actores. En este sentido es que el fútbol se posicionó como objeto de estudio de variadas dimensiones explorativas.

La atención se centró en el análisis de los escenarios y las condiciones que hicieron factible la asimilación y difusión de este deporte y, en una instancia mayor, su incorporación al proyecto de construcción de la ciudad moderna. Las prácticas y vivencias cotidianas de los jóvenes alrededor del fútbol, culturalmente mediadas, alteraron sus cursos de existencia en la vida ciudadana, aportando sus dinámicas a la vertebración de la trama social tanto como los grandes procesos políticos y económicos.

La investigación se estructuró a partir de tres ejes, conformando ellos los diferentes capítulos de este trabajo: los orígenes de la práctica del fútbol en la ciudad y su institucionalización en clubes, su dimensión asociativa y su inserción en la vida social urbana cordobesa. A través de ellos se planteó la trayectoria y los alcances de esta práctica en la ciudad, al tiempo que se exploró acerca del modelo de organización que fue tomando y del modo en que los diferentes sectores sociales se la apropiaron y resignificaron.

Al ser éste un primer enfoque aproximativo al estudio sociohistórico de la temática trazada, seguramente dejará algunos vacíos analíticos y conceptuales que podrán ser contemplados en futuras instancias investigativas. Sin embargo, la indagación realizada ha permitido delinear algunas reflexiones finales.

Desde finales del siglo XIX, Córdoba se vio inmersa en un proceso de modernización y crecimiento económico como resultado de su inserción al circuito comercial agropecuario pampeano. La llegada de los ferrocarriles y otras inversiones de capital inglés impulsaron la expansión urbana de la ciudad, incorporando nuevas áreas al desarrollo económico y promoviendo la ocupación de nuevas zonas de manera espontánea y deliberada al espacio urbano. Ese proceso se vio dinamizado por el gran

aumento de la población, producto de la llegada de contingentes de inmigrantes internos y externos y de su mismo crecimiento vegetativo. La ciudad, dejando atrás un pasado colonial, adquiriría un carácter cosmopolita y multicultural y diversificaba las expresiones de sociabilidad cotidiana.

En esas nuevas áreas urbanas donde se instalaron las centrales ferroviarias germinó la práctica del fútbol de la mano del personal jerárquico y los trabajadores ingleses del ferrocarril, quienes trajeron este deporte desde su patria de origen y comenzaron a jugarlo a la vera de las vías. Así, en las ciudades del interior, el fútbol siguió la extensión de las líneas ferroviarias.

El juego no tardó en ser incorporado a las actividades de ocio y entretenimiento, primero de los jóvenes de la elite y, al poco tiempo, de las clases medias y populares, criollos, inmigrantes y sus hijos, en su mayoría estudiantes secundarios y universitarios, pequeños comerciantes, profesionales y trabajadores urbanos. Como resultado de las modificaciones económicas básicas y de la conquista de ciertas reivindicaciones sociales, esos sectores dispusieron paulatinamente de mayor tiempo libre para entregarse, entre otras cosas, a diversiones y deportes colectivos.

En ese contexto favorable, una serie de factores contribuyeron a que el juego tuviera acogida. Había un interés inicial por reproducir una práctica de origen anglosajón y que al poco tiempo fue incorporada por la elite local. Tomó ésta gran impulso, a su vez, como consecuencia de la facilidad de su aprendizaje, de los costos materiales e insumos ínfimos que requería para jugarlo y de la posibilidad que cualquiera tenía de desarrollarlo en los espacios y bajo las características que quisiera. Pero, fundamentalmente, el fútbol estuvo al alcance de todos gracias a que contaba con una organización y marcos reguladores más bien laxos, los cuales no ponían trabas ni restringían la posibilidad de formación de nuevos clubes y la participación en éstos. Los clubes eran espacios de recreación de dicha práctica que ponían en juego hábitos, sentimientos, valores e identidades de fuerte arraigo en las generaciones jóvenes.

Al mismo tiempo, la dirigencia local, interesada en el progreso de la ciudad, apostó por un proyecto civilizador que entrañó en los diferentes sectores sociales la adopción o reformulación de determinadas prácticas y valores que se impusieron sobre las autóctonas. El deporte fue visto por sus difusores como un medio más, lúdicamente atractivo, para intentar transformar a los jóvenes trabajadores, asociados muchos de ellos a un perfil que los caracterizaba como débiles, ociosos o vagos, en hombres fuertes y sanos, mano de obra eficiente y preparada para las nuevas necesidades del sistema. En

ese sentido funcionaba el fútbol como una especie de mecanismo de control social al alejar a la juventud de los vicios y posibles focos de desórdenes públicos. Más aún, era parte de una pedagogía social que aleccionaba a los individuos bajo los preceptos de una “moral colectiva” que imponía los comportamientos recatados deseados por el ideal civilizador. Su práctica entrañaba, a entender de los contemporáneos, beneficios físicos, estéticos, higiénicos y morales para los habitantes. Por todo ello puede decirse que estaban dadas las condiciones para su implantación y difusión.

Se podía jugar al fútbol en un sentido informal y recreativo; es decir, en espacios variados que ofreciesen condiciones más o menos adecuadas, con el número de participantes que estuviese presente y el tiempo que se quisiese y con algún elemento que hiciese las veces de balón. Así se iniciaban mayormente los jóvenes, del ámbito masculino siempre, en el juego. Pero ya cuando el grupo de muchachos que se reunía tenía como objetivo competir contra otros equipos semejantes y formalizarlo en el marco de torneos regulares, debía organizarse bajo el formato de un club, una figura asociativa bajo la que los ingleses configuraron sus actividades de esparcimiento, entre ellas la práctica deportiva, y que vino incorporada a la difusión del juego. No bastaba ahora con juntarse a jugar, sino que para proveerse de los medios necesarios para cumplir su objetivo tenían que reunirse previamente y definir, en forma consensuada, el armado del equipo, su denominación y emblemas distintivos, su estructura estatutaria y reglamentaria, la obtención de insumos, la cesión o adquisición –convenientemente acondicionado en su momento- de un campo de juego y una sede propia y la incorporación a una entidad mayor que patrocinara competencias periódicas.

Desde un principio, entonces, la práctica del fútbol estuvo directamente unida a la formación de clubes. Entre los principales agentes de nucleamiento de aficionados al juego estuvieron la escuela y la universidad, a partir de la experiencia generacional que la condición de estudiantes suponía; los centros laborales como fábricas, negocios, empresas, bancos o locales de entes públicos; los cuarteles militares; el ámbito geográfico; es decir, la cercanía misma de residencia (la cuadra, el barrio) y, en menor medida, algunas de las comunidades étnicas que poblaban la ciudad. Algunos clubes incluyeron al fútbol entre las actividades deportivas o extradeportivas que ya realizaban, mientras que la mayoría fue erigido para su práctica exclusiva, aunque luego pudieran extenderse también a otras áreas recreativas.

El asociacionismo a través de clubes tuvo diferentes canales de difusión, siendo el sistema educativo uno de sus principales referentes. Si bien desde la sanción de la

Ley 1.420 el fútbol formó parte nominalmente de los planes de estudios, recién estuvo contenido en la currícula a partir de 1940. Hasta entonces fue cuestionado por sus connotaciones violentas y peligrosas y quedó relegado a la calle, a las fiestas (en las que como acto convocante se disputaba un *match*) y, fundamentalmente, a los clubes.

En este sentido, los poderes gubernamentales, aunque avalaran al deporte en sus fines como instrumento civilizatorio y utilizaran a veces sus eventos para movilizar una propaganda progresista y obtener consenso hacia su proyecto, no mantuvieron una política regular sobre el sector y legaron ese espacio de intervención a instituciones surgidas entre la población, fiel al modelo de mixto de acción que recreaba en cada una de las esferas sociales. Para la formación de clubes se estimulaba la iniciativa privada, concebida por la dirigencia como un rasgo civilizatorio que debía ser alentado, ya que allí se experimentaban libertades de reunión y opinión, que aparecían como estandartes de una sociedad libre y republicana.

Respaldando esta posición se manifestaba, casi uniformemente, la prensa local, un actor portador de un discurso tributario del proyecto civilizador de la dirigencia. El impulso a los juegos atléticos ingleses encontró sentido en ese marco y sus páginas brindaron un espacio de contención y desarrollo que los puso en locución y le dio visibilidad a todo lo referente a esta práctica, constituyéndose en un factor insoslayable de presión al momento de la toma de decisiones. La publicación de los reglamentos, las vicisitudes del juego, la convocatoria a los diferentes eventos que los clubes auspiciaban, fueron el medio y la estrategia por las que los *footballers* se enteraban de casi todo lo que sucedía en el ámbito. A su vez, en el seno de los círculos periodísticos y de grupos allegados al mismo, surgieron también iniciativas de participación asociativa entre los miembros para la práctica del fútbol y su filiación corporativa.

De esta manera, junto con el fútbol se recreaba el juego de la vida asociativa, lo que entrañaba un cúmulo de responsabilidades contraídas en el compromiso voluntario de formar parte y regir los destinos del club que se creaba a tal fin.

Para poder jugar en un club había que ser socio del mismo. Ello implicaba algunos requisitos previos, como el pago de una inscripción y de las mensualidades estipuladas a fin de colaborar con el sostenimiento de su estructura. Aunque la prescripción contemplaba algunas excepciones, su desembolso era percibido, más que como un deber, como un derecho para el socio, ya que le representaba un sentido de pertenencia sobre el club, sobre sus destinos. Entre los socios se distinguían diferentes

categorizaciones, definidas por cuestiones económicas y/o institucionales, y no por las capacidades demostradas en los campos de juego, dejando claro que la incorporación a esa práctica no pasaba por saber jugar, sino por ser miembro del club. Más adelante, con la cuasi profesionalización del fútbol, ello se convirtió en un factor de jerarquización interna entre los jugadores, aunque no explícita en los papeles.

Los clubes fueron la instancia institucional a través de la que los jóvenes canalizaron su interés por la práctica del fútbol. Su modelo de organización, configurado en base a lineamientos establecidos por estatutos y reglamentos capaces de conferir seguridad a sus actos, se moldeó siguiendo la referencia de la estructura organizativa estatal y de las formas jerárquicas de instrumentación de su poder. Dicho modelo sostuvo, en efecto, un ideario moderno de institución en base a la recreación simbólica de prácticas y dispositivos novedosos de participación democrática y representación, de autoorganización comunitaria y autonomía relativa, formadores todos de la libre voluntad social de los socios. Sin embargo, en su ejecución, los mecanismos finales de decisión apuntaban siempre a sus más altas autoridades, lo que se acentuaba a medida que los clubes crecían en número e institucionalización.

Tener el respaldo de alguna institución patrocinante o conseguir una seguidilla de triunfos o la conquista del título de campeón, significaba para los clubes su posibilidad misma de supervivencia y competitividad, ya que ambas situaciones le deparaban, respectivamente, una base potencial amplia de adherentes o su rápido crecimiento. La plataforma genuina de ingresos -o su eventual aumento- que ello suponía, en algunos casos logró traducirse en una diversificación de las alternativas, no sólo deportivas o recreativas, sino también sociales y culturales, que los clubes podían ofrecer y le reportaban mayores beneficios. Se ensanchaba decisivamente, así, el espectro social, espacial, etario y hasta clasista de los asociados y sus redes de encuentro y conexión. La popularización del juego estuvo estrechamente vinculada a su mercantilización, proceso que se abrió a fin de contemplar las necesidades económicas y materiales de los clubes.

Pocas agrupaciones dedicadas al fútbol, sólo las que tuvieron en los socios el capital económico y social necesario y así lo deseaban, pudieron constituirse en instituciones sólidas y duraderas, capaces de sostener el aparato orgánico que el desarrollo de la práctica requería, superar las continuas crisis a las que se veían afectados y trascender a los fines meramente deportivos con los que se iniciaron. Tratándose de entidades forjadas más como equipos que como clubes propiamente

dichos, la mayoría acababa desapareciendo en el olvido o refundándose en otros nuevos que seguramente correrían la misma suerte.

Fue el caso de muchos de los cuadros surgidos entre los sectores populares, los que, para poder participar igualmente de las competencias oficiales, constituyeron organizaciones a su medida, más bien laxas e infraestructuralmente precarias, pero amparadas por el principio de libertad de asociación que desde las concepciones modernas del Estado se pregonaba. Eran varios los incentivos que los movilizaban para jugar en estas instancias, entre ellos la posibilidad de mostrarse ante el resto de la sociedad y proyectarse en ella como triunfadores, de adentrarse en las manifestaciones del mundo social cordobés y hasta de obtener algunos beneficios materiales de su práctica. Pero aunque se los alentaba a incorporarse al universo asociativo, no se les contemplaba sus carencias como para sostenerse en él. Sus posibilidades de actuación colectiva se veían, así, seriamente limitadas, acentuando su ya consolidado proceso de marginación social.

De todos modos, la práctica asociativa significó la apertura de nuevos espacios de sociabilidad, sin distingos de clase. En base a reglas y valores compartidos, los clubes se conformaron como instancias privadas de encuentro cotidiano de sus socios y de interacción pública con otras instituciones deportivas o extradeportivas.

Ante la casi total ausencia del Estado en la regulación del ocio de la población, tal empresa quedó en manos de asociaciones privadas. Los clubes articularon una actuación que fluctuó entre lo público y lo privado. En ellos convivían reglas de acceso y permanencia determinadas y actividades programadas de concurso privado, junto con manifestaciones públicas variadas derivadas de la pluralidad de expresiones que su práctica adquiría en cada uno de los múltiples ámbitos comunitarios en donde se desplegaba o en los que su convocatoria, formal o informal, los reuniera: las canchas, las sedes, las casas de familia, las instituciones educativas, las parroquias, la calle, las plazas, los parques, los bares, los cafés, los restaurantes, los teatros, los cines, etc. Nuevos espacios urbanos fueron abiertos a tal fin y otros resignificados de acuerdo a sus usos y disposiciones, bajo la vigencia del objetivo de una ciudad limpia y ordenada. En consecuencia, la fisonomía de la ciudad se vio renovada, así como se redefinió el sentido de pertenencia territorial de los sujetos implicados y su conocimiento del conjunto de la traza urbana.

Cada grupo de individuos, en definitiva, fue adoptando la práctica del fútbol de acuerdo a sus posibilidades, disposiciones y trayectorias y en respuesta a los imaginarios sociales vigentes, al tiempo que fueron construyendo otras nuevas articulaciones que reinterpretaban o resistieron a las anteriores.

En un principio, la práctica del fútbol se recreó en el marco de instituciones vinculadas a la comunidad inglesa y la elite, de signo elitista e índole restringidas, ya que no cualquiera podía ser socio de ellas o compartir sus actividades y se excluía material y simbólica a otros grupos.

El fútbol fue concebido por estos sectores como una mera actividad recreativa para sus tiempos libres, como un medio de desarrollo de la cultura física, en la que estaba internalizada la lógica del *fair play*, integrada al juego mismo. Con ella se inculcaba la voluntad de ganar, pero siempre dentro del mayor respeto de las reglas y de la honorabilidad. El triunfo no era lo importante, sino la defensa de ese honor, que no se veía dañado por la derrota.

Su misma ascendencia inglesa exteriorizaba un alto grado de civilización en su reproducción, por lo que los eventos que su práctica congregaba se convertían en focos de destacadas reuniones sociales a la que concurrían familias de la alta sociedad y figuras políticas destacadas, que se dejaban ver en público y sacaban a relucir ese carácter distinguido ante el conjunto de la sociedad.

En su proceso de difusión a partir de principios del siglo XX, el fútbol fue adaptado y resignificado entre los sectores populares conforme a sus necesidades y experiencias previas y desde perfiles auténticos, creativos y contestatarios. La transición en el proceso de incorporación de nuevos actores y nuevas formas de entender y vivenciar el juego estuvo marcada por momentos de fuerte inestabilidad y tensión que derivaban implícitamente del reajuste de posiciones al que se vio sometida la práctica entre sectores elitistas y conservadores y los emergentes.

La idea de jugar y formar clubes como simple medio de entretenimiento y educación física y moral de los sujetos, siguiendo los preceptos éticos de conducta deportiva vinculados a la noción de *fair play*, no se ajustaba del todo a sus intereses. Más aún, para poder sostenerse en el mundo asociativo, había que cimentar un club, darle estabilidad a partir de los ingresos de caja y de la permanencia o el incremento de sus socios, y ello dependía, en gran medida, de la actuación del equipo. Al impulso favorable lo daba el triunfo, el título, al que todos aspiraban, cuya valoración se impuso entre los *footballers* a la del juego asociado a las reglas de caballerosidad.

Uno de los medios básicos que disponían los clubes para encauzarse en dicha lógica triunfalista era la conformación de cuadros poderosos. A tal fin, los dirigentes salían en búsqueda de los mejores jugadores con una gama variada de recursos: el desprestigio del otro y el encono de lo propio, la movilización de influencias, las amenazas (de pérdida del trabajo, por ejemplo), la promesa de mejoras en el aspecto deportivo (jugar en una división superior o la titularidad asegurada) o el ofrecimiento de beneficios materiales de manera encubierta. Dichos beneficios consistían en el suministro de indumentarias de juego, el costeo de los traslados, la provisión de empleo o la remuneración en dinero por partido o de la ficha de pase y de los recibos atrasados en su club anterior.

De esta situación se desprendían un par de cuestiones a tener en cuenta. Por un lado, los jugadores permanentemente iban cambiando de clubes, algunos entregándose al mejor postor, a pesar de haber ya comprometido su palabra. Sin embargo, los vaivenes no obedecían sólo a esta movida dirigenal, sino también a la pronta desaparición de gran parte de las instituciones que se fundaban o a la misma falta de certezas. Para poder seguir jugando o tener la seguridad de hacerlo, los interesados creaban nuevos clubes o se incorporaban a otros ya existentes.

Por otro lado, con estos procedimientos se daba inicio a un proceso de incipiente profesionalización del fútbol. A pesar de que el amateurismo seguía actuando como referente de la concepción distinguida y moralista del fútbol como pasatiempo, para los jugadores cabía ahora la posibilidad de jugar, de ofrecer las habilidades de su cuerpo como un servicio intercambiable por dinero, trabajo u otros dividendos: el cuerpo se cristalizaba en un nuevo objeto de mercantilización. En el contexto de marginalidad en el que vivían muchos habitantes de los suburbios, tal práctica adquiriría mayor sentido. El fútbol se erigía como una plataforma factible de oportunidades en pos de mejoras en sus calidades de vida, la que no hallaban en otros ámbitos de su existencia mundana. Así, en tanto medio de vida, aunque todavía no vehiculizara una perspectiva de ascenso social, comenzaba a alejarse de su mera asociación al ocio, a la recreación en términos de la deportividad inglesa. En efecto, adquiriría un sentido más económico por la necesidad de mantener sustentables a los clubes y de retribuir a aquellos que se destacaban en el juego.

La disputa por el triunfo en el juego y la voluntad de posicionarse ante el otro avocaba a cientos de jóvenes *footballers* cordobeses de diversas extracciones sociales, intereses disímiles -a veces contrapuestos- y, en general, poco conocedores de los

reglamentos. Tal mezcolanza enfrascada en pos de un mismo objetivo, el triunfo sobre el rival, derivó en un escenario de confrontación permanente. Los intervinientes del mismo -jugadores, dirigentes, referees, aficionados y seguidores- volcaron dentro y fuera de los campos de juego una amplia gama de recursos y maniobras a fin de lograr ventaja sobre el rival o deslegitimar su victoria. La rivalidad así manifestada entre los contrincantes se expresaba en pasionismos latentes arraigados en la adherencia al club y se tradujo en frecuentes incidentes y hechos de violencia que adquirieron un carácter público, involucrando también, a veces, a miembros de los sectores acomodados de la ciudad.

Pero desde estos sectores se imputaban los actos de “incultura” y “barbarie” al proceso mismo de popularización del fútbol, que minó los valores de la cultura deportiva anglosajona tradicionalmente ligados a la práctica. A pesar de los intentos dirigenciales por encauzar tales comportamientos dentro de los cánones progresistas y de orden de la época, los sectores populares fueron capaces de impugnar el modelo deportivo y conductual que desde ese espacio se les quiso imponer y de construir experiencias novedosas al respecto. Nuevas prácticas y valores florecían, nuevos usos y sentidos en el desarrollo de la cultura física entrañaban posicionamientos diferenciados. El fútbol mostraba una sociedad atiborrada de conflictos y contrastes, negados en las representaciones construidas desde la dirigencia política.

Además de estar en juego determinados bienes económicos, a partir del triunfo sobre los otros, del ser un buen jugador, un “ganador”, el fútbol movilizaba la adquisición de ciertos capitales sociales y culturales, que se materializaban públicamente en la idea del reconocimiento, la notoriedad y el prestigio que ello implicaba. Por su intermedio lograban distinguirse de sus pares y revertir, al menos en este plano, su crónica subordinación a los grupos dominantes, reforzando la funcionalidad de su modo de entender y practicar el juego. Esta valoración adquiriría mayor realce cuando se complementaba con el hecho mismo de ser ellos los que participaban en el club, lo organizaban, regían sus destinos, conseguían los medios y recursos necesarios para su desarrollo (sede, cancha, indumentaria, etc.) o articulaban conexiones con otras instituciones sociales.

De esta manera, la práctica del fútbol desnudaba la heterogeneidad de la trama social. Las condiciones materiales de existencia de los sectores populares y sus intereses en el juego comprometieron el sentido de la pertenencia colectiva que suponía la práctica del fútbol a través de los clubes. Dicho de otra forma, surgidos de escenarios

sociales variados, los clubes fueron formas de autoorganización popular que ayudaron a crear una conciencia colectiva de la situación y el lugar de cada grupo en el horizonte social de la ciudad, también definida por otras variables como el ámbito de residencia o de trabajo, el nivel educativo, la afiliación a otros tipos de asociaciones, etc. En ellos cada individuo encontró un espacio de configuración de su propia realidad.

Los clubes representaban diferentes tipos de filiación fundados en afinidades primarias de origen étnico, laboral, barrial, estudiantil, etc. Desde ellos se movilizaban múltiples elementos integradores que actuaban como mecanismos identificatorios del grupo. El sentido de pertenencia alcanzaba mayor consistencia a partir de los complejos lazos de sociabilidad que se articulaban desde la vida asociativa, en la que, en tanto núcleo de participación común, los socios compartían prácticas, valores, visiones, sentimientos y hasta vínculos solidarios.

El nombre y los colores que los miembros de un club elegían representaban el anclaje simbólico de estos mecanismos que los definían y del ideal común que proyectaban. Tanto en la competencia activa contra otros equipos como en la vida institucional misma, los jóvenes pusieron en juego la defensa y la imposición de su universo propio, encarnado en el vecindario, la cancha, la cuadra y los demás espacios de encuentro, así como en las aspiraciones y sentidos que los reunían. Allí se zanjaba, ante el resto de la sociedad, la defensa del honor y el prestigio del club, de sus socios. En este contexto afloraron las rivalidades, que a veces condujeron a partidismos violentos entre los contendientes.

En definitiva, a través de la veta asociativa del juego, los jugadores asumieron responsabilidades y se hicieron cargo de la suerte de los clubes que constituyeron. En esa participación pudieron resolver algunas cuestiones ligadas a su honor, su prestigio, su reconocimiento y a la definición de su identidad en el colectivo urbano. Sus vínculos personales y colectivos se vieron afectados, al igual que se modificaron sus hábitos y prácticas o exteriorizaron nuevos valores e identificaciones. Para algunos de los recién llegados o de lo que buscaban trascender del anonimato de la vida citadina moderna, la dinámica asociativa actuó como dispositivo de refuerzo para su integración social, pudiendo por su intermedio germinar o multiplicar sus vínculos. En este sentido y bajo estas connotaciones fue que el fútbol logró superar su circunscripción inicial como simple práctica del ocio.

En la práctica del fútbol, los jóvenes se apropiaron y resignificaron un ámbito (los clubes) donde se impusieron complejas y heterogéneas experiencias de participación y sociabilidad expresadas de forma colectiva, igualitaria y orgánica, las que no habían tenido en casi ningún otro ámbito de la vida social. Desde ese espacio construyeron una práctica en la que, con algunos matices, hallaron intersticios a partir de los que pudieron desafiar el arraigo de ciertas barreras económicas, sociales y culturales vivenciadas cotidianamente. De esta manera, el fútbol mismo, plural en trayectorias y complejidades, logró articularse en el amplio espectro del proyecto de construcción de la Córdoba moderna.

FUENTES

Fuentes inéditas:

- ARCHIVO HISTÓRICO DE LA PROVINCIA DE CÓRDOBA: *Serie Gobierno, Hacienda y Obras Públicas*, años 1882-1902.
- ARCHIVO DE GOBIERNO DE LA PROVINCIA DE CÓRDOBA: *Serie Gobierno, Hacienda y Obras Públicas*, años 1903-1920.
- ARCHIVO HISTÓRICO DE LA MUNICIPALIDAD DE CÓRDOBA: *Actas de Sesiones del Honorable Concejo de Deliberantes de la Ciudad de Córdoba*, años 1882-1920.
- ARCHIVO HISTÓRICO DE LA MUNICIPALIDAD DE CÓRDOBA: *Documentos del Honorable Concejo de Deliberantes de la ciudad de Córdoba*, años 1882-1920.
- ASOCIACIÓN ATLÉTICA UNIVERSITARIA: *Libro de Actas*, años 1907-1911.

Fuentes editas:

Documentación oficial:

- Anuarios Estadísticos de la Provincia de Córdoba: años 1900-1920.
- Compilación de Leyes y Decretos de la Provincia de Córdoba: años 1890-1920.
- Compilación de Ordenanzas y demás disposiciones dictadas por el Honorable Concejo de Deliberantes de la ciudad de Córdoba: años 1890-1920.
- Diarios de Sesiones de la Cámara de Diputados y Senadores de la Provincia de Córdoba: años 1906-1920.

Fuentes de época:

- LIGA CORDOBESA DE FOOT-BALL: *Reglamentos*, La Industrial, Córdoba, 1910.

- LIGA CORDOBESA DE FOOT-BALL: *Estatuto y Reglamento General*, Los Principios, Córdoba, 01-01-1916.

Publicaciones Periódicas:

- La Voz del Interior: años 1904-1920, 1930, 1938, 1955, 1957, 1963 y 1982.
- Los Principios: años 1894-1920, 1930, 1932, 1938, 1955, 1957 y 1963.
- La Libertad: años 1896, 1898, 1900 y 1915.
- El Chantecler: año1912
- La Patria: año1898.
- Eco de Córdoba: año 1882.

BIBLIOGRAFÍA

- ABAL MEDINA, Paula: “Notas sobre la noción de resistencia en Michel de Certeau”, en *www.revistakairos.org*, *Kairos. Revista de Temas Sociales*, año 11, núm. 20, San Luis, 2007.
- AGENCIA CÓRDOBA DEPORTES: *Pioneros*, Lotería de Córdoba, Córdoba, 2000.
- AGULHON, Maurice: “Clase obrera y sociabilidad antes de 1848”, en AGULHON, Maurice (comp.): *Historia Vagabunda*, Instituto Mora, México, 1994, pp. 54-88.
- AGULHON, Maurice: *El salón, el círculo y el café. Los lugares de la sociabilidad en la Francia Burguesa (1810-1848)*, Donzelli, Roma, 1993.
- AGULLA, Juan Carlos: *Eclipse de una Aristocracia. Una investigación sobre las élites dirigentes de la ciudad de Córdoba*, Libera, Córdoba, 1968.
- AISENSTEIN, Ángela; GANZ, Nancy y PERCZYK, Jaime: *La enseñanza del deporte en la escuela*, Miño y Dávila, Buenos Aires, 2002.
- AISENSTEIN, Ángela y SCHARAGRODSKY, Pablo: *Tras las huellas de la Educación Física Escolar Argentina. Cuerpo, género y pedagogías. 1880-1950*, Prometeo, Buenos Aires, 2006.
- ALABARCES, Pablo (comp.): *Peligro de Gol. Estudios sobre deporte y sociedad en América Latina*, CLACSO, Buenos Aires, 2000.
- ALABARCES, Pablo: *Fútbol y Patria. El fútbol y las narrativas de la Nación en la Argentina*, Prometeo, Buenos Aires, 2002.
- ALABARCES, Pablo: *Futbologías. Fútbol, identidad y violencia en América Latina*, CLACSO, Buenos Aires, 2003.
- ALABARCES, Pablo; DI GIANO, Roberto y FRYDENBERG, Julio (ed): *Deporte y Sociedad*, Eudeba, Buenos Aires, 1998.

- ALABARCES, Pablo y RODRÍGUEZ, M. Gabriela: *Cuestión de pelotas. Fútbol, deporte, sociedad, cultura*, Atuel, Buenos Aires, 1996.
- ALABARCES, Pablo y otros: *Hinchadas*, Prometeo, Buenos Aires, 2005.
- ALTUVE, Eloy: “Proposición de análisis socio-histórico del deporte en América Latina. Perspectivas teórico-prácticas para la construcción de una alternativa lúdico-deportiva latinoamericana”, en <http://www.efdeportes.com>, *Revista Digital*, año 5, núm. 27, Buenos Aires, 2000.
- ÁLVAREZ ESCALONA, Gerardo Tomás: “La difusión del fútbol en Lima”, en <http://sisbib.unmsm.edu.pe/bibvirtual>, s/d.
- ANSALDI, Waldo: *Industrialización y urbanización. Córdoba 1880-1914*, Tesis Doctoral, UNC, FFyH, Escuela de Historia, Córdoba, 1991.
- ANSALDI, Waldo: “Una modernización provinciana: Córdoba, 1880-1914”, en *Revista Estudios*, UNC, núm. 7-8, Córdoba, 1996, pp. 51-80.
- ARCHETTI, Eduardo: *El potrero, la pista el ring. Las Patrias y el deporte argentino*, Fondo de Cultura Económico, Buenos Aires, 2001.
- ARCHETTI, Eduardo: “Fútbol: imágenes y estereotipos”, en DEVOTO, Fernando y MADERO, Marta: *Historia de la vida privada en la Argentina. Argentina entre multitudes y soledades. De 1930 a la actualidad*, tomo III, Taurus, Buenos Aires, 1999, pp. 227-253.
- ARMUS, Diego: “La idea del verde en la ciudad moderna. Buenos Aires, 1890-1940”, en *Entrepasados*, núm. 10, Buenos Aires, 1996, pp. 9-22.
- ASOCIACIÓN CORDOBESA DE FÚTBOL: *80 años de fútbol en Córdoba*, Panorama Match, Córdoba, 1993.
- ASOCIACIÓN CORDOBESA DE FÚTBOL: *90 años de fútbol en Córdoba*, ACF, Córdoba, 2003.

- ASPELL, Marcela: “Y el séptimo día descansarás. La realidad social y la regulación jurídica del descanso dominical, los días feriados, los horarios de trabajo”, en *Junta Provincial de Historia*, núm. 20, Córdoba, 2002, pp. 45-70.
- AUTORES VARIOS: “Redonda identidad”, en <http://perio.unlp.edu.ar/seminario/nivel2/nivel3/ponencias/mesa9/.htm>, s/d.
- BACZKO, Bronislaw: *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1999.
- BISCHOFF, Efraín: *Historia de Córdoba*, Plus ultra, Córdoba, 1979.
- BISCHOFF, Efraín: *Historia de los barrios de Córdoba. Sus leyendas, instituciones y gentes*, B Editores, Córdoba, 1986.
- BLANCO, Jessica: “Modernidad conservadora y cultura política: Acción Católica de Córdoba (1931-1941)”, en *Revista Modernidades*, <http://www.ffyh.unc.edu.ar/modernidades/index>, núm. 1, Córdoba, 2005.
- BOIXADÓS, M. Cristina: *Crecimiento urbano en un período de expansión económica. Córdoba, 1870-1895*, UNC, Córdoba, 1997.
- BOIXADÓS, M. Cristina: *Las tramas de una ciudad, Córdoba entre 1870-1895. Elite urbanizadora, infraestructura, poblamiento...*, Ferreira, Córdoba, 2000.
- BOURDIEU, Pierre: *La distinción*, Grijalbo, México, 1979.
- BOURDIEU, Pierre y WACQUANT, Lois: *Respuestas. Para una Antropología Reflexiva*, Grijalbo, México, 1995.
- BOURDIEU, Pierre y WACQUANT, Lois: *Una invitación a la sociología reflexiva*, Siglo XXI editores, Buenos Aires, 2005.
- BURGOS, Ramón: “El Lobo jujeño y su construcción como referente identitario”, en <http://www.efdeportes.com>, *Revista Digital*, año 7, núm. 36, Buenos Aires, 2001.
- CABRERA, Miguel A.: “La crisis de la Historia Social y el surgimiento de una Historia Postsocial”, en *Ayer*, núm. 51, Marcial Pons, Madrid, 2003, pp. 202-220.

- CAZÓN, Sandra: “Universidad e ideologías a principios del siglo XX”, en *Revista Studia*, FFyH, núm. 4, Córdoba, 1994, pp. 27-43.
- CEBRELLI, Alejandra y ARANCIBIA, Víctor: *Representaciones Sociales. Modos de mirar y de hacer*, Consejo de Investigación de la Universidad Nacional de Salta, Salta, 2005.
- CHARTIER, Roger: “La historia de la vida privada, veinte cinco años después. Algunas reflexiones historiográficas”, en <http://www.historiografia-arg.org.ar>, *Interpretaciones, Revista de Historiografía Argentina*, núm. 1, Quilmes, 2006.
- CLUB ATLÉTICO UNIVERSITARIO: *Algunos recuerdos de los primeros 50 años*, s/d, Córdoba, 1957.
- CLUB ATLÉTICO BELGRANO: *100 años. Un siglo de pasión*, s/d, Córdoba, 2005.
- DI GIANO, Roberto: “El fenómeno inmigratorio y el fútbol”, en <http://www.efdeportes.com>, *Revista Digital*, año 4, núm. 13, Buenos Aires, 1999.
- DI GIANO, Roberto: “El Fútbol como objeto de estudio de la Sociología”, en <http://www.efdeportes.com>, *Revista Digital*, año 4, núm. 16, Buenos Aires, 1999.
- DI GIANO, Roberto: “El fútbol de elite y su reapropiación por los sectores populares”, en BIAGINI, Hugo y ROIG, Arturo (dir.): *El pensamiento alternativo en la Argentina del S. XX*, Tomo I: Identidad, utopía e integración (1900-1930), Biblos, Buenos Aires, 2004, pp. 211-217.
- DI STEFANO, Roberto, SABATO, Hilda, ROMERO, Luis Alberto y MORENO, José Luis: *De las cofradías a las organizaciones de la sociedad civil. Historia de la iniciativa asociativa en Argentina 1776 – 1990*, Edilab, Buenos Aires, 2002.
- FALCÓN, Ricardo: *El mundo del trabajo urbano (1890-1914)*, Centro editor de América Latina, Buenos Aires, 1986.
- FELIPA, Jorge D.: “*La trama de la memoria*”, SM, Córdoba, 2001.

- FERREYRA, Ana I.: “Universidad y política a comienzos del siglo XX. El impacto de la cuestión social”, en *Junta Provincial de Historia*, núm. 12, Córdoba, 1987, pp. 141-161.
- FILLOY, Juan: “*Esto fui (memorias de la infancia)*”, Marcos Lerner, Córdoba, 1994.
- FRANZINI, Fábio: “Fútbol, identidad y ciudadanía en Brasil en los años '30”, en <http://www.efdeportes.com/> *Revista Digital*, año 3, núm. 10, Buenos Aires, 1998.
- FREÁN HERNÁNDEZ, Óscar: “La creación de una identidad colectiva: Sociabilidad y vida cotidiana en la clase obrera gallega”, en VALÍN, Alberto (dir.): *Historia Estudios I. La sociabilidad en la Historia Contemporánea. Reflexiones teóricas y ejercicios de análisis*, Duen de Bux, Ourense, 2001, p. 123-152.
- FRYDENBERG, Julio David: “Espacio urbano y practica del fútbol, Buenos Aires 1900 – 1915”, en <http://www.efdeportes.com/> *Revista Digital*, año 4, núm. 13, Buenos Aires, 1999.
- FRYDENBERG, Julio David: “La crisis de la tradición y el modelo asociacionista en los clubes de fútbol argentinos. Algunas reflexiones”, en <http://www.efdeportes.com/>, *Revista Digital*, año 6, núm. 29, Buenos Aires, 2001.
- FRYDENBERG, Julio David: “Las reglas del juego y la organización de la competencia deportiva en Buenos Aires entre 1900 y 1915”, en <http://www.efdeportes.com/> *Revista Digital*, año 2, núm. 4, Buenos Aires, 1997.
- FRYDENBERG, Julio David: “Los clubes deportivos con fútbol profesional argentinos y el tipo o formato social bajo el cual se organizan: asociaciones civiles o sociedades anónimas. Aportes para un debate acerca de realidades y modelos ideales, pasiones e intereses”, en <http://www.efdeportes.com/>, *Revista Digital*, año 8, núm. 51, Buenos Aires, 2002.
- FRYDENBERG, Julio David: “Los nombres de los clubes de fútbol. Buenos Aires 1880-1930”, en <http://www.efdeportes.com/> *Revista Digital*, año 1, núm. 2, Buenos Aires, 1996.

- FRYDENBERG, Julio David: “Nuevos aportes en torno a la historia del fútbol argentino”, en <http://www.efdeportes.com/> *Revista Digital*, año 1, núm. 2, Buenos Aires, 1996.
- FRYDENBERG, Julio David: “Prácticas y valores en el proceso de popularización del fútbol, Buenos Aires 1900-1910”, en <http://www.efdeportes.com/> *Revista Digital*, año 3, núm. 10, Buenos Aires, 1998.
- FRYDENBERG, Julio David y DI GIANO, Roberto: “El fútbol de la Argentina. Aproximaciones desde las ciencias sociales (III). Entrevista a Ángela AISENSTEIN”, en http://www.efdeportes.com, *Revista Digital*, año 5, núm. 23, Buenos Aires, 2000.
- GALÁN, Florencia: *Fútbol: un espacio de sociabilidad masculina*, Tesis de Licenciatura de Historia, inédito, 2008.
- GOLDMAN, Noemí y ARCHUF, Leonor: “Historia y prácticas culturales. Entrevista a Roger Chartier”, *Entre pasados*, año 4, núm. 7, Buenos Aires, 1994, pp. 133-148.
- GONZÁLEZ BERNALDO DE QUIRÓS, Pilar: *Civilidad y Política en los orígenes de la nación argentina. Las sociabilidades en Buenos Aires, 1829-1861*, Fondo de Cultura Económica de Argentina, Buenos Aires, 2008.
- GONZÁLEZ DE MARTÍNEZ, Marcela y RIQUELME DE LOBOS, Norma: “Elite social, Universidad y dirigencia”, en *Revista Studia*, FFyH, núm. 4, Córdoba, 1994, pp. 45-92.
- GORELIK, Adrián: *Miradas sobre Buenos Aires. Historia cultural y crítica urbana*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2004.
- GUEREÑA, Jean-Louis: “Un ensayo empírico que se convierte en un proyecto razonado. Notas sobre la historiografía de la sociabilidad”, en VALÍN, Alberto (dir.): *Historia Estudios I. La sociabilidad en la Historia Contemporánea. Reflexiones teóricas y ejercicios de análisis*, Duen de Bux, Ourense, 2001, p. 13-30.

- KOCKA, Jürgen: “Losses, gains and opportunities: social history today”, en *Journal of Social History*, Vol. 37, 2003, pp. 20-28.
- LAYA, Alberto: *Historia del Fútbol Argentino*, La Nación, Santiago de Chile, 1994.
- LE FLOC’HMOAN, Jean: *La génesis de los deportes*, Labor, Barcelona, 1969.
- LOSADA, Leandro: *La Alta Sociedad en la Buenos Aires de la Belle Époque. Sociabilidades, estilos de vida e identidades*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2008.
- MALATESTA, María: “La democracia del Círculo”, en AGULHON, Maurice: *Historia Vagabunda*, Instituto Mora, México, 1994, pp. 7-16.
- MANDELL, Richard: *Historia cultural del deporte*, Bellaterra, Barcelona, 1986.
- MARLATTO, Ricardo: “Conformación de los barrios San Vicente y General Paz (1870-1900)”, en *Encuentro Universitario Historia de Córdoba en los S. XIX y XX*, FFyH, UNC, Córdoba, 2000, pp. 29-30.
- MASCARENHAS DE JESÚS, Filmar: “Fútbol y modernidad en Brasil: la geografía histórica de una novedad”, en <http://www.efdeportes.com>, *Revista Digital*, año 3, núm. 10, Buenos Aires, 1998.
- MIRRI LARRUBIA, Teresa: “Migrantes en las jóvenes sociedades industriales. Integración y diferenciación social”, en *Historia Social*, núm. 26, Madrid, 1996, pp. 79-98.
- MOREYRA, Beatriz I.: “Crecimiento económico y desajustes sociales en Córdoba (1900-1930)”, en AUTORES VARIOS: *Estado, mercado y sociedad, Córdoba 1820-1950*, Centro de Estudios Históricos, Córdoba, 2000, pp. 273-335.
- MOREYRA, Beatriz I.: *El crecimiento económico y las condiciones de vida materiales Córdoba en la primera década del S.XX*, Cuaderno de Historia de la Junta Provincial de Historia de Córdoba, núm. 52, Córdoba, 1994, pp. 21-38.

- MOREYRA, Beatriz I.: “Historia Social: problemáticas, perspectivas y desafíos contemporáneos”, en *El Historiador y su oficio*, Centro de Estudios Históricos, Córdoba, 1995, pp. 67-85.
- MOREYRA, Beatriz I.: “La Historia Social más allá del giro cultural: algunas reflexiones”, en <http://www.historiografia-arg.org.ar>, *Interpretaciones, Revista de Historiografía Argentina*, núm. 1, Quilmes, 2006.
- MOREYRA, Beatriz I.; REMEDI, Fernando y ROGGIO, Patricia: *El hombre y sus circunstancias. Discursos, representaciones y prácticas sociales en Córdoba, 1900-1935*, Centro de Estudios Históricos, Córdoba, 1998.
- MOREYRA, Beatriz I. y REMEDI, Fernando: “Introducción”, en AUTORES VARIOS: *Estado, mercado y sociedad, Córdoba 1820-1950*, Centro de Estudios Históricos, Córdoba, 2000, pp. 7 a 32.
- OLIVEN, Rubén y DAMO, Arlei: *Fútbol y Cultura*, Norma, Buenos Aires, 2001.
- OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: “Ocio y Deporte en el nacimiento de la sociedad de masas”, en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, Universidad Complutense de Madrid, núm. 25, 2003, pp. 169-198.
- PAGE, Carlos: “El parque Las Heras. El 1º parque urbano de la ciudad de Córdoba”, en *Junta Provincial de Historia*, núm. 18, Córdoba, 2001, pp. 349-366.
- PALOMINO, Héctor: “Hacia una ruptura de las visiones predominantes en los estudios sociales sobre el fútbol”, en <http://www.efdeportes.com/> *Revista digital*, año 8, núm. 47, Buenos Aires, 2002.
- PIANETTO, Ofelia: *Industria y formación de la clase obrera en la ciudad de Córdoba, 1880-1906*, edición del autor, Córdoba, 1997.
- PLUMB, John H.: “La mercantilización del ocio en la Inglaterra del siglo XVIII”, en *Historia Social*, núm. 41, Madrid, 2001, pp. 69-87.
- PUJADAS, Xavier y SANTACANA, Carles: “La mercantilización del ocio deportivo en España. El caso del fútbol, 1900-1928” en *Historia Social*, núm. 41, Madrid, 2001, pp. 147-167.

- PUTNAM, Robert: “Jugar al Bowling sólo: el deterioro del capital social Norteamericano”, en <http://www.efdeportes.com>, *Revista digital*, año 4, núm. 16, Buenos Aires, 1999.
- QUIROGA, Sergio Ricardo: “Democracia, comunicación, cultura popular y deporte”, en <http://www.efdeportes.com/> *Revista digital*, año 5, núm. 18, Buenos Aires, 2000.
- REMEDI, Fernando: “Crecimiento, modernización y bienestar en Córdoba, 1915-1930, en AUTORES VARIOS: *Estado, mercado y sociedad, Córdoba 1820-1950*, Centro de Estudios Históricos, Córdoba, 2000, pp. 189-238.
- REMEDI, Fernando: “Presentación: Los grupos sociales y la modernización Argentina, 1880-1930”, en *Anuario Centro de Estudios Históricos “Prof. Carlos S. A. Segreti”*, año 5, núm 5, Córdoba, 2005, pp.177-182.
- REVEL, Jacques: “Historia y Ciencias Sociales: una confrontación inestable”, en *Estudios Sociales*, núm. 10, Santa Fe, 1996, pp. 11-20.
- REVEL, Jacques: “La institución y lo social”, en: *Un momento historiográfico. Trece ensayos de historia social*, Manantial, Buenos Aires, 2005, pp. 63-82.
- RIVERA GUERRERO, Enrique: “Sudor y esfuerzo no pagan. Fútbol S.A.”, en <http://www.efdeportes.com>, *Revista digital*, año 5, núm. 20, Buenos Aires, 2000.
- ROMERO, Luis A.: *Breve historia de la Argentina contemporánea*, FCE, Buenos Aires, 1994.
- ROMERO, Luis A.: “Sectores populares, participación y democracia. El caso de Buenos Aires”, en ROUQUIE, Alain: *¿Cómo renacen las democracias?*, Emece, Buenos Aires, 1985, pp. 226-253.
- SÁBATO, Hilda: *La política en las calles. Entre el voto y la movilización*, Sudamericana, Buenos Aires, 1998.
- SALAZAR ARENAS, Oscar Iván: “Tiempo libre al aire libre, prácticas sociales, espacio público y naturaleza en el Parque Nacional Enrique Olaya Herrera (1938-1948)”, en *Historia Crítica*, núm 33, Bogotá, 2007, pp. 186-208.

- SANTANA ACUÑA, Álvaro: “Entre la cultura, el lenguaje, lo “social” y los actores: la nueva historiografía anglófona sobre la revolución francesa”, en *Historia Social*, núm. 54, Valencia, 2006, pp. 157-181.
- SEWELL JR, William: “Por una reformulación de lo social”, en *Ayer*, núm. 62, Marcial Pons, Madrid, 2006, pp. 51-72.
- SPIEGEL, Gabrielle: “La historia de la práctica: nuevas tendencias en Historia tras el giro lingüístico”, en *Ayer*, núm. 62, Marcial Pons, Madrid, 2006, pp. 19-50.
- SPIEGEL, Gabrielle: “Introduction”, en SPIEGEL, Gabrielle (ed.): *Practicing history. New directions in historical writing after the linguistic turn*, Routledge, New York, 2005, pp. 1-31.
- STEARNS, Meter: “Historia Social: presente y futuro”, en *Journal of Social History. Special Issue: The Futures of Social History*, Vol. 37, 2003.
- TABARES FERNÁNDEZ, José F. y MOLINA BEDOYA, Víctor A.: “Notas para un juego-deporte insubordinado o del deporte desde la mirada de la Modernidad/Colonialidad”, en <http://www.efdeportes.com>, *Revista digital*, año 13, núm. 125, Buenos Aires, 2008.
- URÍAS, Jorge: “El nacimiento del ocio contemporáneo”, en: *Historia Social*, núm. 41, Madrid, 2001, pp. 65-68.
- URÍAS, Jorge: “Lugares para el ocio. Espacio público y espacios recreativos en la Restauración Española”, en *Historia Social*, núm. 41, Madrid, 2001, pp. 89-111.
- VAGLIENTE, Pablo: “Construyendo la esfera pública en Córdoba, 1850-1880”, en *Encuentro Universitario Historia de Córdoba en los S. XIX y XX*, FFyH, UNC, Córdoba, 2000, pp. 54-76.
- VAGLIENTE, Pablo: *Indicios de Modernidad. Una mirada sociocultural desde el campo periodístico en Córdoba, 1860-1880*, Alción, Córdoba, 2000.
- VAGLIENTE, Pablo: “La explosión asociativa en Córdoba entre 1850-1880: la conformación de su esfera pública”, en *Cuadernos de Historia*, núm. 6, Córdoba, 2004, pp. 255-294.

- VELÁSQUEZ BUENDÍA, Roberto: “El Deporte moderno. Consideraciones acerca de su génesis y de la evolución de su significado y funciones sociales”, en <http://www.efdeportes.com>, *Revista digital*, año 7, núm. 36, Buenos Aires, 2001.
- VERA DE FLACHS, M. Cristina: “La colectividad británica en Córdoba y su aporte a la formación social argentina”, en *Junta Provincial de Historia*, núm. 12, Córdoba, 1987, pp. 109-136.
- VERA DE FLACHS, M. Cristina y RIQUELME DE LOBOS, Norma: *Córdoba, una historia para los argentinos*, tomo 1, Magisterio del Río de la Plata, Buenos Aires, 1989.
- VIDAL, Gardenia: “La Modernidad y el espacio público en Argentina. Repensando la Reforma Universitaria del ‘18”, en *Avances del Césor*, año 5, núm. 5, Córdoba, 2005.
- VIEL MOREIRA, Luis Felipe: *O processo de organização de uma ordem capitalista urbana numa cidade do interior argentino. Córdoba 1895-1906*, Universidad Federal do Río Grande do Sul, Porto Alegre, 1993.